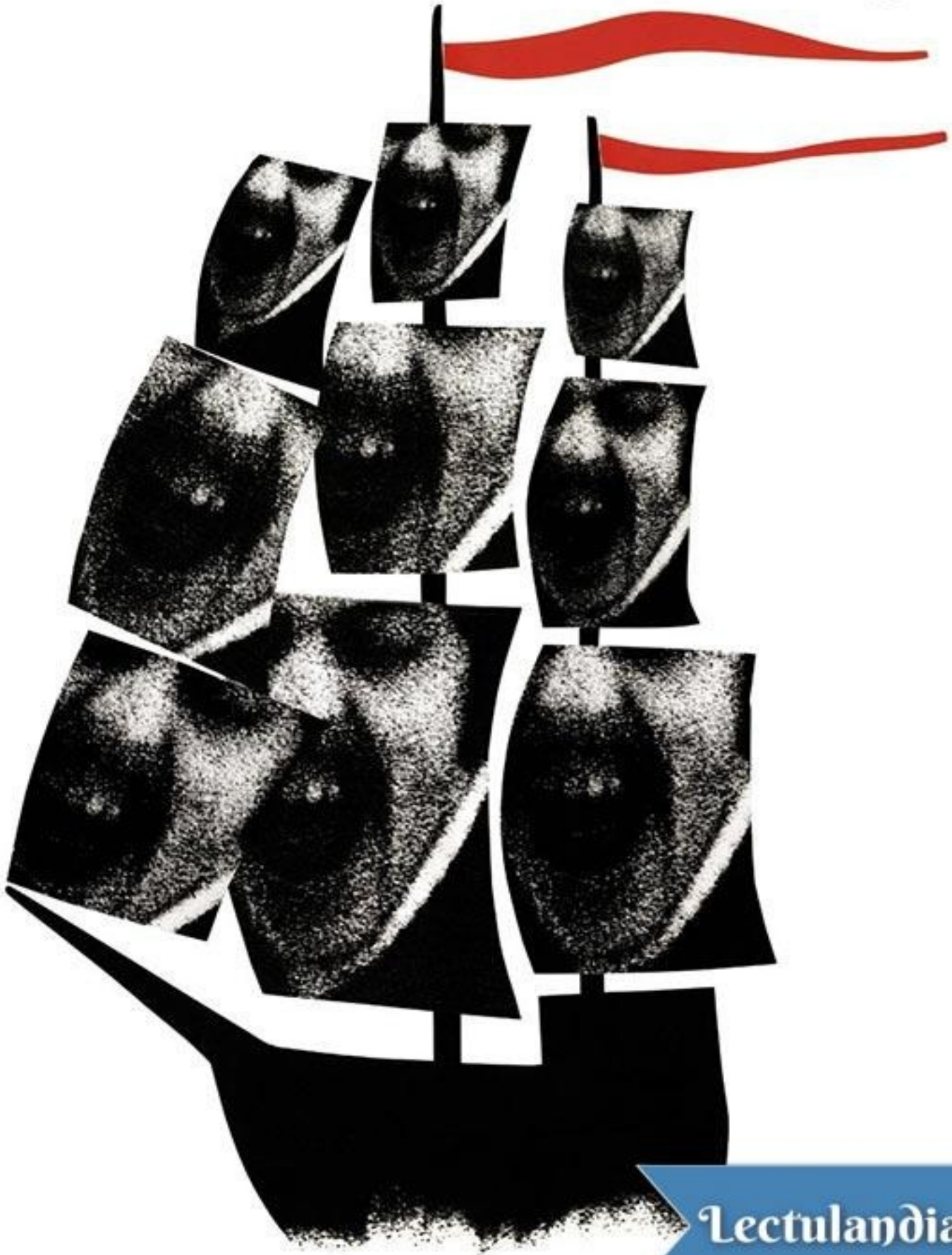
# Ritos de paso

William Golding



Lectulandia

*Ritos de paso*, narrada en forma epistolar a la manera de la novela dieciochesca de Smollett o de Richardson, relata un viaje a Australia durante las guerras napoleónicas a través del diario de un caballero, Edmund Talbot, destinado a ocupar un cargo oficial en la colonia bajo la protección de un nobre a quien dirige sus escritos. La otra pieza que completa el esquema de la obra e ilumina una de las múltiples facetas que la narración ofrece es la carta incpmpleta que dirige a su hermana otro de los pasajeros, un clérigo provinciano que va convirtiéndose paulatinamente en eje de la acción y en torno al cual se centrará la tragedia. Prodigioso alarde de cultura histórica y literaria, la novela es mucho más que la reconstrucción minuciosa y erudita de un determinado período histórico. La complejidad de los temas (la caída del hombre, la corrupción inherente al poder, la imposibilidad de desclasamiento), la combinación de la sencillez de un relato lineal con el diestro manejo del punto de vista del narrador, el profundo análisis de la crisis catártica que rodea el drama de la degradación y la maestría de una prosa que salva limpiamente el difícil obstáculo de la recreación histórica hacen de esta novela un espléndido relato en el que resuenan ecos coradianos.

Lectulandia

William Golding

# Ritos de paso

## Trilogía del mar - 1

**ePub r1.0**
**nalasss** 27.09.14

Título original: *Rites of Passage*
William Golding, 1980
Traducción: Fernando Santos Fontenla

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

# Nota del traductor

A menudo se hallan en el oficio de traductor escollos lingüísticos casi insalvables, pero que de un modo u otro se deben resolver de modo que se desmienta el viejo dicho de *traduttore traditore*. Así ocurre en esta magistral obra de Golding, tan llena de matices y de pasos sutiles de un tipo de idioma a otro, de la seguridad arrogante de los unos, pasando por el servilismo o la incultura de otros, a la serena naturalidad de otros más.

Todo eso se puede ir resolviendo al disponer de un contexto, y así se ha tratado de hacer en este caso, pero el título de la novela es algo más complicado, pues un título, presentado desnudo al lector, carece de contexto hasta que está bien iniciada la lectura. El título finalmente elegido es el que se ha considerado mejor, pero el traductor se considera obligado a advertir al lector de lo polivalente que es el original.

Golding utiliza el término antropológico de *Rights of Passage* en una multiplicidad de sentidos. Veamos:

El primer sentido, el antropológico, es el de ritos de iniciación, o de transición de la adolescencia a la virilidad. El segundo se refiere a los ritos de paso o cruce, en este caso del Ecuador, episodio clave de la trama, pero también el de la línea blanca trazada a ambos lados del palo de mesana, que señala la divisoria entre la oficialidad y los pasajeros «distinguidos» o «de nota», y la marinería y «gente del común».

Pero, además, en el título va implícito el juego constante de palabras entre *rite* (rito) y *right* (derechos), de igual pronunciación en inglés, de modo que intervienen asimismo los conceptos de «derecho de paso inocente», del derecho marítimo, e incluso de los derechos de(l) pasaje, esto es, los que confiere el precio pagado por la travesía y/o los derechos de los pasajeros como colectivo humano.

Hechas estas aclaraciones, queda descargada, al menos en parte, la obligación del *traduttore* de ser lo menos *traditore* posible.

# (1)

Respetado padrino:

Con estas palabras inicio el diario que me comprometí a enviarle: ¡no hay palabras más adecuadas!

Bien, pues. Lugar: a bordo del buque, al fin. Año: lo sabe usted. ¿Fecha? Sin duda, lo que importa es que éste es el primer día de mi travesía al otro extremo del mundo; en símbolo de lo cual inscribo en este momento el número «1» al principio de la página. Pues lo que estoy a punto de escribir debe servir de constancia de nuestro *primer día*. ¡Poco pueden significar el mes o el día de la semana, pues en nuestra larga travesía desde el sur de la Vieja Inglaterra hasta las Antípodas vamos a pasar por la geometría de las cuatro estaciones!

Esta misma mañana, antes de salir de la mansión, fui a ver a mis hermanos pequeños y ¡cómo trataban a la vieja Dobbie! Lionel se lanzó a lo que según él era una danza de guerra de los aborígenes. Percy se puso boca arriba y se rascó la panza mientras emitía unos gruñidos horrorosos para expresar los terribles resultados de habérseme comido vivo. Les di unos golpes para obligarlos a adoptar una actitud de decente sumisión y volví a bajar a donde me esperaban madre y padre. Madre…, ¿fingió una lagrimita o dos? Ah, no; eran de verdad, pues en aquel momento yo mismo sentí en mi fuero interno una emoción que quizá no se hubiera considerado viril. Diría que incluso mi padre… ¡Creo que hemos prestado más atención a los sentimentales Goldsmith y Richardson que a esos alegres ancianos que son Fielding y Smollett! Su Señoría habría quedado en verdad convencido de mi valía de haber oído las amonestaciones que se me hicieron, como si fuera un condenado a galeras, en lugar de un caballero joven que va a servir de ayudante del gobernador en la administración de una de las colonias de Su Majestad. Los evidentes sentimientos de mis padres me hicieron sentir mejor… ¡Y mis propios sentimientos también me hicieron sentir mejor! Su ahijado es, en el fondo, un buen muchacho. ¡Para recuperarse le hizo falta recorrer todo el camino hasta más allá del pabellón y hasta la primera curva junto al molino!

Bien, pues, continuemos, y ya estoy a bordo. Escalé el flanco abultado y embreado de lo que, en su juventud, quizá fuera una de las formidables *murallas de madera* de la Gran Bretaña. Pasé por una especie de puerta baja a la oscuridad de un puente u otro y al primer aliento me dieron náuseas. ¡Dios mío, qué hedor! Había gran zafarrancho en medio de un crepúsculo artificial. Un individuo que anunció ser mi sirviente me llevó a una especie de conejera contra un costado del buque y me aseguró que era mi camarote. Es un viejo cojo de cara astuta y un mechón de pelo

blanco en cada sien. Esos mechones están conectados entre sí por una calva brillante.

—Buen hombre —le dije—, ¿qué es esta peste?

Venteó con la nariz afilada y miró en su derredor como si pudiera ver la peste en la oscuridad, en lugar de olerla.

—¿Peste, señor? ¿Qué peste, señor?

—*Esta peste* —dije llevándome la mano a la nariz y la boca para contener las arcadas—, este hedor, este tufo, ¡como quieras llamarlo!

Tiene humor este Wheeler. Me echó una sonrisa como si el puente, con el que casi dábamos con las cabezas, se hubiera abierto y dejado entrar algo de luz.

—¡Ah, señor! —dijo—. ¡Ya se acostumbrará a esto!

—¡No quiero acostumbrarme! ¿Dónde está el capitán de este navío?

Se apagó la animación en el rostro de Wheeler, que me abrió la puerta de la conejera.

—Tampoco el capitán Anderson puede hacer nada, señor —dijo—. Es la arena y la grava, ¿sabe usted? Los barcos nuevos llevan lastre de hierro, pero éste es demasiado viejo. Si fuera de edad mediana, por así decirlo, se lo habrían puesto. Pero no a éste. Es demasiado viejo, ¿sabe? No quieren menear las cosas de allá abajo, señor.

—¡Entonces debe de ser un cementerio!

Wheeler se quedó pensando un momento.

—Yo de eso no entiendo, señor, porque es mi primer viaje en éste. Ahora, si se sienta un momento, le traeré un coñac.

Dicho esto, desapareció antes de que pudiera decirle nada más, y he de seguir aspirando el aire del *entrepuente*. De manera que ahí me quedé y aquí sigo.

Permítame describir lo que será mi vivienda hasta que pueda lograr acomodo más adecuado. La conejera contiene una litera como una artesa alineada al costado del buque y con dos cajones debajo. A un extremo de la conejera hay un escritorio abatible y al otro extremo un cuenco de lona con un cubo debajo. ¡He de suponer que el buque contendrá una zona más *confortable* para la realización de nuestras funciones naturales! Encima del cuenco hay espacio para un espejo y dos estantes para libros al pie de la litera. El único mueble que hay en este noble apartamento es una silla de lona. La puerta tiene a nivel de los ojos una apertura bastante grande por la que se filtra algo de la luz del día, y la pared del otro lado está dotada de ganchos. El piso, o cubierta, como debo llamarlo, tiene grietas tan hondas que se puede uno torcer un tobillo en ellas. Supongo que estas huellas las causaron las ruedas de hierro de la corredera del cañón cuando la nave era joven y lo bastante vigorosa para llevar todo su complemento de armas. La conejera es nueva, pero el techo —¿o lo llaman buharda?— y el costado del barco más allá de mi litera son viejos, están gastados, astillados y llenos de remiendos. ¡Imagínese que se me pide vivir en este gallinero,

esta pocilga! Pero lo aceptaré con buen ánimo hasta que pueda ver al capitán. Ya el mero acto de respirar ha moderado mi conciencia de nuestro tufo, y la generosa copa de coñac que ha traído Wheeler casi me ha reconciliado con la peste.

¡Pero qué mundo más ruidoso es este de madera! El viento del sudoeste que nos retiene en el fondeadero ruge y silba en el aparejo y atruena por encima de él —por encima de *nuestras* (pues estoy decidido a utilizar este largo viaje para dominar totalmente los asuntos del mar)—, por encima de nuestras lonas aferradas. El chaparrón tamborilea un toque de retreta en cada pulgada del barco. Por si fuera poco, de proa y de esta misma cubierta, llegan balidos de ovejas, mugidos de vacas, gritos de hombres y, ¡sí, chillidos de mujeres! También aquí hay bastante ruido. Mi conejera, o pocilga, no es más que una de las que hay a este lado de la cubierta, que son una docena, con otras tantas al otro. Las dos filas están separadas por un sombrío vestíbulo, cortado únicamente por el cilindro, vertical y enorme, de nuestro *palo de mesana*. A popa del vestíbulo, me asegura Wheeler, está el salón-comedor de los pasajeros con los cuartos de servicios a ambos lados. Por el vestíbulo se pasean o están paradas en grupos unas figuras borrosas. Son —somos— los pasajeros, he de suponer; y por qué un antiguo navío de línea como éste se ha transformado así en un transporte de provisiones, ganado y pasajeros es algo que sólo se puede explicar por los apuros en que se hallan los lores del Almirantazgo, que han de disponer de más de 600 buques de guerra.

Wheeler me acaba de informar de que comeremos dentro de una hora, a las cuatro. Cuando le he observado que me proponía solicitar un alojamiento más amplio, se ha parado a pensarlo un momento y después ha replicado que sería un tanto difícil y me aconsejaba esperar algo. Cuando le he expresado mi indignación porque se utilice un navío tan decrépito para esta travesía, él, de pie a la puerta de mi conejera y con una servilleta al brazo, me ha transmitido todo lo que sabía de filosofía marinera, o sea: «Señor, flotará hasta que se hunda y, señor, cuando lo construyeron fue para que se hundiera»; con toda una conferencia sobre quedar en retiro sin nadie a bordo más que el contramaestre y el carpintero, otro tanto sobre lo fácil que es echar una guindaleza *al estilo antiguo*, en lugar de lanzar una sucia cadena de hierro que se sacude igual que el ahorcado en el cadalso, y me ha hundido el ánimo hasta ese lastre asqueroso. ¡Y cómo desprecia las quillas de cobre! Ahora me encuentro con que no tenemos más que *brea por fuera y por dentro*, como el navío más antiguo de la Marina, ¡y supongo que su primer comandante no fue otro que el capitán Noé! El saludo con que se despidió Wheeler para animarme consistió en decirme que estaba convencido de que «en una galerna es más seguro que muchos barcos de mejor aire». *¡Más seguro!* «Porque —dijo— si nos metemos en una galerna va a flotar como una bota vieja.» La verdad es que cuando se separó de mí había deshecho gran parte de la buena obra realizada por el coñac. Después de todo, me

encontré con que era absolutamente imprescindible extraer todo lo que iba a necesitar durante la travesía de mis cofres antes de que los *estibaran en bodega*. Tal confusión hay a bordo de este navío que no puedo hallar a nadie con autoridad para dar una contraorden ante tamaña necedad. Me he resignado, pues, he utilizado a Wheeler para parte del desembalaje, he colocado mis propios libros y he visto cómo se me llevaban los cofres. Si la situación no fuera tan absurda me sentiría enojado. Sin embargo, me ha hecho bastante gracia la conversación entre los individuos que se los llevaron, por lo perfectamente náuticas que eran sus expresiones. He puesto junto a la almohada el *Diccionario Marítimo* de Falconer, ¡pues estoy decidido a hablar el idioma de los lobos de mar como cualquiera de estos individuos que ya lo son!

*Más tarde*

Hemos comido a la luz de una amplia ventana de popa y sentados a dos mesas largas, en medio de una gran confusión. Nadie sabía nada. No había oficiales, los sirvientes no daban abasto, la comida era mala, mis compañeros de viaje estaban de mal humor y sus damas cerca de la histeria. Pero no cabe duda de que la vista de otros navíos anclados cerca de nuestro ventanal de popa resultaba emocionante. Wheeler, que es mi báculo y guía, dice que se trata del resto del convoy. Me ha asegurado que la confusión a bordo disminuirá y que, según dice él, ya nos *asentaremos*; supongo que igual que se han asentado la arena y la grava, hasta que —si he de juzgar por algunos de los pasajeros— apestemos igual que el navío. Su Señoría advertirá una cierta irritación en mis palabras. De hecho, de no haber sido por un vino tolerable, estaría verdaderamente enojado. Nuestro Noé, un tal capitán Anderson, no se ha dignado presentarse. Me daré a conocer a él a la primera oportunidad, pero ya es de noche. Mañana por la mañana me propongo reconocer la topografía del navío y entablar conocimiento con los oficiales de mejor clase, si es que los hay. Llevamos damas, algunas jóvenes, otras de mediana edad y otras ancianas. Llevamos algunos pasajeros entrados en años, un oficial del ejército bastante joven y un clérigo aún más joven. Este pobre individuo trató de bendecir la mesa y se tuvo que poner a comer más ruborizado que una novia. No he logrado ver al señor Prettiman, pero supongo que está a bordo.

Wheeler me dice que por la noche se alargará el viento y levaremos anclas, nos haremos a la vela, zarparemos, iniciaremos nuestra larga travesía cuando cambie la marea. Le he dicho que soy buen marinero y he visto cómo le pasaba por el rostro esa misma luz peculiar que no llega a ser una sonrisa, sino más bien una expansión involuntaria. Inmediatamente he decidido dar a este hombre una lección de modales a la primera oportunidad, pero a medida que escribo estas palabras va cambiando el régimen de nuestro mundo de madera. Llega el ruido de voleas y truenos, que debe de

ser de velas que se largan. Suenan silbatos chillones. Dios mío, ¿pueden proceder esos ruidos de gargantas humanas? ¡Pero *eso* y *eso* deben de ser cañonazos de señales! Junto a mi conejera ha caído un pasajero con grandes juramentos y las damas dan gritos, las vacas mugen y las ovejas balan. Todo es confusión. ¿Será posible que sean las vacas las que balan, las ovejas las que mugen y las damas las que envían al barco y sus maderos al fuego eterno? El cuenco de lona en que me ha echado agua Wheeler ha cambiado de posición sobre su *suspensión* y ahora forma un leve ángulo.

Acaba de salir nuestra anda de la arena y la grava de la Vieja Inglaterra. No tendré ninguna relación con mi país nativo durante tres, o quizá cuatro o cinco años. Confieso que incluso con la perspectiva de un empleo interesante y ventajoso, la idea es solemne.

¿Y cómo, ya que estamos siendo solemnes, voy a concluir la relación de mi primer día en la mar si no es con una expresión de mi profunda gratitud? Me ha puesto usted el pie en la escala y, por alto que llegue —¡pues debo advertir a Su Señoría que mi ambición no conoce límites!—, nunca olvidaré a quién pertenecía la amable mano que fue la primera en ayudarme a ascender. Que nunca se lo considere indigno de esa mano, ni *haga* nada indigno de ella, es por lo que reza —es lo que *se propone*— el agradecido ahijado de Su Señoría.

Edmund TALBOT

# (2)

He puesto el número «2» al comienzo de esta entrada, pese a no saber cuánto escribiré hoy. Todas las circunstancias van en contra de una composición cuidadosa. Tengo tan poca fuerza en los miembros…, el retrete, el baño…, perdón, no sé cómo llamarlo, pues, en estricto idioma marinero, los *beques* están en la proa del navío, los oficiales deben tener un *jardín* y los guardiamarinas deben tener…, no sé lo que deben tener los guardiamarinas. El movimiento constante del navío y la necesidad de adaptar constantemente mi cuerpo a él…

Su Señoría tuvo a bien recomendar que no me callara nada. ¿No recuerda cómo me sacó de la biblioteca con un brazo amigablemente al hombro, mientras exclamaba con su aire jovial: «¡Cuéntamelo todo, muchacho! ¡No te dejes nada! ¡Quiero vivir otra vez por intermedio tuyo!»? Pero el diablo me lleve, pues he estado terriblemente mareado y me he quedado en la litera. Después de todo, lo mismo le ocurrió a Séneca frente a Nápoles, ¿no? —pero seguro que usted lo recuerda—, y si incluso un filósofo estoico queda disminuido por unas cuantas millas de marejada, ¿qué va a ser de todos los pobres de nosotros en la alta mar? Debo reconocer que ya he estado reducido a lágrimas saladas de agotamiento, ¡y en tal estado femenil me descubrió Wheeler! Sin embargo, no es mal individuo. Expliqué mis lágrimas por el agotamiento y él manifestó animadísimo su acuerdo.

—Pero, señor —dijo—, usted se podría pasar el día cazando y después bailar toda la noche. En cambio, si me pusieran a mí, o a casi cualquier marinero, encima de un caballo, se nos iban a quedar los riñones en las rodillas.

Respondí con un gruñido y oí que Wheeler le sacaba el corcho a una botella.

—Piense, señor —dijo—, que es como si dijéramos aprender a montar en barco. Dentro de poco lo hará usted muy bien.

La idea me tranquilizó, pero no tanto como el delicioso aroma que *invadió mi espíritu como el cálido sur*. Abrí los ojos y, oh, ¿qué había hecho Wheeler sino traer una dosis enorme de elixir paregórico? Este agradable gusto me retrotrajo a mi infancia, ¡y *esta* vez sin nada de esa melancolía que traen siempre los recuerdos de la infancia y el hogar! Le dije a Wheeler que se fuera, me quedé un rato amodorrado y después me dormí. ¡En verdad, la amapola le habría servido al viejo Séneca más que su filosofía!

Me desperté de unos extraños sueños y en una oscuridad tan absoluta que no sabía dónde estaba, pero pronto lo recordé y advertí que nuestro movimiento había aumentado sensiblemente. Inmediatamente llamé a Wheeler con un grito. Al tercer grito —reconozco que acompañado de más juramentos de los que normalmente considero convienen al sentido común o al comportamiento de un caballero— abrió

la puerta de mi conejera.

—¡Wheeler, ayúdame a salir de aquí! ¡Necesito respirar algo de aire!

—Si se queda usted un rato, señor, en seguida estará más firme que una trébede. Voy a ponerle un cuenco.

¿Hay, puede haber, algo más tonto y menos cómodo que la perspectiva de imitar una trébede? Mentalmente me imaginaba que un grupo de trébedes estaría tan satisfecho y tan pagado de sí mismo como una reunión de metodistas. Maldije abiertamente al individuo. Pero al final, resultó que tenía bastante razón. Me explicó que pasábamos por un *ventarrón*. Consideró que mi capote con esclavina era una prenda demasiado fina para arriesgarla cuando volaba por todas partes espuma salada. ¡Añadió, misteriosamente, que no quería verme con aspecto de capellán! Pero él tenía en su posesión un capote de hule amarillo sin usar. Con aire melancólico dijo haberlo comprado para un señor que al final no se había embarcado. Era justo de mi talla y me lo podía dar por lo mismo que él había pagado. Después, al final de la travesía, se lo podía volver a vender de segunda mano, si quería. En aquel mismo momento acepté esa ventajosísima oferta, porque aquel aire me ahogaba y ansiaba salir a cubierta. Me ayudó a ponerme el capote y me lo ató, me metió los pies en unas botas de caucho y me ajustó a la cabeza un gorro de hule. ¡Ojalá hubiera podido verme Su Señoría, pues debo de haber tenido el aspecto de un auténtico lobo de mar, pese a lo poco firme que me sentía! Wheeler me ayudó a salir al vestíbulo, que estaba inundado. Siguió hablando constantemente para decir, por ejemplo, que debíamos aprender a llevar una pierna tiesa y la otra doblada, como las cabras. Le dije irritado que, como durante la última paz había visitado Francia, ya sabía cuándo estaba inclinada una cubierta, pues no había hecho el viaje caminando sobre las aguas. Salí al combés y me apoyé en la amurada de babor, es decir, del lado de abajo de la cubierta. Por encima de mi cabeza se extendían las principales cadenas y la gran extensión de flechaduras —¡ah, Falconer, Falconer!—, y por encima de ellas multitud de cuerdas sin nombre zumbaban, restallaban y silbaban. Todavía se veía un poco de luz, pero la espuma volaba por encima del lado alto, el de estribor, y las nubes que nos pasaban corriendo no parecían ir más altas que los mástiles. Naturalmente, teníamos compañía, pues el resto del convoy estaba a nuestro babor y ya iba iluminado, aunque la espuma y una niebla como de humo mezclada con lluvia oscurecían sus luces. Respiré con una exquisita facilidad tras el hedor de mi conejera y no pude por menos de esperar que este tiempo extremo, e incluso violento, se llevara parte de la peste. Algo restaurado, miré a mi alrededor y por primera vez desde que levamos anclas vi que revivían en mí el intelecto y el interés. Al mirar hacia arriba y hacia detrás vi que había dos timoneles en la rueda, dos figuras vestidas de tela embreada negra con las caras iluminadas, desde abajo cuando miraban el uno tras el otro a la brújula iluminada y después al velamen. Eran pocas las velas

extendidas al viento y supuse que se debía a la inclemencia del tiempo, pero más tarde me dijo Wheeler —ese Falconer andante— que eso era para que no nos separásemos demasiado del resto del convoy, porque les «sacábamos ventaja» a todos salvo a unos pocos. Cómo lo sabe, si es que de verdad lo sabe, es un misterio, pero dice que nos despediremos del escuadrón frente a Ouessant, le dejaremos nuestro otro navío de línea y tomaremos uno de los suyos para que nos convoye hasta la latitud de Gibraltar, ¡después de lo cual seguiremos solos, sin más protección contra la captura que los pocos cañones que nos quedan y nuestro intimidante aspecto! ¿Es esto justo o decente? ¿No se dan cuenta Sus Señorías de a qué futuro secretario de Estado han lanzado tan despreocupadamente a las aguas? ¡Esperemos que, al igual que el pan de la Biblia, también a mí me recuperen! Mas la suerte está echada y debo seguirla. Allí permanecí, pues, espalda contra la amurada, bebiendo el viento y la lluvia. Concluí que en su mayor parte mi extraordinaria debilidad se había debido más al hedor de la *conejera* que al movimiento del navío.

Ya no quedaban más que los últimos rayos de luz, pero mi vigilia se vio recompensada al ver la incomodidad a que había escapado. ¡De nuestro vestíbulo salió al viento y la lluvia del combés un clérigo! Supuse que era el mismo individuo que había tratado de bendecir la mesa en nuestra primera comida y a quien no había oído nadie más que el Todopoderoso. Llevaba calzón corto, casaca larga y, al cuello, unas como bandas que ondeaban al viento, cual un pájaro atrapado en una ventana. Con ambas manos se aplastaba el sombrero y la peluca y primero trastabillaba de un lado y luego del otro, como un cangrejo borracho (¡estoy *seguro* de que Su Señoría ha visto alguna vez a un cangrejo borracho!). El clérigo se dio la vuelta, como hacen todos los que no están acostumbrados a una cubierta inclinada, y trató de avanzar a cuatro patas hacia arriba en lugar de hacia abajo. Vi que estaba a punto de vomitar, pues su tez tenía la misma mezcla de palidez y verdor que un queso rancio. Antes de que pudiera gritarle una advertencia, efectivamente, vomitó y después resbaló por cubierta. Se puso de rodillas —¡y no creo que fuese para hacer sus devociones!— y luego de pie justo en el momento en que una *virada* del buque daba a su movimiento un ímpetu adicional. ¡El resultado es que bajó, medio corriendo, medio volando, por cubierta y quizá hubiera pasado por entre las flechaduras de babor si no lo hubiera agarrado yo del cuello! Tuve una visión de una cara húmeda y verde y después salió corriendo del vestíbulo el sirviente que desempeña para los pasajeros de estribor los mismos oficios que nuestro Wheeler para los de babor, agarró al pobrecillo por los sobacos, me pidió perdón y cargó con él hasta sacarlo de mi vista. Estaba yo maldiciendo al clérigo por mancharme mis hules cuando hubo una virada, un temblor y un torrente oportuno, mezcla de lluvia y de agua de mar, me dejó limpio de sus huellas. No sé por qué motivo, aunque el agua me irritó la cara, me puso de buen humor. ¿Qué son la filosofía y la religión cuando sopla el viento y el agua cae a

chuzos? Allí me quedé, agarrándome con una mano, y empecé verdaderamente a disfrutar con toda aquella confusión, iluminada como estaba por los últimos rayos de luz. Nuestro enorme buque anticuado, con sus escasas velas amainadas, de las que caían cascadas de lluvia, iba atacando a esta mar y, por lo tanto, avanzando a golpes entre las olas, como un matón que se abre camino por la fuerza en medio de una densa multitud. E igual que el matón podría tropezar acá o allá con un espíritu gemelo, igual éste (nuestro barco) tropezaba de vez en cuando con una dificultad, o bajaba y subía o, quizá, se daba una bofetada que hacía que toda su proa, después el combés y, por último, la cubierta de popa espumarajeasen y se inundaran de agua blanca. Empecé, como había dicho Wheeler, a *aprender a montar en barco*. Los mástiles se inclinaban algo. Los obenques de barlovento estaban tensos, los sotaventos yacían lánguidos o casi. El enorme cable de su *braza mayor* se lanzaba hacia el sotavento entre los mástiles, y ahora hay una cosa que desearía señalar. ¡La comprensión de este vasto mecanismo es algo que no se consigue gradualmente ni mediante el estudio de diagramas en los diccionarios marítimos! Llega, cuando llega, de golpe. En aquella semioscuridad, entre una ola y la siguiente, encontré comprensibles el barco y el mar, no sólo en términos de la ingeniosidad de su mecánica, sino como… ¿como qué? Como corcel, como medio de comunicación, como medio para un fin. Era éste un placer que no había previsto yo. Era, pensé con quizá una cierta complacencia, toda una adición a mis conocimientos. Una sola escota, un cabo atado a la esquina inferior de sotavento de una vela, vibraba a unas yardas por encima de mi cabeza, locamente, a fe, pero era comprensible. Como si se tratara de aumentar la comprensión, en el momento en que examinaba aquel cabo y su función llegó un golpetazo de proa, una explosión de agua y espuma, y cambió la vibración del cabo, cortada a mitad de camino, de modo que durante un momento trazó en toda su longitud dos estrechas elipses de lado a lado, lo cual ilustró, de hecho, la *primera armonía*, como el momento en que si se toca con suficiente exactitud una cuerda de violín el músico alcanza la nota que está una octava por encima de la abierta.

Pero este barco tiene más cuerdas que un violín, más que un laúd, creo que más que un arpa, y bajo la dirección del viento hace una música feroz. Reconoceré que al cabo de un rato no me hubiera venido mal la compañía humana, pero la Iglesia ha sucumbido, y también el Ejército. No puede haber una dama que esté en otro sitio que en su litera. En cuanto a la Marina… bueno, se encuentra literalmente en su elemento. Acá y acullá se ve a sus miembros embutidos en sus capotes embreados, todos negros salvo las pálidas caras que son el único contraste. A cierta distancia se parecen mucho a las peñas cuando las baña el agua de la marea alta.

Cuando desapareció totalmente la luz, me abrí camino como pude hasta mi conejera y llamé de un grito a Wheeler, que llegó inmediatamente, me ayudó a

quitarme el capote y lo colgó de un gancho donde inmediatamente quedó formando un ángulo extraño. Le dije que me trajese una lámpara, pero me replicó que no era posible. Esto me puso de mal humor, pero explicó bastante bien el motivo. Las lámparas son peligrosas para todos, pues si se caen no hay forma de controlarlas. Pero si no me importaba pagarla, podía traerme una candela, pues las candelas se apagan al caer, y aun así, tendría que adoptar algunas medidas de seguridad para utilizarla. El propio Wheeler tenía varias candelas. Le repliqué que según tenía entendido lo normal era obtener esos artículos del sobrecargo. Tras una breve pausa, Wheeler asintió. No había creído que yo deseara tratar directamente con el sobrecargo, que hacía rancho aparte y al que pocas veces se veía. Los señores no solían tratar con él, sino que empleaban a sus sirvientes, los cuales se aseguraban de que la transacción fuera justa y honesta.

—¡Ya sabe usted —dijo— lo que son los sobrecargos!

Acepté aquello con un aire de sencillez que en un instante —observará, Señoría, que estoy volviendo en mí— ocultó una visión revisada del señor Wheeler, de su paternal interés y de su voluntad de servirme. Tomé nota mentalmente de que estaba decidido a tenerlo calado mucho mejor de lo que él pudiera tenerme calado a mí. De forma que a las once de la noche —o *al toque de las seis campanas*, según el libro—, héteme aquí sentado a mi mesa plegable con este diario abierto ante mí. Mas, ¡qué páginas tan triviales! ¡No contienen nada de los acontecimientos interesantes, las observaciones agudas y, seguro, las chispas de ingenio con que ambiciono entretener a Su Señoría! Pero nuestro pasaje acaba de comenzar.

# (3)

Ha pasado el tercer día con un tiempo todavía peor que los otros. El estado de nuestro barco, o de lo que puedo ver de él, es inexpresablemente sórdido. Por la cubierta, incluso por nuestro vestíbulo, corren torrentes de agua de mar, de lluvia y otros líquidos más sucios que se abren camino inexorablemente por debajo de los listones sobre los cuales se supone se cierra la puerta de mi conejera. Claro que nada ajusta. Pues, si ajustara, ¿qué ocurriría al minuto siguiente cuando este maldito navío haya cambiado de posición y pase de hendir la cresta de una ola a hundirse en el golfo que hay al otro lado de ella? Esta mañana, cuando me abrí camino hasta el salón-comedor —y por cierto no encontré allí nada caliente que beber—, durante un momento no pude volver a salir. La puerta se había encajado. Di tirones irritados al picaporte, le di vueltas y de pronto me encontré colgado de él cuando la nave (este monstruoso navío se convierte en inglés en femenino, como una amante malhumorada) dio una guiñada. Eso no era tan malo en sí mismo, pero lo que vino después podría haberme causado la muerte: la puerta se abrió de un golpe, de modo que el picaporte relampagueó en un semicírculo de radio igual a la anchura de la apertura. Me salvé de una herida fatal o grave por el mismo instinto por el que un gato siempre cae de pie. Esta alternancia entre ajustes herméticos, y después el cumplimiento demasiado fácil de mis deseos por una puerta —uno de esos objetos necesarios en la vida a los que jamás había prestado antes gran interés—, me pareció un gesto de insolencia tan impertinente por parte de unas cuantas planchas de madera que habría podido creer que los genios, las dríadas y las hamadríadas, el material de que está compuesta nuestra caja flotante, se habían negado a salir de su antigua residencia y navegaban con nosotros. Pero no, era meramente —«meramente», ¡Dios mío, qué mundo éste!— que el buen barco hacía lo que Wheeler había calificado de «flotar como una bota vieja».

Estaba yo a cuatro patas, pues la puerta estaba cogida contra el mamparo provisional o transversal (como diría Falconer), con un gancho de metal, cuando por la apertura apareció una figura que me hizo reír como un loco. Era uno de nuestros tenientes e iba avanzando despreocupadamente en tal ángulo con la cubierta —pues mi único plano de referencia era la cubierta— que parecía (aunque inconscientemente) estar haciendo el payaso, y me puso de buen humor pese a todos los golpes. Volví a la más pequeña de las dos mesas del comedor, que quizá fuera la más exclusiva —me refiero a la que se hallaba inmediatamente debajo de la gran ventana de popa—, y me volví a sentar. Naturalmente, todo está bien atornillado. ¿Debería hacer, a Su Señoría, un discurso sobre los «tornillos acolladores»? Creo que no. Bien, pues, obsérveme bebiendo cerveza a la mesa con un oficial. Se trata de un

tal señor Cumbershum, que tiene despacho de Su Majestad y, por lo tanto, hay que tenerlo por caballero, aunque sorbeteaba la cerveza con una indiferencia tan nauseabunda a los usos de la cortesía como si hubiera sido un mozo de cuerda. Debe de tener unos cuarenta años y lleva el pelo negro, corto, pero le sale casi de las cejas. Tiene una cicatriz en la cabeza y es uno de nuestros héroes, por malos que sean sus modales. ¡No me cabe duda de que antes de terminar habremos escuchado *esa* historia! Por lo menos, era una fuente de información. Dijo que el tiempo era malo, pero no demasiado. Consideró que los pasajeros que se quedaban en las literas —ello con una mirada de complicidad en mi dirección— y tomaban allí una comida ligera eran inteligentes, pues no llevamos cirujano y, según dijo, ¡una extremidad rota sería una lata para todos! Parece que no tenemos cirujano porque incluso el más inepto de los matasanos novicios puede vivir mejor en tierra. Es ésta una consideración mercenaria que me ha dado una nueva perspectiva de una profesión que yo siempre había entendido como muy altruista. Observé que, en tal caso, debemos prever una mortalidad enorme y que afortunadamente era una suerte llevar un capellán para celebrar todos los demás ritos, desde el primero hasta el último. Al oír esto, Cumbershum se atragantó, apartó la boca de la jarra y me dijo, con tono de gran asombro:

—¿Un capellán, señor mío? ¡No llevamos ningún capellán!

—Créame, lo he visto.

—No, señor.

—Pero la ley exige que haya uno en cada navío de línea, ¿no?

—El capitán Anderson prefiere que no lo haya, y como los clérigos andan igual de escasos que los cirujanos, resulta tan fácil evitar los unos como difícil conseguir los otros.

—¡Vamos, vamos, señor Cumbershum! ¿No son tan supersticiosos los marineros? ¿No les hace falta invocar de vez en cuando las supersticiones?

—No al capitán Anderson, señor mío. Y, para que lo sepa, tampoco al capitán Cook. Era un notable ateo, y antes hubiera preferido en su barco la peste que un clérigo.

—¡Dios mío!

—Se lo aseguro, señor mío.

—Pero… ¡mi querido señor Cumbershum! ¿Y cómo se va a mantener el orden? ¡Si se saca la piedra angular, todo el arco se derrumba!

No pareció que el señor Cumbershum me entendiera. Advertí que con un hombre así no debería emplear lenguaje figurado y lo dije de otro modo.

—¡Esta tripulación no está formada sólo por oficiales! A proa hay toda una serie de individuos de cuya obediencia depende el orden del todo, ¡depende el éxito de la travesía!

—Son bastante buenos.

—Pero, señor mío…, igual que en un Estado, el argumento supremo para mantener una iglesia nacional es el látigo que lleva en una mano y el… si oso decirlo… premio ilusorio que lleva en la otra, lo mismo en un barco…

Pero el señor Cumbershum se estaba secando los labios con el dorso atezado de la mano y poniéndose en pie.

—Yo de eso no sé nada —dijo—. El capitán Anderson no está dispuesto a llevar un capellán a bordo si puede evitarlo, aunque se lo ofrecieran. El individuo a quien ha visto usted era un pasajero y, según creo, es un curita recién salido de cascarón.

Recordé cómo se había agarrado el pobre diablo al lado equivocado de la cubierta y cómo había vomitado directamente contra el viento.

—Debe de tener usted razón, señor mío. ¡Desde luego, como marinero es de lo más novato!

Informé después al señor Cumbershum de que cuando fuese oportuno yo debía darme a conocer al capitán. Cuando me miró sorprendido le dije quién soy, mencioné el nombre de Su Señoría y el de Su Excelencia, su hermano, y esbocé el puesto que he de ocupar en la casa del gobernador, o tanto como pueda resultar político esbozar, pues ya sabe Su Señoría de qué otros asuntos se me ha encargado. No añadí lo que opinaba. Esto era que como el gobernador es oficial de la Marina, si el señor Cumbershum era un ejemplo normal de esa casta, ¡yo iba a dar al séquito un poco de tono, que buena falta le hacía!

Mi información hizo más charlatán al señor Cumbershum. Volvió a sentarse. Reconoció que nunca había navegado en un barco así ni en una travesía tal. Todo le resultaba extraño, y a su juicio lo mismo ocurría con los demás oficiales. Éramos un navío de guerra, un buque de aprovisionamiento, un navío de transporte o un barco de pasaje, éramos de todo, lo cual equivalía —y creo que en esto advertí una rigidez mental que cabe prever en un oficial al mismo tiempo subalterno y maduro— equivalía a no ser nada. Suponía que al final de la travesía echaría su última anda, lo desarbolarían y se convertiría en un adminículo de la dignidad del gobernador, que ya no dispararía sino salvas cuando éste se desplazara.

—Y —añadió en tono oscuro— ya es hora, señor Talbot, ¡ya es hora!

—Acláreme eso, señor mío.

El señor Cumbershum esperó hasta que el ladeado sirviente nos volvió a atender. Después miró por el hueco de la puerta al vestíbulo vacío y chorreante.

—Sabe Dios lo que iba a ocurrir, señor Talbot, si disparásemos los pocos cañones gruesos que le quedan.

—¡Entonces es cosa del diablo!

—Le ruego que no repita mi opinión al tipo más común de pasajero. No debemos alarmarlos. Ya he dicho más de lo que debería.

—Estaba dispuesto a enfrentarme con algo de filosofía a la violencia del enemigo, pero el que una defensa vigorosa por nuestra parte no vaya a hacer sino aumentar nuestro peligro es, es…

—Es la guerra, señor Talbot; y en paz o en guerra, un barco siempre está en peligro. El único navío de nuestra clase que ha emprendido esta enorme travesía, y me refiero a un buque de guerra convertido, por así decirlo, a fines generales, se llamaba el *Guardián*, creo… sí, el *Guardián*, no la terminó. Pero ahora que recuerdo tropezó con un iceberg en los Mares del Sur, de forma que no importan mucho la clase ni la edad.

Recuperé el aliento. A través de la impasibilidad del exterior de aquel hombre detecté una determinación de ridiculizarme, precisamente porque le había aclarado la importancia de mi posición. Reí de buen humor y cambié de tema. Por un momento pensé en ensayar el halago que Su Señoría me ha recomendado como un posible *passe-partout*.

—Señor mío, con oficiales tan sacrificados y tan capaces como los que llevamos, estoy seguro de que no tenemos nada que temer.

Cumbershum se me quedó contemplando como si sospechara que mis palabras tenían un significado oculto y quizá sarcástico.

—¿Sacrificados, señor mío? ¿Sacrificados?

Había llegado el momento de «cambiar de bordo», como decimos los marinos.

—¿Ve usted esta mano izquierda, señor mío? Me lo ha hecho esa puerta. Mire lo llena que tengo de arañazos y de golpes la que supongo que llamaría usted la mano de babor. ¡Tengo una magulladura en la mano de babor! ¿No es algo perfectamente marinero? Pero voy a seguir su primer consejo. Primero voy a tomar algo de comida con un vaso de coñac y después a acostarme para no partirme ningún hueso. ¿Quiere usted beber conmigo, señor mío?

Cumbershum negó con la cabeza.

—Entro de guardia —dijo—. Pero sí, métase usted algo en el estómago. Ah, una cosa más. Le ruego tenga cuidado con el elixir de Wheeler. Es fortísimo y a medida que avance la travesía el precio va a subir hasta las nubes. ¡Camarero! ¡Un vaso de coñac para el señor Talbot!

Después me dejó con una inclinación de cabeza de lo más cortés que cabría esperar en un hombre que estaba ladeado como un tejado. Sólo verlo bastaba para sentirse uno mareado. De hecho, la capacidad que tiene la bebida fuerte para calentar el cuerpo hace, creo yo, que resulte más seductiva en la mar que en tierra. Por eso, con aquella copa decidí regular la ingestión que hacía de ella. Me volví cautelosamente en mi asiento fijado al suelo e inspeccioné aquel mundo de aguas furiosas que se extendía inclinado más allá de nuestra ventana de popa. Debo confesar que no me brindó el más mínimo consuelo; tanto más cuanto que reflexioné

que en caso de que nuestra travesía tuviera el más feliz de los resultados, no habría una sola ondulación, ola, onda, *cresta*, de las que cruzo en una dirección que no haya de cruzar en la otra dentro de unos años. Me quedé largo rato contemplando mi coñac, con la mirada fija en aquel charquito aromático de líquido. Hallaba entonces poca cosa que me tranquilizara a la vista, salvo la prueba evidente de que el resto del pasaje estaba aún más aletargado que yo. Esta idea me decidió a comer inmediatamente. Logré tragar algo de pan casi reciente y un poco de queso blando. Después de esto bebí coñac y *desafié* a mi estómago a que se comportara mal, y tanto lo asusté con la amenaza de añadir una cervecita al coñac, después el paregórico de Wheeler y tras ello la capacidad destructiva definitiva de un recurso habitual, Dios nos valga, el láudano, que aquel pobre órgano tan sufrido se quedó más quieto que el ratón cuando oye que el pinche de cocina aviva el fuego por la mañana. Me *puse en facha, enfilé, apunté* y comí; después estuve trabajando en estas mismas páginas a la luz de mi candela para dar a Su Señoría, sin duda, una visión temblorosa de «vivir por intermedio de mí», ¡lo cual lamento tanto o más que usted! Creo que todo el barco, desde los animales domésticos hasta su humilde servidor, está más o menos mareado, claro que siempre con la excepción de los lobos de mar, que se bambolean chorreantes.

# (4)

¿Y cómo está hoy Su Señoría? ¡Espero que con óptima salud y mejor ánimo, como yo! Tengo tantas cosas en la cabeza, la lengua, la pluma, en todo, que lo que más trabajo me cuesta es saber cómo ponerlas en el papel. En resumen, todo lo relativo a nuestro mundo de madera ha cambiado para mejor. No quiero decir que ya tenga el «pie marino», ¡pues incluso ahora que ya comprendo las leyes físicas de nuestro movimiento, me sigo agotando! Pero lo soporto mejor. Hace un rato que me desperté en las horas de la noche —quizá fuera el grito de una orden— y me sentí, en todo caso, todavía más torturado en el potro de nuestro avance, lento y violento. Durante varios días, que he pasado en cama, percibía a intervalos irregulares una especie de impedimento en nuestro acuático avance que no puedo describir sin decir que era como si durante un momento las ruedas de un carruaje hubieran quedado cogidas en un freno y después se hubieran soltado. Era un movimiento que mientras yo estaba echado en mi artesa, mi litera, con los pies en dirección a popa y la cabeza hacia proa, un movimiento, digo, que me hundía la cabeza más en la almohada, la cual, al ser de granito, transmitía el impulso a todo el resto de mi persona.

Aunque ahora ya podía comprender la causa, la repetición resultaba indeciblemente fatigosa. Pero cuando me desperté se escuchaban sonoros movimientos en cubierta, el atronador ruido de muchos pies y después órdenes dadas a gritos que se prolongaban en algo que cabría suponer eran las vociferaciones de los condenados. No había sabido (ni siquiera cuando crucé el Canal) qué *aria* puede hacerse con la mera orden de «¡Largar las escotas!», y después «¡Soltar, arriba!». Justo encima de mi cabeza, rugió una voz, quizá la de Cumbershum: «¡Arriba!», y hubo todavía más conmociones. El chirriar de las vergas me habría hecho crujir los dientes de manera solidaria si hubiera tenido fuerza para ello, pero después, ¡ah, después! Hasta la fecha, en nuestra travesía no ha habido ninguna circunstancia tan gozosa ni alegre. En un momento, como en un abrir y cerrar de ojos, cambiaron los movimientos de mi cuerpo, de la litera, de todo el barco, pero huelga que siga complicando la ilusión. Inmediatamente supe lo que había producido este milagro. Habíamos cambiado de rumbo más al sur, y en el idioma de nuestros lobos de mar —que, confieso, hablo cada vez con más placer— habíamos pasado de *navegar amura a estribor* a *navegar largo a estribor de la cuadra*. Aunque nuestros bamboleos seguían siendo tan amplios como siempre, eran más suaves, más femeninos y adecuados al sexo de nuestro transporte. Inmediatamente caí sumido en un sueño reparador.

Cuando me desperté no hice ninguna tontería, como salir de la litera de un salto ni ponerme a cantar, pero sí que al gritar para llamar a Wheeler lo hice con un tono

mucho más alegre, creo, que ninguna de mis expresiones desde el día en que me enteré del espléndido carácter de mi empleo colonial…

Pero, ¡vamos! ¡No puedo dar a Su Señoría, ni tampoco la deseará ni la esperará, una descripción de mi viaje minuto por minuto! Empiezo a comprender las limitaciones de un diario como el que tengo tiempo de llevar. ¡Ya no me creo los cuentos gazmoños de doña *Pamela* acerca de cada detalle de su calculada resistencia a los designios de su señor! En una sola frase me verá Su Señoría levantado, aliviado, afeitado y desayunado. En otra me verá en cubierta con mis prendas de hule. Y no estaba solo. Pues aunque el tiempo no había mejorado en absoluto, ahora el viento nos daba en la espalda, o más bien en los hombros, y podíamos estarnos cómodamente al abrigo de nuestras paredes, es decir, de las *amuradas* que llegaban hasta la cubierta de popa y la toldilla. El ver a los pasajeros me hizo pensar en los convalecientes de un balneario, todos ellos en pie, pero inseguros en cuanto a su nueva capacidad de andar o tambalearse.

¡Dios mío! ¡Qué hora es! Si no logro elegir mejor lo que digo, me voy a encontrar describiendo el día de anteayer en lugar de contarle esta noche lo que ha ocurrido hoy. Pues he pasado el día paseando, hablando, comiendo, bebiendo, explorando, y aquí estoy otra vez sin acostarme, impedido por la —debo confesar— agradable invitación de la página. Estoy viendo que escribir es como beber. Hay que aprender a controlarse.

Adelante, pues. Al cabo de poco tiempo vi que mis ropas de hule me daban demasiado calor y volví al camarote. Entonces, y como en cierto sentido se iba a tratar de una visita oficial, me vestí con cuidado al objeto de impresionar bien al capitán. Me puse un capote y un sombrero de castor, aunque tomé la precaución de atarme este último a la cabeza con un pañuelo que pasé por encima de la copa y me anudé bajo la barbilla. Debatí en mi fuero interno si sería correcto enviar a Wheeler para anunciarme, pero pensé que dadas las circunstancias esto podría resultar demasiado formal. En consecuencia, me puse los guantes, sacudí las esclavinas, me miré las botas y consideré que estaban bien. Fui a subir las *escalas* —aunque, naturalmente, se trata de escaleras, y bien anchas— para llegar a la cubierta de popa y la toldilla. Pasé junto al señor Cumbershum, que estaba con un subordinado suyo, y le di los buenos días. Pero hizo caso omiso de mi saludo de tal forma que me habría ofendido de no haber sabido por la conversación del día anterior que sus modales son toscos y su ánimo versátil. Por ende, me acerqué al capitán, al que se podía reconocer por su uniforme, galoneado aunque raído. Estaba en el lado de estribor de la toldilla, de espaldas al viento con las manos atrás y me contemplaba con la cara levantada, como si mi aparición lo escandalizara.

Ahora he de familiarizar a Su Señoría con un desagradable descubrimiento. Por valerosa y, de hecho, invencible que sea nuestra Armada, por heroicos y fieles a su

pueblo que sean sus oficiales, ¡un barco de guerra es un despotismo innoble! La primera observación del capitán Anderson —si es que cabe llamar tal a un gruñido—, expresada en el mismo momento en que, tras llevarme el guante al ala del sombrero estaba a punto de decirle mi nombre, fue de una descortesía increíble:

—¿Quién diablos es éste, Cumbershum? ¿No han leído mis órdenes?

Tal observación me asombró tanto que no esperé a oír la respuesta de Cumbershum, si es que la hubo. Lo primero que pensé es que, por algún malentendido totalmente incomprensible, el capitán Anderson estaba a punto de darme un golpe. Inmediatamente, y en voz bien alta, me di a conocer. Aquel hombre empezó a bramar, y yo me hubiera dejado dominar por la ira de no haber ido comprendiendo poco a poco lo absurdo de nuestra posición, pues tal como estábamos, yo el capitán, Cumbershum y su satélite, todos teníamos una pierna rígida, como un palo, mientras que la otra se flexionaba regularmente en armonía con los movimientos de la cubierta. Esto me hizo reír, lo que debe haber parecido poco cortés, pero aquel individuo merecía tal respuesta aunque fuera accidental. Cesó en sus bramidos y le subió la color, pero eso me dio la oportunidad de pronunciar el nombre de Su Señoría, y el de Su Excelencia su hermano, igual que uno podría impedir que un salteador de caminos se acercase más sacando inmediatamente un par de pistolas. ¡Nuestro capitán se quedó mirando —si me permite la figura de dicción — la boca del cañón de Su Señoría, decidió que estaba cargado, miró temeroso al embajador que estaba en la otra mano y se echó atrás enseñando unos dientes amarillos! Pocas veces he visto un rostro al mismo tiempo tan frustrado y tan atrabiliario. Por sí solo, este hombre demuestra fielmente lo cierta que es la soberanía de los humores. Este intercambio y lo que siguió sirvieron para acercarme tanto a los límites de su despotismo local que me sentí como un embajador ante la Sublime Puerta, que puede considerarse razonablemente a salvo, aunque incómodo, cuando en torno a él van cayendo unas cabezas tras otras. Juro que el capitán Anderson me habría pegado un tiro, ahorcado, pasado por la quilla o abandonado, si en aquel instante la prudencia no hubiera dominado a sus deseos. Sin embargo, si hoy, cuando el reloj francés del salón de Arrás daba las diez y la campana de nuestro barco picaba cuatro veces, si a esa hora, digo, Su Señoría experimentó un repentino acceso de bienestar y una cálida satisfacción, no puedo jurar que no se haya debido a alguna idea distante de hasta qué punto un nombre noble resulta ser una pieza de artillería montada en plata y mortífera entre gentes de mediana categoría.

Esperé un momento o dos mientras el capitán Anderson tragaba bilis. Él tenía en la más alta consideración a Su Señoría y no quería que en modo alguno se le considerase renuente con su cortesía para con su, su… Esperaba que me sintiera cómodo y no había sabido… La norma era que los pasajeros no vinieran a la toldilla más que por invitación, aunque, desde luego, en mi caso… Esperaba (y esto con una

mirada que habría aterrado a un perro lobo), esperaba verme más a menudo. Allí nos quedamos unos momentos más, con una pierna tiesa y la otra doblada, como juncos en el viento, mientras entre nosotros se movía de un lado a otro la sombra de la *cangreja* (¡gracias, Falconer!). Después, me divirtió ver que no se empecinaba, sino que se llevaba la mano al sombrero, disimulaba este involuntario homenaje a Su Señoría como si estuviera tratando de ajustárselo y se daba la vuelta. Fue como pudo hasta el cairel de popa y allí se quedó, con las manos a la espalda, abriéndolas y cerrándolas como una muestra inconsciente de su irritación. En verdad que aquel hombre casi me dio pena, pues vi que estaba confundido en la seguridad imaginaria de su pequeño reino. Pero no me pareció el momento de tratarlo con amabilidad. ¿No tratamos de utilizar en la política justo la fuerza suficiente para lograr el objetivo deseado? Decidí dejar que siguiera actuando la influencia de esta entrevista durante un tiempo, y hasta que no se le haya metido bien en su malévola cabeza cuál es el verdadero estado de cosas, no voy a tratar de establecer mejores relaciones con él. Tenemos ante nosotros toda esta larga travesía y no es asunto mío hacer que la vida le resulte intolerable, ni lo haría si pudiera. Hoy, como puede suponer Su Señoría, estoy de magnífico humor. El tiempo ya no se arrastra a paso de caracol —pues *si* cabe decir que un cangrejo se emborracha, igual cabe decir que un caracol da pasos—; en lugar de arrastrarse, el tiempo corre, por no decir que vuela. ¡No puedo describir ni la décima parte del día! Es tarde y debo continuar mañana.

# (5)

Aquel cuarto día, pues —aunque en verdad, el quinto—; pero continuemos.

Cuando el capitán se volvió al cairel de popa, me quedé un rato tratando de conversar con el señor Cumbershum. Me respondió con el menor número posible de palabras y empecé a comprender que no se sentía cómodo en presencia del capitán. Sin embargo, yo no quería marcharme de la toldilla de forma que pareciese una retirada.

—Cumbershum —le dije—, ya nos movemos menos. Enséñeme más partes del barco. O si no considera aconsejable interrumpir sus tareas, deje que me lo enseñe este muchacho.

Aquel muchacho, el satélite de Cumbershum, era un guardiamarina, pero no uno de esos viejos que han quedado congelados en su grado subalterno, como una cabra atrapada en la montaña, sino un ejemplo del tipo que provoca una lágrima en todas las madres: dicho en una sola frase, un mozo granujiento de catorce o quince años, cuyo título era, como pronto averigüé, en señal de piadosa esperanza, el de «joven caballero». Cumbershum tardó algo en contestarme, mientras el mozo miraba alternativamente del uno al otro. Por fin, el señor Cumbershum dijo que el mozo, que se llamaba señor Willis, podía venir conmigo. Había logrado mi objetivo. Abandoné los Santos Lugares con dignidad, y de hecho privándolos de un devoto. Cuando bajábamos por la escala oímos una voz del señor Cumbershum:

—¡Señor Willis, señor Willis! No omita usted invitar al señor Talbot a echar un vistazo a las órdenes permanentes del capitán. Puede usted transmitirme las sugerencias que le haga para mejorarlas.

Esta salida me hizo reír de buen humor, aunque a Willis no pareció divertirlo. No sólo es granujiento, sino pálido, y por lo general lleva la boca abierta. Me preguntó qué quería ver y no supe qué decirle, pues lo había utilizado para salir de la toldilla debidamente escoltado. Hice un gesto hacia la proa del buque.

—Vamos allá —dije—, a ver cómo vive la gente del común.

Willis me siguió con algunos titubeos por la sombra de los botes en la botavara, cuando pasé la raya blanca del palo mayor y después entre las jaulas en que llevamos los animales. Entonces se me adelantó y abrió el camino por una escala que llevaba a la parte delantera o *castillo de proa* donde estaban el cabrestante, algunos hombres que tomaban el sol y una mujer que desplumaba un pollo. Fui hacia al bauprés y miré hacia abajo. Comprendí lo vieja que es esta bruja de embarcación, pues juro que lleva un saltillo, como las del siglo pasado, y yo diría que, pese a todo, es bastante frágil de proa. Observé su monstruoso mascarón, emblema de su nombre, y que nuestros marineros, como suelen hacer, han transformado en su jerga en una grosería con la

que no voy a ofender a Su Señoría. Pero el ver a los hombres que había allí abajo, acuclillados en los beques haciendo sus necesidades me resultó desagradable y algunos me miraron con un gesto que me pareció impertinente. Me di la vuelta a contemplar su vasta extensión y la extensión aún más vasta de océano azul oscuro que nos rodeaba.

—Bien, señor mío —dije a Willis—, no cabe duda de que estamos έπ' εύρέα υώτα θαλάσσησ ¿no?

Willis replicó que no sabía francés.

—¿Qué sabe usted, pues, mozo?

—El aparejo, señor; las partes del buque, modos, cotes y vueltas, los puntos de la aguja, las marcas del cordel de sonda, tomar la marcación de una punta de tierra y tomar el sol.

—Veo que estamos en buenas manos.

—Y más que eso, señor —dijo—, como, por ejemplo, las piezas del cañón, la composición de la pólvora, ablandar la sentina y las Ordenanzas de Guerra.

—No debe usted ablandar las Ordenanzas de Guerra —dije yo solemne—. ¡No podemos ser más blandos entre nosotros de lo que lo son los franceses con nosotros! Me parece que la educación de usted le ha entrado, por así decirlo, a montones, como el armario de costura de mi señora madre. Pero ¿qué composición tiene la pólvora que le permite tomar el sol y no tener cuidado para quemarse la piel y ponerse enfermo?

Willis se rió ruidosamente.

—Se burla usted de mí, señor mío; hasta los marineros de agua dulce, con perdón, saben lo que es tomar el sol.

—¿Señor mío, le perdono ese «hasta»? ¿Cuándo puedo ver cómo lo hace usted?

—¿Hacer la observación, señor? Bueno, al mediodía, dentro de unos minutos. Estarán el señor Smiles, nuestro navegante mayor; el señor Davies y el señor Taylor, que son los otros dos guardiamarinas, señor, aunque en realidad el señor Davies no sabe de verdad cómo se hace, pese a sus años, y el señor Taylor, que es mi amigo, le ruego que no se lo mencione al capitán, que tiene un sextante que no funciona porque empeñó el que le dio su padre. Por eso nos hemos puesto de acuerdo en hacer turnos con el mío y dar altitudes con una diferencia de dos minutos.

Me llevé la mano a la frente.

—¿Y la seguridad de todo esto depende de algo tan frágil?

—¿Diga, señor?

—¡Nuestra posición, muchacho! ¡Dios mío, igual podríamos estar en manos de mis hermanitos! ¿Es que nuestra posición la deciden un guardiamarina anciano y un sextante que no funciona?

—¡No, señor, por Dios! En primer lugar, Tommy Taylor y yo creemos que

podemos convencer al señor Davies para que cambie su instrumento, que es bueno, por el de Tommy. Comprenderá usted que al señor Davies ya no le importa. Además, señor mío, de la navegación también se encargan el capitán Anderson, el señor Smiles y otros oficiales.

—Ya entiendo. O sea, que no se limitan a tomar el sol. ¡Lo monopolizan ustedes! Lo observaré con interés y quizá también yo intervenga en esto de tomar el sol cuando pasemos a su lado.

—Eso no sabría usted hacerlo, señor —dijo Willis con tono aparentemente amable—. Nosotros esperamos a que el sol suba en el cielo y medimos el ángulo cuando éste es mayor, y también tomamos la hora.

—¡Pero escuche, mozo —dije—, están ustedes haciéndonos volver a la Edad Media! ¡Dentro de poco me va usted a citar a Tolomeo!

—No sé quién es, señor. Pero hemos de esperar a que suba el sol.

—Ese movimiento es pura apariencia —le dije yo paciente—. ¿No sabe usted quién es Galileo ni su *Eppur si muove*? ¡Es la Tierra la que gira alrededor del sol! ¡Copérnico ha descrito ese movimiento y Kepler lo ha confirmado!

El mozo me contestó con la sencillez, la ignorancia y la dignidad más puras.

—Señor, no sé cómo se comporta el sol con esos caballeros en tierra, pero sé que en la Marina Real sube.

Volví a reír y le puse la mano en el hombro al mozo.

—¡Así sea! ¡Que se mueva como quiera! A decir verdad, señor Willis, celebro tanto verlo ahí arriba, rodeado de nubes níveas, que, por mí, como si se echa a bailar una giga. Mire: se están reuniendo sus compañeros. ¡Vaya con ellos a apuntar su instrumento!

Me dio las gracias y echó a correr. Yo me quedé en la parte más trasera del castillo de proa contemplando la ceremonia, que, confieso, me agradó. En la toldilla había varios oficiales. Estaban esperando al sol con los triángulos de latón pegados a la cara. Entonces se produjo una circunstancia curiosa y emocionante. Toda la marinería que estaba en cubierta, además de algunos de los emigrantes, se dieron la vuelta y contemplaron aquel *rito* con atención silenciosa. No cabía esperar que comprendiesen las matemáticas de la operación. Si yo tengo alguna idea de ella es por la educación, por una curiosidad inveterada y por mi facilidad para aprender. Incluso los pasajeros, o los que estaban en cubierta, se quedaron mirando. ¡No me hubiera sorprendido ver que los caballeros se quitaban el sombrero! Pero la gente, quiero decir la gente del común, cuyas vidas dependían tanto como las nuestras de una medición exacta más allá de su comprensión y de la aplicación de fórmulas que les resultarían tan impenetrables como el chino, esa gente, digo, prestó a toda la operación tanto respeto como el que podría haber prestado en el momento más solemne de un servicio religioso. Podría uno sentirse inclinado a pensar, como pensé

yo, que aquellos instrumentos resplandecientes eran sus ídolos. En verdad, la ignorancia del señor Davies y el defectuoso instrumento del señor Taylor eran pies de barro, ¡pero creo que podían tener una fe justificada en algunos de los oficiales más antiguos! Y además, ¡qué actitudes! La mujer contemplaba con el pollo medio desplumado en el regazo. Dos individuos que subían a una muchacha enferma… hasta *ellos* se quedaron parados observando, como si alguien les hubiera dicho *chist*, mientras su carga yacía impotente entre ellos. Después, también la muchacha volvió la cabeza y observó lo mismo que ellos. Su atención tenía algo de patético, conmovedor y entrañable, como cuando un perro observa una conversación que es imposible pueda comprender. Como Su Señoría debe saber, no soy yo de quienes aprueban las absurdas locuras de la democracia de este siglo y el pasado. Pero cuando vi a varios de nuestros marineros en una postura de tan intensa contemplación, llegué más que nunca a percibir conceptos como los de «deber», «privilegio» y «autoridad» bajo una nueva luz. Salieron de los libros, del aula y de la universidad, a los escenarios más amplios de la vida cotidiana. En verdad, hasta que vi a aquellos individuos como las ovejas hambrientas de Milton que «miran hacia arriba», no había considerado yo la naturaleza de mis propias ambiciones ni buscado la justificación de éstas que ahora se me presentaba. Perdóneme que aburra a Su Señoría con mi descubrimiento de lo que debe conocer tan bien.

¡Qué noble perspectiva! Nuestro navío avanzaba bajo la fuerza de un viento suficiente, pero no excesivo, las olas relumbraban, las nubes blancas se reflejaban de diversos modos en las profundidades, *etc*. ¡El sol resistía, sin aparente esfuerzo, a nuestra toma general! Bajé por la escala y volví hacia donde nuestros navegantes iban rompiendo filas y descendiendo de la toldilla. El señor Smiles, el navegante mayor, es anciano, pero no tan anciano como el señor Davies, nuestro guardiamarina veterano, que tiene casi tantos años como el barco. No sólo descendió la escala hasta el nivel del combés donde me hallaba yo, sino también hasta el nivel siguiente, y se alejó con un movimiento lento y vacilante, como si fuera una aparición de teatro que vuelve a la tumba. Tras obtener permiso, el señor Willis, mi joven conocido, me trajo a su compañero con alguna ceremonia. El señor Tommy Taylor debe de tener hasta dos años menos que el señor Willis, pero cuenta con un ánimo y un tipo gallardo de los que carece su superior en veteranía. El señor Taylor procede de una familia naval. Explicó inmediatamente que el señor Willis andaba flojo de la azotea y necesitaba una reparación. Si quería yo aprender algo de la navegación, debía ir a verlo a él, al señor Taylor, porque con el señor Willis pronto iba a encallar. Hacía sólo un día que había informado al señor Deverel de que a los 60 grados de latitud Norte, un grado de longitud se reduciría a media milla náutica. Cuando el señor Deverel le preguntó —evidentemente, este señor Deverel era un chistoso— a qué quedaría reducido a 60 grados de latitud Sur, el señor Willis contestó que todavía no había llegado a esa parte

del libro. El recuerdo de aquellos errores catastróficos provocó una larga carcajada en el señor Taylor, y no pareció que le sentara mal al señor Willis. Evidentemente, tiene cariño a su joven amigo, lo admira y lo presenta de la mejor forma. Heme aquí, pues, paseando adelante y atrás entre el saltillo de la cubierta de popa y el palo mayor, con un joven acólito a cada lado; el más joven, a mi *mano de estribor*, excitadísimo, lleno de informaciones, opiniones y vigor; el otro, silencioso, pero sonriente, con la boca abierta y asintiendo a las opiniones que expresa su joven amigo acerca de cualquier tema bajo el sol ¡y, a fe, incluso acerca de éste!

Estos dos jóvenes aspirantes fueron los que me indicaron algo acerca de nuestros pasajeros; me refiero, naturalmente, a los que van alojados a popa. Viaja la familia Pike, cuyos cuatro miembros se quieren mucho. Viaja, *naturalmente*, un tal señor Prettiman, que todos sabemos quién es. Viaja, según he sabido por el precoz señor Taylor, en el camarote que se halla entre mi propia conejera y el salón-comedor, un pintor retratista y su esposa con la hija de ambos, damisela a quien el joven caballero mencionado ha calificado de «¡una real hembra!». He averiguado que ésta es la descripción más elogiosa que sabe hacer del encanto femenino el señor Taylor. Su Señoría puede imaginar que la noticia de la presencia a bordo de una bella *incógnita* ha prestado más emoción a mis sentimientos animales.

El señor Taylor podría haberme informado de toda la lista de pasajeros, pero cuando volvíamos del palo mayor por, quizá, vigésima vez, apareció un —o, mejor dicho, el— clérigo que antes había vomitado de forma tan copiosa encima de sí mismo y que salía del vestíbulo del sector de pasaje. Estaba dándose la vuelta para ascender la escala de la cubierta de popa, pero al verme entre mis jóvenes amigos y advertir, supongo, que yo era persona de cierta calidad, hizo una pausa y me dedicó una reverencia. Observe que no lo califico de inclinación ni de saludo. Fue una flexión sinuosa de todo el cuerpo, y encima con una sonrisa templada por la palidez y el servilismo, igual que su reverencia se veía templada por una incertidumbre acerca de los movimientos de nuestro bajel. Como gesto impelido nada más que por el atavío de un caballero, no podía por menos de resultar repugnante. Lo reconocí con un levísimo movimiento de la mano hacia el ala del sombrero y mantuve fija la vista, como si no estuviera él delante. Subió por la escala. Llevaba las piernas enfundadas en gruesas medias de estambre, los zapatones subían uno tras otro en ángulo obtuso, de modo que creo que las rodillas, pese a estar tapadas por una larga casaca negra, debían estar por naturaleza más separadas de lo habitual. Llevaba una peluca redonda y sombrero de copa y me pareció una persona a la que no se estimaría más por conocerla mejor. Apenas había quedado fuera del alcance de nuestras voces cuando el señor Taylor expresó su opinión de que el *piloto celestial* iba a entrevistarse con el capitán Anderson en la toldilla y que eso tendría por resultado su inmediata destrucción.

—Evidentemente, no ha leído las órdenes permanentes del capitán —dije yo, como si tuviera profundos conocimientos de lo que hacen los capitanes, de sus órdenes y de los buques de guerra—. Lo va a pasar por la quilla.

La idea de pasar por la quilla a un cura le resultó hilarante al señor Taylor. Cuando el señor Willis le hizo recuperarse a fuerza de golpes en la espalda, entre lágrimas e hipos, declaró que eso sería lo más divertido del mundo, y la idea le hizo volver a romper en carcajadas. Éste fue el momento en que un auténtico rugido llegado de la toldilla le hizo callarse como si le hubieran lanzado un cubo de agua fría. Creo —no, estoy seguro— que el rugido se dirigía al clérigo, pero los dos «jóvenes caballeros» saltaron a una, aterrados, por así decirlo, por el mero rebote o por las esquirlas que saltaban de donde había alcanzado el fuerte disparo del capitán. Parecía que no cabía poner en duda la capacidad del capitán Anderson para controlar a sus propios oficiales, desde Cumbershum hasta estos mozalbetes. Debo confesar que como ración *per diem* yo no deseaba tener más enfrentamientos que el que ya había tenido con él.

—Vamos, mozos —dije—. Esta transacción es privada entre el capitán Anderson y el clérigo. Vamos a salir del alcance de sus voces y ponernos a salvo.

Fuimos a una especie de buen paso despreocupado hacia el vestíbulo. Estaba yo a punto de despedirme de los mozos cuando llegó el ruido de pasos vacilantes en la cubierta por encima de nuestras cabezas, después un chasquido de la escala junto al vestíbulo, que se convirtió inmediatamente en un castañeteo más rápido, como si unos tacones con tachuelas metálicas hubieran resbalado y depositado a quien los llevaba en el suelo con un golpetazo. Pese a lo mucho que me desagradaba la —si se me permite decirlo— *extrema unción* del individuo, por mera humanidad me volví a ver si necesitaba asistencia. Pero no había dado más que un paso en aquella dirección cuando entró tambaleándose aquel hombre. Llevaba en una mano el sombrero de copa y en la otra la peluca. Las tiras del alzacuello las llevaba retorcidas a un lado. Pero lo más llamativo de todo era, no, no la expresión, sino el desorden de su faz. Me tiembla la pluma. Imaginad, si podéis, un rostro pálido y delgado que no ha recibido de la naturaleza ningún don más allá de una colección desordenada de facciones; un rostro, además, con el cual la naturaleza ha sido avara en carnes, pero pródiga en huesos. Después, ábrase una boca grande, dótense los huecos que tiene bajo la escasa frente de unos ojos saltones de los cuales estaban a punto de saltar las lágrimas; hágase todo eso, digo, y ni aun así se llegará a la cómica humillación que por un pasajero instante contempló mi vista. Después, el hombre trató tembloroso de abrir la puerta de su conejera, lo logró, la cerró y se puso a correr el cerrojo a golpes del otro lado.

El joven señor Taylor volvió a echarse a reír. Lo agarré de la oreja y se la retorcí hasta que su risa se convirtió en un grito.

—Permítame decirle, señor Taylor —dije, aunque en voz baja como exigía la ocasión—, que un caballero no se ríe de la desgracia de otro en público. Pueden ustedes despedirse y marcharse. No me cabe duda de que algún día volveremos a darnos un paseo juntos.

—Sí, señor, por favor —dijo el joven Tommy, quien parecía creer que el retorcerle la oreja era un gesto de afecto—. Cuando usted lo diga.

—Sí, señor —dijo Willis con su magnífica sencillez—. Nos hemos perdido una lección de navegación.

Bajaron por una escala a lo que me han dicho es su camareta, y supongo que será un sitio ruidosísimo. Las últimas palabras que les oí aquel día fueron las que dijo el señor Taylor al señor Willis en tono muy animado:

—¿Verdad que lo que más odia son los clérigos?

Volví al camarote, llamé a Wheeler y le dije que me sacara las botas. Responde tan rápidamente a mis exigencias que me pregunto si los demás pasajeros no utilizan sus servicios tanto como yo. Peor para ellos y mejor para mí. Otro individuo —creo que se llama Phillips— sirve al otro lado del vestíbulo igual que Wheeler a éste.

—Dime, Wheeler —dije mientras él se encajaba en el estrecho espacio—, ¿por qué odia tanto a los clérigos el capitán Anderson?

—Un poco más alto, señor, por favor. Gracias, señor. Ahora la otra, si es usted tan amable.

—¡Wheeler!

—Pero si yo no lo sé, señor. ¿Es verdad, señor? ¿Lo ha dicho él, señor?

—¡Sé perfectamente que es así! ¡Lo he oído yo; lo ha oído todo el barco!

—Por lo general, en la Marina no llevamos clérigos, señor. No hay los suficientes. O, si los hay, a los reverendos no les gusta el mar. Voy a pasarles otro cepillo, señor. ¿El sobretodo, ahora?

—No sólo lo he oído yo, sino que uno de los jóvenes caballeros ha confirmado que el capitán Anderson siente gran antipatía hacia la gente de iglesia, igual que me dijo el teniente Cumbershum antes, ahora que recuerdo.

—¿De verdad, señor? Gracias, señor.

—¿No es verdad?

—Yo no sé nada, señor Talbot. Y ahora, señor, ¿le puedo traer otra copita del elixir paregórico? Creo que lo encontró usted calmante, señor.

—No, gracias, Wheeler. Como ves, estoy escapando al demonio.

—Es cierto que resulta fuerte, señor, como le ha informado el señor Cumbershum. Y claro, a medida que le queda menos, el sobrecargo tiene que cobrarlo más caro. Es lo natural, señor. Creo que hay un caballero en tierra que ha escrito un libro sobre eso.

Le dije que se marchara y me eché un rato en la litera. Traté de recordar —no

podía recordar en qué día del viaje me hallaba—, saqué este libro y me pareció que era el sexto día, de modo que he confundido a Su Señoría y a mí mismo. No puedo mantenerme al ritmo de los acontecimientos ni voy a intentarlo. Como mínimo ya he escrito diez mil palabras y he de limitarme si quiero que nuestra travesía quepa entre las lujosas cubiertas de su regalo. ¿Será posible que haya evadido al demonio del opio para caer víctima del *furor scribendi*? Pero si Su Señoría no hace más que hojear el libro…

Llamada a la puerta. Es Bates, que sirve en el salón de pasajeros.

—El señor Summers saluda atentamente al señor Talbot y pregunta si el señor Talbot tomaría un vaso de vino con él en el salón.

—¿El señor Summers?

—El primer oficial, señor.

—Es el segundo del capitán, ¿no? Dile al señor Summers que celebraré mucho reunirme con él dentro de diez minutos.

Claro que no es el capitán, pero después de él es el más importante. ¡Vamos! ¡Estamos empezando a avanzar en la sociedad!

# (X)

*Creo* que es el séptimo…, o el quinto…, o quizá el octavo…, bueno, dejemos que la «X» cumpla con su deber algebraico y represente la incógnita. El tiempo tiene la costumbre de quedarse inmóvil, de modo que cuando escribo por la tarde o a la noche, cuando tarda en llegar el sueño, mi candela va acortándose imperceptiblemente, igual que se forman las estalactitas y las estalagmitas en una gruta. Y después, de repente, el tiempo, este valor indefinible, escasea y ha pasado un montón de horas que no sé dónde se han ido.

¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! Bien, adelante…

Fui al salón de pasajeros a fin de acudir a mi *rendez-vous* con el primer oficial ¡para encontrarme con que había invitado a todos los pasajeros de esta parte del navío y no se trataba más que de una especie de breve preludio de la comida! Después he sabido que habían averiguado que esas reuniones son habituales en los paquebotes y buques de las compañías y, en verdad, en todos los barcos en que viajan damas y caballeros por mar. Los oficiales han convenido en hacer lo mismo en este navío a fin de compensar, sospecho, las prohibiciones perentorias y poco educadas que ha fijado el capitán en sus «Órdenes relativas al Comportamiento de las Damas y los Caballeros a los que se ha permitido —*permitido*, fíjese, no *vendido*— Pasaje».

Correctamente anunciado, pues, mientras me tenían la puerta abierta, me introduje en una escena de una animación que se parecía más que a ninguna otra cosa a lo que cabría hallar en el salón o el comedor de una posada. Lo único que distinguía a esta reunión de tal *batiburrillo* era el horizonte azul, un poco ladeado, que se podía ver por encima de todas aquellas cabezas por los cristales del ventanal de popa. El anuncio de mi nombre causó un momento o dos de silencio y me quedé contemplando la diversidad de caras pálidas que había ante mí sin poder distinguir mucho entre ellas. Entonces se adelantó un joven uniformado de buen aspecto que tendría dos o tres años más que yo. Se presentó con el nombre de Summers y declaró que debía presentarme al teniente Deverel. Así lo hizo y me pareció el oficial de mejor cuna que hubiera conocido hasta entonces a bordo. Es más esbelto que Summers y tiene el pelo castaño y patillas largas, pero lleva la barbilla y el bigote perfectamente afeitados, como todos estos individuos. Intercambiamos unas palabras afables y ambos decidimos, no me cabe duda, conocernos mejor. Sin embargo, Summers dijo que ahora debía presentarme a las damas y me condujo hacia la única que pude ver. Estaba sentada del lado de estribor del salón, en una especie de banqueta, y aunque la rodeaban o atendían algunos caballeros, era una dama de aspecto severo y edad incierta, con un sombrero ideado para taparle la cabeza y dar auténtica intimidad al rostro, en lugar de ser una emboscada para excitar la curiosidad

del observador. Me pareció que tenía un cierto aire de cuáquera, pues iba vestida de gris. Estaba sentada con las manos dobladas en el regazo y hablaba directamente con un oficial del ejército, alto y joven, que le sonreía. Esperamos a que terminara su discurso.

—… siempre les he enseñado esos juegos. Es una diversión inocente para caballeros muy jóvenes, y el conocimiento de las diversas normas resulta por lo menos adecuado en la educación de una damita. La señorita que no esté dotada para la música puede entretener a su *parti* así igual de bien que otra podría hacerlo con el arpa u otro instrumento.

El oficial joven sonrió y volvió a meter la barbilla en el cuello de la camisa.

—Celebro oírselo decir, señora. Pero, ¡le aseguro que he visto jugar a las cartas en sitios muy raros!

—En cuanto a eso, señor mío, naturalmente lo ignoro. Pero ¿cree usted que los juegos se ven modificados por el carácter del lugar en que se realizan? Lo digo en la medida de mis conocimientos, pues los únicos que conozco son los juegos que se practican en casas bien. Pero supondría que el conocer algo —digamos, el *whist*— es necesario para una señorita, siempre —y creo que ahora se produjo un cambio de expresión en aquel rostro invisible, pues la voz adquirió una inflexión curiosamente irónica—, siempre que sea lo bastante discreta para perder con una sonrisa.

El joven oficial emitió unos cloqueos, que es lo que estos individuos suponen que es la *risa*, y el señor Summers aprovechó la oportunidad para presentarme a la dama, la señorita Granham. Declaré que había oído parte de la conversación y me consideraba en inferioridad, pues no tenía un conocimiento amplio y profundo de los juegos de que hablaban. En aquel momento, la señorita Granham volvió la cara hacia mí y aunque vi que no podía ser la «real hembra» mencionada por el señor Taylor, sus rasgos eran lo bastante agradables en su severidad cuando los iluminaba la sonrisa de los buenos modales. Encomié las horas de inocente disfrute que permitían las cartas y manifesté la esperanza de que en algún momento de nuestro largo viaje pudiera gozar de los beneficios de la instrucción de la señorita Granham.

Eso fue lo malo. Desapareció la sonrisa. La palabra «instrucción» tenía una *denotación* para mí y una *connotación* para la dama.

—Sí, señor Talbot —dijo, y vi que le aparecía una mancha de rubor en cada mejilla—, como ha descubierto usted, soy institutriz.

¿Era culpa mía? ¿Había sido torpe? Sus expectativas en la vida debían de haber sido más altas que la realidad, lo cual le había hecho tener una lengua tan presta como el gatillo de una pistola de duelo. Declaro a Su Señoría que con gente así no hay nada que hacer, y la única actitud que adoptar con ella es de una atención silenciosa. Son así y no cabe detectar su condición por adelantado, igual que el cazador furtivo no puede detectar la trampa. Da uno un paso y, ¡bang!, ahí salta el trabuco, o los dientes

de la trampa se cierran en torno al tobillo de uno. Es muy fácil para la persona cuya categoría y posición en la sociedad las coloca más allá del vejamen de distinciones sociales tan triviales. Pero los pobres que hemos de trabajar, o debería decir actuar, entre estas gradaciones infinitesimales consideramos que su averiguación por adelantado es tan difícil como lo que llaman los papistas «el discernimiento de los espíritus».

Pero volvamos a lo nuestro. En cuanto escuché las palabras «soy institutriz», o quizá incluso mientras las estaba escuchando, vi que, sin quererlo en absoluto, había irritado a la dama.

—Bien, señora —dije con un aire tan tranquilizador como el paregórico de Wheeler—, tiene usted una profesión que es, en verdad, la más necesaria y conveniente que cabe en una dama. No podría decirle lo excelente amiga que ha sido la señorita Dobson, la vieja Dobbie, como la llamamos, conmigo y con mis hermanos menores. ¡Juraría que está usted tan segura como ella de la amistad afectuosa de sus damiselas y sus jovenzuelos!

¿No estuve bien? Levanté la copa que me habían puesto en la mano como en homenaje a toda aquella raza tan útil, aunque en realidad bebí a la salud de mi propia destreza al evitar el cordel que disparaba el trabuco o la placa de la trampa.

Pero no era suficiente.

—Suponiendo —dijo la señorita Granham con severidad—, suponiendo que esté segura de la amistad afectuosa de mis damiselas y mis jovenzuelos, eso es lo único de lo que estoy segura. Es muy posible que una dama hija de un difunto canónigo de la catedral de Exeter, que se ve obligada por sus circunstancias a aceptar la oferta de empleo de una familia en las Antípodas, atribuya menos valor que usted a la afectuosa amistad de las damiselas y los jovenzuelos.

Y así me encontré, atrapado y trabucado, creo que injustamente, cuando recuerdo el esfuerzo que había hecho por tranquilizar a la dama. Hice una inclinación y me declaré su seguro servidor; el oficial del ejército, llamado Oldmeadow, hundió todavía más baja la barbilla y entonces se presentó Bates con el jerez. Me bebí de un trago el que ya tenía y agarré otra copa de forma que debe de haber indicado mi desasosiego, pues Summers me rescató diciendo que deseaba dar a otras personas el placer de conocerme. Declaré no saber que fuéramos tantos. Un caballero alto, rubicundo y corpulento, con voz de vino de Oporto, declaró que le agradaría *montar* ahora un retrato de grupo, pues con la excepción de su señora y su niña, estábamos todos presentes. Un jovenzuelo cetrino, un tal señor Weekes, que creo que va a poner una escuela, declaró que los *emigrantes* formarían un fondo admirable de la composición.

—No, no —dijo el caballero corpulento—, no admito más clientes que la nobleza y la gente de nota.

—Los emigrantes… —dije yo, feliz de cambiar el tema— ¡eso sería lo mismo que retratarnos para la posteridad del brazo de un marinero del común!

—Entonces, no debo entrar yo en el cuadro —dijo Summers con una carcajada—, pues he sido «marinero del común», como dice usted.

—¿Usted, señor mío? ¡No puedo creerlo!

—En verdad que sí.

—Pero, cómo…

Summers miró a su alrededor con aire muy animado.

—He pasado por todos los grados navales, que es lo que se llama pasar del castillo de proa hasta el alcázar de popa. Yo procedo del puente de abajo, o como diría usted, «de los marineros del común».

Su Señoría no puede imaginarse mi asombro ante sus palabras y mi irritación al ver que toda nuestra pequeña sociedad esperaba en silencio mi respuesta. Creo que fue tan diestra como exigía la ocasión, aunque quizá la pronuncié con un aplomo demasiado magistral.

—Pues bien, Summers —dije—, permítame congratularle por imitar a la perfección los modales y el habla de una condición en la vida algo más elevada de aquella en la que nació usted.

Summers me dio las gracias con una gratitud que quizá fuera excesiva. Después se dirigió a la asamblea:

—Damas y caballeros, les ruego se sienten. Que no haya ceremonias. Sentémonos donde queramos. Espero que en la larga travesía que nos espera haya muchas ocasiones como ésta. Bates, diles a esos que empiecen.

Tras estas palabras llegó desde el vestíbulo el chirrido un tanto embarazoso de un violín y otros instrumentos. Hice lo que pude por suavizar lo que cabría perfectamente calificar de *tensión*.

—Vamos, Summers —dije—, si no vamos a retratarnos juntos, al menos aprovechemos la oportunidad y el placer de que la señorita Granham se siente entre los dos. Por favor, señora, permítame.

¿No era esto correr el peligro de otra reconvención? Pero llevé a la señorita Granham a su asiento bajo el ventanal con más ceremonia de la que hubiera demostrado ante una dama del reino y salió perfectamente. Cuando exclamé mi asombro ante la excelente calidad de la carne, el teniente Deverel, que se había sentado a mi izquierda, explicó que una de nuestras vacas se había roto una pata en el último ventarrón, de modo que íbamos a aprovechar lo que se pudiera mientras quedara, aunque pronto escasearía la leche. La señorita Granham estaba ya en animada conversación con el señor Summers a su derecha, de modo que el señor Deverel y yo conversamos durante algún tiempo sobre el tema de los marineros y su sentimentalismo con una vaca que se había roto una pata, su ingenio en todo género

de artes, tanto buenas como malas, su afición a la bebida, su inmoralidad, su enorme valor y gran lealtad, sólo medio en broma, al mascarón de proa del barco. Convinimos en que había pocos problemas en la sociedad que no cedieran a un gobierno firme, pero ilustrado. Así ocurría, dijo él, en un barco. Repliqué que había visto la firmeza, pero todavía tenía que apreciar la ilustración. Para aquel momento la, digamos, animación de todo el grupo había llegado a tal altura que no se podía oír la música del vestíbulo en absoluto. Un tema llevó a otro y Deverel y yo llegamos rápidamente a una comprensión mutua bastante grande. Se abrió ante mí. Hubiera deseado un auténtico navío de línea, en lugar de uno de tercera clase y tan antiguo, con una tripulación reducida y reunida en un día o dos. Lo que yo había creído era un grupo establecido de oficiales y tripulantes no se conocía entre sí más que desde hacía una semana o dos, como mucho, desde que salió del retiro. Era una pena, y su padre podía haberle conseguido algo mejor. Este destino no le serviría de nada para su carrera, por no mencionar que la guerra se estaba acabando y pronto se pararía igual que un reloj sin cuerda. El habla y los modales de Deverel, y en verdad todo en su persona, son elegantes. Honra al cuerpo en que sirve.

El salón era ya todo lo ruidoso que puede ser un lugar público. Se volcó algo en medio de gritos, carcajadas y algunos juramentos. El señor y la señora Pike, que formaban una parejita ratonil, habían desaparecido con sus dos niñas gemelas y ahora, ante una frase especialmente fuerte, la señorita Granham se puso en pie de un salto, aunque tanto yo como Summers le rogamos que se quedara. Él dijo que no debía ofenderse por el lenguaje de los oficiales de la Marina, que se convertía en algo habitual e inconsciente para la mayoría de ellos. Por mi parte, opiné que el mal comportamiento procedía más de los pasajeros que de los oficiales del barco; Dios mío, me dije, si así van las cosas aquí a popa, ¿cómo irán a proa? La señorita Granham todavía no se había movido de su asiento cuando se abrió la puerta para dar paso a una dama de aspecto completamente diferente. Parecía joven, pero iba vestida rica y frívolamente. Llegó con tal brío que el sombrero le cayó a la espalda y reveló una rica cabellera de rizos dorados. Nos levantamos —o por lo menos casi todos lo hicimos—, pero ella, con admirable presencia de ánimo, nos hizo volver a sentar con un gesto; fue directamente al caballero rubicundo, se inclinó sobre su hombro y murmuró la siguiente frase con acentos de una belleza exquisita, demasiado exquisita, a fe mía:

—¡Oh, señor Brocklebank, mamá por fin ha logrado retener una cucharada de consomé!

El señor Brocklebank nos gritó una explicación atronadora.

—¡Mi hija, mi pequeña Zenobia!

Inmediatamente se le ofreció a la señorita Zenobia toda una serie de asientos a la mesa. La señorita Granham declaró que ella se marchaba, de manera que su puesto

quedaba libre si podían traer otro cojín. Pero la joven dama, como debo llamarla, replicó con tono caprichoso que había confiado en que la señorita Granham protegiera su virtud entre tantos caballeros peligrosos.

—Paparruchas, señora mía —dijo la señorita Granham, con más severidad todavía que al dirigirse a su humilde servidor—, ¡paparruchas! Su virtud está tan a salvo aquí como en cualquier otro lugar del navío.

—Querida señorita Granham —exclamó la dama con aire lánguido—, ¡estoy segura de que la virtud de usted está a salvo en cualquier parte!

Algo fuerte, ¿no? Pero lamento decir que al menos de una parte del salón llegó una risotada, pues habíamos llegado a la parte de la comida en que más vale que las damas se ausenten, y las apariencias no se mantienen más que por la llegada de una dama como la que estaba resultando ser la recién llegada. Deverel, yo y Summers nos pusimos en pie de un salto, pero fue Oldmeadow, el oficial del ejército, quien acompañó a la señorita Granham en su salida.

Volvió a tronar la voz del caballero del vino de Oporto:

—Siéntate conmigo, Zenobia, hija.

La señorita Zenobia titubeó al pleno sol de la tarde que entraba sesgado por el ventanal de popa. Levantó unas manos muy bonitas para protegerse la cara.

—¡Papá, señor Brocklebank, hay demasiado sol!

—Dios mío, señora —dijo Deverel—, ¿puede usted privarnos a los pobres que nos hallamos en la sombra del placer de contemplarla?

—Sí —dijo ella—, así he de hacerlo, sin duda, y voy a tomar el asiento que ha dejado la señorita Granham.

Revoloteó en torno a la mesa como una mariposa, quizá como una dama pintada. Supongo que a Deverel le habría agradado tenerla a su lado, pero ella se hundió en el asiento entre Summers y yo. Llevaba el sombrero todavía sostenido suavemente por una cinta al cuello, de forma que junto a la mejilla y la oreja se veía una encantadora profusión de rizos. Sin embargo, me pareció incluso a primera vista que el mismo brillo de sus ojos —o del que de vez en cuando volvía hacia mí— debía algo a los misterios de su *toilette* y que tenía los labios quizá un poco artificialmente coralinos. En cuanto a su perfume…

¿Parece esto tedioso a Su Señoría? Las muchas mujeres encantadoras a quienes he visto languidecer, quizá en vano, junto a Su Señoría…, diablo, ¿cómo voy a emplear el halago con mi padrino cuando la mera verdad…?

Volvamos a la narración. Parece que ésta va a ser una larga explicación acerca del tema de la apariencia de una joven. Aquí lo peligroso es inventar. ¡Después de todo, yo también soy joven! Podría recrearme en una rapsodia, ¡pues es el *único objeto femenino tolerable* de nuestra compañía! ¡Hale! Pero…, y creo que aquí el político, el rastrero político, como diría mi autor favorito, es quien más pesa en mi cabeza. No

puedo ponerme ojos de cristal. No puedo hacer rapsodias. Pues no cabe duda de que la señorita Zenobia se está acercando a la mediana edad y defiende unos encantos indiferentes antes de que desaparezcan para siempre mediante una animación continua que debe de dejarla tan agotada como fatiga a quien la contempla. No cabe someter a un examen detallado un rostro que nunca está inmóvil. ¿No será que sus padres la llevan a las Antípodas como último recurso? Después de todo, entre los delincuentes y los aborígenes, entre los emigrantes y los militares pensionados, los guardianes, el bajo clero…, pero, no. Hago una injusticia a la dama, pues está bastante bien. ¡No dudo de que los menos continentes de entre nosotros la hallarán un objeto de algo más que curiosidad!

Terminemos con ella de momento. Paso a su padre y al caballero sentado frente a él, que me resultó visible cuando se puso en pie de un salto. Incluso cuando se reanudó la charla se podía oír su voz claramente.

—Señor Brocklebank, ¡sepa usted que soy enemigo inveterado de toda superstición!

Naturalmente, era el señor Prettiman. Lo he presentado bastante mal, ¿no? La culpa es de la señorita Zenobia. Se trata de un caballero bajo, grueso y airado. Ya sabe Su Señoría quién es. He sabido —no importa cómo— que lleva consigo a las Antípodas una imprenta; y aunque se trata de una máquina que no puede hacer mucho más que imprimir hojas volanderas, recordemos que la Biblia de Lutero se imprimió con algo que no era mucho mayor.

Pero el señor Brocklebank le contestaba a gritos. No lo había pensado. Era una banalidad. Él sería el último en ofender las susceptibilidades. La costumbre. El hábito.

El señor Prettiman, todavía en pie, vibraba de emoción.

—¡Lo he visto con toda claridad, señor mío! ¡Ha tirado usted sal por encima del hombro!

—Es cierto, señor mío, lo confieso. Trataré de no volver a derramar la sal.

Esta observación, con su clara sugerencia de que el señor Brocklebank no tenía idea en absoluto de a qué se refería el señor Prettiman, confundió al filósofo social. Con la boca todavía abierta se hundió lentamente en su asiento, de modo que casi lo perdí de vista. La señorita Zenobia se volvió hacia mí con una linda seriedad en los ojazos. Miraba, por así decirlo, bajo las cejas y entre unas pestañas que… Pero no. No estoy dispuesto a creer que Natura, sin ayudas…

—Señor Talbot, ¡cuán enfadado está el señor Prettiman! ¡La verdad es que cuando se irrita es francamente aterrador!

Difícil sería imaginar algo menos aterrador que el filósofo social. No obstante, advertí que estábamos a punto de iniciar una serie de pasos ya conocidos de una danza muy antigua. Ella se iría haciendo la hembra cada vez más indefensa ante

criaturas masculinas gigantescas como el señor Prettiman y el ahijado de Su Señoría. Nosotros, por nuestra parte, habíamos de avanzar con un buen humor amenazante de modo que ella, aterrada, tendría que confiarse a nuestra merced, recurrir a nuestra generosidad; y en todo momento las tendencias animales, las que llamaba el doctor Johnson «propensiones amorosas» de ambos sexos, se irían excitando hasta alcanzar el estado, el *ambiente*, en el que las criaturas como ella, o como ella ha sido, hallan su ser.

Era una idea como para hacerme reflexionar, y que me hizo ver otra cosa. El tamaño, la escala, no estaba bien. Todo era demasiado grande. ¡Esta dama ha sido, por lo menos, una *habituée* del teatro, si es que no ha actuado en él! No se trataba de un encuentro normal —pues ahora estaba describiendo su terror durante el reciente *ventarrón*—, sino algo, que por así decirlo, proyectaba ella hacia Summers, a su lado, Oldmeadow y un tal señor Bowles, sentados frente a ella, y de hecho hacia todo el que estuviera al alcance de su voz. Habíamos de actuar. Pero antes de que se pudiera decir que el primer acto hubiera avanzado algo —y debo confesar que jugué con la idea de que la dama aliviara en cierta medida el tedio del viaje—, las estentóreas exclamaciones del señor Prettiman y los rugidos más altos, incluso atronadores, del señor Brocklebank le hicieron volver a ponerse seria. Estaba acostumbrada a tocar madera. Reconocí que yo me animaba cuando un gato negro se me cruzaba en el camino. Su número de la suerte era el veinticinco. Inmediatamente le dije que cuando cumpliera los veinticinco sería el día de más suerte de su vida, necedad que pasó inadvertida, pues el señor Bowles (que tiene algo que ver con la abogacía, aunque debe de ser un mero pasante, y es un pelma absoluto) explicó que la costumbre de tocar madera venía del uso papista de adorar el crucifijo y besarlo. Respondí con el temor de mi aya a los cuchillos cruzados como indicio de pelea y su horror al pan puesto del revés como presagio de desastre en el mar, ante lo cual la dama dio un chillido y se volvió hacia Summers en busca de protección. Él le aseguró que no había de tener miedo al francés, que ya estaba totalmente derrotado; pero la mera mención del francés bastó para volver a ponerla en marcha, y nos obsequió con otra descripción de cómo se pasaba las horas de la noche temblando en su camarote. Nuestro navío viajaba solo. Estábamos, como dijo en tonos cantarines,

*… Solos, solos,*
*¡completamente solos,*
*solos en el anchuroso mar!*

No creo que se pueda hallar mayor hacinamiento que en los hormigueantes confines de este navío, salvo en la prisión por deudas o en galeras. Pero sí, conocía al señor Coleridge. El señor Brocklebank —papá— le había hecho un retrato, y se había

hablado de un volumen ilustrado, pero no había llegado a nada.

Para entonces podíamos oír al señor Brocklebank, que, es de suponer, había oído recitar a su hija y tronaba métricamente. Continuaba el poema. Supongo que si había pretendido ilustrarlo era que lo conocía bien. Entonces volvió a chocar con el filósofo. De pronto todo el salón quedó en silencio para escucharlos:

—¡No, señor; no! —tronaba el pintor—. ¡Bajo ninguna circunstancia!

—¡Entonces, señor mío, absténgase de comer pollo o cualquier otra ave!

—¡No, señor!

—¡Absténgase de comer ese trozo de vaca! ¡En el Oriente hay diez millones de brahmanes que le cortarían a usted el cuello si le vieran comérselo!

—En este barco no hay brahmanes.

—La integridad…

—De una vez por todas, señor mío, yo no sería capaz de matar a un albatros. ¡Soy hombre de paz, señor Prettiman, y sería igual que pegarle un tiro a *usted*!

—¿Tiene usted un arma, señor mío? Porque yo sí estoy dispuesto a disparar a un albatros, y ya verán los marineros cómo no pasa…

—Sí, tengo un arma, señor mío, aunque jamás la he disparado. ¿Es usted buen tirador?

—¡En mi vida he disparado un tiro!

—Entonces, señor mío, permítame. Yo tengo el arma y usted puede utilizarla.

—¿Usted tiene un arma?

—¡Yo, señor mío!

El señor Prettiman volvió a alzarse y pudimos verlo otra vez. Tenía en los ojos una especie de fulgor helado.

—Gracias, señor mío, ¡estoy dispuesto, y va usted a ver! Y los marineros del castillo de proa van a ver…

Se levantó del banco en que estaba sentado y prácticamente salió *corriendo* del salón. Hubo algunas risas y la conversación continuó, aunque en voz algo más baja. La señorita Zenobia se volvió hacia mí.

—¡Papá está decidido a que estemos protegidos en las Antípodas!

—¡Pero no pretenderá mezclarse con los indígenas!

—Ha pensado iniciarlos en el arte del retrato. Cree que inducirá en ellos la calma que según él es lo más próximo a la civilización. Pero reconoce que las caras negras plantearán dificultades especiales.

—Creo que sería peligroso. Y el gobernador no va a permitirlo.

—Pero el señor Brocklebank, papá, cree que podrá persuadir al gobernador para que le dé ese empleo.

—¡Dios mío! Yo no soy el gobernador, pero, señora mía, ¿se imagina el peligro?

—Si pueden ir los clérigos…

—Ah, sí, ¿dónde está?

Deverel me tocó el brazo.

—El pastor no sale de su camarote. Creo que no lo vamos a ver mucho, y doy gracias a Dios y al capitán. No echo de menos su presencia, y creo que usted tampoco.

Me había olvidado momentáneamente de Deverel, y no digamos del pastor. Ahora traté de que participara en la conversación, pero él se puso en pie y dijo con tono intencionado:

—Entro de guardia. Pero no me cabe duda de que usted y la señorita Brocklebank se harán buena compañía.

Hizo una inclinación a la dama y se fue. Me volví a ella otra vez y la hallé pensativa. No es que estuviera solemne, ¡ni mucho menos! Pero más allá de la animación artificial de su faz había una expresión con la que, debo confesarlo, no estaba yo familiarizado. Era…, ¿recuerda Su Señoría que me aconsejó que *leyera* en las caras?, era una quietud voluntaria de los ojos y los párpados, como si mientras la mujer externa empleaba los ardides y las argucias de su sexo, tras ella hubiera una persona diferente y observadora. ¿Era la observación de Deverel sobre la compañía lo que la había hecho cambiar? ¿En qué pensaba, en qué piensa? ¿Medita un *affaire*, como estoy seguro que diría ella, *pour passer le temps*?

# (12)

Como puede ver Su Señoría por el número que encabeza esta sección, no he prestado al diario la atención que sería de desear, ¡y la razón tampoco es la que sería de desear! Hemos vuelto a tener mal tiempo, y el movimiento del navío ha intensificado un cólico que atribuyo a la finada y no llorada Bessie. Pero ya se ha calmado la mar. El tiempo y yo hemos ido mejorando simultáneamente, y si apoyo el libro y el tintero en una bandeja, logro escribir, aunque despacio. Lo único que me consuela de mi indisposición es que durante mi largo padecer el barco ha avanzado. El viento nos ha llevado más allá de las latitudes del Mediterráneo y, según Wheeler (ese Falconer viviente), nuestra velocidad se ha visto más limitada por la decrepitud del buque que por los vientos disponibles. La gente ha estado dándole a las bombas. Yo creía que las bombas «crujían», y que oiría claramente su sonar melancólico, pero no ha sido así. Cuando peor tiempo hacía pregunté bastante temeroso al teniente Summers, que me visitaba, por qué no bombeaban, y me aseguró que la gente estaba bombeando todo el tiempo. Me dijo que mi sensación de que el barco navegaba bajo era una ilusión causada por mi enfermedad. La verdad es que creo ser más susceptible de lo común al movimiento del navío. Summers me asegura que los marinos aceptan eso como cosa nada vergonzosa, e invariablemente aducen el ejemplo de lord Nelson en su apoyo. No obstante, no puedo por menos de pensar que he descendido en la consideración de los demás. De nada me vale que el señor Brocklebank y La Belle Brocklebank también se hayan visto reducidos al estado en que se halla la infortunada señora Brocklebank desde que zarpamos. La condición en que deben de estar las dos conejeras en que vive esa familia es algo que más vale no contemplar.

Hay algo más que añadir. Justo antes de que me afectara esta nauseabunda aflicción —casi estoy recuperado, aunque débil—, un acontecimiento *político* convulsionó nuestra sociedad. El capitán, tras defraudar por conducto del señor Summers la esperanza del pastor de que se le permitiera celebrar algún servicio, le ha prohibido también la toldilla por alguna infracción de las *órdenes permanentes*. ¡Qué tiranuelo es! El señor Prettiman, que se pasea por la cubierta de popa (¡con un *trabuco*!), es el que nos ha informado. ¡El pobre hombre estaba atrapado entre su odio a toda iglesia y lo que él llama su *amor a la libertad*! El conflicto entre esas actitudes y las emociones que despertaron en él fue muy doloroso. ¡Y quién hubo de consolarlo, sino la señorita Granham! Cuando supe aquella noticia cómica y extraordinaria salí de mi artesa y me afeité y vestí. Comprendí que el deber y la inclinación me exhortaban a actuar. ¡Este sombrío capitán no tiene por qué imponérseme así! ¡Cómo! ¿Va *él* a decirme a *mí* si he de disponer de un servicio religioso al que asistir o no? Inmediatamente vi que el salón de pasajeros era

adecuado y que nadie, salvo un hombre en quien la costumbre de mandar se hubiera convertido en manía, podía arrebatarlo a nuestro control.

El clérigo podía perfectamente celebrar en él un corto servicio vespertino para los pasajeros que desearan asistir a él. Avancé lo más recto que pude por el vestíbulo y llamé a la puerta de la conejera del clérigo.

Me abrió la puerta y me hizo su sinuosa genuflexión habitual. Aquel hombre me seguía desagradando.

—Señor…, ah…, señor…

—James Colley, señor Talbot. Reverendo Robert James Colley a su servicio, señoría.

—De servicios quiero hablar, señor mío.

¡Entonces sí que hizo una contorsión! Era como si aceptara el término como un homenaje simultáneo a su persona y al Todopoderoso.

—Señor Colley, ¿cuándo es el Día del Señor?

—¡Pues hoy, señor Talbot!

Los ojos con que me miraba estaban tan llenos de ansiedad, de una humildad tan obsequiosa y devota, que cabría imaginar que le llevaba un par de beneficios en el bolsillo del capote. Me irritaba y estuve a punto de renunciar a mi propósito.

—Señor Colley, he estado indispuesto, pues de lo contrario habría hecho antes mi sugerencia. Hay unas damas y unos señores que se complacerían mucho si pudiera usted celebrar un servicio, un breve servicio, en el salón de pasajeros cuando piquen las siete campanas de la guardia de la tarde, o si prefiere usted en términos de tierra, a las tres y media.

¡Se agigantó a ojos vistas! Los suyos se le llenaron de lágrimas.

—¡Señor Talbot, señoría, esto es…, es… tan digno de usted!

Aumentó mi irritación. Me vino a la punta de la lengua preguntarle cómo diablo sabía lo que era digno de mí. Asentí con la cabeza y me fui, mientras a mis espaldas oía una observación balbuceante sobre *visitar a los enfermos*. ¡Dios mío, pensé, si trata de hacerlo va a saber lo que es bueno! No obstante, logré llegar al salón de pasajeros, pues la irritación es en parte una cura de la debilidad de los miembros, y allí me encontré con Summers. Le dije lo que había organizado y acogió la información en silencio. Hasta que le sugerí que invitara al capitán a asistir no esbozó una sonrisa preocupada, y replicó que de todos modos había de informar al capitán. Podría sugerir una hora más tardía. Le dije que la cuestión de la hora me era indiferente y regresé a mi conejera y mi silla de lona, en la que me senté sintiéndome exhausto, pero recuperado. Algo más tarde vino a verme Summers y dijo que había alterado algo mi mensaje y esperaba que no me importase. ¡Lo había transformado en una petición general de los pasajeros! Se apresuró a añadir que esto se ajustaba más a las costumbres del servicio a bordo. Bien. Quien se fascina tanto como yo con el

extraño pero expresivo idioma de los lobos de mar (espero poder enviarle algunos ejemplos de primer orden) no podía hacer que por su culpa se infringieran las *costumbres del servicio a bordo*. ¡Mas cuando me enteré de que se iba a permitir que aquel pastorzuelo nos hiciera un sermón empecé a lamentar mi impulsiva injerencia y a comprender cuánto había disfrutado de estas pocas semanas de libertad de toda la pompa y la ceremonia de la Religión Oficial!

Pero no habría sido decente echarme atrás ahora, y asistí al servicio que se permitió celebrar a nuestro pequeño clérigo. Me asqueó. Justo antes del servicio vi a la señorita Brocklebank, y llevaba la cara verdaderamente embadurnada de rojo y blanco. Ese aspecto debía de tener la Magdalena, apoyada en las paredes de los edificios del Templo. Y tampoco, pensé, era Colley el adecuado para inspirarle una apariencia más decorosa. Pero más adelante advertí que había subestimado tanto el criterio de la dama como su experiencia. Pues cuando llegó la hora del servicio religioso, las candelas del salón le iluminaron el rostro, borrando de él años de estragos, y lo que antes era pintura parecía ahora de una juventud y una belleza maravillosas. Me miró. Apenas me había recuperado de este golpe de escena cuando descubrí las demás mejoras que había introducido el señor Summers en mi propuesta inicial. Había permitido que vinieran a compartir nuestras devociones varios de los emigrantes más respetables: el herrero Grant, Filton y Whidock, que creo son escribientes, y el viejo Grainger con su anciana esposa. Él es escribano. *Naturalmente* que en cualquier iglesia de pueblo se ven estas mezclas de los órdenes, pero en este caso, la compañía del salón de pasajeros resulta algo tan *falso,* ¡tan mal ejemplo para ellos! Estaba yo recuperándome de aquella invasión cuando se sumó a nuestra compañía —por respeto nos pusimos en pie— aquel clérigo de cinco pies justos, con su casulla, su bonete de diario posado sobre una peluca redonda, su sotana hasta los pies, sus botas con tachuelas; todo ello con un aire que era una mezcla de timidez, piedad, triunfo y complacencia. Protestará Su Señoría inmediatamente que no es posible meter juntos todos estos atributos bajo el mismo bonete. Yo convendría en que normalmente raras veces hay espacio para todos ellos, y por lo general es uno en particular el que predomina. Así ocurre en la mayor parte de las ocasiones. Al sonreír, ¿no lo hacemos con la boca, las mejillas y los ojos, y de hecho con toda la cara, del mentón al cabello? Pero cuando Natura dotó a este Colley lo hizo con la mayor economía. Natura ha lanzado…, no, es un verbo demasiado activo. Bien, pues, en algún rincón de la playa del Tiempo, o en el borde cenagoso de alguno de sus más insignificantes arroyos, se han ido mezclando de forma casual e indiferente una serie de rasgos de los que Natura se ha deshecho por no resultar útiles para ninguna de sus criaturas. Una chispa vital que podría haberse destinado a animar a una oveja se hizo cargo de toda la colección. El resultado es este cachorro de la iglesia.

Es posible que Su Señoría advierta en lo que antecede una tendencia a las *bellas*

*letras*, y me halago en pensar que no sin éxito. Mas al observar la escena, la idea que más ocupaba mi mente era la de que Colley era la prueba viviente de lo que decía el viejo Aristóteles. Después de todo, existe un orden al que pertenece por naturaleza el hombre, aunque un capricho erróneo del favor lo haya elevado más allá de él. Ese orden se halla en los burdos manuscritos medievales cuyos colores no tienen matices y cuyo dibujo carece de perspectiva. El otoño se ilustra en forma de hombres, campesinos, siervos, que recolectan en los campos y cuyos rostros están delineados con una línea breve e irregular bajo las cogullas igual que la de Colley. Miraba al suelo tímidamente, quizá recordando algo. Tenía las comisuras de la boca vueltas hacia arriba…, ¡y parecía triunfante y complacido! El resto de su faz era todo huesos. A fe de que su escuela deberían haber sido los campos abiertos, la búsqueda de piedras y la caza de pájaros, y su universidad el arado. ¡*Entonces* todos esos rasgos, marcados tan irregularmente por el sol tropical, podrían haberse bronceado en una unidad, y una expresión modesta lo habría animado todo!

Volvemos a las bellas letras, ¿no? Pero todavía ardo de inquietud e indignación. Él sabe cuál es mi calidad. A veces resultaba difícil determinar si se dirigía a Edmund Talbot o al Todopoderoso. Estuvo tan teatral como la señorita Brocklebank. La costumbre de respetar al clero fue lo único que me impidió estallar en una risa indignada. Entre los emigrantes respetables que asistían estaba la pobre muchacha pálida, a la que llevaban cariñosamente en fuertes brazos y colocaron en un asiento detrás de nosotros. He sabido que padeció un aborto en nuestro primer ventarrón, y su terrible palidez contrastaba con el atractivo manufacturado de la Brocklebank. La decente y respetuosa atención de los compañeros de aquélla estaba caricaturizada por las criaturas que ostensiblemente les eran superiores, ¡la una pintada y fingiendo devoción; el otro con su libro fingiendo santidad! Cuando se inició el servicio se inició también la circunstancia más ridícula de todas las de aquella ridícula velada. Dejo a un lado el ruido de pasos por encima de nuestras cabezas, con los que el señor Prettiman demostraba su anticlericalismo en la cubierta de popa de la manera más ruidosa posible. Omito las patadas y los gritos del cambio de guardia, todo ello sin duda por iniciativa del capitán o alentado o tácitamente consentido por él, con todo el barullo que pueden armar unos marineros de buen humor. ¡No pienso más que en el salón que se balanceaba blandamente, en la muchacha pálida y en la farsa que se representaba ante ella! Pues en cuanto el señor Colley puso la vista en la señorita Brocklebank, no la pudo apartar de ella. Ella, en su papel —y estoy segurísimo de que era un «papel»—, nos presentaba una imagen de devoción como la que se podría hallar entre los cómicos de la legua. No le quitaba los ojos de encima al pastor más que para volverlos al cielo. Tenía los labios siempre entreabiertos en un éxtasis sin aliento, salvo cuando los abría y cerraba rápidamente con un «¡Amén!» apasionado. En verdad, hubo un momento en que una observación santurrona durante el discurso

del señor Colley, seguida de un «¡Amén!» de la señorita Brocklebank, se vio subrayada, por así decirlo (también se dice a *paso de caracol*, ¿no?), por un estentóreo pedo del ventoso Brocklebank, de tal modo que la mayor parte de la congregación se echó a reír contenidamente, como chicos de escuela en sus pupitres.

Pese a lo mucho que intenté distanciarme de la comedia, ésta me hizo sentir mucha vergüenza, y mis propios sentimientos me causaron vejación. Pero desde entonces he descubierto un motivo suficiente de mi desasosiego, y creo que mis sentimientos en este caso fueron más prudentes que mi razón. Pues, repito, con nosotros había un puñado de personas del común. Es posible que vinieran a popa con el mismo ánimo que esos visitantes que declaran sus deseos de ir a contemplar los Canalettos de Su Señoría, pero que en realidad van a ver, si pueden, cómo vive la nobleza. Pero creo más probable que vinieran por mero espíritu de devoción. Desde luego, aquella pobre muchacha pálida no podía tener ningún objetivo más que el de hallar el solaz de la religión. ¿Quién podría negárselo a tan indefensa paciente, por ilusorio que fuese? En verdad, es posible que el lamentable espectáculo del predicador y la Magdalena pintada no se interpusiera entre ella y el objeto imaginado de sus súplicas, pero, ¿y los buenos hombres que la acompañaban? Es muy probable que se vieran afectados en las regiones más vulnerables de la lealtad y la subordinación.

¡Cómo detesta el capitán Anderson a la Iglesia! Su actitud ha influido en la marinería. Se dice que no dio órdenes, pero sabrá cómo juzgar a los oficiales que no convengan con él en su obsesión. Sólo estaban presentes el señor Summers y el señor Oldmeadow, el desgarbado oficial del ejército. ¡Su Señoría sabe por qué estaba *yo*! ¡No soporto someterme a la tiranía!

Casi había terminado el sermón de aquel individuo cuando hice el principal descubrimiento de mi, por así decirlo, diagnóstico de la situación. Había creído, al ver por primera vez cómo atraía la cara pintada de la *actrice* las miradas del reverendo caballero, que éste experimentaba una repugnancia mezclada quizá con la excitación involuntaria, el primer impulso de calor —no, de lujuria— que una evidente desvergonzada provoca en el cuerpo masculino más que en su mente, con la mera expresión de su disponibilidad. Pero pronto advertí que no era así. ¡El señor Colley no ha asistido nunca a un teatro! ¿Cómo, además, iba a pasar, en la que debe ser, sin duda, una de nuestras diócesis más remotas, de un teatro a una *maison d'occasion*? Su libro le hablaba de mujeres pintadas y de cómo tienen los pies en el infierno, ¡pero no contenía consejos acerca de cómo reconocer a una de ellas a la luz de las bujías! ¡Creía que era lo que su actuación le sugería! Estaban unidos por una cadena de oropel. Llegó un momento de su discurso en el que, tras utilizar la palabra de siempre, «caballeros», se volvió hacia ella y con una cursilería desmayada exclamó: «O damas, señoras, por bellas que sean», antes de continuar con su tema. Oí un

chisteo clarísimo que salía del gorro de la señorita Granham, y Summers cruzó y descruzó las piernas.

Por fin terminó y yo volví a mi conejera para escribir esta entrada en situación, lamento decirlo, de una incomodidad cada vez mayor, aunque el movimiento del barco es bastante suave. No sé lo que me pasa. He escrito agriamente y me siento agrio, ésa es la realidad.

# (17)

Creo que es el decimoséptimo. ¿Qué importa? He vuelto a sufrir: el cólico. ¡Ah, Nelson, Nelson!, ¿cómo lograste vivir tanto tiempo y no morir al fin de la terrible serie de convulsiones, sino de la violencia, menos dolorosa, del enemigo?

# (?)

Me he levantado, pálido, frágil, convaleciente. ¡Parece que después de todo quizá viva para llegar a nuestro destino!

Eso lo escribí ayer. ¡Mis entradas se están volviendo tan cortas como alguno de los capítulos del señor Sterne! Pero hay una circunstancia divertida de la que quiero informar a Su Señoría. En el apogeo de mis sufrimientos, y justo antes de sucumbir a una gran dosis del elixir paregórico de Wheeler, sonó una tímida llamada a la puerta de mi conejera. Grité: «¿Quién es?», y respondió una débil voz: «Soy yo, señor Talbot, señoría. El señor Colley, señor. Recuerde usted, el reverendo Colley, a su servicio». Por un golpe de suerte, más bien que de ingenio, acerté con la única respuesta que me protegería contra su *visitación*.

—Le ruego que se vaya, señor Colley —una terrible convulsión de las tripas me interrumpió un momento; después—: ¡estoy rezando!

Un respeto decente a mi intimidad, o quizá a la llegada de Wheeler con su estupenda bebida, me deshizo de él. El elixir… fue una dosis abundante y justificable que *me dejó sin sentido*. Pero tengo un recuerdo indistinto de abrir los ojos en mi estupor y ver aquel curioso amasijo de rasgos, aquella curiosidad de la naturaleza, Colley, que se inclinaba sobre mí. Sabe Dios cuándo ocurrió esto, ¡si es que ocurrió! Pero ahora que me he *levantado*, aunque no *ando*, espero que el hombre no tenga la impertinencia de imponerme su presencia.

Sin duda, los sueños del elixir le deben algo a su componente de opio. Después de todo, fueron muchas las caras que estaban flotando mientras duraron, de modo que es posible que la suya no fuera más que una parte de mi delirio drogado. Me perseguía la pobre chica pálida…, espero de verdad que se recupere del todo. Bajo el pómulo tenía un hueco en ángulo recto, y no recuerdo haber visto jamás nada tan doloroso. El hueco y la oscuridad dolorosa que en él residía, y que se movía simplemente con que ella moviera la cabeza, me afectaron de un modo que no sé describir. ¡En verdad, me inundaba una especie de rabia lánguida cuando volvía con el pensamiento a la ocasión del servicio religioso y recordaba cómo la había expuesto su marido a una farsa tan lamentable! Pero hoy me siento mejor. Me he recuperado de esos pensamientos morbosos. Nuestro avance ha sido tan excelente como mi recuperación. Aunque el aire se ha vuelto húmedo y cálido, ya no me dan fiebre los paseos del señor Prettiman por encima de mi cabeza. Recorre la cubierta de popa con un arma que le ha proporcionado, por extraño que parezca, el borrachín de Brocklebank, y descargará una auténtica granizada de su anticuado trabuco ¡para destruir un albatros!, pese al señor Brocklebank, al señor Coleridge y a la Superstición sumados. ¡Es una demostración para una mente pensativa de lo verdaderamente irracional que

puede llegar a ser un filósofo racionalista!

# (23)

Creo que es el vigésimo tercer día. Summers me va a explicar las partes principales del aparejo. Me propongo sorprenderlo con los conocimientos que tiene un hombre de tierra, ¡la mayor parte acopiados en libros de los que él no ha oído ni hablar! Asimismo me propongo deleitar a Su Señoría con algunas frases escogidas del idioma de los lobos de mar, ¡pues estoy empezando, si bien es verdad que con dificultades, a hablar como un lobo de mar! ¡Cuán lamentable es que este noble vehículo de expresión tenga tan poca literatura!

# (27)

¿Pude uno pasarse la vida contando? Con este calor y esta humedad…

Fue Zenobia. ¿Ha observado alguna vez Vuestra Señoría…? ¡Claro que sí! ¿En qué estoy pensando? ¡Existe un vínculo conocido, auténtico, probado y comprobado entre la percepción de los encantos femeninos y el uso de bebidas fuertes! ¡He visto cómo al cabo de tres copas desaparecen veinte años de una cara, como la nieve en el verano! Si se añade a este estimulante un viaje por mar —y un viaje que, además, nos lleva blandamente por los trópicos—, tiene un efecto en la constitución masculina que quizá esté señalado en los volúmenes más recónditos de la profesión —me refiero a la profesión médica—, pero con el que no había tropezado yo en el transcurso de una educación ordinaria. Quizá en algún pasaje de Marcial —pero no lo llevo conmigo— o de Teócrito: ¿recuerda, Vuestra Señoría, el calor del mediodía y de verano του Παυα δεδοίκαμεβ?

¡Ah, sí, bien podemos aquí tener a Pan o su equivalente naval, quienquiera que sea! Pero los dioses marinos, las ninfas del mar, eran criaturas frías. ¿Y he de admitir que esta mujer es de lo más condenada y urgentemente atractivo, pese a la *pintura*? Nos hemos vuelto a encontrar, una y otra vez. ¡Una vez más! ¿Cómo evitarlo? ¡Todo es una locura, una locura tropical, un delirio, por no decir un transporte! Pero ahora, de pie junto a la armadura en la noche del trópico, con las estrellas atrapadas entre las velas y mientras todo se mece blandamente y al unísono, me hallo con que profundizo mi voz de forma que su nombre vibre y, sin embargo, conozco mi propia locura, mientras ella agita su seno, apenas cubierto, con más movimiento que el que agita las fulgentes profundidades. Es una locura, pero cómo describir…

Noble padrino, si le parece mal, repréndame. Una vez en tierra, y cuando haya recuperado la cordura, seré el consejero, el administrador prudente e imparcial cuyo pie ha puesto Su Señoría en el primer escalón… pero, ¿no me dijo usted: «cuéntalo todo»? ¡Me dijo: «Haz que viva otra vez gracias a ti»!

Después de todo, yo tampoco soy más que un muchacho.

Bien, en consecuencia, el problema, así se lo lleve el diablo, era tener un lugar de encuentro. El tropezarse con la dama era bastante fácil y, en verdad, inevitable. ¡Pero lo mismo ocurría con todos los demás! El señor Prettiman se pasea por la cubierta de popa. La *Famille* Pike, padre, madre y niñitas, corren de un lado a otro por la cubierta de popa y el combés, mirando de un lado a otro para que no los importune nadie, supongo, y los someta a alguna indignidad o incorrección. Colley marcha por el combés, y ahora cada vez no sólo me favorece con su *reverencia*, sino que añade a ésta una sonrisa tan comprensiva y santurrona que es una especie de invitación andante al *mal de mer*. ¿Qué podía hacer yo? ¡No iba a llevar a la dama a la cofa del

trinquete! Me preguntará usted qué tiene de malo mi conejera o la de ella. Y responderé: «¡Todo!». Basta con que el señor Colley diga «¡Ejem!» al otro lado del vestíbulo para que despierte a la señorita Granham, en la conejera a popa de él. Basta con que esa bolsa de viento que es Brocklebank expela ventosidades —como hace todas las mañanas justo después de que piquen siete campanadas— para que el maderamen retiemble hasta en mi conejera y en la del señor Prettiman, justo a proa de la mía. He tenido que ir a explorar más allá en busca de un lugar más adecuado para la realización de nuestros *amours*. Había pensado en buscar al sobrecargo y presentarme a él, pero con gran sorpresa mía he visto que todos los oficiales eluden mencionarlo, como si ese hombre fuera un ser sagrado, o indecente, no sé, y nunca aparece en cubierta. Es un tema al que me propongo hallar una respuesta en la cabeza… cuando vuelva a tener cabeza y esta, esta locura, sin duda pasajera…

# (30)

Por pura desesperación he hecho que el señor Tommy Taylor me lleve a la camareta, la cual, aunque sólo llevamos a tres guardiamarinas, en lugar de los efectivos habituales, más numerosos, es, sin embargo, tan espaciosa que también se destina a los suboficiales mayores, porque donde éstos se arranchan —no puedo entrar en los aspectos políticos de todo el asunto— está demasiado a proa y se ha destinado a los emigrantes de más calidad. Estos suboficiales, con el carpintero y el navegante mayor, estaban sentados en fila a una mesa y me contemplaron en un silencio que parecía más informado que la mirada de cualquier otra persona de a bordo, si exceptuamos a la temible señorita Granham. Mas al principio no les presté demasiada atención, dado el extraordinario objeto que reveló el señor Willis al adelantar su huesudo cuerpo hacia la escala. Era, de todo lo que cupiese imaginar, una planta, una especie de enredadera, con las raíces enterradas en una maceta y el tallo atado al mamparo en una longitud de varios pies. No tenía ni una hoja, y los tallos o las ramas que no estaban atados colgaban rectos como si fueran algas, que de hecho habrían sido más apropiadas y más útiles. Manifesté mi sorpresa ante el espectáculo. El señor Taylor rompió en su risa habitual y señaló que el señor Willis era el propietario, aunque no muy orgulloso, de la planta. El señor Willis desapareció por la escala. Me volví de la planta al señor Taylor.

—¿Para qué diablos es eso?

—¡Ah! —dijo el artillero—. Son chicotes.

—Al señor Deverel le gustan las bromas —dijo el carpintero—. Fue él quien le convenció.

El navegante mayor me largó una sonrisa llena de una compasión misteriosa.

—El señor Deverel le dijo que ésa era la forma de progresar.

Tommy Taylor lloraba de risa, y lo digo literalmente, porque derramaba lágrimas. Se atragantó y le di en la espalda unos golpes más fuertes de lo que me proponía. Pero esos buenos humores sin freno siempre resultan molestos. Dejó de reír.

—Es una planta trepadora, ¿comprende?

—Chicotes —volvió a decir el carpintero—. A mí también me dio risa. Sabe Dios qué broma se va a sacar el señor Deverel para la noche del talego.

—¿La qué, señor mío?

El artillero había metido la mano debajo de la mesa y sacado una botella.

—Tome usted una observación por la lente, señor Talbot.

—Con este calor…

Era ron, fuerte y pegajoso. Me hizo subir la temperatura de la sangre y pareció aumentar la opresión del aire. Sentía deseos de desprenderme de la casaca igual que

habían hecho los suboficiales, pero, naturalmente, no podía ser.

—Señores, aquí hay muy poco aire. No sé cómo pueden ustedes aguantarlo un día tras otro.

—Ah —dijo el artillero—. Es una vida difícil ésta, señor Talbot. Hay que vivir al día.

—O morir al día —dijo el carpintero—. ¿Os acordáis de aquel rapaz, creo que se llamaba Hawthorne, que embarcó al principio de este destino? El contramaestre va y le pone a tirar de un cabo con los demás, sólo que el último, y va y dice, dice: «No soltéis, pase lo que pase». El barco empieza a meter y el cabo se suelta porque los demás dan un salto. Hawthorne, que no distingue entre el cuadernal y el culo —apuesto a que era un campuzo—, aguanta como le han dicho.

El artillero asintió y dio un trago.

—Obedece órdenes.

Parecía que se había acabado el cuento.

—¿Pero qué pasó? ¿Qué tenía de malo?

—Hombre —dijo el carpintero—, pues que la cola del cabo se mordió en el cuadernal, y ¡zas!, se acabó. El chico Hawthorne seguía agarrado. Debe de haber salido disparado una milla.

—Nunca se le volvió a ver.

—Dios mío.

—Morir al día, como le decía.

—También le podría contar algunas historias de cañones, le aseguro —dijo el artillero—. Los cañones son cosa mala cuando se desmandan, y tienen mil formas de desmandarse. Por eso, señor Talbot, si quiere uno ser artillero hay que tener cabeza.

El señor Gibbs, el carpintero, le dio un codazo al navegante mayor.

—Hombre, hasta un cabo de cañón necesita tener cabeza, señor mío —dijo—. ¿No conoce usted la historia del cabo de cañón que perdió la cabeza? Creo que fue frente a Alicante…

—¡Vamos, George!

—Mire, el cabo ese se paseaba frente a su batería con la pistola en la mano. Estaban a tiros con un fuerte, lo que a mí me parece una estupidez. Entra una bala al rojo por una aspillera y se le lleva la cabeza al cabo, limpiamente, como una de esas galantinas que hacen los gabachos. Claro que la bala estaba al rojo y le cauterizó el cuello, y va el artillero y sigue andando de un lado para otro y nadie se da cuenta de nada hasta que tienen que recibir órdenes. ¡Reíros, sí! Casi se mueren cuando llega el primer teniente y quiere saber por qué, en nombre de Cristo, no habían disparado los cañones de la batería de estribor de la cubierta principal de popa y todo el mundo le pregunta al cabo, pero no tenía con qué responderles.

—¡Vamos, señores! ¡Vamos!

—Otra copa, señor Talbot.

—Esto se está poniendo *asfixiante*…

El carpintero asintió y dio en un tablón con los nudillos.

—No se sabe qué da más sudor, si el aire o la madera.

El artillero se dobló una o dos veces de risa contenida, como una ola que no llega a romper.

—Debíamos abrir una ventana —dijo—. ¿Se acuerda de las mozas, señor Gibbs? ¿No podríamos abrir una ventana? Me siento un poco rara.

El señor Gibbs se retorció de risa, igual que el artillero.

—¿Rarita, eh? Vamos, vamos, guapa. Por aquí nos va a llegar un airecito fresco.

—¡Ay! ¿Qué es eso, señor Gibbs? ¿Era una rata? ¡No soporto las ratas! Estoy segura de que era una rata…

—Era mi perrito, guapa. Vamos. Acaricia a mi perrito.

Bebí algo más del ardiente líquido.

—¿Y se puede lograr comercio incluso en un navío como éste? ¿No les vio nadie?

El navegante mayor me lanzó su gran sonrisa.

—Los vi yo.

El artillero le dio un codazo.

—Despierta, Shiner. Tú ni siquiera estabas a bordo. Acabábamos de salir de la reserva.

—Eso es vida, la reserva —dijo el señor Gibbs—. Nada de marejadas. Se queda uno en la ría bien abrigadito, puede dormir en la cámara del almirante que prefiera, y en Intendencia tienen a una mujer que hace la cocina. Ése es el mejor destino de la Marina, señor Talbot; sí, señor. Siete años me pasé allí antes de que vinieran a bordo y trataran de sacar al buque del barro. Y con unas cosas y otras no creyeron que se pudiera carenar, y fueron y le quitaron de la quilla las algas que pudieron con un arpeo. Por eso va tan torpe. Era agua de mar, ¿comprende? Espero que la bahía de Sidney, o como se llame, tenga fondeaderos de agua dulce.

—Si le quitan todas las algas —dijo el artillero—, a lo mejor le llevan la quilla.

Era evidente que seguía sin acercarme a mi objetivo inicial. No me quedaba ya más que un recurso posible.

—¿Y no comparte el sobrecargo esta cámara tan cómoda con ustedes?

Volvió a producirse aquel extraño silencio violento. Por fin lo rompió el señor Gibbs:

—Tiene la suya propia ahí arriba, entre las barricas de agua, la carga y la estiba.

—¿Qué es?

—Balas y cajas —dijo el artillero—. Munición, pólvora, mecha lenta, espoletas, perdigón y metralla y treinta cañones de veinticuatro libras, todos ellos tapados, engrasados, con su estopa y jalados.

—Tinas —dijo el carpintero—. Aperos, hachas y azadas, martillos y formones, serruchos y mazos, mallos, clavos, puntas y plancha de cobre, tapones, arneses, espigas, grilletes, barrotes de hierro forjado para el balcón nuevo del gobernador, barriles, botas, toneles, barricas, cazuelas, botellas y frascas, semillas, muestras, forraje, aceite de lámpara, papel, lino.

—Y mil cosas más —dijo el navegante—. Diez mil veces diez mil.

—¿Por qué no se lo enseña usted al caballero, señor Taylor? —dijo el carpintero —. Llévese el farol. Puede usted hacer como que es el capitán, que hace la ronda.

Obedeció el señor Taylor y avanzamos, o más bien nos deslizamos *a proa*. De detrás nos llegó una voz:

—A lo mejor hasta ven al sobrecargo.

Fue un recorrido extraño y desagradable, y nos cruzamos incluso con ratas. Como, supongo, el señor Taylor estaba acostumbrado a viajes así, iba muy deprisa. Hasta que le ordené volver atrás, se me adelantó tanto que me quedé en la oscuridad más completa y, huelga decirlo, fétida. Cuando *por fin* volvió un poco atrás, lo único que reveló con su linterna fue un paso estrecho e irregular entre bultos y formas sin nombre que parecían apilarse a nuestro alrededor y, de hecho, por encima de nosotros sin orden ni razón visibles. Me caí una vez y mis botas dieron en las mismas arenas y gravillas de aquella sucia sentina que me había descrito Wheeler el *primer día*, y mientras forcejeaba para estricarme entre dos grandes maderos, tuve mi primera y única visión de nuestro sobrecargo, o por lo menos supongo que era el sobrecargo. Lo entreví allá arriba por una especie de mirilla, entre lo que quizá fueran unas balas de algodón, o lo que sea, y como él, desde luego, no tiene por qué escatimar en iluminación, aunque aquel agujero estaba muy por debajo de la cubierta, resplandecía como una ventana al sol. Vi una cabeza enorme, con unas gafas muy chicas, que se inclinaba sobre un cuaderno; eso y nada más. ¡Y aquél era el personaje cuya sola mención bastaba para hacer callar a unos hombres que tan poca importancia daban a la vida y a la muerte!

Fui subiendo entre el lastre hasta las maderas sobre los cañones *jalados* y me arrastré tras el señor Taylor hasta que un recodo de nuestro estrecho pasaje escondió la visión y volvimos a quedarnos solos con el farol. Llegamos a proa. El señor Taylor me llevó por las escalas gritando, con su voz aniñada: «¡Pasarela!». No imagine usted que ordenaba a nadie que me bajara un mecanismo para mayor comodidad mía. En el lenguaje de los lobos de mar una «pasarela» es un espacio por el que se puede caminar, y supongo que actuaba de ujier o lictor y tomaba precauciones para que no me molestara la gente del común. Así fuimos ascendiendo de las profundidades por cubiertas hacinadas de gente de todas las edades y los sexos, entre olores, ruidos y humos, y salimos al hacinado castillo de proa, ¡y le aseguro que me lancé corriendo al aire fresco y dulce del combés! Di las gracias al señor Taylor por haberme

convoyado, fui a mi conejera e hice que Wheeler me sacara las botas, me desnudé y me froté con, quizá, una pinta de agua y me sentí más o menos limpio. Pero, evidentemente, por fácil que resultara a los suboficiales obtener los favores de las muchachas en aquellas profundidades tenebrosas, éstas resultaban inútiles a su humilde servidor. Sentado en mi silla de lona y en estado próximo a la desesperación, casi llegué a confiarme a Wheeler, pero conservé justo el suficiente sentido común para reservarme mis sentimientos.

Me pregunto qué significará la expresión «noche del talego». Falconer no la incluye.

# (Y)

¡Me ha venido a la cabeza como un relámpago! Por mucho que aplique uno pacientemente la inteligencia a algo, la solución no aparece gradualmente. Un momento no existe, y al siguiente ahí está. ¡Si no se puede alterar el sitio, no queda más que alterar la hora! Por ende, cuando Summers anunció que la marinería iba a procurarnos una diversión, seguí melancólico un rato, sin pensar en ello, cuando de pronto advertí con ojo político que el barco no sólo me iba a brindar un lugar, sino una oportunidad. Celebro informarle… no, no creo que deba tratarlo festivamente, sino con una dignidad sencilla. Señoría, ¡he emulado a bordo una de las victorias de lord Nelson! ¿Podría lograr algo superior la parte meramente civil de nuestro país? En resumen, hice saber que asuntos tan triviales como la diversión de la marinería no me atraían, que tenía dolor de cabeza e iba a pasar el tiempo en mi camarote. ¡Me aseguré de que Zenobia oía mis palabras! Me quedé, pues, mirando por la rejilla mientras nuestros pasajeros se dirigían a la cubierta de popa y la toldilla, una multitud clamorosa felicísima por haber encontrado algo desusado, y al cabo de poco rato el vestíbulo se quedó vacío y tan silencioso como… como cupiera desear. Esperé, escuchando el ruido de pisadas por encima de mi cabeza, y ¡evidentemente, poco después bajó corriendo la señorita Zenobia, quizá en busca de un chal con que afrontar la noche del trópico! ¡Antes de que pudiese ni siquiera fingir un grito de alarma, salí de mi conejera, la tomé de la muñeca y salté atrás con ella! ¡De otras partes llegaban ruidos suficientes, y la sangre que me golpeaba en las orejas hacía tanto ruido que me lancé a mi actividad con verdadero ardor! Combatimos un momento junto a la litera, ella con un esfuerzo tan bien calculado que le faltaba muy poco para resistirse. Yo con pasión creciente. ¡Desenvainé la espada y me lancé al abordaje! Se retiró desordenadamente al otro extremo de la conejera, donde la esperaba el lavabo de lona en su aro de hierro. Ataqué una vez más y se hundió el aro. Se soltó el estante. *Moll Flanders* yacía abierta en el suelo, *Gil Blas* cayó sobre ella y ambos quedaron cubiertos por el regalo de despedida de mi tía, las *Meditaciones entre las Tumbas (MDCCLX) II vols., Londres*, de Hervey. Me deshice de un golpe de todo ello, al mismo tiempo que de las gavias de Zenobia. La pedí a ella que se rindiera, pero mantuvo una resistencia valerosa, aunque inútil, que me encendió aún más. Me incliné en busca del *plato principal*. Caímos en llamas entre las ruinas del lavabo y las páginas pisoteadas de mi pequeña biblioteca. Ardimos de pie. ¡Ah…, por fin, se rindió a mi fuerte brazo, quedó vencida y pagó todos los tiernos tributos de la guerra!

Pero —si Vuestra Señoría me entiende—, aunque es nuestro privilegio masculino *debellare* los *superbos* —o si prefiere usted, las *superbas*—, ¡creo que también es un

deber *parcere* los *subjectis*! Por decirlo brevemente, ¡tras obtener los favores de *Venus*, no deseaba infligir los dolores de *Lucina*! Mas su abandono era completo y apasionado. No creía yo que el ardor femenino pudiera aumentar…, mas la mala suerte quiso que de la cubierta, por encima de nuestras cabezas, llegara el sonido de una verdadera explosión.

Se asió a mí frenética.

—Señor Talbot —jadeó—. ¡Edmund! ¡Los franceses! ¡Sálvame!

¿Ha habido jamás algo tan inoportuno ni más ridículo? Al igual que casi todas las mujeres hermosas y apasionadas, es boba, y la explosión (que yo identifiqué inmediatamente) la colocaba, aunque no a mí, en el peligro del que había tenido yo la generosa intención de protegerla. Bien, así son las cosas. Era culpa suya y debía cargar con las penas de sus bobadas, y no sólo tomarse los placeres. Era —y de todos modos sigue siendo— algo endemoniadamente provocativo. ¡Además, creo que es una mujer demasiado experta como para no comprender lo que ha hecho!

—Calma, querida —murmuré sin aliento, mientras iba calmándose mi propio paroxismo excesivamente rápido, *maldita* mujer—. Es el señor Prettiman, que, por fin, ha visto un albatros. Ha descargado el trabuco de tu padre por donde volaba. No tienes nada que temer de los franceses, sino de nuestra marinería, si se entera de lo que acaba de hacer.

(De hecho, averigüé que el señor Coleridge se había equivocado. Los marineros son, en verdad, supersticiosos, pero la vida en general les importa poco. La única razón por la que no matan aves marinas es, primero, porque no se les permite llevar armas y, segundo, porque las aves marinas no son buenas para comer.)

Por encima de nosotros sonaron carreras en cubierta y mucho ruido por todo el barco en general. No pude por menos de suponer que la diversión tenía un clamoroso éxito para quienes gustan de esas cosas o no tienen nada mejor que hacer.

—Ahora, querida —le dije—, has de volver a la escena social. No podemos aparecer juntos.

—¡Edmund!

Todo ello con mucha agitación y… creo que se le llama expresión. Verdaderamente, estaba en un estado muy desagradable.

—Bien, ¿qué pasa?

—¿No me abandonarás?

Me detuve a pensar.

—¿Crees que puedo transbordar a un buque propio?

—¡Cruel!

Nos hallábamos ahora, como puede observar Su Señoría, en el tercer acto de un drama barato. Ella era la víctima abandonada y yo el villano desalmado.

—¡Bobadas, querida! No pretendas que éstas son circunstancias, incluso tu

postura, un tanto inelegante, que éstas son circunstancias que te son totalmente desconocidas.

—¿Qué voy a hacer?

—¡Paparruchas, mujer! Hay poquísimo peligro, como sabes muy bien. ¿O estás esperando que…?

Me dominé. Incluso el pretender que este comercio tuviera algo de *comercial* parecía un insulto innecesario. A decir verdad, advertí que varias irritaciones se mezclaban a mi natural sensación de plenitud y victoria y en aquel momento nada deseaba yo tanto como que desapareciera ella, como una pompa de jabón o algo evanescente.

—¿Esperando qué, Edmund?

—Esperando un momento oportuno para ir a tu conejera (perdón, debería decir camarote) para reparar tu *toilette*.

—¡Edmund!

—¡Tenemos muy poco tiempo, señorita Brocklebank!

—Pero, si… *si* hubiera… consecuencias lamentables…

—¡Vaya, querida, ya cruzaremos ese puente cuando llegues a él! ¡Ahora, vete! Voy a examinar el vestíbulo… ¡Sí, no hay moros en la costa!

Le hice un leve saludo y me volví a meter de un salto en mi camarote. Volví a poner los libros en sus estantes e hice todo lo posible por devolver su forma al soporte de hierro del lavabo de lona. Por fin, me eché en la litera y no sentí la tristeza aristotélica, sino la continuación de mi irritación anterior. ¡Verdaderamente, esa mujer es *tan* boba! ¡Los franceses! Era su sentido del teatro lo que la había traicionado, no pude por menos de pensar, a expensas mías. Pero en cubierta iba terminando la fiesta. Pensé en aparecer más tarde, cuando la luz del vestíbulo sirviera más para disimular que para revelar. Aprovecharía el momento adecuado para ir al salón de pasajeros y tomar una copa con cualquier caballero que se quedara bebiendo hasta tarde. No quise encender mi candela, sino que esperé, ¡y esperé en vano! ¡De las cubiertas superiores no bajaba nadie! Me deslicé, pues, al salón de pasajeros y me sentí desconcertado al encontrarme con que Deverel ya estaba allí, sentado a la mesa bajo el ventanal de popa, con un vaso en una mano y, lo más extraño, ¡una máscara de carnaval en la otra! Estaba riéndose a solas. Me vio inmediatamente y me llamó:

—¡Talbot, querido amigo! ¡Un vaso para el señor Talbot, camarero! ¡Qué espectáculo!

Deverel estaba algo ebrio. Hablaba torpemente y tenía un aspecto descuidado. Brindó por mí, cortés, aunque exageradamente. Volvió a reírse.

—¡Qué cosa tan divertida!

Por un momento creí que se refería a lo ocurrido entre la señorita Zenny y yo. Pero su actitud no correspondía exactamente a eso. Sería otra cosa, pues.

—Pues, sí —dije—. Divertido como dice usted, señor mío.

Durante un minuto o dos no dijo nada. Después:

—¡Cómo odia a los curas!

Como decíamos de niños, aquello se iba poniendo caliente, caliente.

—Se refiere usted a nuestro bizarro capitán.

—El viejo avinagrado.

—He de confesar, señor Deverel, que yo tampoco soy especialmente amigo de los reverendos, pero la enemistad del capitán parece ser exagerada. Me han dicho que ha prohibido al señor Colley ir a la toldilla por un descuido trivial.

Deverel volvió a reírse.

—La toldilla, que Colley se cree que comprende la cubierta de popa. De modo que queda confinado más o menos al combés.

—Un odio tan *apasionado* resulta misterioso. A mí mismo me parece que Colley es un, un personaje…, pero, bueno, no castigaría al hombre por su carácter, sino que prefiero ignorarlo.

Deverel hizo rodar su vaso vacío por la mesa.

—¡Bates! ¡Otro coñac para el señor Deverel!

—Es usted la amabilidad en persona, Talbot. Podría contarle…

—¿Contarme qué, señor mío?

Demasiado tarde advertí que aquel hombre había bebido demasiado. La elegancia habitual de su conducta y su porte me lo habían disimulado. Murmuró:

—Nuestro capitán. Nuestro maldito capitán.

Su cabeza cayó hacia delante sobre la mesa del salón, se le cayó el vaso y se le rompió. Traté de despertarlo, pero no lo logré. Llamé al camarero, que está bastante acostumbrado a ocuparse de estas situaciones. Ahora, por fin, volvía el público de las cubiertas superiores, pues sonaban pisadas en la escala. Salí del salón y me encontré con una multitud en el vestíbulo. A mi lado pasó rauda la señorita Granham. El señor Prettiman iba pegado a ella, perorando no sé qué. Los Stock, *père et mère*, estaban de acuerdo con Pike en que la cosa había ido demasiado lejos. Pero allí estaba la señorita Zenobia, ¡radiante entre los oficiales como si hubiera estado entre el público desde el comienzo! Se dirigió hacia mí sonriendo:

—¿No ha sido divertido, señor Talbot?

Me incliné con una sonrisa.

—Jamás lo he pasado mejor en mi vida, señorita Brocklebank.

Volví a mi camarote, donde me pareció que todavía flotaba el perfume de aquella mujer. A decir verdad, si bien lo que predominaba en mi ánimo seguía siendo la irritación, cuando me senté e inicié esta entrada —y a medida que ésta ha ido avanzando— la irritación se ha ido sumergiendo en una especie de tristeza universal… ¡Dios mío! ¿Tendrá Aristóteles tanta razón en este comercio de los sexos

como la tiene en los órdenes de la sociedad? Debo arrancarme a una visión demasiado sombría de esa transacción de corral, gracias a la cual se saca a la luz a nuestra pobre especie.

# TSETA

¡Es la misma noche y ya me he recuperado de lo que ahora me parece una visión morbosa de prácticamente todo! ¡La verdad es que me preocupa más lo que Wheeler pueda descubrir y comunicar a sus compañeros que las consideraciones de una especie de moralismo metodista! Para empezar, no logro que el anillo de hierro recupere su forma exacta, y además ¡sigue flotando ese maldito perfume! ¡Maldita sea esa boba! Al mirar hacia atrás, me parece que lo que siempre recordaré no será el placer febril y demasiado breve de mi *diversión*, sino el recurso ocasional y asombroso al teatro que utilizó ella cada vez que sus sensaciones se excitaban más de lo normal… ¡o quizá cuando resultaban más definibles de lo habitual! ¿Podría expresar una actriz una emoción que es indefinible? Y, por ende, ¿no celebraría agradecida una situación en la que la emoción fuera directa y precisa? ¿Y no explica eso su comportamiento teatral? En mi modestísima participación en grupos de aficionados, cuando estaba en la Universidad, los que contratábamos como asesores profesionales nos explicaban algunos de los tecnicismos del arte, el oficio o la profesión teatrales. Así, yo debería haber dicho que tras mi observación de «¡Vaya, querida, ya cruzaremos ese puente cuando llegues a él!», no replicó con palabras, sino que, de estar medio de espaldas a mí, pasó a darme la espalda totalmente y empezó a alejarse de mí; habría ido mucho más lejos de haberlo permitido la conejera, ¡y habría realizado el desplazamiento que según nos decían constituía el *mutis por el foro derecho*! Me reí al recordarlo y me recuperé algo. ¡Dios mío, como diría el capitán, ya sobra con un cura por barco, y el escenario es una alternativa agradable al moralismo! Pues, ¿no nos habían hecho teatro el reverendo caballero y la señorita Brocklebank en el único servicio que habíamos tenido que padecer? En este mismo momento estoy poseído por una concepción positiva y literalmente shakesperiana. *Él* la había encontrado atractiva y *ella* se había mostrado, como todas las mujeres, ansiosa de arrodillarse ante un oficiante masculino. ¡Qué pareja! ¿No deberíamos hacerles un favor, o, como me susurró un genio al oído, hacernos un favor a los tres? ¿No se debería llevar a estos improbables Beatriz y Benedicto a una montaña de afectos mutuos? «Prestaría mis modestos oficios para ayudar a mi prima a obtener un buen marido.» Me reí en voz alta al escribir estas palabras, y no puedo sino esperar que los demás pasajeros, tendidos en sus literas a las *tres campanas de la guardia de media*, hayan creído que, al igual que Beatriz, me he reído en sueños. En adelante, dedicaré al señor Colley las, digamos, atenciones más distinguidas por mi parte, ¡o por lo menos hasta que la señorita Brocklebank ya no corra peligro de caer en manos de *los franceses*!

# (Z)

¡Zeta, ya ve usted, zeta! No sé a qué día estamos, pero, ¡lo que ha pasado! ¡Qué cosas!

Me levanté a la hora de costumbre con un leve malestar en la frente, cansado, creo, por mi ingestión un tanto liberal de un coñac bastante inferior con el señor Deverel. Me vestí y salí a cubierta para que se lo llevara el viento cuando, ¿quién sale del vestíbulo sino el reverendo caballero a quien pensaba hacer el favor —la expresión no es afortunada— de un futuro tan agradable? Recordé mi decisión, levanté el sombrero y le deseé buenos días. Hizo una inclinación con una sonrisa y levantó su tricornio, pero con más dignidad de la que yo le creía poseedor. Vamos, pensé para mis adentros, ¿necesita un obispo la Tierra de Van Diemen? Lo observé con alguna sorpresa mientras él subía decidido la escala de la cubierta de popa. Lo seguí hasta donde continuaba el señor Prettiman, abrazado a su arma ridícula. Lo saludé, pues si ahora necesito personalmente al señor Colley, como sabe usted, el señor Prettiman debe ser siempre objeto de mi interés.

—¿Le acertó usted al albatros, señor mío?

El señor Prettiman saltó de indignación.

—¡No, señor! ¡Todo ese episodio (me arrancaron el arma de las manos) fue grotesco y lamentable! ¡Qué muestra de ignorancia, de superstición monstruosa y salvaje!

—Sin duda, sin duda —dije apaciguador—. En Francia jamás podría ocurrir algo así.

Seguí hacia la toldilla, subí la escala y ¡cuál no sería mi asombro al encontrarme allí con el señor Colley! ¡Estaba, con su peluca redonda, su tricornio y su casaca negra, delante del capitán Anderson, hollando las planchas más sagradas del tirano! Cuando llegué a la cima de la escala, el capitán Anderson se dio abruptamente la vuelta, se acercó al cairel y escupió. Tenía la cara roja y malhumorada como una gárgola. El señor Colley se levantó el sombrero con aire grave y se acercó a la escala. Vio al teniente Summers y se acercó a él. Se saludaron con mutua gravedad.

—Señor Summers, creo que fue usted quien descargó el arma del señor Prettiman.

—Sí, señor.

—Espero que no hiriera usted a nadie.

—Disparé al aire.

—Debo comunicarle mi agradecimiento.

—No hay de qué, señor mío. Señor Colley…

—¿Sí, señor mío?

—Le ruego me escuche.

—¿En qué sentido, señor mío?

—No vaya inmediatamente. No hace mucho tiempo que conocemos a nuestros hombres, señor mío. Después de lo de ayer, y comprendo que no es usted partidario de los estimulantes de ningún tipo, le ruego que espere hasta que se le haya dado su ron a la tripulación. Después vendrá un período en el cual, aunque no estén más dispuestos a razonar que ahora mismo, por lo menos estarán más tranquilos y pacíficos…

—Tengo mi propia protección, señor mío.

—¡Créame que sé lo que le digo! He pertenecido a su clase y…

—Yo llevo el escudo del Señor.

—¡Señor Colley, por favor! Se lo ruego como favor personal, ya que declara usted estar en deuda conmigo: ¡espere una hora!

Se produjo un silencio. El señor Colley me vio y me hizo una grave inclinación. Se volvió hacia el señor Summers.

—Muy bien, señor mío. Acepto su consejo.

Los dos señores volvieron a hacerse reverencias y el señor Colley se volvió hacia mí, ¡de modo que nos hicimos *otra* reverencia! ¡Ni en Versalles se harían tantas! Después, el caballero descendió la escala. ¡Aquello era demasiado! En mis propósitos *shakesperianos* a ese respecto se mezcló una nueva curiosidad. ¡Dios mío, pensé, hay un nuevo arzobispo para todo el hemisferio sur! Corrí tras él y lo atrapé cuando estaba a punto de entrar en nuestro vestíbulo.

—¡Señor Colley!

—¿Señor mío?

—Hace largo tiempo que deseo trabar mayor conocimiento con usted, pero debido a una lamentable indisposición no he tenido la ocasión…

Una sonrisa le dividió la *jeta*. Se sacó el sombrero, se lo llevó al estómago y se inclinó, o hizo una reverencia sinuosa, sobre él. El arzobispo reducido a cura de pueblo… no, a cura de aldea. Volví a despreciarlo, y eso apagó mi curiosidad. Mas recordé cuánto podría Zenobia necesitar sus servicios, y que yo mismo podría necesitarlo por si acaso o, como se diría en la Marina, *¡tenerlo en reserva!*

—Señor Colley. Llevamos demasiado tiempo sin conocernos. ¿Querría usted darse un paseo conmigo por cubierta?

Fue algo extraordinario. Su rostro, quemado y pelado por el sol tropical, enrojeció aún más y después palideció a igual velocidad. ¡Juro que se le saltaron las lágrimas! ¡Se le puso la nuez de Adán a *bailar* arriba y abajo, por encima y debajo del cuello clerical!

—Señor Talbot, señor mío… no hay palabras… deseo desde hace tanto tiempo…, pero en este momento… es digno de usted y de su noble protector… es muy

generoso… esto es caridad cristiana en su más noble sentido… ¡Dios lo bendiga, señor Talbot!

Volvió a realizar su inclinación sinuosa y profunda, retrocedió una o dos varas, volvió a doblarse como si se alejara del Santísimo y desapareció en su conejera.

Escuché una exclamación despectiva desde arriba, miré y vi al señor Prettiman que nos contemplaba desde la barandilla delantera de la cubierta de popa. De un salto volvió a sustraerse a mi vista. Pero de momento no le presté ninguna atención. Seguía confundido por el notable efecto que habían tenido mis palabras en Colley. Tengo aspecto de caballero y visto bien. Soy bastante alto y es posible —no digo más que posible— que la conciencia de mi futuro empleo haya añadido a mi porte más dignidad de la que es habitual en personas de mi edad. En cuyo caso, Señoría, es usted indirectamente responsable…, pero ya he escrito anteriormente, ¿no?, que no le seguiría molestando a usted con mi gratitud. Para continuar, pues, ¡nada había en mí que justificara el que este bobo individuo me tratara como si yo perteneciera a la realeza! Me paseé entre el saltillo de la cubierta de popa y el palo mayor durante media hora, quizá para deshacerme de aquel malestar en la frente, y reflexioné sobre aquella ridícula circunstancia. Había ocurrido algo y no sabía qué, ¡algo, percibí, durante aquella diversión a bordo, mientras yo chocaba tan frontalmente con la Deliciosa Enemiga! No podía saber qué había sido, ni por qué ello hacía que mi reconocimiento al señor Colley le resultara algo tan extraordinariamente delicioso. ¡Y el teniente Summers había disparado el trabuco del señor Prettiman sin herir a nadie! ¡Parecía un fallo extraordinario para un *marino de guerra*! Todo era muy misterioso y confuso; pero la evidente gratitud de aquel hombre por mis atenciones… resultaba muy molesto que no pudiera pedir yo una solución del misterio a los caballeros o los oficiales, pues no sería político revelar ignorancia sobre una placentera preocupación con un miembro del propio sexo. No se me ocurría por el momento qué hacer. Volví a nuestro vestíbulo con intención de ir al salón y descubrir, si podía, mediante la atención a las conversaciones de los demás, la fuente de la enorme gratitud del señor Colley y su gran dignidad. Pero cuando entré en el vestíbulo salió la señorita Zenobia corriendo de su conejera y me detuvo poniéndome una mano en el brazo.

—¡Señor Talbot… Edmund!

—¿En qué puedo servirle, señora?

Y susurrante, contralto, pero pianissimo…

—Una carta, ¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer?

—Zenobia, ¡dímelo todo!

¿Observa Su Señoría algo de teatral en mi respuesta? En verdad que lo era… Inmediatamente nos vimos transportados por una marea de melodrama.

—¡Ah, cielos!… es, es un *billet*… ¡perdida, perdida!

—Pero, querida —le dije saliéndome del escenario inmediatamente—, ¡yo no te

he escrito nada!

Se agitó su magnífico, aunque bobo, seno.

—¡Era de otro!

—¡Bien —le murmuré—, me niego a asumir la responsabilidad por todos los caballeros de a bordo! Deberías emplear los oficios de ése, y no los míos. De manera…

Me di la vuelta para marcharme, pero ella me agarró del brazo.

—La nota es en todo inocente, pero podría… podría malinterpretarse… A lo mejor se me ha caído… ¡oh, Edmund, bien sabes dónde!

—Te aseguro —dije— que cuando puse en orden mi conejera en los puntos perturbados por determinada ocasión exquisita, me habría dado cuenta…

—¡Te ruego! ¡Oh, te lo ruego!

Me miró a los ojos con esa mirada de absoluta confianza mezclada de angustia que mejora tanto un par de órbitas, por lustrosas que sean (pero, ¿quién soy yo para aleccionar a Su Señoría, rodeado todavía como lo está por adoradoras que contemplan lo que desearían, pero no pueden obtener?… A propósito, ¿es demasiado evidente mi adulación? ¡Recuerde que usted mismo me dijo que cuanto más sazonada de verdades, más eficaz sería!).

Zenobia se me acercó y me murmuró:

—Ha de estar en tu camarote. ¡Ay, si la encontrase Wheeler, estoy perdida!

Diablo, pensé. Si la encuentra Wheeler el que está perdido soy *yo*, o casi. ¿Está tratando ella de implicarme?

—No diga más, señorita Brocklebank. Voy inmediatamente.

Mutis por la derecha. ¿O por la izquierda? Nunca estoy seguro en cuestiones de teatro. Digamos, pues, que fui a mi espacioso apartamento, al lado de babor del navío, abrí la puerta, entré, la cerré y empecé a buscar. No conozco nada más irritante que el verse obligado a buscar un objeto en un espacio estrecho. Inmediatamente me di cuenta de que había dos pies junto a los míos. Alcé la vista.

—¡Vete, Wheeler! *¡Largo!*

Se fue. Luego encontré el papel, pero cuando ya había renunciado a seguir buscándolo. Estaba a punto de poner agua en mi lavabo de lona cuando, ¿qué veo en su centro sino una hoja de papel? La eché mano inmediatamente y estaba a punto de llevarla a la conejera de Zenobia cuando me detuvo una idea. En primer lugar, yo ya había hecho mis abluciones por la mañana. El lavabo de lona estaba vacío y la litera hecha.

¡Wheeler!

Inmediatamente desdoblé la nota y volví a respirar. Muy mala letra.

¡MUJERCITA ADORABLE, NO PUEDO SEGIR ESPERANDO! ¡YA HE

ENCONTRADO UN SITIO QUE NO CONOCE NAIDE! ¡ME LATE EL CORAZON EN EL PECHO COMO NUNCA NI EN MIS ORAS DE MALLOR PELIGRO! ¡NO TIENES MAS QUE DECIRME EL MOMENTO Y TE TRASPORTARE A LOS CIELOS!

TU EROE MARINERO.

¡Dios mío, pensé, éste es un lord Nelson elevado a la ridícula potencia! ¡A ella le ha dado un ataque de *emmitis* y se lo ha pegado a este héroe marinero desconocido! Caí en un estado de total confusión. El señor Colley, todo dignidad… ahora esta nota… Summers con el trabuco de Prettiman que, en realidad, era de Brocklebank… Rompí a reír y después llamé a Wheeler.

—Wheeler, has estado muy ocupado en mi camarote. ¿Qué iba a ser de mí sin ti?

Hizo una reverencia, pero no dijo nada.

—Me agrada tu meticulosidad. Ten media guinea. Mas hay veces en que olvidas algo, ¿no?

El hombre no miró ni de reojo hacia el lavabo de lona.

—Gracias, señor Talbot. Puede usted fiarse de mí en todo, señor.

Se retiró. Volví a examinar la nota. Evidentemente, no era de Deverel, pues aquellas faltas de ortografía no eran propias de un caballero. Me pregunté qué hacer.

Entonces —a fe que, más adelante, debo entretenerme en ver cómo podría encajar todo esto en una farsa— percibí cómo brindaría el teatro un medio de deshacerme simultáneamente de Zenobia y el pastor: no tenía más que dejar la nota en el camarote de éste y hacer como que la descubría. ¿No está esta nota dirigida a la señorita Brocklebank, señor mío? ¡Usted, que es un ministro de la religión! ¡Confiese, galán, y permítame que lo congratule por su éxito con su *inamorata*!

En aquel momento fue cuando me sorprendí asombrado e irritado. ¡Heme aquí, yo que me consideraba persona honorable y responsable, contemplando un acto que no sólo era criminal, sino despreciable! ¿Cómo había ocurrido eso? Ya ve usted que no disimulo nada. Sentado al borde de mi litera examiné la secuencia que me había llevado a ideas tan groseras y hallé su original en el carácter dramático de los llamamientos de Zenobia, que nos devolvían directamente a la farsa y el melodrama, ¡en una palabra, al teatro! Que se proclame en todas las escuelas:

*¡Platón tenía razón!*

Me levanté, fui a la conejera de al lado y llamé. Abrió ella, le di la nota y me fui.

# (Ω)

Omega, omega, omega. ¡Sin duda, la última escena! No puede ocurrir nada más… ¡salvo incendio, naufragio, la violencia del enemigo o un milagro! ¡Incluso en este último caso estoy seguro de que el Todopoderoso se aparecería teatralmente, como un *Deus ex machina*! Aunque yo me niegue a desacreditarme con ello, no puedo, parece, evitar que todo el buque se dedique al teatro. Yo mismo debería presentarme ante usted ahora revestido como el mensajero de un drama —¿por qué no su Racine?—. Perdóneme que diga «su», pero no puedo pensar en él de otra forma…

¿O puedo quedarme con los griegos? Es una obra de teatro. ¿Se trata de una farsa o una tragedia? ¿No depende la tragedia de la dignidad del protagonista? ¿No ha de ser grande él para que su caída sea grande? Una farsa, pues, porque ese hombre aparece ahora como una especie de Polichinela. Su caída se efectúa en términos sociales. En ella no interviene la muerte. No se va a sacar los ojos ni lo van a perseguir las Furias. No ha cometido ningún crimen ni ha infringido ley alguna, salvo que nuestro caprichoso tirano tenga unas cuantas en reserva para sorprender a los incautos.

Tras deshacerme del *billet* fui a la cubierta de popa a tomar el aire, y después a la toldilla. No estaba el capitán Anderson, pero de guardia estaba Deverel junto con nuestro anciano guardiamarina, el señor Davies, que a la luz del sol tiene un aspecto más achacoso que nunca. Saludé a Deverel y regresé a la cubierta de proa, con intención de hablar algo con el señor Prettiman, que sigue patrullando en plena locura (cada vez estoy más convencido de que resulta inconcebible que este hombre presente peligro alguno para el Estado. Nadie va a hacerle caso. No obstante, consideré que era mi deber mantener un trato con él). No prestó atención alguna a mi llegada. Estaba contemplando el combés. Seguí su mirada con la mía.

¡Cuál no sería mi asombro al ver que por la trasera de la cubierta de popa aparecía la espalda del señor Colley, que avanzaba hacia la parte del navío destinada a la gente del común! Ya esto en sí era bastante sorprendente, pues cruzó la raya blanca que, a la altura del palo mayor, delimita la posibilidad de que esa gente venga hacia nosotros, salvo que sea por invitación o en acto de servicio. ¡Pero lo que era todavía más asombroso era que Colley iba ataviado con lo que cabría calificar de auténtico delirio de galas eclesiásticas! La casulla, el alba, el bonete, la peluca y la cogulla parecían totalmente absurdas bajo nuestro sol vertical. Avanzaba a paso solemne, como si estuviera en una catedral. Los tripulantes que descansaban al sol se pusieron inmediatamente en pie con un aire que me pareció un tanto borreguil. El señor Colley desapareció de mi vista bajo el saltillo del castillo de proa. Entonces, de esto era de lo

que había hablado con Summers. Los tripulantes debían de haber recibido su ron, y de hecho entonces recordé que antes había oído el silbato y el grito de «¡La ración!» sin prestar atención alguna a unos sonidos que ya resultaban tan familiares. El navío se movía poco y hacía calor. Los propios tripulantes gozaban del reposo, o de lo que el señor Summers llama «la hora de coser». Me quedé un rato en la cubierta de popa, sin prestar mucha atención a la diatriba del señor Prettiman contra lo que él calificaba de supervivencia de bárbaros atavíos, pues esperaba con alguna curiosidad a que volviera a salir el clérigo. ¡No podía imaginar que se propusiera celebrar un servicio religioso con todas las de la ley! Pero la visión de un clérigo que, más que ir a un lugar así, avanzaba en procesión —pues su marcha tenía tal *tempo*, tal aire, que hacía imaginar un coro, un grupo de canónigos y un deán, por lo menos—, aquella visión, lo confieso, me intrigó y me impresionó al mismo tiempo. Comprendí su error. Carecía de la autoridad natural en un caballero y había exagerado absurdamente la dignidad de su vocación. Ahora se dirigía hacia las clases inferiores con toda la majestad de la Iglesia Triunfante —¿*o* debería decir de la Iglesia Militante?—. Me emocionó esta visión en pequeño de uno de los elementos que han llevado a la sociedad inglesa —e incluso osaría decir británica— al estado de perfección de que goza actualmente. Aquí, ante mí, estaba la Iglesia; allí, *a popa*, sentado en su camarote, estaba el Estado, en la persona del capitán Anderson. ¿Qué látigo, me pregunté, sería el más eficaz? ¿El gato de nueve colas, en su bolsa de sarga roja y a disposición del capitán, aunque no he oído que haya ordenado utilizarlo, o la *idea platónica*, conceptual, de un látigo, la amenaza del fuego del infierno? Pues no me cabía duda (por la aparición digna y ofendida del hombre ante el capitán) de que la tripulación había infligido al señor Colley una ofensa, real o imaginaria. No me hubiera sorprendido mucho el escuchar en el castillo de proa gemidos de arrepentimiento o aullidos de terror. Durante un rato —no sé cuánto— estuve esperando a ver qué ocurría, ¡y concluí que no iba a ocurrir nada en absoluto! Volví a mi camarote, donde continué con los párrafos *en caliente* que espero le hayan agradado. Interrumpí esa actividad al escuchar un ruido.

¿Puede imaginar Su Señoría lo que era el ruido? No, señor, ¡ni siquiera usted podría (con la práctica espero hallar formas más sutiles de halago)!

¡El primer ruido que oí llegar del castillo de proa fue el de aplausos! No el tipo de aplausos que sigue a un *aria* y a veces interrumpe varios minutos la continuación de una ópera. No se trataba de histeria, el público no estaba fuera de sí. ¡Ni estaba la marinería lanzando rosas, ni monedas de a guinea, como vi una vez a unos petimetres que intentaban introducirlas en el seno de la Fantalini! Estaban, me decía mi oído *social*, haciendo lo correcto, lo procedente. Aplaudían de forma muy parecida a como he aplaudido yo en el Sheldomian entre mis compañeros cuando la Universidad ha concedido un título honorífico a un extranjero respetable. Salí rápido a cubierta, pero

tras aquella primera serie de aplausos había caído el silencio. Me pareció que casi podía oír cómo hablaba el reverendo caballero. Hasta pensé en acercarme al lugar, esconderme junto al saltillo de proa y ponerme a escuchar. Pero después reflexioné sobre la cantidad de sermones que había oído en mi vida y los que era probable que oyera en lo porvenir. ¡Nuestra travesía, tan lamentable en muchos sentidos, por lo menos ha sido una vacación en cuanto a eso! Por ende, decidí esperar hasta que nuestro recién victorioso Colley persuadiera a nuestro capitán de que nuestro vetusto navío necesitaba un sermón o, peor todavía, toda una serie ordenada de ellos. Ante mi mirada pensativa llegó incluso a deslizarse la imagen de, por ejemplo, *Los Sermones de Colley*, o incluso *Colley habla del Viaje que es la Vida*, y decidí de antemano no suscribirme a la edición.

Estaba a punto de regresar de mi apostadero a la sombra levemente móvil de no sé qué vela cuando oí incrédulo un estallido de aplausos, más fuertes esta vez y espontáneos. Huelga señalar a Su Señoría la rareza de las ocasiones en que se aplaude a un cura ataviado de gala o, como dice el joven señor Taylor, «vestido de fiesta». Éste puede esperar quejidos y lágrimas, exclamaciones de remordimiento y expresiones pías si su sermón va acompañado de algún *entusiasmo*; ¡y recibirá como respuesta el silencio y unos bostezos encubiertos si se satisface con ser serio y respetable! ¡Pero el aplauso que me llegaba desde el castillo de proa correspondía más bien a un espectáculo! Era como si Colley fuese un acróbata o un juglar. ¡Estos segundos aplausos sonaban como si (tras haber obtenido los primeros al mantener en el aire seis platos al mismo tiempo) ahora además se hubiera puesto un taco de billar en la frente con un vaso de noche dando vueltas en la punta de arriba!

Ahora se me despertó de verdad la curiosidad y estaba a punto de ir a proa cuando bajó Deverel de su guardia e inmediatamente, con lo que no puedo calificar sino de intención deliberada, ¡empezó a hablar de la Brocklebank! Me sentía descubierto y al mismo tiempo algo halagado, como se sentiría cualquier joven, y algo aprensivo al imaginar las posibles consecuencias de que se me relacionara con ella. La vi de pie al lado de estribor de la cubierta de popa mientras el señor Prettiman le echaba un discurso. Me llevé a Deverel al vestíbulo, donde hicimos unas fintas. Hablamos de la dama con una cierta libertad, y me pasó por la imaginación la idea de que durante mi indisposición Deverel hubiera logrado un éxito mayor del que pretendía reconocer, aunque lo sugirió. Quizá estemos en la misma situación. ¡Cielo santo! Pero aunque sea oficial de la Marina, es un caballero, y ocurra lo que ocurra no nos vamos a traicionar el uno al otro. Bebimos un *vaso* en el salón de pasajeros y volvía yo a mi conejera cuando me vi frenado en mi camino por un gran ruido procedente del castillo de proa y el ruido más inesperado posible: ¡un auténtico estallido de carcajadas! Me sorprendió la idea de que el señor Colley fuera chistoso y concluí inmediatamente que les había dado demasiadas confianzas y, como si fueran chicos

de escuela, se divertían en burlarse alegremente del maestro, que los ha amonestado y se ha ido. Fui a la cubierta de popa para ver mejor, y después a la toldilla, pero no logré divisar en el castillo de proa sino al hombre allí apostado de vigía. Estaban todos dentro, todos juntos. Colley había dicho algo, pensé, y ahora está en su conejera, quitándose sus *bárbaros atavíos*. Pero el rumor se había extendido por el barco. Debajo de mí, la cubierta de popa se iba llenando de damas, caballeros y oficiales. Los más osados se habían establecido a mi lado, junto a la barandilla de proa de la toldilla. Ahora parecía que la imagen teatral que se había cernido sobre mi fuero interno y teñido mis especulaciones sobre los acontecimientos anteriores llenara todo el navío. ¡En un momento, aturdido, me pregunté si nuestros oficiales habían salido porque temían un motín! Pero Deverel lo hubiera sabido, y no había dicho nada. No obstante, todos miraban hacia adelante, hacia la gran porción desconocida del barco donde los tripulantes se dedicaban a la diversión que fuese. Nosotros éramos los espectadores, y allá, entrevisto más allá de los botes en el botalón y el enorme cilindro del palo mayor, estaba el escenario. El saltillo del castillo de proa se erguía como la pared de una casa, pero dotado de dos escaleras y dos entradas, una a cada lado, que se parecían provocativamente a un escenario; provocativamente porque no se podía garantizar que hubiera espectáculo, y era probable que nuestras extrañas expectativas se vieran frustradas. ¡Jamás he tenido tanta conciencia de la distancia que media entre el desorden de la vida real en su variopinta acción, su exhibición parcial y sus irritantes disimulos, y los simulacros escénicos que antaño había creído eran una fiel representación de aquélla! No quería preguntar lo que sucedía, y no se me ocurría cómo averiguarlo salvo que estuviera dispuesto a mostrar una curiosidad de mal tono. Naturalmente, el favorito de Su Señoría habría traído al foro a la heroína y a su confidente; el mío habría añadido la acotación de *entran dos marineros*. Pero lo único que yo podía oír era cómo aumentaba la diversión en el castillo de proa, y algo parecido ocurría entre nuestros pasajeros, por no mencionar a los oficiales. Esperé los acontecimientos, ¡y de pronto, llegaron! De la puerta de babor del castillo de proa salieron disparados dos grumetes —no jóvenes caballeros — que se perdieron de vista tras el palo mayor, ¡y después volvieron a entrar disparados por estribor! Estaba yo reflexionando sobre la índole abyecta de un sermón que pudiera ocasionar una hilaridad tan general y prolongada cuando advertí la presencia del capitán Anderson, que estaba también en la barandilla delantera de la toldilla y miraba a proa inescrutablemente. El señor Summers, el primer oficial, subió corriendo por la escalera expresando con cada uno de sus movimientos ansiedad y prisa. Fue directamente al capitán Anderson.

—¿Bien, señor Summers?

—Le ruego que me permita intervenir, mi capitán.

—Señor Summers, no debemos intervenir en las cosas de la iglesia.

—¡Mi capitán, la tripulación!

—Sí, ¿dígame?

—¡Están bebidos, mi capitán!

—Entonces, encárguese de que se les castigue, señor Summers.

El capitán Anderson dio la espalda al señor Summers y pareció advertir mi presencia por primera vez. Gritó desde el otro lado de la cubierta:

—¡Buenos días, señor Talbot! ¡Confío en que esté usted disfrutando con el viaje!

Repliqué que sí, y revestí mi respuesta con palabras que he olvidado, pues lo que me preocupaba era el extraordinario cambio ocurrido en el capitán. Cabía decir que la faz con que suele recibir la llegada de sus congéneres es tan acogedora como el portón de una prisión. Además, tiene un modo de proyectar la mandíbula inferior y hundir en ella la sombría masa de su rostro, mientras mira fijamente bajo las cejas, que me imagino que es absolutamente aterrador para sus inferiores. ¡Pero hoy tanto su rostro como su forma de hablar reflejaban una especie de alegría!

Mas volvía a hablar el teniente Summers:

—Permítame, por lo menos…, ¡mire, mi capitán!

Indicaba algo. Me volví.

¿Ha pensado alguna vez Su Señoría en lo extraño de la tradición que a fin de señalar que hemos logrado determinados conocimientos nos coloca una cogulla medieval al cuello y una birreta en la cabeza? (¿No debería el rector hacer que ante él se portara un capacho plateado? Estoy divagando.) Habían aparecido dos figuras en la entrada de babor que avanzaban ahora en procesión por cubierta hacia la de estribor. Quizá el tañido de la campana de a bordo y el grito, sin duda sarcástico, de «¡Y sereno!» me persuadieron de que aquellas figuras eran las de un reloj fantástico. La primera llevaba una capucha negra ribeteada de piel, pero no en la espalda, sino que le tapaba la cabeza, como vemos en los manuscritos iluminados de la época de Chaucer. Le rodeaba toda la cara y se la sostenía con una mano bajo la barbilla, como si fuera lo que creo llaman las damas un capillo. La otra mano la llevaba a la cadera con el brazo encorvado. El personaje cruzó la cubierta con una parodia exageradamente contoneante de paso de femenino. La segunda figura llevaba —además de las prendas sueltas de lona que suele llevar esa gente— una birreta de aspecto decididamente ruinoso. Seguía a la primera en torpe persecución. Cuando las dos figuras desaparecieron en el castillo de proa se produjo otra carcajada general, y después una ovación.

¿Oso decir lo que con su sutileza considerará Su Señoría sabiduría retrospectiva? Esta comedia no se dirigía sólo hacia adentro, hacía el castillo de proa. ¡Se dirigía a *popa*, hacia nosotros! ¿No ha visto cómo lanza un actor deliberadamente un soliloquio hacia afuera y hacia arriba, a la galería, e incluso a un punto determinado de ésta? ¡Las dos figuras que habían desfilado ante nosotros habían proyectado su

retrato de la debilidad y la estupidez humanas directamente *hacia popa*, donde estaban reunidos sus superiores! Si Su Señoría tiene alguna idea de la velocidad con que se difunde el escándalo a bordo, más fácilmente comprenderá la forma inmediata —no, instantánea— con que corrió por todo el barco la noticia de lo que ocurría en el castillo de proa, fuera lo que fuese. ¡Los hombres, la marinería, la tripulación, tenían unas intenciones propias! ¡Estaban haciendo algo! ¡Nos sentimos unidos, creo, por nuestra comprensión del peligro que para la estabilidad social podría surgir en cualquier momento entre la marinería y los emigrantes! Lo que ocurría en el castillo de proa era libertinaje e insolencia. La culpa la tenían el señor Colley y el capitán Anderson: el uno, por haber brindado la ocasión de tanta insolencia; el otro, por permitirla. Desde hace nada menos que una generación (reconociendo la gloria alcanzada por los triunfos de nuestras armas) el mundo civilizado ha tenido motivos para lamentar los resultados de la indisciplina de la raza Gálica. No creo que la recuperación sea fácil. Empecé a bajar de la toldilla, asqueado y sin apenas responder a los saludos de todos. El señor Prettiman estaba ahora en la cubierta de popa con la señorita Granham. ¡Ahora podía, pensé amargamente, gozar de una demostración ocular de los resultados de la libertad que propugnaba! El capitán Anderson le había dejado la toldilla a Summers, que seguía mirando a proa con el rostro tenso, como si previera la aparición del enemigo, o de Leviatán o de la serpiente marina. Estaba yo a punto de descender al combés cuando salió de nuestro vestíbulo el señor Cumbershum. Me detuve y me pregunté si debía interrogarlo; pero entre tanto salió el joven Tommy Taylor corriendo del castillo de proa, por extraño que parezca, hacia popa. Cumbershum le echó mano:

—¡Más decoro en cubierta, jovencito!

—Mi teniente… Tengo que ver al primer oficial. ¡Lo juro por Dios!

—¿Vuelta a jurar, muchacho?

—¡Es el cura, mi teniente, le digo que es él!

—¡El señor Colley para usted, señor mío; maldita sea su insolencia de mozalbete imberbe!

—¡Es verdad, mi teniente, es verdad! ¡El señor Colley está en el castillo de proa, más borracho que una cuba!

—¡Baje, señor mío, o lo mando a las gavias!

Desapareció el señor Taylor. Mi propio asombro fue absoluto al saber que el clérigo había estado presente en el castillo de proa mientras sonaban todos los diversos ruidos que habíamos escuchado, y se había quedado allí mientras hacían aquella comedia y las figuras del reloj hacían piruetas destinadas a nosotros. Ya no pensaba en retirarme a mi conejera. Porque ahora ya no estaban llenas sólo la cubierta de popa y la toldilla. Las personas lo bastante activas se habían subido a los obenques más bajos de mesana, mientras que debajo de mí, el combés —el foso, supongo, en

términos de teatro— contenía todavía más espectadores. Lo curioso era que en torno a mí tanto las damas como los caballeros se hallaban, o parecían hallarse, en un estado de animación escandalizada. Parecía que se hubieran alegrado de tener la seguridad de que la noticia no era cierta —preferirían tener la seguridad—, lamentarían desesperadamente que fuera cierta —por nada del mundo hubieran deseado que sucediera algo así— y si, efectivamente, por improbable, por imposible que fuese, *era cierta*, hombre, jamás, jamás, jamás… La señorita Granham fue la única que descendió con gesto adusto de la cubierta de popa, dio la vuelta y desapareció en el vestíbulo. El señor Prettiman, con su arma, miró de ella al castillo de proa y otra vez a ella. Luego echó a correr tras ella. Pero, salvo esta severa pareja, la cubierta de popa estaba llena de susurros y de una animación gesticulante más adecuada para la sala de pasos perdidos de una asamblea que para la cubierta de un buque de guerra. Debajo de mí, el señor Brocklebank se apoyaba con fuerza en su bastón y las mujeres, a ambos lados de la cubierta, lo saludaban con sus sombreros. A su lado, silencioso, estaba Cumbershum. Fue en algún momento de este período de expectación cuando el silencio se hizo general, de modo que resultaban audibles los blandos sonidos que producía el buque: los ruidos del mar contra las planchas, el suave contacto del viento que acariciaba el aparejo… En el silencio, y como cansados por él, mis oídos —*nuestros* oídos— percibieron el sonido distante de una voz de hombre. Cantaba. Inmediatamente supimos que debía de ser el señor Colley. Cantaba y su voz era tan pobre como su aspecto. La música y la letra eran bien conocidas. Lo mismo se podían escuchar en una cervecería que en un salón de casa bien. No sé dónde pudo aprenderlas el señor Colley.

*¿Dónde has pasado el día, Billy, amigo?*

A esto siguió un breve silencio, tras el cual inició una canción diferente, desconocida para mí. La letra debía de ser franca, creo, quizá campestre, pues se oyeron risas de respuesta. Un campesino, criado en el transporte de piedras y el espantar pájaros, podía haberla escuchado bajo el seto en que se paran a descansar los jornaleros al mediodía.

Cuando repaso mentalmente la escena, no logro explicar por qué teníamos la sensación de que el desliz del señor Colley había todavía de alcanzar su punto culminante. Anteriormente me había irritado el advertir lo poco que podíamos contar con que el escenario del castillo de proa nos comunicara la forma y las dimensiones de este drama. Mas ahora también yo esperaba. Su Señoría podría preguntarme con razón: «¿No habías oído hablar nunca de un cura borracho?». Lo único que puedo responder es que sí había oído hablar de eso, pero nunca había visto ninguno. Además, para cada cosa hay momentos y momentos.

Terminó la canción. Volvieron a sonar risas, aplausos y después un clamor de gritos y burlas. Al cabo de un rato pareció como si en verdad fuéramos a vernos privados del acontecimiento, lo cual no parecía soportable, dado el precio que habíamos pagado por nuestros asientos en mareo, peligro y aburrimiento. Pero fue en este momento crítico cuando el capitán Anderson ascendió de su camarote a la toldilla, ocupó su lugar en la barandilla delantera y contempló el teatro y el público. Tenía una expresión tan severa como la de la señorita Granham. Habló en tono decidido al señor Deverel, que estaba ahora de guardia, y le informó (con una voz que parecía atribuir la responsabilidad por ese hecho directamente a alguna negligencia por parte del señor Deverel) de que *el cura seguía allí*. Después dio una vuelta o dos por su lado de la toldilla, volvió a la barandilla y habló al señor Deverel en tono más animado.

—Señor Deverel. Tenga la amabilidad de hacer que se informe al cura de que ya tiene que volver a su camarote.

Creo que no se movió ni un músculo más en el buque mientras el señor Deverel repetía la orden al señor Willis, que saludó y avanzó hacia proa con las miradas de todos en su espalda. Nuestros asombrados oídos escucharon al señor Colley dirigirse a él con una serie de términos afectuosos que harían —y quizá lo lograron— ruborizarse como una peonía a la Brocklebank. El joven caballero salió a tropezones del castillo de proa y regresó medio riéndose. Pero, en verdad, ninguno de nosotros le prestó mucha atención. Pues ahora, cual un Polifemo pigmeo, como cualquiera de esas cosas que son al mismo tiempo extrañas y repugnantes, apareció el clérigo en la puerta izquierda del castillo de proa. Habían desaparecido sus prendas eclesiásticas y las insignias de su grado. No llevaba peluca, y le habían quitado hasta los calzones, las medias y los zapatos. Un alma caritativa le había provisto, por compasión, supuse, de una de esas prendas sueltas de lona que lleva a bordo la marinería, y con ésta, dada su exigua estatura, le bastaba para cubrir sus vergüenzas. No estaba solo. Cargaba con él un joven vigoroso. En éste se apoyaba el señor Colley, cuya cabeza yacía en el pecho del muchacho. Cuando la curiosa pareja pasó a trompicones junto al palo mayor, el señor Colley empujó hacia atrás, de modo que se quedaron parados. Era evidente que su mente ya no guardaba sino estrecha relación con su entendimiento. Parecía hallarse en un estado de sumo y extremo goce. Miraba indiferente de un lado a otro, como si sus ojos no registraran lo que veía. ¡No podía ser que su cuerpo le hiciera sentirse complacido! El cráneo, ahora que ya no estaba recubierto por la peluca, parecía ser pequeño y estrecho. No tenía músculos en las pantorrillas, pero Madre Natura, con ánimo frívolo, le había dotado de unos pies enormes y unas rodillas nudosas que traicionaban su origen campesino. Murmuraba palabras sin sentido, como *tra-la-la-la-rá* o algo parecido. Después, como si viera a su público por primera vez, se separó de un salto de su asistente, se quedó con los pies aparte y

alargó los brazos como para abrazarnos a todos.

—¡Alegría! ¡Alegría! ¡Alegría!

Después adoptó una expresión pensativa. Se volvió a su derecha, fue andando lenta y cuidadosamente hasta la amurada y se meó en ella. ¡Cuántos gritos y manos llevadas a la cara entre las damas, cuántos carraspeos entre nosotros! El señor Colley se volvió hacia nosotros y abrió la boca. Ni siquiera el capitán podría haber logrado un silencio más inmediato.

El señor Colley levantó la mano derecha y habló, aunque con lengua estropajosa:

—¡Recibid la bendición de Dios Padre Todopoderoso, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, y que sean siempre con vosotros!

¡Allí sí que hubo conmoción, se lo aseguro! Si la micción desusadamente pública de aquel hombre había escandalizado a las damas, el recibir la bendición de un borracho con camisa de lona provocó chillidos, retiradas apresuradas y, según me dicen, un *évanouissement*. Pocos segundos después, Phillips, el criado, y el primer oficial, el señor Summers, cargaron con el pobre loco hasta sacarlo de nuestra vista, mientras el marinero que lo había ayudado a llegar a popa se quedaba contemplándolos. Cuando se perdió de vista Colley, el hombre miró a la toldilla, saludó llevándose la mano al flequillo y volvió al castillo de proa.

En general, creo que el público quedó bastante satisfecho. Después de las damas, el capitán Anderson parecía ser el principal beneficiario de la actuación de Colley. Se puso auténticamente sociable con las damas, se apartó voluntariamente de su sagrado lado de la toldilla y les dio la bienvenida. ¡Aunque renunció firme, pero cortésmente, a hablar de *l'affaire Colley*, su paso tenía una ligereza y en sus ojos brillaba una lucecita que yo había supuesto sólo crearía en un marino de guerra la inminencia de una batalla! La animación que había poseído a los de más oficiales desapareció rápidamente. Debían de haber visto suficientes borracheras, y haber participado en un número suficiente de ellas como para no percibir en ésta *sino* un acontecimiento más de una larga historia. ¿Y qué era la visión de la orina de Colley para unos caballeros navales que quizá hubieran visto las cubiertas manchadas de vísceras y bañadas en la sangre de sus compañeros muertos? Volví a mi conejera, decidido a dar a usted un relato tan completo y vívido del episodio como estuviera a mi alcance. Pero cuando todavía estaba ocupado en describir los prolegómenos, pasó corriendo a mi lado el epílogo de su caída. Mientras todavía estaba describiendo los extraños ruidos del castillo de proa, oí el sonido de una puerta que se abría lentamente al otro lado del vestíbulo. Me levanté de un salto y miré (por mi *louvre* o mirilla) lo que pasaba. ¡He aquí que Colley salía de su camarote! Llevaba en la mano una hoja de papel y seguía luciendo aquella sonrisa de satisfacción y alegría etéreas. Avanzó con alegre distracción hacia los lugares necesarios de aquel costado del buque. Evidentemente seguía en un país encantado que desaparecería en breve y lo dejaría…

Bien. ¿Dónde lo dejará? Carece de toda práctica en la ingestión de bebidas espirituosas. Imaginé su apuro cuando volviera en sí y empecé a reírme…, pero cambié de actitud. El aire encerrado de mi camarote se puso auténticamente hediondo.

# (51)

Éste es el quincuagésimo primer día de nuestro viaje, creo; pero claro, quizá no lo sea. He perdido mi interés por el calendario y casi también por el viaje. Tenemos a bordo nuestro propio calendario de acontecimientos, que son bastante triviales. No ha pasado nada desde la diversión que nos brindó Colley. Todo el mundo lo condena. El capitán Anderson sigue mostrándose benigno. El propio Colley no sale de su conejera desde hace cuatro días, los transcurridos desde su borrachera. ¡El único que lo ha visto es el criado, si se me exceptúa a mí en la ocasión en que se llevó su propio papel al retrete! Basta de él.

Lo que quizá le entretenga más a usted es la especie de *danza campestre* que los más jóvenes hemos venido haciendo en torno a la Brocklebank. Todavía no he identificado a su *Héroe Marinero,* pero estoy convencido de que Deverel ha tenido que ver con ella. Lo he acusado y he logrado que reconociera algo. Convinimos en la gran posibilidad de que uno padeciera un naufragio en *esa* costa y hemos decidido defendernos mutuamente, hombro con hombro. Metáfora mixta, Señoría, lo cual le indicará lo aburrido que me encuentro. Continuaré. Ambos creemos que de momento ella se inclina hacia Cumbershum. Reconocí que esto me tranquilizaba, y Deverel estuvo de acuerdo. Ambos habíamos temido hallarnos en alguna dificultad con nuestra común *inamorata*. ¡Recordará usted que a mí se me había ocurrido un plan disparatado, dado que Colley estaba tan evidentemente *èpris* de ella, de producir un MUCHO RUIDO Y POCAS NUECES y llevar a esta Beatriz y a este Benedicto a una montaña de mutuos afectos! Se lo conté a Deverel, quien quedó silencioso un rato y después rompió a reír. Estaba yo a punto de comunicarle claramente que encontraba ofensiva su conducta cuando me pidió perdón de la forma más cortés. Pero, dijo, la coincidencia era demasiado para el ingenio humano, y compartiría la broma conmigo si le daba mi palabra de no decir nada de lo que me contara. Al llegar a esto nos vimos interrumpidos y no sé de qué broma se trata, pero en cuanto lo sepa se la comunicaré a usted.

# ALPHA

He estado indolente y he dejado pasar unos días sin prestar atención al diario. Me he sentido letárgico. Ha habido poco que hacer, salvo pasear por cubierta, beber con quien estuviera dispuesto, quizá hablar con tal o cual pasajero. ¡No creo haber contado a usted que cuando la «señora Brocklebank» salió de su camarote resultó ser, si acaso, más joven que su hija! ¡La he rehuido, tanto a ella como a la bella Zenobia, que *resplandece* tanto en este calor que casi le dan a uno náuseas! Cumbershum no es tan delicado. El tedio del viaje por estas latitudes cálidas y de calma casi chicha ha hecho que aumente entre nosotros el consumo de bebidas fuertes. Había pensado en dar a usted una lista completa de nuestros pasajeros, pero he renunciado. No interesarían a usted. Que sigan siendo κωογά πρότωπα. Lo que sí es algo interesante es el comportamiento —o falta de comportamiento— de Colley. El hecho es que, desde su caída, ese hombre no ha salido de su camarote. De vez en cuando va allí Phillips, el criado, y creo que el señor Summers lo ha visitado, supongo que por considerarlo parte de sus deberes como primer oficial. Es muy posible que un individuo sin color como Colley sienta alguna timidez en cuanto a volver entre las damas y los caballeros. Las damas son especialmente estrictas a su respecto. ¡Por mi parte, el que el capitán Anderson haya «estado duro con él», en frase de Deverel, basta para aminorar cualquier inclinación que pudiera haber sentido a excluir totalmente a Colley como ser humano!

Deverel y yo estamos de acuerdo en que Brocklebank es o ha sido el que mantiene a ambas fulanas. Ya sabía yo que el mundo de las artes no se debe juzgar conforme a las normas establecidas de la moral, pero habría preferido que estableciera su burdel en otra parte. Sin embargo, tienen dos conejeras, una para los «padres» y otra para la «hija», de modo que al menos hace un pequeño gesto de mantener las apariencias y todos contentos, incluso la señorita Granham. En cuanto al señor Prettiman, supongo que no advierte nada. Viva la ilusión, digo yo. ¡*Exportémosla* a nuestras colonias junto con todos los demás beneficios de la civilización!

# (60)

Acabo de llegar del salón de pasajeros, donde he pasado largo rato sentado con Summers. Merece la pena dejar constancia de la conversación, aunque tengo una incómoda sensación de que me hace quedar mal. Debo decir que Summers es la persona que más alto deja el Servicio de Su Majestad en todo este barco. Naturalmente, Deverel es más cumplido caballero, pero no es asiduo en sus funciones. En cuanto a los demás… cabe deshacerse de ellos *en masse*. Había estado yo pensando en la diferencia y comenté, de un modo que ahora temo haya considerado él ofensivo, si era conveniente o no elevar a personas por encima de la condición en la que habían nacido. Actué irreflexivamente y Summers me respondió de forma algo amarga:

—Señor Talbot, no sé cómo decirlo, ni siquiera si debería decirlo…, pero usted mismo ha aclarado de forma que no dejaba lugar a malentendido que todo hombre lleva marcado su origen en la frente de manera indeleble.

—Vamos, señor Summers, ¡yo no he dicho eso!

—¿No lo recuerda?

—Recordar, ¿qué?

Guardó silencio un instante. Después dijo:

—Comprendo. Es evidente cuando lo miro desde su punto de vista. ¿Por qué iba a recordarlo?

—¿Recordar *qué*, señor mío?

Volvió a callar. Después miró a otra parte y pareció leer en el mamparo las palabras de la siguiente frase:

—«Pues bien, Summers, permítame congratularle por imitar a la perfección los modales y el habla de una condición en la vida algo más elevada de aquella en la que nació usted».

Ahora me llegaba a mí el turno de permanecer silencioso. Lo que decía era cierto. Su Señoría, si lo desea, puede volver atrás en este mismo diario y hallar esas palabras. Ya lo he hecho yo, y releído la relación de ese primer encuentro. Creo que Summers no me reconoce el estado de confusión y de aprieto en que entonces me encontraba, ¡pero ahí están esas palabras, esas mismas palabras!

—Le ruego me perdone, señor Summers. Fue… intolerable.

—Pero cierto, señor mío —dijo Summers con amargura—. En nuestro país, pese a toda su grandeza, existe algo que no se puede hacer, y es trasladar a alguien totalmente de una clase a otra. La traducción perfecta de un idioma a otro es imposible. El idioma de la Gran Bretaña es la clase.

—Vamos, señor mío —dije—, ¿no quiere creerme? La traducción perfecta de un

idioma a otro es posible, y le podría citar un ejemplo. Igual ocurre con el paso perfecto de una clase a otra.

—«*Imitar* a la perfección…»

—Perfección en el sentido de que es usted un caballero.

Summers enrojeció y su rostro tardó en recuperar su bronceado habitual. Había llegado el momento de cambiar de terreno:

—¡Pero vea usted, querido amigo, cómo tenemos entre nosotros por lo menos un ejemplo en que ese pasaje no ha tenido éxito!

—He de suponer que se refiere usted al señor Colley. Me proponía plantear el tema.

—Ese hombre ha salido de su condición sin mérito alguno que apoye su elevación.

—No entiendo cómo puede atribuirse su conducta a su origen, pues no sabemos cuál fue éste.

—Vamos. Se revela en su físico, su habla y sobre todo en lo que no puedo por menos de calificar de su hábito de subordinación. Juro que ha salido del campesinado gracias a una especie de obsequiosidad untuosa. Por ejemplo, ¡Bates, el coñac, por favor!, yo puedo beber todo el coñac que quiera y le garantizo que no hay hombre, ni en particular mujer, que vaya a observar en mí el tipo de comportamiento con el que el señor Colley nos divirtió a nosotros y las ofendió a ellas. Colley, al que hemos de suponer atiborraron de bebida en el castillo de proa, no tuvo la fuerza para rechazarlo ni la educación que le hubiera permitido resistirse a sus efectos más destructivos.

—Tal sabiduría debería figurar en un libro.

—Ríase si lo desea, señor mío. Hoy no me dejaré ofender por usted.

—Pero hay otro problema que me proponía plantear. No llevamos facultativo y ese hombre está mortalmente enfermo.

—¿Cómo es posible? Es joven y lo único que tiene son los efectos de un exceso de alcohol.

—Sí, ¿pero…? He hablado con el criado. He entrado en el camarote y lo he visto por mí mismo. En muchos años de servicio, ni Phillips ni yo hemos visto cosa igual. La cama está asquerosa, pero aunque ese hombre respira de vez en cuando, no se mueve. Tiene la cara vuelta, tapada. Está acostado boca abajo, con una mano por encima de la cabeza, agarrada a la almohada, y la otra agarrada a una argolla de amarre que queda en la madera.

—Me pregunto cómo puede usted comer después de eso.

—¡Bah! He intentado darle la vuelta.

—¿Intentado? Debería haberlo logrado. Tiene usted el triple de fuerza que él.

—En estas circunstancias, no.

—Reconozco, señor Summers, que no he sido testigo de muchos casos de exceso

en la profesión del señor Colley. Pero recuerdo haber oído que el profesor principal de mi propio colegio mayor, tras comer demasiado bien antes de un servicio religioso, se levantó de su silla, fue a trompicones al podio, se inclinó agarrado al águila de latón y se le escuchó susurrar: «De no ser por este pajarraco de mierda ya me habría caído». Pero supongo que no conoce usted la anécdota.

El señor Summers negó con la cabeza.

—He pasado muchos años embarcado —replicó gravemente—. Ese acontecimiento no se comentó demasiado en la parte del servicio en que me encontraba a la sazón.

—¡Todo un éxito, todo un éxito! Pero no le quepa duda de que pronto levantará la cabeza el joven Colley.

Summers contempló su copa intacta.

—Tiene una fuerza extraña. Es casi como si interviniera esa fuerza de Newton. La mano con que ase la argolla podría ser de acero. Yace agazapado en la litera, hundido en ella como si tuviera el cuerpo de plomo.

—Pues que se quede en ella.

—¿Eso es todo, señor Talbot? ¿Es usted tan indiferente como los demás a la suerte de ese hombre?

—¡Yo no soy oficial de este barco!

—Por eso podría usted ayudar más, señor mío.

—¿Cómo?

—¿Puedo hablarle con entera libertad? Bien, pues: ¿cómo se ha tratado a este hombre?

—Primero fue objeto del desagrado de determinada persona, después objeto de una general indiferencia que fue convirtiéndose en desprecio antes incluso de su última… aventura.

Summers me dio la espalda y se quedó un rato mirando por el ventanal de popa. Después volvió a mirarme.

—Lo que le digo ahora podría hundirme si he juzgado mal su carácter.

—¿Carácter? ¿Mi carácter? ¿Ha estudiado usted mi carácter? ¿Se ha puesto a…?

—Perdone… Nada más lejos de mí que el ofenderle a usted, y si no considerase desesperado el caso…

—¿Qué caso, por el amor de Dios?

—Sabemos de su nacimiento, su futura posición… ejem… hombres… y mujeres… que le adularán con la esperanza de llegar hasta el gobernador…

—¡Dios mío…, señor Summers!

—¡Espere, espere! ¡Compréndame, señor Talbot…, no me estoy quejando!

—¡Pues, señor mío, se le parece mucho!

Me había levantado a medias de mi silla, pero Summers alargó la mano con un

gesto tan sencillo —de «súplica», supongo que debo calificarlo— que volví a sentarme.

—¡Adelante, si lo cree usted necesario!

—No le pido nada para mí.

Durante un rato nos mantuvimos ambos en silencio. Después Summers tragó saliva, con un suspiro como si tuviera algo de verdad que beber en la boca, y fuera un gran trago.

—Señor mío, ha utilizado usted su nacimiento y su futura posición para obtener un grado desusado de atención y comodidades. No me quejo, ¡no oso! ¿Quién soy yo para poner en tela de juicio las costumbres de nuestra sociedad ni, en verdad, las leyes de la naturaleza? Dicho en una frase, ha utilizado usted los privilegios de su posición. Ahora le pido que acepte sus responsabilidades.

Durante quizá medio minuto —pues, ¿qué es el tiempo en un buque?, o, por volver a aquella extraña metáfora de la existencia que me vino tan vívidamente durante la exhibición del señor Colley, ¿qué es el tiempo en un teatro?—, durante aquel tiempo, fuera largo o breve, pasé por un sinnúmero de emociones: ira —creo—, confusión, irritación, diversión y una vergüenza que me resultó de lo más molesta al advertir que hasta ahora no había descubierto la gravedad de la condición del señor Colley.

—¡Esto ha sido una notable impertinencia, señor Summers!

Cuando se me aclaró la vista, observé que el hombre estaba auténticamente pálido bajo la piel atezada.

—¡Déjeme pensar, hombre! ¡Camarero! ¡Otro coñac!

Bates lo trajo corriendo, pues debo de haberlo pedido con una voz más perentoria de lo habitual. No me lo bebí inmediatamente, sino que me quedé mirando el vaso.

¡Lo malo era que aquel hombre tenía razón en todo lo que había dicho!

Tras un rato volvió a hablar:

—Una visita suya, señor mío, a un hombre así…

—¿Yo? ¿Ir a ese agujero apestoso?

—Existe una frase que se aplica a su situación, señor mío. Es la de *noblesse oblige*.

—¡Malditos sean usted y sus frases francesas, Summers! ¡Pero le voy a decir una cosa, y tómela usted como quiera! ¡Yo creo en el juego limpio!

—Estoy dispuesto a aceptarlo.

—¿Usted? ¡Muy generoso por su parte, señor mío!

Volvimos a caer en el silencio. Cuando por fin hablé, debí hacerlo con un tono bastante áspero:

—Bien, señor Summers, tenía usted razón, ¿no? Me he comportado con indolencia. Pero quienes corrigen a otros no deben esperar que se les agradezca.

—No me da miedo.

Aquello fue demasiado.

—¡No tenga miedo, hombre! ¿Hasta qué punto me cree mezquino, vengativo, vil? Su preciosa carrera no tiene nada que temer de mí. ¡No estoy dispuesto a que se me confunda con el enemigo!

En aquel momento entró Deverel con Brocklebank y algunos más, de forma que la conversación forzosamente se hizo general. En cuanto pude, me llevé el coñac a mi conejera y me quedé sentado pensando qué hacer. Llamé a Wheeler y le dije que me enviase a Phillips. Tuvo la insolencia de preguntarme para qué quería a aquel hombre y le dije en términos bien claros que no era asunto suyo. Phillips llegó en seguida.

—Phillips, voy a ir a visitar al señor Colley. No deseo que me ofendan el espectáculo ni los olores de un cuarto de enfermo. Ten la amabilidad de limpiar el aposento y, en la medida de lo posible, la litera. Cuando hayas terminado me lo dices.

Por un momento creí que se negaría, pero cambió de idea y se retiró. Wheeler volvió a meter la cabeza, pero yo todavía estaba muy airado, y le dije que si no tenía nada que hacer, podía ir al otro lado y echarle una mano a Phillips. Esto le hizo salir inmediatamente. Debió pasar toda una hora hasta que Phillips golpeó a mi puerta y dijo que había hecho «todo lo posible». Lo recompensé y después, temiendo lo peor, crucé el pasillo acompañado por Phillips, pero con Wheeler a mis talones, como si esperase media guinea por permitir que emplease a Phillips. ¡Estos individuos son tan malos como los curas, con sus tarifas por bautizos, bodas y funerales! Estaban dispuestos a montar guardia a la puerta del camarote del señor Colley, pero les dije que se fueran y me quedé mirando hasta que desaparecieron. Después entré.

La conejera de Colley era vivo reflejo de la mía. Aunque Phillips no había eliminado totalmente la fetidez, había logrado lo mejor posible en su defecto, al disimularla con un perfume aromático penetrante, pero no desagradable. Colley estaba como había dicho Summers. Con una mano seguía asiendo lo que Falconer y Summers convienen en calificar de argolla de amarre en el costado del buque. Tenía la rala cabeza hundida en la almohada, con la cara vuelta hacia el otro lado. Me quedé junto a la litera sin saber qué hacer. Tenía poca experiencia en visitas a enfermos.

—¡Señor Colley!

No hubo respuesta. Volví a intentarlo.

—Señor Colley. Hace unos días expresé mi deseo de intimar más con usted. Pero usted no ha aparecido. Lo he lamentado, señor mío. ¿No puedo esperar que hoy me acompañe usted en cubierta?

No estaba nada mal, pensé francamente. Tan seguro estaba yo de alcanzar el éxito y elevar el ánimo de aquel hombre que me pasó por las mientes una pasajera idea del aburrimiento que me causaría su compañía y se me apagó algo el deseo de darle ánimos. Di un paso atrás.

—Bien, señor mío, ¡si no es hoy, cuando esté usted dispuesto! Lo espero. ¡Le ruego me visite!

¿No era una bobada decir eso? Era una invitación abierta a aquel hombre para que me importunase todo lo que quisiera. Llegué hasta la puerta y me di la vuelta a tiempo de ver cómo desaparecían Wheeler y Phillips. Contemplé el camarote. Contenía todavía menos pertenencias que el mío. En el estante había una Biblia, un libro de oraciones y un volumen sucio y gastado, me imagino que comprado de tercera mano y vuelto a encuadernar torpemente con papel pardo, que resultó ser el *Classes Plantarum*. Los demás eran libros devotos: *El Eterno Descanso de los Santos*, de Baxter, y cosas parecidas. Había una pila de papel manuscrito en la hoja de la mesa. Cerré la puerta y volví a mi conejera.

Apenas había abierto mi propia puerta cuando vi que Summers me seguía de cerca. Al parecer, había observando mis movimientos. Le hice un gesto de que entrase.

—¿Bien, señor Talbot?

—No he obtenido respuesta. Pero como ha visto usted, lo he visitado y he hecho lo que he podido. Creo que he cumplido con las responsabilidades que tuvo usted la amabilidad de señalarme. No puedo hacer más.

Para mi gran asombro, se llevó un vaso de coñac a los labios. Lo había llevado escondido, o por lo menos inadvertido, pues, ¿quién iba a esperar cosa así en manos de un hombre tan sobrio?

—¡Summers…, mi querido Summers! ¡Se ha dado usted a la bebida!

Que no era así se vio perfectamente cuando se atragantó y tosió al primer trago del líquido.

—¡Necesita usted más práctica, hombre! ¡Venga usted alguna vez con Deverel y conmigo!

Volvió a beber y respiró hondo.

—Señor Talbot, hoy ha dicho usted que no quería enfadarse conmigo. Lo decía usted en broma, pero era la palabra de un caballero. Ahora tengo que volver a pedirle algo.

—Ya me fatiga toda la cuestión.

—Le aseguro, señor Talbot, que es la última vez.

Di la vuelta a mi silla de lona y me hundí en ella.

—Diga, pues, lo que haya de decir.

—¿Quién es el responsable del estado de ese hombre?

—¿Colley? ¡Que se lo lleve el diablo! ¡Él! ¡No andemos con medias palabras como un par de solteronas! Va usted a asignar responsabilidades, ¿no? Va usted a incluir al capitán, y estoy de acuerdo, ¿y a quién más? ¿Cumbershum? ¿Deverel? ¿Usted mismo? ¿La guardia de estribor? ¿El mundo entero?

—Hablaré claramente, señor mío. La mejor medicina para el señor Colley sería una visita amable del capitán, que tanto temor le inspira. La única persona de todos nosotros con influencia suficiente para inducir al capitán a que se la haga es usted.

—¡Pues al diablo otra vez, porque no estoy dispuesto!

—Ha dicho usted que yo iba a «asignar responsabilidades». Permítame que lo haga ya. *Usted* es el más responsable…

—Por Dios vivo, Summers, es usted el…

—¡Espere! ¡Espere!

—¿Está usted ebrio?

—Dije que iba a hablar claro. Estoy dispuesto a seguir haciéndolo, señor mío, ¡aunque para mi carrera es usted ahora mucho más peligroso de lo que jamás lo fueran los franceses! Después de todo, ellos no podían más que matarme o herirme, pero usted…

—¡*Está* usted ebrio…, tiene que estarlo!

—Si no hubiera usted, de manera osada e irreflexiva, hecho frente a nuestro capitán en su propia toldilla… si no hubiera usted utilizado su condición, su futuro y sus relaciones para asestar un golpe a la base misma de su autoridad, quizá no hubiera ocurrido todo esto. Es grosero y detesta a los clérigos, no lo disimula. Pero de no haber actuado usted como lo hizo en aquel momento, jamás hubiera él, en los minutos siguientes, aplastado a Colley con su ira y seguido humillándolo *a él* porque no podía humillarlo *a usted*.

—Si Colley hubiera tenido el sentido de leer las órdenes permanentes de Anderson…

—Usted es un pasajero igual que él. ¿Las ha leído usted?

Pese a mi ira, reflexioné. Hasta cierto punto era verdad… no; era totalmente cierto. El primer día, Wheeler había murmurado algo al respecto: estaban al lado de mi camarote y cuando me viniera bien, debería…

—¿Las *leyó* usted, señor Talbot?

—No.

¿Ha advertido alguna vez, Su Señoría, que, aunque parezca extraño, el estar sentado y no de pie induce, o tiende a inducir, un estado de calma? No puedo decir que se desvaneciera mi ira, pero no aumentaba. Como si también él deseara que ambos estuviéramos calmados, Summers se sentó al borde de mi litera, de modo que quedaba algo más alto que yo. Nuestras relaciones parecían hacer inevitable lo *didáctico*.

—Las órdenes permanentes del capitán pueden parecerle a usted tan groseras como lo es él, señor mío. Pero el hecho es que son totalmente necesarias. Las aplicables a los pasajeros son tan necesarias y tan urgentes como el resto.

—¡Muy bien, muy bien!

—Usted no ha visto un barco en un momento de crisis, señor mío. Un buque puede hacer capillo y hundirse en unos minutos. Cuando hay pasajeros ignorantes que se interponen, retrasan el cumplimiento de una orden o hacen que resulte inaudible…

—Ya ha dicho usted bastante.

—Eso espero.

—¿Está usted seguro de que no soy responsable por nada más de lo que ha salido mal? ¿Quizá el aborto de la señora East?

—Si pudiera inducirse a nuestro capitán a comportarse amistosamente con un enfermo…

—Dígame, Summers, ¿por qué le inspira Colley tanta curiosidad?

Apuró su vaso y se puso en pie.

—Juego limpio, *noblesse oblige*. Mi formación no es como la suya, señor mío; ha sido estrictamente práctica. Pero conozco un término en el que cabría —¿cuál es la palabra exacta?— subsumir ambas frases. Espero que lo encuentre.

¡Con esas palabras salió rápidamente de mi conejera dejándome sumido en toda una serie de emociones! Ira, sí; vergüenza, sí, ¡pero también una especie de triste diversión ante el hecho de que en un solo día el mismo maestro me hubiera enseñado dos lecciones! Lo maldije por entrometido, pero después retiré en parte mi maldición, porque es un individuo agradable, pese a su extracción. ¿Qué diablo tenía él que ver con *mis* deberes?

¿Cuál era la palabra exacta? ¡Un individuo extraño, en verdad! ¡Traducción tan buena como la de Su Señoría! ¡Son incontables las leguas que van de un extremo a otro de un buque británico! De oírlo dar órdenes en cubierta —y después tomar una copa con él— puede pasar entre una frase y otra de toda la jerga de los lobos de mar a los intercambios claros que se producen entre caballeros. Ahora que se me había enfriado la sangre, pude comprender por qué había considerado que corría peligro profesional al hablar así conmigo y volví a reírme con algo de tristeza. Cabría caracterizarlo en nuestros términos teatrales: ¡Entra un hombre bueno!

Bien, pensé para mis adentros, hay algo que los hombres buenos tienen en común con los niños: ¡No hay que desilusionarlos! De todo este maldito asunto no estaba hecho más que la mitad. Había visitado al enfermo; ahora podía aplicar mi influencia a arreglar las cosas entre el señor Colley y nuestro sombrío capitán. Reconozco que la perspectiva me arredraba un tanto. Volví al salón de pasajeros y al coñac, y al atardecer, a decir verdad, no me hallaba en condiciones de juzgar bien. Creo que esto fue deliberado, como tentativa de aplazar una entrevista que sabía iba a ser difícil. Por fin me dirigí con un paso que debe haber sido solemne a mi litera y recuerdo vagamente que Wheeler me ayudó a acostarme. Estaba verdaderamente bebido y me dormí profundamente para despertar más tarde con dolor de cabeza y algunas náuseas. Cuando miré el reloj vi que todavía era madrugada. El señor Brocklebank

roncaba. De la conejera junto a la mía llegaban ruidos por los que colegí que la bella Zenobia estaba ocupada con otro amante más, o quizá un cliente. ¿Quería también *ella*, me pregunté, tener acceso al gobernador? ¿Iría a encontrarme algún día con que venía a pedirme que el retrato oficial del gobernador lo hiciera el señor Brocklebank? Era una idea agria para las primeras horas de la mañana, y venía directamente de la franqueza de Summers. Volví a maldecirle. El aire de mi conejera se había enrarecido, de forma que me puse el capote, metí los pies en unas zapatillas, y salí a cubierta a tientas. Allí había claridad suficiente para distinguir el barco, el mar y el cielo, pero nada más. Recordé con auténtica repugnancia mi resolución de hablar con el capitán para interceder por Colley. Lo que me había parecido una obligación aburrida cuando estaba animado por la bebida, se presentaba ahora como algo verdaderamente desagradable. Recordé haber oído que el capitán se daba un paseo por la toldilla al amanecer, pero por la hora y el lugar, era demasiado temprano para nuestra entrevista.

No obstante, el aire de la madrugada, por malsano que fuera, pareció curiosamente aliviar el dolor de cabeza, las náuseas e incluso mi leve inquietud ante la perspectiva de la entrevista. Por ende, me puse a marchar de un lado para otro, entre el saltillo de la toldilla y el palo mayor. Mientras lo hacía, trataba de contemplar la situación desde todos sus ángulos. Todavía nos quedaban unos meses de viaje por mar en compañía del capitán. No me agradaba el capitán Anderson, ni lo estimaba, ni podía considerarlo como nada más que un tiranuelo. La tentativa —porque no podía ser nada más— de ayudar al pobre Colley no podía por menos de exacerbar la hostilidad que yacía bajo los límites de la tregua no declarada entre nosotros. El capitán aceptaba mi posición como ahijado de Su Señoría, *etcétera*. Yo lo aceptaba a él como capitán de uno de los navíos de Su Majestad. El límite de sus poderes con respecto a los pasajeros no estaba claro, ¡ni tampoco lo estaba el límite de mi posible influencia con sus superiores! Como los perros que estudian cada uno la fuerza del otro, nos andábamos con cuidado en nuestro trato. ¡Y ahora iba yo a tratar de influir en su conducta para con un miembro despreciable de la profesión que él odiaba! O sea, que si no actuaba yo con gran cuidado, corría el peligro de quedar en deuda con él. La idea era insoportable. ¡Creo que una vez tras otra, en mi larga reflexión, pronuncié una serie de juramentos! En verdad, estaba decidido a renunciar a todo el proyecto.

¡Mas el aire húmedo aunque tranquilo de estas latitudes, cualquiera sea su efecto ulterior para la salud de uno, es en verdad recomendable como antídoto del dolor de cabeza y la hiperclorhidria! A medida que iba volviendo en mí me iba hallando más capaz de actuar con juicio y prever lo que hacer. ¡Quienes ambicionan llegar a las tareas del Estado o quienes lo hallan inevitable por razón de su cuna deberían enfrentarse con un viaje por mar como el nuestro! Así fue, lo recuerdo con toda

claridad, como la benevolencia de Su Señoría no sólo me había conseguido unos años de empleo en una sociedad nueva y sin formar, sino que además se había cerciorado de que el viaje preliminar me daría tiempo de reflexionar y de ejercitar mi capacidad, nada despreciable, de raciocinio. Decidí que debía proceder conforme al principio del *mínimo de fuerza*. ¿Qué podría impulsar al capitán Anderson a acceder a mis deseos? ¿Habría algo que influyera en él más que el egoísmo? ¡Pobre hombrecillo, el tal Colley! Pero no cabía duda. Fuera, como decía Summers, culpa *mía* en parte o no, no cabía duda de que se le había perseguido. Nada importaba que fuera bobo ni que se lo hubiera buscado él. Todos: Deverel, el joven Tommy Taylor, el propio Summers, habían implicado que el capitán Anderson, por los motivos que fuesen, le había hecho deliberadamente la vida imposible. Que el diablo me llevase si podía yo encontrar una palabra que resumiera tanto la frase de «*noblesse oblige*» de Summers como la mía de «juego limpio», salvo la de «justicia». ¡Vaya una palabra grandiosa y académica con la que tropezar como con una roca en pleno océano! Y además comportaba ésta una especie de terror al salir de la escuela y de la Universidad para llegar a las planchas de un barco de guerra, ¡es decir, a las planchas de una tiranía en miniatura! ¿Y *mi* carrera?

Pero me animaba la confianza de Summers en mi capacidad y más aún su confiada exhortación a mi sentido de la justicia. ¡Qué seres somos! ¡Ahí estaba yo, que sólo hacía unas semanas me había considerado importante porque mi madre lloró por mi marcha, calentándome ahora las manos en la pequeña hoguera de la aprobación de un teniente!

Mas, por fin, comprendí cómo actuar.

# (61)

¡Bien! Volví a mi conejera, me lavé, me afeité y me vestí cuidadosamente. Tomé mi taza matutina en el salón y me preparé como si fuera a afrontar un buen ventarrón. ¡Le aseguro que no me atraía la perspectiva de la entrevista! ¡Pues si yo había establecido mi posición en el barco, todavía más evidente era que el capitán había establecido la suya! Era verdaderamente nuestro Gran Mogol. Para eliminar mis aprensiones fui rápidamente a la toldilla, a la carrera por las escalas. El capitán Anderson, ahora que el viento venía de estribor, estaba allí de pie, haciéndole cara. Está en su derecho, y los marinos dicen que procede de la arcana sugerencia de que «el peligro está a barlovento», aunque inmediatamente después le dicen a uno que lo más peligroso del mundo es «una costa a sotavento». Supongo que lo primero se refiere a un posible barco enemigo, y lo segundo a los arrecifes y parecidos peligros naturales. Pero, según creo, tengo una sugerencia más penetrante que hacer en cuanto al origen de ese derecho del capitán. Cualquiera sea el sector del barco que está a barlovento, en él casi no se advierte el hedor que a todas partes lleva consigo. No me refiero a la peste a orina y basura, sino a esa fetidez omnipresente, que viene del esqueleto del propio barco y de su sentina pútrida de grava y arena. Es posible que los barcos más modernos, con su lastre de hierro, huelan mejor; pero me atrevo a apostar que los capitanes, en este servicio de Noé, seguirán paseándose del lado de barlovento aunque los barcos se queden en calma chicha y tengan que pasar a los remos. El tirano tiene que vivir con la menor cantidad de malos olores que sea posible.

Veo que sin proponérmelo conscientemente he retrasado esta descripción, igual que me demoré con mi taza. ¡Revivo los momentos en que me dispuse a dar el salto!

Bien, pues, me estacioné al lado opuesto de la toldilla, haciendo como que no lo advertía más que para saludarlo levemente con un dedo en alto. Esperaba yo que su alegría y espíritu animado de los últimos tiempos lo llevaran a tomar la iniciativa de dirigirme la palabra. Mi juicio fue exacto. Su nuevo aire de satisfacción era en verdad evidente, pues cuando me vio, vino hacia mí, mostrando unos dientes amarillos.

—¡Buenos días tenga usted, señor Talbot!

—Buenísimos son, sí, señor. ¿Avanzamos como es de costumbre en estas latitudes?

—Dudo que logremos un promedio de más de un nudo ni hoy ni mañana.

—Veinticuatro millas marinas al día.

—Exactamente, señor mío. Los barcos de guerra suelen desplazarse a menos velocidad de lo que supone casi todo el mundo.

—Pues, mi capitán, he de confesar que encuentro estas latitudes más agradables

que ninguna de las antes conocidas por mí. Si pudiéramos remolcar las Islas Británicas hasta esta parte del mundo, ¡cuántos de nuestros problemas sociales quedarían resueltos! Nos caerían los mangos en la boca.

—Una idea bastante curiosa, señor mío. ¿Incluiría usted a Irlanda?

—No, señor. Se la ofrecería a los Estados Unidos de América.

—Darles la primera opción, ¿eh, señor Talbot?

—Hibernia quedaría muy cómoda junto a Nueva Inglaterra. ¡Ya veríamos entonces!

—De un golpe, mi tripulación perdería media guardia.

—No perderíamos mucho, señor mío. ¡Qué vista tan hermosa la del océano cuando el sol está bajo! El mar no parece perder ese aire indefinible del arte pictórico que podemos observar al amanecer y en el crepúsculo más que cuando asciende el sol.

—Estoy tan acostumbrado al espectáculo que ya no lo veo. Lo que agradezco a los océanos —si es que cabe decirlo en estas circunstancias— es otra cosa.

—¿Y cuál es?

—La capacidad que tienen de aislarlo a uno de sus congéneres.

—De aislar al capitán, señor mío. En el mar, el resto de la humanidad ha de vivir harto hacinada. Y su efecto no es muy bueno. ¡La misión de Circe no se debe haber visto dificultada, por no decir más, por la profesión de sus víctimas!

En cuanto dije esto me di cuenta de que resultaba muy hiriente. Pero por lo inexpresivo del rostro del capitán, y después su ceño, advertí que trataba de recordar qué le habría pasado a un barco llamado «Circe».

—¿Hacinado?

—Debería haber dicho como sardinas en lata. ¡Ah, qué aire tan agradable! En verdad me resulta casi insoportable tener que volver a bajar para ocuparme de mi diario.

El capitán Anderson dio un respingo ante la palabra «diario», como si hubiera tropezado con una piedra. Hice como que no lo advertía y continué animadamente:

—En parte, mi capitán, es por diversión, y en parte por deber. Es lo que llamaría usted, supongo, un «cuaderno de bitácora».

—Pocas cosas que anotar debe usted encontrar en estas circunstancias.

—Se equivoca, mi capitán, se equivoca. No tengo tiempo ni papel suficientes para registrar todos los acontecimientos y los personajes interesantes del viaje, junto con mis observaciones al respecto. Mire: ¡Ahí va el señor Prettiman! ¡Ahí tiene usted un personaje! Tiene unas opiniones muy raras, ¿no?

Pero el capitán Anderson seguía mirándome fijamente.

—¿Personajes?

—Sepa usted —dije riéndome— que, de no haber sido por las instrucciones que

me impartió directamente Su Señoría, todavía estaría dedicado a escribir. Mi mayor ambición es superar incluso a Gibbon, y este regalo a mi padrino viene muy a punto.

Nuestro tirano se dignó sonreír, pero de forma titubeante, como el que sabe que la extracción de una muela es menos dolorosa que la conservación de la exquisita torturadora.

—Entonces quizá nos hagamos famosos todos —dijo—. No lo esperaba.

—Eso queda para más adelante. Debe saber, mi capitán, que para gran tristeza de todos, Su Señoría se halla pasajeramente afectado por la gota. Mi esperanza es que en tan desagradable situación una relación franca, aunque privada, de mis viajes y de la compañía en que me hallo le sirvan de alguna diversión.

El capitán Anderson se echó bruscamente a andar por la cubierta y después se colocó directamente frente a mí.

—Los oficiales del barco en que viaja usted deben ocupar un lugar destacado en tal narración.

—Son objeto del interés y la curiosidad de una persona de tierra adentro.

—¿Y en particular el capitán?

—¿Usted, mi capitán? No lo había pensado. Pero, después de todo, es usted el rey o el emperador de nuestra sociedad flotante, con las prerrogativas de gracia y justicia. Sí, supongo que ocupa usted un lugar destacado en mi diario y que lo seguirá ocupando.

El capitán Anderson giró sobre sus talones y se alejó. Me dio la espalda y se quedó contemplando el vacío. Vi que había vuelto a hundir la cabeza entre los hombros y a ponerse las manos a la espalda. Supuse que volvía a proyectar la mandíbula como una base en la que hundir su gesto de mal humor. ¡No cabía duda del efecto de mis palabras, en él ni en mí! Pues me hallé tembloroso, ¡igual que había temblado el primer oficial cuando osó enfrentarse con el señor Edmund Talbot! Dije algo, no sé qué, a Cumbershum, que estaba de guardia. A éste no le sentó bien, pues ello iba en contra de las órdenes permanentes del capitán, y por el rabillo del ojo vi cómo las manos de éste se apretaban a su espalda. No era una situación que debiera prolongarse. Le deseé buenos días al teniente y descendí de la toldilla. Celebré mucho volver a mi conejera, ¡donde observé extrañado que seguían tendiéndome a temblar las manos! Por ende, me senté para recuperar el aliento y permitir que se me calmara el pulso.

Al cabo de un tiempo empecé a pensar una vez más en el capitán y a tratar de predecir el rumbo que podría tomar su actuación. ¿No yacen las operaciones de un *estadista* cabalmente en su capacidad para afectar al futuro de otras gentes, y no se basa directamente ese poder en su capacidad de predecir el comportamiento de aquéllas? ¡Aquí, pensé, estaba la oportunidad de observar el éxito o el fracaso de mi mano de aprendiz! ¿Cómo reaccionaría aquel hombre a la sugerencia que le había

formulado yo? No era muy sutil; pero, por otra parte, pensé, lo directo de sus preguntas indicaba que en el fondo era una persona simple. ¿Era posible que no hubiera advertido lo sugestivo de mi alusión al señor Prettiman y sus ideas extremistas? Mas estaba seguro de que la alusión a mi diario lo obligaría a reflexionar sobre toda nuestra travesía y pensar en cómo figuraría él en cualquier relación de ella. Tarde o temprano tropezaría con el asunto Colley y recordaría cómo había tratado a éste. Debía advertir que, por mucho que yo mismo lo hubiese provocado, él, no obstante, al complacerse en su animosidad contra Colley, había sido cruel e injusto.

¿Cómo se comportaría entonces? ¿Cómo me había comportado yo cuando Summers me reveló la parte de responsabilidad que me incumbía en el caso? Ensayé una escena o dos para nuestro teatro flotante. Me imaginé a Anderson que descendía de la toldilla y avanzaba despreocupado por el vestíbulo, como si el hombre no le interesara. Probablemente se quedaría contemplando sus borrosas órdenes, escritas con la letra precisa de un oficinista. Después, en el momento adecuado, cuando no hubiera nadie cerca —¡ah, no, tendría que dejarse ver para que yo dejara constancia de ello en mi diario!— entraría en la conejera en que yacía Colley, cerraría la puerta, se sentaría junto a la litera y se quedaría charlando hasta hacerse amigo íntimo del otro. ¡Pero si Anderson podía ostentar la representación de un arzobispo o incluso la de Su Majestad!, ¿cómo no iba Colley a animarse ante condescendencia tan amigable? El capitán confesaría que hacía uno o dos años él mismo había cometido una bobada igual…

La verdad es que no podía imaginármelo. La idea seguía siendo artificial. Ese comportamiento resultaba imposible en Anderson. Quizá, quizá bajara y tranquilizara algo a Colley, reconociendo su propia brusquedad, pero diciendo que era la habitual en un capitán de barco. Lo más probable era que bajase, pero únicamente para asegurarse de que Colley seguía acostado en su litera, supino e inmóvil, y de que no se lo podía animar con exhortaciones jocosas. Aunque, por otra parte, quizá ni siquiera bajase. ¿Quién era yo para profundizar en el carácter de aquel hombre, ahondar en las profundidades de su alma y, mediante un experimento quirúrgico, declarar qué rumbo seguiría su injusticia? ¡Me quedé sentado ante este diario, reprendiéndome por lo estúpido de mi tentativa de jugar a político y a manipulador de mis congéneres! Hube de reconocer que mi conocimiento de los impulsos de la actuación humana estaba todavía en fase de incubación. Y el gozar de un intelecto poderoso no sirve sino de escasa ayuda. Debe existir algo más, una destilación de la experiencia antes de que uno pueda juzgar resultados en circunstancias de tal variedad, proliferación y confusión.

Y entonces, *entonces*, ¿puede imaginar Su Señoría? ¡He dejado lo mejor para lo último! Sí que bajó. Bajó ante mis propios ojos, ¡como si mi predicción lo hubiera atraído a modo de un encantamiento fabuloso! Soy un brujo, ¿no? ¡Reconozca que al

menos soy un aprendiz de brujo! ¡Dije que bajaría y bajó! Por mi rejilla vi que bajaba, abrupto y sombrío, y se quedaba parado en el centro del vestíbulo mirando una conejera tras otra, ¡y apenas si tuve tiempo de apartar la cara de la mirilla antes de que su mirada amenazadora pasara sobre ella con un efecto que casi podría jurar era como el calor de un carbón ardiente! Cuando osé volver a mirar —pues, no sé por qué, me pareció claramente peligroso que aquel hombre supiera que lo había visto—, me había vuelto la espalda. Llegó a la puerta de la conejera de Colley y se la quedó mirando durante un largo minuto. Vi cómo, a su espalda, un puño golpeaba la palma de la otra mano. Después giró impaciente hacia la izquierda con un movimiento que parecía indicar: *¡maldito si lo hago!* Avanzó a zancadas hacia la escala y desapareció. Unos segundos después escuché sus pasos firmes en la cubierta por encima de mi cabeza.

Era una victoria parcial, ¿no? Yo había dicho que bajaría y él había bajado. Pero mientras que yo había imaginado que trataría de consolar al pobre Colley, él había demostrado tener tan poco corazón o ser tan poco político como para no hacerlo. Cuanto más cerca había llegado a disimular su propia bilis, más le había subido ésta por el gañote. Mas ahora tenía yo algunos motivos para sentir confianza. Como él sabía que existía este mismo diario, ya no podría quedar en paz. Va a ser como tener un espigón clavado en la uña. Ya volverá a bajar…

# BETA

¡Te has vuelto a equivocar, Talbot! ¡Otra lección que aprender, muchacho! ¡Has caído en esa valla! ¡No vuelvas a perderte en la plácida contemplación de un primer éxito! El capitán Anderson no volvió a bajar. Envió un mensajero. Acababa yo de escribir la frase sobre el espigón en la uña cuando llamaron a la puerta, y ¡quién iba a aparecer más que el señor Summers! Le dije que entrase, eché arena a la página —imperfectamente, como ve usted—, cerré el diario con llave, me puse en pie y le ofrecí mi silla. La rechazó, se sentó al borde de mi litera, puso en ésta su sombrero y miró pensativo hacia mi diario.

—¡Y cerrado con llave!

No dije nada y me limité a mirarlo a los ojos con una sonrisa de invitación. Hizo un gesto afirmativo, como si comprendiera… y en verdad creo que comprendía.

—Señor Talbot, esto no puede continuar.

—¿Dice usted mi diario?

Desechó la broma con un gesto.

—Acabo de ir a ver a ese hombre por orden del capitán.

—¿Colley? También lo he visitado yo. Recuerde que así convinimos.

—Ese hombre está a punto de perder la razón.

—Y todo por un par de copas. ¿No hay novedad?

—Phillips jura que lleva tres días sin moverse.

Hice una observación quizá innecesariamente blasfema. Summers no hizo caso.

—Repito que ese hombre está perdiendo la razón.

—Así parece, en verdad.

—El capitán me ha ordenado que haga lo que pueda, y usted ha de ayudarme.

—¿Yo?

—Bien. No se le ordena a usted que me ayude, pero sí a mí que lo invite a usted a ayudarme y siga sus consejos.

—¡Por mi alma que ese hombre me adula! ¿Sabe usted, Summers, que ya me habían aconsejado que practicara esas artes? ¡Poco pensaba yo que me convertiría en objeto de tal tarea!

—El capitán Anderson opina que tiene usted una experiencia social y una comprensión que pueden hacer valiosos sus consejos.

Reí estentóreamente y Summers me siguió.

—¡Vamos, Summers, el capitán Anderson no ha dicho tal cosa!

—No, señor. No fue eso exactamente.

—¡No fue eso exactamente! Le voy a decir una cosa, Summers…

Me interrumpí a tiempo. Eran muchas las cosas que me apetecía decirle. Podía

haberle dicho que la repentina preocupación del capitán Anderson por el señor Colley no había comenzado en el momento en que yo intercedí por él, sino en el momento en que supo que yo llevaba un diario destinado a ojos influyentes. Podría haberle comunicado mi opinión de que al capitán no le importaba nada el sano juicio de Colley, sino que trataba astutamente de implicarme en los acontecimientos y, así, enturbiar la cuestión o, al menos, ablandar el desprecio y la repugnancia probable de Su Señoría. Pero voy aprendiendo, ¿no? Antes de que me llegaran las palabras a la lengua comprendí el peligro que podrían acarrear para Summers… e incluso para mí.

—Bien, señor Summers. Haré lo que pueda.

—Estaba seguro de que aceptaría usted. Queda designado como poder civil entre estos ignorantes marineros que somos nosotros. ¿Qué se debe hacer?

—Bien, tenemos a un clérigo que… pero, vamos, ¿no deberíamos designar a la señorita Granham? Es hija de un canónigo y cabe suponer que será quien mejor sepa cómo manejar al clero.

—Seriedad, señor mío, y déjesela al señor Prettiman.

—¡No! ¡No puede ser! ¿Esa Minerva?

—Debemos consagrar toda nuestra atención al señor Colley.

—Bien, pues. Tenemos a un clérigo que… que ha hecho verdaderamente el animal, lo cual le hace concebir una desesperación refinada.

Summers me miró de cerca y, si se me permite decirlo, con curiosidad.

—¿Sabe usted hasta qué punto se comportó como un animal?

—¡Pero, hombre, si lo vi yo mismo! ¡Lo vimos todos, hasta las señoras! ¡En verdad le digo, Summers, que yo vi algo más que el resto!

—Despierta usted mi mayor interés.

—No tiene demasiada importancia. Pero unas horas después de su exhibición lo vi avanzar por el pasillo hacía el *excusado*, con una hoja de papel en la mano y, si le interesa a usted, una sonrisa verdaderamente extraordinaria en esa fea jeta que tiene.

—¿Qué le sugirió a usted la sonrisa?

—Estaba borracho como una cuba.

Summers hizo un gesto hacia la parte de proa del navío.

—¿Y allí? ¿En el castillo de proa?

—¿Cómo vamos a saberlo?

—Podríamos preguntar.

—¿Y es prudente eso, Summers? ¿No se dirigía la comedia de la gente del común —¡mis excusas!— a quienes tenían autoridad sobre ella y no a ella misma? ¿No debería usted evitar recordárselo?

—Se trata de la cordura de ese hombre, señor mío. Hay que arriesgar algo. ¿Quién lo incitó? Además de la marinería están los emigrantes, todos los cuales son muy decentes en la medida en que los he conocido. *Ésos* no tienen deseo alguno de

burlarse de la autoridad. Pero deben saber tanto como el que más.

Repentinamente recordé a la pobre muchacha de rostro demacrado en la cual vivía una sombra que, por así decirlo, se alimentaba del lugar en que había habitado. Para ella, la animal exhibición de Colley debía de haber llegado en un momento en que tenía derecho a esperar un comportamiento muy diferente en un clérigo.

—¡Pero eso es terrible, Summers! A ese hombre se le debería…

—Lo pasado pasado está, señor mío. Pero digo y repito que lo que está en juego es la cordura de ese hombre. ¡Por el amor de Dios, haga un esfuerzo más por despertarlo de su, su… letargo!

—Muy bien. Una vez más, pues. Vamos.

Me levanté rápido y, seguido de Summers por el vestíbulo, abrí la puerta de la conejera y entré. Era cierto. Aquel hombre estaba echado igual que antes y, en verdad, parecía como si incluso estuviera más inmóvil. La mano que agarraba la argolla se había relajado y yacía con los dedos pasados por ella, pero sin ninguna muestra de tensión muscular.

Detrás de mí, Summers habló en voz baja.

—Aquí está el señor Talbot, señor Colley, que ha venido a verlo a usted.

Debo reconocer una mezcla de confusión y de gran desagrado por todo aquel asunto, debido a lo cual me resultó todavía más difícil que de costumbre hallar la forma adecuada de dar aliento a aquel pobre hombre. Su situación, y el olor, la peste, que emanaba, supongo, de su persona sin lavar, causaban náuseas. Convendrá usted en que debe de haber sido algo bastante *fuerte* para que pudiese competir con, y superar a, la peste general del barco, a la cual todavía seguía sin habituarme del todo. Sin embargo, evidentemente, Summers me atribuía una capacidad que no poseía yo, pues se apartó de mí haciendo un gesto como para indicar que ahora el asunto estaba en mis manos.

Carraspeé.

—Señor Colley, se trata de un asunto lamentable, pero créame, señor mío, que se apena usted demasiado. La embriaguez incontrolada y sus consecuencias son una experiencia por la que todo hombre debería pasar al menos una vez en su vida, pues, si no, ¿cómo ha de comprender la experiencia de otros? En cuanto a la forma en que atendió usted a los dictados de la naturaleza en cubierta, basta pensar en lo que habrán visto esas cubiertas. Y en los pacíficos condados de nuestra propia patria, tan distante…, señor Colley, gracias a los buenos oficios del señor Summers he logrado apreciar que, por lejanamente que sea, soy yo en parte responsable de su situación. Si no hubiera yo hecho enojarse a nuestro capitán… ¡Pero basta! Confieso, señor mío, que una vez varios muchachos, cada uno de los cuales ocupaba una ventana de un piso alto, hicieron, a una señal dada, caer sus aguas sobre un profesor impopular y borrachín que pasaba por debajo. Y bien, ¿cuál fue el resultado de aquel escandaloso

asunto? Pues nada, señor mío. ¡Aquel hombre alargó la mano, miró ceñudo al cielo de la noche y abrió el paraguas! ¡Le juro, señor mío, que algunos de aquellos mismos muchachos llegarán a obispos! ¡Dentro de uno o dos días todos nos reiremos juntos al pensar en su cómico interludio! Creo que su destino es la bahía de Sidney y que después irá usted a la Tierra de Van Diemen. ¡Dios mío, señor Colley, por lo que he sabido, lo más probable es que allí lo saluden más borrachos que personas sobrias! Lo que necesita usted ahora es una copita y después toda la cerveza que le quepa en el estómago. Créame usted que pronto verá las cosas de manera diferente.

No recibí respuesta. Miré interrogante al señor Summers, pero éste miraba a la manta con los dientes apretados. Abrí las manos en gesto de derrota y salí del camarote. Summers me siguió.

—¿Qué le parece, Summers?

—El señor Colley ha decidido morirse.

—¡Vamos!

—Es algo que sé que ocurre entre pueblos salvajes. Son capaces de tumbarse y morirse.

Le hice un gesto para que entrase en mi conejera y nos sentamos juntos en la litera. Se me ocurrió una idea.

—¿Es que quizá es un fanático? Es posible que se esté tomando la religión demasiado en serio… ¡Vamos, vamos, señor Summers! ¡Este asunto no es de risa! ¿O es que es usted tan poco amable que considera mi observación como digna de hilaridad?

Summers se quitó las manos de la cara con una sonrisa.

—¡Dios lo impida, señor mío! Ya es bastante doloroso el haber recibido los disparos del enemigo sin contar con el peligro adicional de presentarse como blanco a —si se me permite decirlo— los amigos de uno. Créame que aprecio perfectamente el privilegio de que se me permita un mínimo de intimidad con el gentil ahijado de su noble padrino. Pero en una cosa tiene usted razón: por lo que hace al propio Colley, no es asunto de risa. O bien ha perdido el seso o no sabe nada de su propia religión.

—¡Pero es un clérigo!

—El hábito, señor mío, no hace al monje. Creo que está desesperado. Yo, señor, creo personalmente, como cristiano —como humilde creyente, por baja que sea mi condición—, que un cristiano *no puede* caer en la desesperación.

—Entonces lo que le he dicho era trivial.

—Era lo que le podía usted decir. Pero, desde luego, sus palabras no lo han alcanzado.

—¿Así le ha parecido?

—¿A usted no?

Jugué con la idea de que quizá alguien de la misma clase que Colley, alguno de

los marineros del barco, no estropeado por la educación ni por un beneficio modesto como el que él había logrado, podría encontrar un medio de acercársele. Pero tras las palabras que Summers y yo habíamos cambiado en una ocasión anterior, me sentí obligado a tocar un tema de ese tipo con él con una nueva delicadeza. Fue él quien rompió el silencio.

—No tenemos capellán ni médico.

—Brocklebank ha reconocido que fue estudiante de medicina casi un año.

—¿Ah, sí? ¿Cree que deberíamos llamarlo?

—¡Dios lo impida…, no hace más que soltar frases! Ha dicho incluso que su paso de la medicina a la pintura había sido como «abandonar a Esculapio por la Musa».

—Preguntaré a proa.

—¿Va a preguntar si hay un médico?

—Voy a pedir que me den información de lo ocurrido.

—¡Hombre, *ya vimos* lo que ocurrió!

—Me refiero en el castillo de proa o más abajo; no en cubierta.

—Lo hicieron emborracharse como un animal.

Vi que Summers me observaba atentamente.

—¿Y nada más?

—¿Más?

—Ya veo. Muy bien, señor mío, voy a informar al capitán.

—Dígale que seguiré pensando en la forma de idear un método para hacer que ese pobre hombre recupere el sentido.

—Así lo haré, y permítame agradecerle su ayuda.

Salió Summers y me dejó solo con mis pensamientos y este diario. ¡Resultaba tan extraño pensar que un joven de no muchos más años que yo o Deverel, y desde luego menos que Cumbershum, tuviera un instinto tan fuerte de autodestrucción! La verdad es que, Aristóteles o no, media hora con la Brocklebank…, incluso con Prettiman y la señorita Granham…, y *ésa*, pensé, es una situación con la que debo familiarizarme por diversas razones, la menor de las cuales es la diversión, y después…

¿Cuál cree usted que fue la idea que me vino a la cabeza? ¿Fue el montón de hojas manuscritas que había en la hoja de la mesa de Colley? Cuando Summers y yo entramos en el camarote no me había fijado en la mesa ni en los papeles, pero ahora, debido a las facultades incomprensibles de la mente humana, volví, por así decirlo, a entrar *otra vez* en el camarote y al contemplar el escenario del que acababa de salir vi mentalmente que la hoja abatible de la mesa estaba vacía. ¡Eso sí que es un tema para la investigación de los sabios! ¿Cómo puede una mente humana volver atrás y ver lo que no había visto? Pero así ocurrió.

Bien. El capitán Anderson me había reclutado. ¡Iba a ver, pensé, a qué género de capataz había contratado para su negocio!

Fui rápidamente al camarote de Colley. Estaba echado igual que antes. Hasta que entré en la conejera no volví a recuperar una *especie* de, al menos, aprensión. No le deseaba a aquel hombre nada más que lo mejor y actuaba en nombre del capitán, pero mentalmente me sentía incómodo. Sentía esa incomodidad como efecto de la dominación del capitán. Todo tirano transforma la menor desviación de su voluntad en un crimen, y yo estaba contemplando como mínimo la posibilidad de llevarlo ante la justicia por lo mal que había tratado al señor Colley. Inspeccioné rápidamente el camarote. Allí seguían la tinta, las plumas y la salvadera igual que antes, así como los estantes con sus devocionarios al pie de la cama. ¡*Parecía* que su eficacia tenía un límite! Me incliné sobre aquel hombre.

Fue entonces cuando percibí sin ver…, sabía, pero no tenía verdaderos medios de saber…

Había habido un momento en que él había despertado con una angustia física que rápidamente se había convertido en angustia mental. Yacía así, con un dolor cada vez mayor, una conciencia cada vez mayor, una memoria cada vez mayor, mientras todo su ser se distanciaba cada vez más del mundo hasta que no podía hacer otra cosa que desear la muerte. No lo había podido despertar Phillips, ni siquiera Summers. Sólo yo…, después de todo, mis palabras habían tocado algo. Cuando lo dejé tras aquella primera visita, feliz de marcharme, ¡había saltado de su litera con una *nueva* agonía! Después, con una repugnancia apasionada hacia sí mismo, había barrido de papeles la mesa. ¡Igual que un niño, lo había agarrado todo y lo había metido en la primera grieta que encontró, como si pudiera quedarse allí sin que lo encontrara nadie hasta el día del juicio! Claro. Allí, entre la litera y el costado del buque, había un espacio, igual que en mi propia conejera, en el que se podía meter la mano, como hice yo en el camarote de Colley. Encontré un papel y saqué una masa arrugada de hojas, todas ellas escritas, algunas tachadas y todas, estaba yo convencido, con pruebas materiales en contra de nuestro tirano en el caso de Colley contra Anderson. Rápidamente metí los papeles en la pechera de mi casaca, salí —¡sin que nadie me viera, gracias a Dios! — y fui corriendo a mi camarote. Allí metí el amasijo de papeles en mi propio vademécum y cerré éste como si estuviera escondiendo el botín de un robo. Después me senté y empecé a escribir todo esto en mi diario como para buscar, en un gesto tan familiar, una cierta seguridad legal. ¿No resulta cómico?

Llegó Wheeler a mi camarote.

—Señor, traigo un recado. El capitán pide que le conceda usted el placer de su compañía a la hora de comer, dentro de una hora.

—Mis saludos al capitán, y acepto complacido.

# GAMMA

¡Vaya día! Lo empecé animado y lo termino…, ¡pero querrá usted saberlo todo! Parece haber pasado tanto tiempo desde que el asunto estaba turbio y mis propios intentos de penetrarlo eran tan complacientes, tan llenos de autosatisfacción…

Bien. Como dijo Summers, parte de la culpa es mía. Parte, mayor o menor, es de cada uno de nosotros, ¡pero creo que de nadie tanto como de nuestro tirano! Permítame, Señoría, guiarle paso a paso. Le prometo…, no, no diversión, sino al menos una especie de generosa indignación y el ejercicio no de mi juicio, sino del *suyo*.

Me mudé y despedí a Wheeler para encontrarme con que su lugar lo había ocupado Summers, que estaba decididamente elegante.

—Dios mío, Summers, ¿también le han invitado a usted a la fiesta?

—He de compartir ese placer.

—Sin duda es una novedad.

—El cuarto es Oldmeadow.

Saqué el reloj.

—Todavía faltan más de diez minutos. ¿Cuál es la etiqueta en el caso de estas visitas a bordo?

—Por lo que hace al capitán, cuando suena la última campanada.

—En tal caso, voy a defraudarlo en sus esperanzas y llegar temprano. Supongo que, al conocerme, prevé que voy a llegar tarde.

Mi entrada en la cámara del capitán Anderson fue toda lo ceremoniosa que pudiera haber deseado un almirante. Aunque el camarote, o más bien sala, no era tan grande como el salón de los pasajeros, ni siquiera como el salón donde *se arranchaban* los tenientes, sin embargo, tenía unas dimensiones palaciegas en comparación con nuestras mezquinas camaretas individuales. Ocupaba todo lo ancho del barco, con unas divisiones a ambos lados para el dormitorio del capitán, su ropero, su cocina personal, y otra cámara en la cual supongo que un almirante habría dirigido las maniobras dé una flota. Al igual que en la sala de los tenientes y en el salón de los pasajeros, la pared trasera, o dicho en el idioma de gente de mar, el mamparo de popa, era una vasta ventana de cristal emplomado por la cual podía verse algo así como una tercera parte del horizonte. Pero parte de esta ventana estaba oscurecida de una forma que al principio apenas si pude creer. Parte de la oscuridad la creaba el capitán, quien me llamó en cuanto aparecí con una voz que no puedo por menos de calificar de festiva.

—¡Pase, señor Talbot, pase! ¡Mis excusas por no recibirle en el umbral! Me ha atrapado usted en mi jardín.

Y, efectivamente, así era. La oscuridad de aquel ventanal se debía a una hilera de plantas trepadoras, cada una de las cuales se retorcía en torno a un bambú que se elevaba desde la oscuridad cerca de cubierta, donde adiviné se hallaban las macetas. Cuando me hice un poco al lado pude advertir que el capitán Anderson servía a cada planta en su maceta algo de agua de una regaderita de caño largo. La regadera era de ese tipo frágil que podría hallar uno en manos de una dama en su jardincito, no en verdad para atender a árboles colocados en enormes cubas, sino una rareza digna del ingenio de la propia Madre Natura. Cabría suponer que nuestro moroso capitán encajaba mal en aquella imagen, pero cuando se dio la vuelta vi con asombro que tenía un aspecto decididamente amistoso, como si yo fuera una dama que había venido a visitarlo.

—No sabía, mi capitán, que tuviera usted un paraíso privado.

¡El capitán sonrió! ¡Sí, afirmo positivamente que sonrió!

—Imagine usted, señor Talbot, que esta florida planta que cuido, todavía inocente y sin caer, puede haber sido la misma con que se engalanó Eva el primer día de su creación.

—¿No presupondría eso, capitán, una pérdida de la inocencia anterior a la hoja de parra?

—Es posible. Es usted muy agudo, señor Talbot.

—¿Hablamos de modo figurado, no?

—Yo decía lo que pensaba. Ésta es la planta perpetua o planta de la guirnalda. Según me han dicho, los antiguos se coronaban con ella. Cuando aparece esta flor tiene un perfume agradable y un color blanco anacarado.

—Entonces, podríamos ser griegos y coronarnos para el banquete.

—No creo que esa costumbre sea adecuada para los ingleses. Pero ¿ve usted que tengo tres de esas plantas? ¡Dos de ellas las planté yo mismo!

—¿Es tan difícil esa labor como implica el triunfal tono que usted utiliza?

El capitán Anderson se rió divertido. Subió el mentón, se le arrugaron las mejillas y en sus ojuelos brillaron chispas.

—¡Sir Joseph Banks dijo que era imposible!: «Anderson —dijo—, saque esquejes, hombre. ¡Si no, sería como tirar las semillas por la borda!», pero he perseverado y al final he sacado todo un cajón de semillas suficientes para un banquete de un alcalde si, por seguir la fantasía de usted, necesita alguna vez engalanar a sus concejales. ¡Pero basta! No cabe imaginar tal cosa. Unas guirnaldas serían algo tan improcedente como el salón pintado de Greenwich. Sirve al señor Talbot. ¿Qué desea usted beber, señor mío? Hay bastante variedad, aunque yo no tomo una copa más que de vez en cuando.

—Para mí vino, mi capitán.

—¡Hawkins, el clarete, por favor! Vea usted, señor Talbot, este geranio tiene una

enfermedad de la hoja. Lo he empolvado con flores sulfurosas, pero sin resultados. No me cabe duda de que voy a perderlo. Pero es que, señor mío, quien hace jardinería en el mar debe acostumbrarse a las pérdidas. En mi primer viaje con mando perdí toda mi colección.

—¿Por acción del enemigo?

—No, señor, por lo raro del tiempo que nos tuvo durante semanas enteras sin vientos ni lluvias. No podía darles agua a mis plantas. Se habría declarado un motín. La pérdida de esta planta no me parece cosa grave.

—Además, puede usted cambiarla por otra en la bahía de Sidney.

—¿Por qué tiene usted…?

Se dio la vuelta y metió la regadera en un cajón junto a las plantas. Cuando se dio la vuelta otra vez volví a verle las arrugas en las mejillas y las chispas en los ojos.

—Señor Talbot, nos faltan muchas millas y mucho tiempo para llegar a nuestro destino.

—Habla usted como si no contemplara con placer nuestra arribada.

Desaparecieron las chispas y las arrugas.

—Señor mío, es usted muy joven. No puede comprender los placeres de…, no, la necesidad de la soledad que experimentan algunas naturalezas. ¡Si la travesía fuera eterna, no me importaría!

—Pero, sin duda, todo hombre guarda relaciones con la tierra, con la sociedad, con la familia…

—¿Familia? ¿Familia? —dijo el capitán con una cierta violencia—. ¿Y por qué no puede un hombre bastarse a sí mismo sin familia? Le ruego me diga qué tiene la familia.

—¡Mi capitán, un hombre no es como una planta de la guirnalda, que pueda fecundar su propia semilla!

Se produjo una larga pausa durante la cual Hawkins, el criado del capitán, nos trajo el clarete. El capitán Anderson se llevó simbólicamente a la cara su medio vaso de vino.

—¡Por lo menos puedo recordar lo notable que es la flora de las Antípodas!

—Así podrá usted reponer sus existencias.

Volvió a poner cara alegre.

—Muchas de las cosas que inventó la Naturaleza en esa región nunca se han llevado a Europa.

Entonces advertí que había una forma de llegar, si no al corazón del capitán Anderson, al menos a su aprobación. De repente tuve una idea, una idea digna de un *romancier*, de que quizá el rostro tormentoso u hosco con que solía salir de su paraíso era el de un Adán expulsado del suyo. Mientras consideraba esto y contemplaba mi vaso de clarete, entraron juntos en la cámara Summers y Oldmeadow.

—Entren, caballeros —exclamó el capitán—. ¿Qué desea usted, señor Oldmeadow? Como verá, el señor Talbot se contenta con el vino… ¿desea usted lo mismo?

Oldmeadow graznó, mirándose al cuello de la camisa, que no le desagradaría un poco de jerez seco. Hawkins trajo un frasco de fondo ancho y sirvió primero a Summers, como si ya supiera lo que iba a beber éste, y después a Oldmeadow.

—Summers —dijo el capitán—, quería preguntarle una cosa. ¿Cómo va su paciente?

—Igual, mi capitán. El señor Talbot ha tenido la amabilidad de atender a la petición de usted. Pero sus palabras no tuvieron más resultado que las mías.

—Es un asunto triste —dijo el capitán. Me miró directamente—. Voy a escribir en el cuaderno de bitácora que el paciente, pues como tal creo que hemos de considerarlo, ha recibido las visitas de ustedes, señor Summers y señor Talbot.

Entonces fue cuando comencé a comprender el objetivo del capitán Anderson al llevarnos a su cámara y la forma torpe en que se había ocupado del asunto de Colley. En lugar de esperar hasta que el vino y la conversación nos hubieran ablandado, había entrado en el tema inmediatamente y de forma demasiado abrupta. ¡Ya era hora de pensar en mí mismo!

—Debe recordar usted, mi capitán —dije—, que si hay que considerar como paciente a ese pobre hombre, mi opinión carece de valor. No poseo conocimientos médicos en absoluto. ¡Sería mejor incluso consultar con el señor Brocklebank!

—¿Brocklebank? ¿Quién es Brocklebank?

—El caballero artístico con cara de vino de Oporto que lleva un séquito femenino. Pero lo decía en broma. Me ha dicho que había empezado a estudiar medicina pero la había abandonado.

—Entonces, ¿tiene algo de experiencia médica?

—¡No, no! Era una broma. El hombre… ¿qué es ese hombre, Summers? ¡Dudo que sepa ni siquiera tomar el pulso!

—Sin embargo… ¿ha dicho usted Brocklebank? Hawkins, vete a buscar el señor Brocklebank y dile que tenga la bondad de venir a verme inmediatamente.

Lo comprendí todo; vi la apuntación en el cuaderno de bitácora: *¡visitado por un caballero con cierta experiencia médica!* ¡El capitán era rudo, pero astuto! Como diría Deverel, «se estaba dejando franco el peñol». Obsérvese cómo me obliga a informar a Su Señoría en mi diario de que ha cuidado bien de ese hombre, ha hecho que lo visiten sus oficiales, yo y un caballero *con cierta experiencia médica*.

Durante un rato nadie dijo nada. Los tres invitados contemplábamos nuestras copas como si el recuerdo del enfermo nos impartiera solemnidad. Pero no podían haber pasado más de dos minutos cuando regresó Hawkins para decir que el señor Brocklebank tendría sumo gusto en visitar al capitán.

—Entonces, vamos a sentarnos —dijo el capitán—. El señor Talbot a mi derecha, ¡señor Oldmeadow, aquí mismo! Summers, ¿quiere usted ocupar el extremo opuesto de la mesa? ¡Bien, esto resulta deliciosamente hogareño! ¿Tienen ustedes suficiente sitio, señores? Desde luego, Summers lo tiene de sobra. Pero hemos de dejarle paso franco hacia la puerta en caso de que cualquiera de las diez mil cosas que pueden pasar en el barco le obliguen a abandonarnos.

Oldmeadow observó que la sopa estaba excelente. Summers, que tomaba la suya con la destreza adquirida en una docena de castillos de proa, observó que se decían muchas bobadas acerca de la comida de la Marina.

—Naturalmente —añadió—, cuando se ha de encargar, recoger, almacenar y servir comida por miles de toneladas, siempre habrá motivos de queja acá y acullá. Pero, en general, los marinos británicos comen mejor en la mar que en tierra.

—¡Bravo! —exclamé—. ¡Summers, debería usted estar en el banco azul!

—Brindo por usted, señor Summers —dijo el capitán—. ¿Cómo dice la frase? «A su salud.» Brindo por ustedes, señores. Pero volvamos a lo anterior: Summers, ¿qué nos dice usted de la historia aquella del queso que pusieron en el mayor para que hiciera de tamborete? ¿Y qué me dice de las cajas de rapé hechas con tasajo de a bordo?

Vi por el rabillo del ojo que el capitán se limitaba a olisquear el aroma de su vino y luego volvía a poner el vaso en la mesa. Decidí seguirle la corriente, aunque sólo fuera para ver cuáles eran sus planes.

—Summers, me gustaría oír lo que responde al capitán. ¿Qué es eso de las cajitas de rapé y los quesos de tambor…?

—Los tamboretes…

—¿Y qué es eso que he oído decir de que nuestros valerosos marineros comen huesos con sólo unas hilachas de carne?

Summers sonrió.

—Lo mejor, señor mío, será que pruebe usted el queso, y creo que el capitán está a punto de sorprenderlo con unos huesos.

—Y tanto que sí —dijo el capitán—. Hawkins, que los traigan.

—¡Dios mío —exclamé—, huesos de tuétano!

—Bessy, supongo —dijo Oldmeadow—. Un animal muy rentable.

Hice una inclinación hacia el capitán.

—Estamos abrumados, mi capitán. Un banquete digno de Lúculo.

—Me limito, señor Talbot, a proporcionarle material para su diario.

—¡Le doy mi palabra, mi capitán, de que el *menú* quedará conservado para la más remota posteridad, junto con un memorial de la hospitalidad del capitán!

Hawkins se inclinó a decirle algo al capitán.

—Ese caballero está en la puerta, mi capitán.

—¿Brocklebank? Señores, voy a llevarlo un momento al despacho, si me lo permiten.

Entonces se produjo una escena de farsa. Brocklebank no se había quedado en la puerta, sino que la había traspasado y avanzaba hacia nosotros. Había confundido el recado del capitán con una invitación como la que me había hecho a mí, o estaba borracho o ambas cosas. Summers echó atrás su silla y se puso en pie. Como si el primer oficial hubiera sido un lacayo, Brocklebank se dejó caer en ella.

—Gracias, gracias. ¡Huesos de tuétano! ¿Cómo diablos lo sabía usted, mi capitán? Sin duda, una de mis muchachas se lo ha dicho. ¡Mueran los franceses!

Se bebió de un trago el vaso de Summers. Tenía una voz como una fruta que combinara las cualidades —suponiendo que existiera una fruta así— de la pera y la ciruela. Se metió el meñique en la oreja, escarbó un momento e inspeccionó el resultado tras sacárselo mientras todos guardábamos silencio. El criado no sabía qué hacer. Brocklebank vio mejor a Summers y le lanzó una sonrisa.

—¿Está usted también, Summers? ¡Siéntese, hombre!

El capitán Anderson intervino con un tacto raro en él:

—Sí, Summers, traiga esa silla y coma con nosotros.

Summers se sentó a una esquina de la mesa. Jadeaba como si acabase de llegar corriendo. Me pregunté si estaba pensando lo que creía Deverel y me había confiado cuando estaba, o quizá debería decir *estábamos* bebidos: «No, Talbot, éste no es un buen barco».

Oldmeadow se volvió hacia mí:

—He oído hablar de un diario, Talbot. Ustedes, los del Gobierno, se pasan la vida escribiendo.

—Me acaba usted de ascender, señor mío. Pero es cierto. Las oficinas están empedradas de papeles.

El capitán hizo como que bebía y volvió a dejar el vaso en la mesa.

—Lo mismo cabría decir que los buques llevan un lastre de papeles. Dejamos constancia de todo de un modo u otro, desde los cuadernos de los guardiamarinas hasta el cuaderno de bitácora que llevo yo.

—En mi caso, he averiguado que casi no hay tiempo para registrar los acontecimientos de un día hasta que han pasado dos o tres.

—¿Y cómo selecciona usted?

—Naturalmente, los aspectos más destacados, las cosas que puedan entretener a mi padrino en sus ocios.

—Espero —dijo el capitán con tono muy intencionado— que dejará usted constancia de nuestro agradecimiento a Su Señoría por habernos permitido el placer de su compañía.

—Así lo haré.

Hawkins llenó el vaso de Brocklebank. Era la tercera vez.

—Señor, ejem, Brocklebank —dijo el capitán—, ¿podemos contar con el beneficio de su experiencia médica?

—¿Mi qué, mi capitán?

—Talbot…, aquí el señor Talbot —dijo el capitán con voz irritada—, el señor Talbot…

—¿Qué diablo le pasa? ¡Dios mío! Le aseguro a usted que Zenobia, mi muchachita, tiene un corazón muy grande…

—Yo —dije rápidamente— no tengo nada que ver con el asunto. Nuestro capitán se refiere a Colley.

—¿El cura? ¡Dios mío! Le aseguro que a mi edad no me importa. Que disfruten, como he dicho, lo dije a bordo, ¿o no fue así?

El señor Brocklebank hipó. Le corrió por la barbilla un hilillo de vino. Miró a un lado y a otro.

—Necesitamos de su experiencia médica —dijo el capitán, conteniendo a duras penas un rugido, pero en un tono que para él era conciliatorio—. Nosotros no la tenemos y esperamos que usted…

—Yo tampoco —dijo el señor Brocklebank—. ¡*Garçon*, otro vaso!

—El señor Talbot ha dicho…

—La estudié un poquillo, pero dije, Wilmot, esto de la anatomía no es para ti. No, la verdad es que no tienes estómago para esas cosas. De hecho, como dije entonces, abandoné a Esculapio por la Musa. ¿No es eso lo que le dije, señor Talbot?

—Efectivamente, señor mío. Dos veces por lo menos. No me cabe duda de que el capitán aceptará sus excusas.

—No, no —dijo el capitán irritado—. Por escasa que sea la experiencia de este caballero, debemos aprovecharla.

—¿Aprovecharla? —preguntó el señor Brocklebank—. Tiene más provecho la Musa que eso otro. Ya sería rico yo de no haber sido por lo caluroso de mi temperamento, por una afición más intensa de lo usual al sexo y por las oportunidades de exceso que ha impuesto a mi naturaleza la escandalosa corrupción de la sociedad inglesa…

—Yo no podría soportar la medicina —dijo Oldmeadow—. ¡Todos esos cadáveres, Dios mío!

—Exactamente, señor mío. Prefiero tener a distancia todos los recordatorios de mi mortalidad. ¿Sabían ustedes que yo fui el primero que sacó una litografía después de la muerte de lord Nelson en la que se representaba aquella feliz ocasión?

—¡No estaría usted presente!

—Ya he dicho que a distancia, señor mío. Tampoco lo estaba ningún otro artista. Debo reconocerles sinceramente que entonces yo creía que lord Nelson había

expirado en cubierta.

—¡Brocklebank —exclamé—, la he visto! ¡Hay un ejemplar en la pared de la Taberna del Perro y el Fusil! ¿Cómo diablo logró todo aquel grupo de oficiales jóvenes arrodillarse en torno a lord Nelson con actitudes de pena y de devoción en el momento más decisivo de la acción?

Corrió otro hilillo de vino por la barbilla de aquel hombre.

—Está usted confundiendo el arte con la realidad, señor mío.

—Pues a mí, señor mío, me pareció una tontería.

—Señor Talbot, le digo que se ha vendido muy bien. No le miento cuando le digo que de no haber sido por la prolongada popularidad de esa obra, estaría pasando estrecheces. Como mínimo me ha permitido tomar un pasaje a… a donde quiera que vayamos, que se me olvida el nombre. Imagínese, señor mío, que lord Nelson murió mucho más abajo, creo que en una parte apestosa de la sentina, sin más testigo que uno de los faroles del buque. ¿Y quién diablo va a hacer un cuadro con eso?

—Quizá Rembrandt.

—¡Ah! Rembrandt. Pues sí. Por lo menos, señor Talbot, debe usted admirar la destreza con que representé el humo.

—Dígame usted, señor mío.

—El humo es complicadísimo. ¿No lo vio cuando Summers disparó mi arma? Cuando empiezan las andanadas, una batalla naval es como un café de Londres. De manera que un verdadero artista debe sacarlo a donde no se intruya…, se intruya…

—Como un payaso.

—Se intruya…

—E interrumpa alguno de los aspectos necesarios de la acción.

—Se intruya… Capitán, no bebe usted nada.

El capitán hizo otro gesto con su vaso y después miró a sus otros tres invitados con una frustración airada. Pero Brocklebank, con ambos codos puestos ahora a los lados del hueso de tuétano destinado a Summers, siguió entonando.

—Siempre he mantenido que si se maneja bien, el humo puede prestar mu… mucha ayuda. Le viene a uno un capitán que ha tenido la suerte de combatir al enemigo y salir ileso. Le viene a uno, como me han venido a mí, después de mi litografía. Por ejemplo, junto con otra fragata y una chalupa… se ha encontrado con el francés y ha habido una batalla… ¡Ay, perdón! Como dice el dicho «contener de los gases la salida, a muchos les costó la vida». Bueno, ahora les pido que imaginen lo que ocurriría… y de hecho mi buen amigo Fuseli, ya saben ustedes, el escudo de Aquiles y… bueno. ¡Imagínense!

Bebí impaciente y me volví al capitán.

—Creo, mi capitán, que el señor Brocklebank…

De nada valió, y aquel hombre siguió tartajeando sin advertirlo.

—Imagínense… ¿quién me paga? ¡Si pagan *todos* no puede haber nada de humo! Pero tiene que vérselos a todos en pleno combate, ¡maldita sea! ¡Sabrán ustedes que llegan a pegarse!

—Señor Brocklebank —dijo el capitán nervioso—, señor Brocklebank…

—¡Qué me den un solo capitán que haya tenido éxito y le hayan dado un título! ¡*Entonces* no habrá discusiones!

—¡No —dijo Oldmeadow, graznando hacia su pechera—, en verdad que no!

El señor Brocklebank lo contempló truculento.

—¿Duda usted de mi palabra, señor mío? Diga si lo duda, porque si lo duda, señor mío…

—¿Yo, señor Brocklebank? ¡Dios mío, claro que no!

—Dirá: «Brocklebank», dirá: «No me importa un real por mí mismo, pero mi madre, mi esposa y mis quince chicas quieren un cuadro de mi barco en plena acción». ¿Me explico? Entonces, cuando me ha dado un ejemplar de la gaceta y me ha descrito la batalla hasta el último detalle, se marcha muy contento pensando que sabe cómo se representa una batalla naval.

El capitán levantó el vaso. Esta vez lo vació de un trago. Se dirigió a Brocklebank con una voz que habría hecho salir corriendo al señor Taylor de un extremo del barco al otro o todavía más lejos.

—¡Por mi parte, señor mío, yo pensaría lo mismo!

El señor Brocklebank, sin duda para indicar su gran inteligencia, trató de llevarse un dedo astutamente a la aleta de la nariz, pero no acertó.

—Se equivoca usted, mi capitán. Si yo fuera a confiar en la verosimilitud… pero no. ¿Cree usted que mi cliente, que ha pagado un depósito…? Porque comprenderá usted que en cualquier momento puede tener que volver a salir y perder la vida…

Summers se puso en pie.

—Tengo que irme, mi capitán.

El capitán, quizá con el único rasgo de ingenio que he encontrado en él, se echó a reír.

—¡Qué suerte tiene usted, señor Summers!

Brocklebank no advirtió nada. De hecho, creo que si lo hubiéramos dejado solo, habría continuado con su monólogo.

—¿Y creen ustedes que a la fragata que la acompaña se la puede representar con igual animación? ¡No ha pagado nada! Y ahí es donde interviene el humo. Para el momento en que he terminado el esbozo, esa fragata acaba de disparar y el humo se levanta en torno a ella, y en cuanto a la chalupa, que estaría en manos de algún teniente desconocido, si sale será por suerte. En cambio, el barco de mi cliente estará lanzando más fuego que humo, mientras todo el enemigo lo ataca al mismo tiempo.

—Casi podría desear —dije yo— que los franceses nos permitieran la

oportunidad de invocar los buenos oficios de su pincel.

—No hay la más mínima esperanza de eso —dijo el capitán melancólico—, ni la más mínima.

Quizá su tono afectó al señor Brocklebank, que pasó por una de esas rápidas transiciones, bastante frecuentes entre los ebrios, del buen humor a la melancolía.

—Pero las cosas nunca acaban así. Vuelve el cliente y lo primero que dice es que la *Corinna* o la *Erato* nunca llevó un trinquete tan redondo como en el dibujo y ¿qué hace ese motón en la gavia mayor? Pero, hombre, si mi cliente con más éxito —aparte del finado lord Nelson, si se me permite que lo llame cliente, quiero decir— llegó incluso a la tontería de objetar algunos daños de escasa consideración que yo le había infligido a la fragata que le acompañaba. Juró que jamás había perdido el mastelero, creo que dijo el mastelero trinquete, porque apenas si recibió cañonazos. Después dijo que yo no había representado ningún daño en la zona del combés de su barco, lo cual no era exacto. Me obligó a convertir dos aspilleras en una y a quitar gran parte de la pasarela. Después me dijo: «¿No me podría usted poner ahí, Brocklebank? Me acuerdo muy bien de que yo estaba justo en la pasarela rota, dando ánimos a la tripulación e indicando al enemigo con la espada.» ¿Y qué podía hacer yo? El cliente siempre tiene razón, ése es el primer axioma del artista. «La figura va a salir muy pequeña, sir Sammel», le dije. «Eso no importa —dijo—. Puede usted exagerarme un poco.» Le hice una reverencia. «Si hago eso, sir Sammel —le dije— su fragata se quedará reducida a una chalupa por el contraste.» Se dio un par de paseos por el estudio, exactamente igual que hace aquí nuestro capitán en la toldilla. «Bueno —dijo por fin—, pues entonces póngame usted pequeño. Me reconocerán por el bicornio y las charreteras. A mí no me importa, señor Brocklebank, pero mi señora y mis chicas insisten en ello.»

—Sir Sammel —dijo el capitán—. ¿Ha dicho sir Sammel?

—Sí. ¿Pasamos al coñac?

—Sir Sammel. Lo conozco. Lo conocía.

—Cuéntenos usted, capitán —dije, esperando contener el torrente del otro—. ¿Fueron compañeros de buque?

—Yo era el teniente al mando de la chalupa —dijo el capitán pensativo—, pero no he visto el cuadro.

—¡Mi capitán! Es absolutamente necesario que me lo describa usted —dije—. Ya sabe lo que nos gusta a la gente de tierra este tipo de cosas.

—¡Dios mío, la shalupa! Conocí en la sh…, la otra sh… el teniente. Capitán, tenemos que hacerle un retrato. Lo que podemos hacer es quitar el fu…, el humo, y ponerlo a usted en medio de todo.

—Y seguro que así fue —dije—. ¿Puede usted imaginarlo en otra parte? Estuvo usted en medio de todo, ¿no?

El capitán Anderson lanzó un verdadero gruñido.

—¿En medio de la batalla? ¿En una chalupa? ¿Contra fragatas? Pero el capitán, supongo que debería decir sir Sammel, debe de haber creído que yo era un chico alocado, porque fue lo que me llamó a gritos por la bocina: «¡Fuera de aquí, muchacho, está loco, o hago que le degraden!».

Levanté mi vaso mirando al capitán.

—Brindo por usted, mi capitán. ¿Pero no quedó usted tuerto ni sordo?

—*Garçon*, ¿dónde está el coñac? Mi capitán, tengo que hacerle un retrato. Su futura carrera…

El capitán Anderson estaba agazapado a la cabecera de la mesa, como a punto de saltar. Había puesto los puños en ella y el vaso se le había caído y roto. Si antes había gruñido, esta vez lo que hizo fue lanzar un verdadero rugido.

—¿Carrera? ¿Pero no comprende, maldito imbécil? La guerra prácticamente ha terminado y ahora nos van a fondear a todos y cada uno de nosotros.

Se produjo un largo silencio, en el cual incluso Brocklebank pareció opinar que le había ocurrido algo desusado. Bajó la cabeza, después la subió de un golpe y miró en derredor suyo con expresión vacía. Después enfocó la mirada. Nos volvimos uno por uno.

En la puerta estaba Summers.

—Mi capitán, vengo de ver al señor Colley. Creo que ese hombre ha muerto.

Lentamente nos fuimos levantando todos mientras pasábamos, creo, de un momento de furiosa repulsa a otro de compasión. Miré al capitán a la cara. Le había desaparecido el tono rojo de la ira. Estaba inescrutable. No le advertí en el rostro gesto de preocupación, alivio, pena ni triunfo. Era como si estuviera hecho del mismo material que el mascarón de proa.

Fue el primero en hablar.

—Señores, este lamentable asunto debe poner fin a nuestra, nuestra reunión.

—Naturalmente, mi capitán.

—Hawkins. Haz que lleven a este caballero a su camarote. Señor Talbot, señor Oldmeadow, tengan la amabilidad de ir a ver el cadáver junto con el señor Summers para confirmar su opinión. También iré yo. Temo que la falta de templanza de ese hombre lo haya destruido.

—¿Falta de templanza, mi capitán? ¿Por una sola caída y tan desafortunada?

—¿Qué dice usted, señor Talbot?

—¿Va usted a anotarlo así en el cuaderno de bitácora?

El capitán se controló visiblemente.

—Señor Talbot, eso es algo que tendré que pensar cuando proceda.

Me incliné sin decir nada. Oldmeadow y yo nos retiramos, y a Brocklebank medio lo llevaron, medio lo arrastraron detrás de nosotros. El capitán siguió al

grupito que rodeaba al borracho. Parecía como si todos los pasajeros del buque, o por lo menos de la parte de popa, se hubieran congregado en el vestíbulo y contemplasen en silencio la puerta del camarote de Colley. Muchos de los tripulantes que no estaban de servicio, y la mayoría de los emigrantes, estaban reunidos junto a la raya blanca dibujada de un lado a otro de la cubierta y nos contemplaban sumidos en el mismo silencio. Supongo que el viento y el paso del barco por el agua debían de hacer algún ruido, pero yo, por lo menos, no tenía conciencia de él. Los demás pasajeros nos abrieron paso. Wheeler hacía la guardia a la puerta del camarote y sus mechones de pelo blanco, su calva y su rostro de *iluminado* —no puedo hallar ninguna otra forma de describir su expresión de conocer todos los males y todas las penas del mundo— le daban un aire de auténtica santidad. Cuando vio al capitán, se inclinó con la unción de un enterrador, como si de hecho hubiera caído sobre él el manto del pobre y obsequioso Colley. Aunque la tarea debería haber correspondido a Phillips, fue Wheeler quien abrió la puerta y después se hizo a un lado. Entró el capitán. No se quedó más que un momento, salió, me hizo un gesto para que entrara y después avanzó hacia la escala y su propia cámara. ¡Le aseguro que no tenía ninguna gana de entrar en el camarote! El pobre hombre seguía aferrado a la argolla, seguía con la cara apretada contra la almohada, pero alguien había doblado la manta y ahora se le podían ver la mejilla y el cuello. Le puse tres dedos titubeantes en la mejilla y los retiré como si me hubiese quemado. No quería, ni de hecho tenía por qué, agacharme a escuchar si aquel hombre todavía alentaba. Salí a donde estaba la silenciosa congregación de Colley, y le hice un gesto al señor Oldmeadow, que entró pasándose la lengua por los labios pálidos. También él salió rápidamente.

Summers se volvió hacia mí.

—¿Bien, señor Talbot?

—Ningún ser viviente podría estar tan frío.

El señor Oldmeadow volvió la mirada al techo y se fue dejando caer suavemente por el mamparo hasta quedar sentado en cubierta. Wheeler, con una expresión de piadosa comprensión, le puso al bizarro oficial la cabeza entre las rodillas. Pero, ¿quién iba a aparecer ahora más que quien menos debía aparecer, nuestro *Sileno*? Brocklebank, quizá un poco recuperado, o quizá por algún extraordinario capricho de la borrachera, salió dando tumbos del camarote y se deshizo de las dos mujeres, que trataban de frenarlo. Las otras damas lanzaron unos gritos y después se quedaron calladas, cogidas entre los dos tipos de acontecimiento. El hombre no llevaba puesta más que una camisa. Avanzó, a trancas y barrancas, hasta el camarote de Colley y dio a Summers un empujón tan vigoroso que hizo trompicar al primer oficial.

—¡Os conozco a todos —exclamó—, a todos, a todos! ¡Y soy un artista! ¡Este hombre no ha muerto, sino que duerme! Tiene una fiebre baja y puede recuperarse si le damos de beber…

Eché mano al individuo y lo hice a un lado. Summers estaba conmigo. Nos enredamos con Wheeler y tropezamos en torno a Oldmeadow, pero, verdaderamente, la muerte es la muerte, y si no vamos a tratar *eso* con un mínimo de seriedad… No sé cómo, pero lo sacamos al vestíbulo, donde las damas y los caballeros habían vuelto a caer en silencio. Hay algunas situaciones para las que no existe ni una sola reacción adecuada: quizá la única hubiera sido que se retirasen todos. No sé cómo logramos volver a llevarlo a la puerta de su conejera, mientras que él seguía pegando gritos sobre *espíritus* y la *fiebre baja*. Sus mujeres, espantadas, esperaban en silencio. Yo, por mi parte, murmuraba:

—¡Vamos, pórtese usted bien, buen hombre, y vuelva a la litera!

—Una fiebre baja…

—¿Qué diablo es una fiebre baja? ¡Vamos, adentro, *adentro*, le digo! Señora Brocklebank…, señorita Brocklebank, por favor les pido…, por el amor del cielo…

Efectivamente, ayudaron y lograron cerrarle la puerta. Me di la vuelta en el momento en que bajaba el capitán Anderson por la escala y volvía al vestíbulo.

—¿Bien, señores?

Respondí tanto por Oldmeadow como por mí mismo.

—A mi leal saber y entender, capitán Anderson, el señor Colley ha muerto.

Se me quedó mirando fijamente con aquellos ojuelos suyos.

—He oído decir algo de «una fiebre baja», ¿no es verdad?

Salió Summers y cerró tras de sí la puerta del camarote de Colley. Fue un acto de curiosa decencia. Se quedó mirando del capitán a mí y vuelta otra vez. Hablé de mala gana, pero, ¿qué iba a hacer?

—Eso es algo que ha dicho el señor Brocklebank, que, me temo, está un tanto fuera de sí.

Vi cómo se le arrugaban las mejillas al capitán y volvían a chispearle los ojos. Miró a la multitud de testigos.

—¡Pero el señor Brocklebank tiene algo de experiencia médica!

Antes de que pudiera yo decir nada había vuelto a hablar con el acento tiránico de su servicio.

—Señor Summers: encárguese de que se adopten las disposiciones de costumbre.

—A sus órdenes, mi capitán.

El capitán se dio la vuelta y se retiró a buen paso. El señor Summers continuó con un acento muy parecido al de su capitán.

—¡Señor Willis!

—¡A sus órdenes!

—Traiga a popa al velero y a su ayudante y a tres o cuatro marineros de primera. Puede usted traerse a los hombres de la guardia fuera de servicio que están arrestados.

—¡A sus órdenes!

No había en esto nada de la falsa melancolía que nuestros enterradores profesionales tienen como parte de su oficio. El señor Willis salió corriendo *a proa*. Después, el primer teniente se dirigió a los pasajeros reunidos con su habitual acento tranquilo.

—Señoras y caballeros, no querrán ustedes presenciar lo que se aproxima. ¿Puedo pedirles que evacúen el vestíbulo? Les recomiendo tomar el aire en la cubierta de popa.

Lentamente fue despejándose el vestíbulo hasta que nos quedamos solos Summers y yo con los criados. Se abrió la puerta de la conejera de Brocklebank y apareció éste grotescamente desnudo. Habló con una solemnidad ridícula.

—Señores, una fiebre baja es lo contrario de una fiebre alta. Tengan ustedes muy buenos días.

Tiraron de él hacia atrás y se trompicó. Le cerraron la puerta. Después, Summers se volvió hacia mí.

—¿Y usted, señor Talbot?

—Todavía tengo que cumplir con lo que me ha pedido el capitán, ¿no?

—A mi juicio, eso ha terminado con el fallecimiento de este pobre hombre.

—Ya hemos hablado de *noblesse oblige* y de juego limpio. Me he encontrado con que todas esas palabras se traducen en una sola.

—¿Y es?

—Justicia.

Summers pareció reflexionar:

—¿Ha decidido usted quién ha de comparecer en el banquillo de los acusados?

—¿Y usted no?

—¿Yo? Las facultades de un capitán… Además, señor mío, *yo* no tengo un protector.

—No esté usted tan seguro, señor Summers.

Me miró confuso un instante. Después dio un respingo:

—¿Yo…?

Pero se nos acercaban trotando hacia la popa varios marineros. Summers los contempló un momento y después volvió a mirarme.

—¿Me permite que recomiende la cubierta de popa?

—Más vale una copa de coñac.

Fui al salón de pasajeros, donde me encontré a Oldmeadow derrumbado en una silla bajo el ventanal de popa, con una copa vacía en la mano. Respiraba hondo y transpiraba profusamente. Pero le había vuelto el color a las mejillas. Se dirigió a mí con un murmullo:

—Vaya estupidez la mía. No sé qué es lo que me ha pasado.

—¿Así se comporta usted en un campo de batalla, señor Oldmeadow? ¡No,

perdón! Yo también estoy fuera de mí. ¿Sabe usted, aquel muerto yacente, en la actitud en que hacía tan poco tiempo lo había visto…? Pero si incluso entonces podría haber estado…, pero ahora, rígido, tieso como…, ¿dónde diablo está ese camarero? ¡Camarero! ¡Trae coñac y algo más para el señor Oldmeadow!

—Ya sé lo que quiere usted decir, Talbot. La verdad es que jamás he visto un campo de batalla ni oído cómo se disparaba un tiro en serio, salvo una vez en que mi adversario me falló por una vara. ¡Qué silencioso se ha quedado el barco!

Miré por la puerta del salón. El grupo de marineros se iba metiendo como podía en el camarote de Colley. Cerré la puerta y me volví hacia Oldmeadow.

—Todo habrá acabado en breve. Oldmeadow, ¿es antinatural lo que sentimos?

—Yo llevo el uniforme del Rey y, sin embargo, nunca había visto un cadáver hasta ahora, salvo los ejecutados en público. Esto ha sido demasiado fuerte para mí… quiero decir, demasiado emocionante. Es que soy de Cornualles.

—¿Con un apellido así?

—No todos nos llamamos Tre, Pol o Pen. Dios mío, cómo rechina la tablazón. ¿Es que ha cambiado la derrota?

—No es posible.

—Talbot, ¿supone usted…?

—¿Qué, señor mío?

—Nada.

Nos quedamos sentados un rato y presté más atención al calorcillo que me iba dando el coñac que a ninguna otra cosa. Poco después entró Summers. Tras él vi un grupo de hombres que transportaban por cubierta un objeto tapado. El propio Summers todavía estaba levemente pálido.

—¿Quiere usted un coñac, Summers?

Negó con la cabeza. Oldmeadow se puso en pie.

—Creo que lo que a mí me conviene es la cubierta de popa y algo de aire fresco. Me he portado como un idiota. Un perfecto idiota.

En seguida nos quedamos solos Summers y yo.

—Señor Talbot —dijo en voz baja—, ha hablado usted de justicia.

—¿Y bien, señor mío?

—Lleva usted un diario.

—¿Y…?

—Nada más.

Me hizo un gesto intencionado, se levantó y se marchó. Me quedé donde estaba, pensando en lo poco que me comprendía, después de todo. No sabía que ya había utilizado ese diario, ni que proyectaba que este sencillo relato se presentara a alguien en cuyo juicio e integridad…

Su Señoría me ha aconsejado que practique el arte de la adulación. Pero, ¿cómo

puedo seguir *intentándolo* con un personaje que detectará infaliblemente lo que intento? ¡Permítame desobedecerle, aunque sólo sea en esto, y no adularlo más!

Bien, pues, he acusado al capitán de abuso de poder y he dejado constancia de la sugerencia del propio Summers de que yo mismo he sido hasta cierto punto responsable de él. No sé qué más puede exigírseme en nombre de la justicia. La noche está muy avanzada y hasta *ahora*, al escribir estas palabras, no he recordado el *Manuscrito Colley*, en el cual puede haber incluso pruebas más claras de la culpabilidad del ahijado de Su Señoría y de la crueldad de nuestro capitán. Voy a hojear lo que ha escrito ese pobre diablo y después meterme en la cama.

Eso acabo de hacer, Dios mío, y casi desearía no haberlo hecho. ¡Pobre, pobre Colley, pobre Robert James Colley! Billy Rogers, Summers al disparar el trabuco, Deverel y Cumbershum, Anderson, ¡el temible y cruel Anderson! Si hay justicia en el mundo…, pero ya se ve, por el estado de mi escritura, cómo me ha afectado esto…, y yo…, ¡yo!

Por la persiana se filtra algo de luz. O sea, que la mañana ya está avanzada. ¿Qué voy a hacer? No puedo darle la carta de Colley, esa carta no iniciada y no acabada, no puedo darle esa carta al capitán, aunque estoy seguro de que *eso*, por legalista que pueda parecer, es lo que debería hacer. ¿Qué, entonces? Caería al agua y desaparecería. Colley habría muerto de una *fiebre baja* y se acabaría todo. Con ella desaparecería mi propia participación. ¿Estoy cortando pelos en el aire? Porque Anderson es el capitán y dispondrá de todo género de ordenanzas y de justificaciones para todo lo que ha hecho. Tampoco puedo depositar mi confianza en Summers. Está en juego su preciosa *carrera*. Estaría obligado a decir que, si bien quizá tuviera yo razón al hacerme con la carta, no es asunto mío el hacerla desaparecer.

Bien, no la hago desaparecer. Emprendo el único camino que lleva a la justicia —me refiero a la justicia natural y no a la del capitán ni a la de los tribunales— y pongo las pruebas en manos de Su Señoría. Él dice que van a «fondearlo». Si cree usted, como yo, que ha pasado de la disciplina a la tiranía, si dice usted algo ante quien proceda, se logrará que quede fondeado para siempre.

¿Y yo? ¡Estoy convencido de que en este diario yo quedo más claro de lo que pretendía! Lo que a mi juicio era el comportamiento adecuado a mi posición…

Muy bien, pues. También yo.

¡Pero Edmund, Edmund! ¡Ésta es una locura metodista! ¿No te considerabas una persona menos sensible que inteligente? ¿No sentías, no *creías*, que el sistema de moralidad de los hombres en general que aceptabas a ciegas debía menos al sentimiento que al funcionamiento del intelecto? ¡Aquí hay algo más que tú preferirías hacer pedazos, en lugar de exhibirlo! Pero he estado leyendo y escribiendo

toda la noche y se me puede perdonar una ligera desorientación. No existe nada real y ya estoy medio dormido. Voy a buscar goma para pegar aquí la carta. Se convertirá en otra parte del *Manuscrito Talbot*.

Es preciso que su hermana no se entere nunca. Ése es otro motivo para no revelar la carta. Murió de una fiebre baja… Pero si hasta es probable que la propia muchacha de proa muera de algo parecido antes de que terminemos nuestro viaje. ¿He dicho goma? Debe de haber algo por aquí. Un casco de Bessie. Wheeler sabrá, ese Wheeler omnisciente y ubicuo. Y debo dejarlo todo bajo llave. Este diario se ha convertido en algo más mortífero que una escopeta cargada.

Ha desaparecido la primera página, o quizá sean las dos primeras. Se las vi, o se la vi, en la mano, cuando, en un trance ebrio, avanzaba con la cabeza alta y una sonrisa, como si ya estuviera en el cielo…

Después, algo después de que cayera en el sueño de la ebriedad, se despertó, quizá lentamente. Quizá existiera un momento en blanco en el que no supo quién ni qué era: después el momento en que recordó al reverendo Robert James Colley.

No. No quiero imaginarlo. Lo visité aquella primera vez… ¿Le recordaron mis palabras todo lo que había perdido? ¿El amor propio? ¿El respeto de sus congéneres? ¿*Mi* amistad? ¿*Mi* protección? *Entonces, entonces*, en aquella agonía, agarró la carta, la arrugó, la arrojó lejos de sí igual que hubiera lanzado lejos de sí su memoria si hubiera sido posible… Lejos, debajo de la litera, porque no podía soportar la idea de…

Me engaña la imaginación. Sin duda ha muerto porque deseaba morir; pero no fue por eso, no fue por nada de eso, no fue por un solo…, por una casual…

Si hubiera cometido un asesinato…, ¡o si siendo lo que era…!

Es una locura, un absurdo. ¿Qué mujeres hay allí, en *esa* parte del barco para él?

¿Y yo? ¡Podría haberlo salvado si hubiera pensado menos en mi propia importancia y menos en el peligro de aburrirme!

¡Ah de aquellas opiniones juiciosas, aquellas observaciones interesantes, aquellas chispas de ingenio con que una vez me propuse entretener a Su Señoría! Ahora, por el contrario, presento una descripción clara de las *comisiones* de Anderson y de mis propias… omisiones.

Ahora ya puede leer Su Señoría:

# La carta de Colley

y por eso corro un velo sobre la que quizá fuera la más difícil y menos edificante de mis experiencias. Mis prolongadas náuseas han hecho que estos primeros días y horas no queden muy claros en mi recuerdo, y tampoco intentaría describirte en detalle alguno el aire apestoso, los bruscos balanceos, las desvergüenzas, las blasfemias sin más a las que se ve expuesto un pasajero en un buque así, aunque sea clérigo. Pero ahora me he recuperado de mis náuseas lo bastante como para agarrar una pluma y no puedo abstenerme de volver durante un momento a mi primera aparición en el navío. Tras escapar a las garras de una horda de *criaturas sin nombre* en la costa y verme transportado a nuestro noble navío a precio carísimo, tras verme después levantado hasta cubierta en una especie de eslinga —parecida, pero más complicada, al columpio que colgaba del alerce detrás de las pocilgas—, me encontré ante un joven oficial que llevaba un catalejo bajo el brazo.

En lugar de dirigirse a mí, como debe hacer un caballero con otro, se volvió a uno de sus colegas e hizo la siguiente observación:

—¡D… mío, un cura! ¡El Tío Vinagre va a pegar un salto hasta la cofa de trinquete!

Ésta no fue sino la primera muestra de lo que iba yo a sufrir. No daré detalles del resto, pues han pasado ya muchos días, querida hermana, desde que dijimos adiós a las costas de la Vieja Albión. Aunque ya tengo bastante fuerza para sentarme ante la hoja abatible que me sirve de *priedieu*, pupitre, mesa y podio, todavía no me siento lo bastante seguro como para aventurarme más allá. Naturalmente que mi primer deber (después de los de mi vocación) debe ser el de darme a conocer a nuestro valeroso capitán, que vive y trabaja unos dos pisos, o más bien debería decir puentes, por encima de nosotros. Espero que acepte el poner esta carta a bordo de un buque que navegue en dirección opuesta, con objeto de que tengas noticias de mí cuanto antes. Mientras escribo esto ha venido a mi camarote Phillips (¡mi *sirviente*!) con un poco de caldo y me ha aconsejado que no haga una visita prematura al capitán Anderson. Dice que antes debo recuperar mis fuerzas, comer algo en el salón de pasajeros, para no comer siempre aquí —¡lo que he podido retener de esas comidas!—, y hacer algo de ejercicio en el vestíbulo o más allá, en esa parte ancha de cubierta que él llama el *combés* y que corresponde a la zona del más alto de los mástiles.

Aunque no puedo comer, *sí* que he salido y, ¡ah, querida hermana mía, qué mal he hecho en quejarme de mi suerte! ¡Es un paraíso terrenal!; no, un paraíso oceánico. El sol calienta y es como una bendición natural. El mar brilla como las colas de las aves de Juno (me refiero al pavo real) que se pasean por las terrazas de Manston Place (debo recordarte que no omitas prestar las pequeñas atenciones que puedas en ese

lugar). El goce de una escena así es la mejor medicina que desear pudiera un hombre, cuando se ve realzada por la parte de las Escrituras que corresponden al día. En el horizonte apareció brevemente una vela y ofrecí una breve oración por nuestra seguridad, supeditada siempre a SU VOLUNTAD. No obstante, basé mi comportamiento en el de tripulantes y oficiales, ¡aunque, desde luego, en el amor y el temor a NUESTRO SALVADOR tengo un *ancla* más segura que ninguna de las que pueda llevar este navío! No sé si osaré confesarte que cuando aquella vela extraña se hundió bajo el horizonte —nunca había acabado de sobresalir totalmente por encima de él— me sorprendí soñando despierto con que nos atacaba y yo llevaba a cabo algún acto de valor, lo que, en verdad, no sería cosa adecuada para un ministro ordenado de la Iglesia, ¡aunque ya de niño soñaba yo a veces con ganar fama y fortuna cabe el Héroe de Inglaterra! Fue un pecado venial que rápidamente reconocí y del que me arrepentí. ¡Nuestros héroes me rodeaban por todas partes y de ellos era de quien me debía yo ocupar!

Bien, pues, ¡por *ellos* sí que podría desear que hubiera una batalla! Vacan a sus tareas con sus formas bronceadas y viriles desnudas hasta la cintura, sus abundantes rizos recogidos en una coleta, sus prendas de la cintura para abajo muy ajustadas, pero ensanchadas en los tobillos, como las aletas nasales de un corcel. Se balancean despreocupados a cien pies de altura. No creas, te ruego, las historias que cuentan gentes malvadas y anticristianas acerca de su brutalidad. Jamás he escuchado ni visto un azotamiento. Lo más drástico que ha ocurrido fue la aplicación de una corrección juiciosa en la parte adecuada de un *joven caballero* que hubiera sufrido lo mismo y lo habría soportado con igual estoicismo en la escuela.

Debo darte una idea de la forma que adopta la pequeña sociedad en la que hemos de convivir durante no sé cuántos meses. Las personas de nota, por así decirlo, tenemos nuestro propio alcázar en la parte de atrás, o de popa, del buque. Al otro extremo del combés, bajo una pared perforada por dos entradas y dotada de escaleras, o como siguen llamándolas aquí, *escalas*, se hallan los aposentos de nuestros lobos de mar y los demás pasajeros de clase inferior: emigrantes y demás. Por encima de eso se halla la cubierta del castillo de proa y el mundo, verdaderamente asombroso, del bauprés. Estarás acostumbrada, como lo estaba yo, a pensar que el bauprés (¿te acuerdas del barco que tenía el señor Wembury en una botella?) es como un palo que sale de la parte de delante del barco. Pues no, ahora debo comunicarte que un bauprés es todo un mástil, sólo que se acerca más que los otros a la horizontal. ¡Tiene *vergas y tamboretes, estayes* e incluso *drizas*! Además, si comparamos a los demás mástiles a unos árboles enormes entre cuyas ramas y nudos suben nuestros muchachos, entonces el bauprés es como una especie de camino, aunque muy inclinado, pero un camino por el que corren o andan. Mide más de tres pies de diámetro. ¡Los mástiles, esos otros «palos», son tan gruesos! Ni siquiera el alerce más grande del bosque de Saker

tiene una masa suficiente para sacar de él unos de estos monstruos. Cuando pienso que algún acto del enemigo, o lo que es todavía más temible, de la Naturaleza puede romperlos o retorcerlos igual que podrías tú arrancarle las hojas a una zanahoria, caigo en una especie de terror. ¡Te aseguro que no es terror por mi propia seguridad! Era, es, un terror ante la majestad de esta enorme máquina de guerra y después, por una curiosa extensión de la misma sensación, una especie de reverencia ante la naturaleza de los seres que tienen el placer y el deber de controlar invención tal al servicio de su DIOS y de su Rey. ¿No tuvo Sófocles (el gran dramaturgo griego) una idea parecida en el coro de su *Filoctetes*? Pero divago.

El aire es templado y a veces caliente, ¡cuánto nos anima este sol! ¡Debemos cuidarnos de él, no sea que nos ataque! ¡Incluso aquí, sentado a mi *pupitre*, tengo conciencia del calor que a mis mejillas han aportado sus rayos! Esta mañana, el cielo era de un azul profundo, pero no más brillante ni más profundo que el azul tachonado de blanco del anchuroso océano. ¡Casi podría extasiarme con los grandes círculos que la punta del bauprés, *nuestro* bauprés, describía incesantemente sobre la clara línea del horizonte!

Al día siguiente.

En verdad que tengo más fuerza y puedo comer más. Phillips dice que dentro de poco iré perfectamente. Pero el tiempo ha cambiado algo. Mientras ayer todo era azul y brillante, hoy no hay viento o casi, y el mar está recubierto de una neblina blanca. El bauprés —que en días anteriores me había causado un ataque de náuseas tras otro cuando osaba fijar mi atención en él— está inmóvil. ¡En verdad que el aspecto de nuestro microcosmos ha cambiado por lo menos tres veces desde que nuestro Bienamado País se hundió —no, pareció hundirse— en las olas! ¿Dónde, me pregunto, están los bosques y las feraces campiñas, dónde las flores, la iglesia de piedra en la que tú y yo hemos rendido culto todas nuestras vidas, el cementerio en que están nuestros queridos padres —no; los restos mortales de nuestros queridos padres, que sin duda han recibido ya su recompensa en el cielo—, dónde, pregunto, están todas las escenas familiares que han sido para ambos el sustento de nuestras vidas? La mente humana se anonada ante tal situación. Me digo que existe una realidad material que enlaza el lugar en que me encuentro con el lugar en que me encontraba antes, igual que la carretera que va desde el Alto Compton al Bajo. El intelecto asiente, pero el *corazón* no puede hallar certidumbre alguna en ello. Como reprobación me digo que NUESTRO SEÑOR está tanto aquí como allí, ¡o más bien que aquí y allí pueden ser el mismo lugar a SUS OJOS!

He vuelto a cubierta. La neblina blanca parecía más densa, aunque hacía calor. Apenas si se puede ver a nuestros marineros. El barco está totalmente inmóvil y las velas cuelgan sin aliento. Mis pasos tenían un sonido antinaturalmente alto y no me agradaba oírlos. No vi en cubierta a ningún pasajero. Toda nuestra madera no produce

ni un chirrido y cuando me aventuré a mirar a un lado no vi ni un rizo ni una burbuja en el agua.

¡Bien! Vuelvo a mi ser, ¡pero apenas!

No llevaba envuelto en aquellos vapores calientes más de unos minutos cuando a nuestra derecha salió de la niebla un rayo de cegadora blancura que cayó en el mar. En el mismo momento llegó el trueno que me dejó ensordecido. Antes de que tuviera tiempo para echarme a correr llegaron más truenos en rápida sucesión y empezó a llover…, ¡casi digo a mares! ¡Pero verdaderamente parecía que llegara el diluvio! Las gotas, enormes, rebotaban una vara por encima de la cubierta. Entre donde yo estaba, en el balaustre, y el vestíbulo no había más que unas varas de distancia, pero antes de que pudiera ponerme a cubierto ya estaba empapado. Me desvestí en toda la medida que permite la decencia y me senté ante esta carta, aunque no poco perturbado. Desde hace un cuarto de hora —¡ojalá tuviera un reloj!— no hacen más que caer esos terribles rayos junto con una cascada de lluvia.

Ahora la tormenta se aleja gruñendo en la distancia. El sol ilumina las partes que alcanza de nuestro vestíbulo. Una leve brisa nos ha vuelto a poner en camino con chirridos, gorgoteos y burbujeos. Digo que salió el sol, pero para ponerse en seguida.

Lo que me ha quedado, amén de un recuerdo muy vivo de mis aprensiones, no es sólo un sentimiento del TEMOR que ÉL ha de inspirarnos y una sensación de la majestad de SU creación. ¡Es una sensación del esplendor de nuestro navío, más que de su trivialidad y pequeñez! Es como si lo concibiera como un mundo separado, un universo en pequeño, en el cual hemos de pasar nuestras vidas y recibir nuestra recompensa o nuestro castigo. ¡Espero que este pensamiento no sea impío! ¡Es una idea extraña y muy fuerte!

Todavía sigue conmigo, pues cuando murió la brisa volví a aventurarme a salir. Ya es de noche. No puedo decirte lo altos que parecen sus grandes mástiles contra las estrellas, lo enormes, aunque etéreas, que se ven sus velas, ni cuán lejos de su cubierta se halla la superficie, rielante en la noche, de las aguas. Me quedé inmóvil junto a la balaustrada durante no sé cuánto tiempo. Mientras me hallaba allí, el menor movimiento causado por la brisa desapareció, de modo que el fulgor, aquella imagen de los cielos estrellados, cedió su lugar a algo liso y negro, a una nada. Todo era misterio. Me aterró y me di la vuelta para encontrarme contemplando la cara entrevista del señor Smiles, el navegante mayor. Phillips me ha dicho que, después del capitán, el señor Smiles es el encargado de la navegación de nuestro navío.

—Señor Smiles: ¡dígame qué profundidad tienen estas aguas!

Es un hombre extraño, cosa que ya sabía yo. Es dado a prolongadas reflexiones y a una observación constante. Y el apellido no le viene mal, tampoco, pues tiene una especie de distanciamiento sonriente que lo separa de sus congéneres.

—Y ¿quién sabe, señor Colley?

Me reí, incómodo. Se me acercó y me miró a los ojos. Es todavía más bajo que yo, y ya sabes que no soy precisamente muy alto.

—Es posible que estas aguas tengan más de una milla de profundidad, quizá dos millas, ¿quién sabe? Podríamos llegar con la sonda hasta esa distancia, pero por lo general no lo hacemos. No hace falta.

—¡Más de una milla!

Casi me sentí desmayar. ¡Aquí estamos, suspendidos entre la tierra que yace debajo de las aguas y el cielo, como la nuez en la rama o la hoja en el estanque! No puedo comunicarte, hermana querida, mi sensación de horror o, más bien, mi sensación de que nuestras almas vivas se hallan en un lugar en el que sin duda, pensé, no debería hallarse un ser humano.

Esto lo escribí anoche a la luz de una candela carísima. Ya sabes lo frugalmente que debo comportarme. Pero me veo obligado a estar a solas conmigo mismo y debo permitirme el capricho de una luz, aunque no sea otra cosa. Es en circunstancias como las presentes en las que un hombre (aunque utilice de un modo más cabal los consuelos de la religión de que dispone su naturaleza individual), en las que un hombre, digo, necesita de la compañía humana. Pero las damas y los caballeros de esta parte del barco no responden con entusiasmo animado a mis saludos. Al principio creí que, como dice el dicho, tenían «miedo del cura». He preguntado a Phillips una vez tras otra lo que significa esto. ¡Quizá no debería haberlo hecho! No tiene por qué enterarse de divisiones sociales que no son asunto suyo. Pero murmuró algo de que entre la tripulación se opinaba que el llevar a un cura en un barco era como llevar a una mujer en un bote de pesca: algo así como convocar automáticamente a la mala suerte. Mas esta superstición baja y reprensible no se puede aplicar a nuestras damas y caballeros. No explica nada en absoluto. Ayer me pareció que podría tener una pista acerca de su indefinible *indiferencia* hacia mí. Tenemos entre nosotros al conocido, o permíteme decir, al *tristemente célebre* librepensador señor Prettiman, ¡ese amigo de republicanos y jacobinos! Casi todos, creo, lo contemplan con desagrado. Es bajo y corpulento. Tiene una cabeza calva con un halo desordenado —cielos, qué mal he escogido la palabra—, un mechón desordenado de pelo castaño que le crece desde debajo de las orejas y le pasa por la nuca. Es un hombre de gestos violentos y excéntricos que se deben, hemos de suponer, a alguna indignación profunda. Nuestras damiselas lo evitan y la única que le presta algo de atención es una tal señorita Granham, dama de suficiente edad y, estoy seguro, principios lo bastante firmes como para mantener su seguridad incluso ante las calenturientas opiniones de ese señor. También viene una señorita joven, una tal señorita Brocklebank, de gran belleza y de la cual…, no digo nada más para que no me creas mal pensado. ¡Creo que, como mínimo, no ve con malos ojos a tu hermano! Pero está muy ocupada con la indisposición de su madre, que sufre todavía

más que yo del *mal de mer*.

He dejado para el final una descripción de un joven caballero que confío y espero se haga amigo mío a medida que avance la travesía. Se trata de un miembro de la aristocracia, con toda la amabilidad y nobleza de porte que implica esa cuna. He osado saludarlo en varias ocasiones y me ha respondido graciosamente. Es posible que su ejemplo influya mucho en los demás pasajeros.

Esta mañana he vuelto a salir a la cubierta. Durante la noche se había levantado una brisa que nos ayudó a avanzar, pero ahora hemos vuelto a caer en la calma. Nuestras velas cuelgan vacías, y por todas partes, incluso a mediodía, reina una penumbra vaporosa. ¡Una vez más, y de la misma forma terriblemente instantánea, llegaron rayos en medio de la niebla, con una furia terrible! Me eché a correr hacia el camarote con tal sensación del peligro que nos hacían correr aquellos elementos enfrentados, tal retorno a mi sensación de estar suspendido sobre aquella profundidad líquida, que apenas si pude unir mis manos en oración. Sin embargo, poco a poco volví a mi ser y a la paz, aunque fuera todo era agitación. Me forcé a recordar, como ya debía haber hecho antes, que un alma buena, una buena obra, un buen pensamiento, y lo que es más, un toque de la Gracia Santificante eran mayores que todas estas millas sin fin de vapores y humedades ondulantes, esta enormidad intimidante, esta aterradora majestad. En verdad, pensé, si bien con algo de duda, que quizá los hombres malos en sus muertes ignorantes hallen aquí el santo temor en que deberían reflexionar dada su depravación. ¡Comprenderás, hermana querida, que lo que extraño de nuestro entorno, la debilidad causada por mis prolongadas náuseas y una natural timidez que me ha llevado con demasiada facilidad a *meterme en mi concha*, todo ello ha producido en mí algo que no deja de asemejarse a un desorden pasajero del intelecto! Me encontré pensando en que el grito de un ave marina era el de una de esas almas perdidas a las que he aludido: di gracias humildemente a DIOS que me hubiera permitido detectar esta fantasía en mí mismo antes de que se convirtiera en una creencia.

He despertado de mi letargo. He visto por lo menos una razón posible de la indiferencia con que me siento tratado. No me he dado a conocer a nuestro capitán, ¡lo cual muy posiblemente le haya parecido una afrenta! Estoy decidido a corregir ese error lo antes posible. Voy a acercarme a él y expresarle mi sincero pesar por la falta de observancia del Día del Señor que mi indisposición ha causado en el barco, pues éste no lleva capellán. Debo erradicar de mi mente, y voy a hacerlo, la poco generosa sospecha de que al llegar al barco, o *embarcarme*, he recibido de los oficiales una cortesía inferior a la que a mis ropas talares se debe. Estoy seguro de que nuestros Valerosos Defensores no pueden ser así. Ahora voy a pasearme un poco por cubierta para prepararme antes de disponerme a visitar al capitán. ¡Ya recordarás mi timidez de siempre al acercarme a la faz de la Autoridad y me compadecerás!

He vuelto al combés y he hablado una vez más con nuestro navegante mayor. Estaba en el lado de la izquierda del navío, contemplando con esa especial atención suya el horizonte; o más bien, el lugar en que debería haberse hallado el horizonte.

—¡Buenos días, señor Smiles! ¡Por mi parte, celebraría mucho que se disiparan estos vapores!

Me sonrió con la misma distancia misteriosa.

—Muy bien, señor mío. Ya veré lo que se puede hacer.

Reí ante aquella muestra de ingenio. Su buen humor me hizo volver completamente en mí. A fin de *exorcizar* aquellas curiosas sensaciones de extrañeza del mundo fui hacia el lado del navío y me apoyé contra la balaustrada (lo que aquí llaman amuradas) y miré abajo, hacia donde las tablas de nuestro enorme navío se proyectan más allá de sus aspilleras cerradas. Su lento avance causaba en aquel mar una ondulación levísima que me obligué a inspeccionar fríamente, por así decirlo. Mi sensación de profundidad…, pero, ¿cómo decirlo? ¡He visto muchos estanques y revueltas de los ríos que parecían igual de profundos! Y tampoco había en él una mancha ni una mota que nuestro barco dividiera, un surco que se fuera cerrando, como decía el poeta Homero del «océano sin surcos». No obstante, me encontré frente a un nuevo enigma, ¡y un enigma que no se hubiera presentado al poeta! (ya sabes que por lo común se supone que Homero era ciego). ¿Cómo puede el agua añadida al agua producir algo opaco? ¿Qué impedimento a la visión puede presentarnos lo incoloro y transparente? ¿No vemos claramente a través del cristal, el diamante o el vidrio? ¿No vemos el sol y la luna y esas luminarias más leves (me refiero a las estrellas) a través de unas alturas inconmensurables de atmósfera suspendida? ¡Pero aquí, lo que de noche era brillante y negro, gris bajo las nubes veloces de la terrible tempestad, empezaba ahora poco a poco a volverse azul y gris bajo el sol que por fin rompió a través de los vapores!

¿Por qué iba yo, un clérigo, un hombre consagrado a Dios, familiarizado con los vigorosos, aunque equivocados, intelectos de este siglo y el anterior, y capaz de ver lo que son en realidad…, por qué, digo, por qué debería la naturaleza material del globo interesarme, perturbarme y excitarme tanto? ¡*Quienes se hunden en el mar con sus buques*! No puedo imaginarme a nuestro Bienamado País sin encontrarme mirando más allá del horizonte (claro que sólo en mi imaginación) y tratando de calcular el segmento de agua y de tierra y de *terribles y profundas rocas*, por en medio de las cuales debo imaginarme que oteo a fin de mirar en tu dirección y de nuestra —permíteme que diga *nuestra*— aldea. He de preguntar al señor Smiles, que debe de estar bastante familiarizado con los ángulos y con las matemáticas del caso, acerca del número exacto de grados que es necesario contemplar más allá del horizonte. Qué inconmesurablemente extraño será contemplar desde las Antípodas (o casi, creo) las hebillas de mis zapatos y suponerte…, ¡perdona, he vuelto a caer en una fantasía! ¡No

has de pensar más sino que hasta las estrellas serán desconocidas y la luna estará del revés!

¡Basta de fantasías! Voy ahora a darme a conocer a nuestro capitán. Quizá me dé alguna oportunidad de entretenerle con las vanas imaginaciones que he mencionado antes.

Me he dirigido al capitán Anderson y pretendo narrarte las cosas de modo directo, si es que puedo. Casi se me han quedado los dedos insensibles, y apenas si me permiten sostener la pluma. Podrás deducirlo por la calidad de mi escritura.

Bien, pues, me atavié con más cuidado del usual, salí del camarote y fui subiendo tramos hasta el puente más alto, en el que suele apostarse el capitán. En la parte delantera de ese puente y un poco más abajo están el timón y la brújula. El capitán Anderson y el señor Summers, su primer oficial, contemplaban juntos la brújula. Vi que el momento no era propicio y me quedé esperando un rato. Por fin, los dos caballeros terminaron su conversación. El capitán se dio la vuelta y se fue hasta la parte más trasera del buque, y lo seguí creyendo que ésa sería mi oportunidad. Mas no había llegado él hasta la balaustrada cuando volvió sobre sus pasos. Como yo lo seguía de cerca, tuve que saltar a un lado de una manera que difícilmente puede haber parecido acorde con la dignidad de mi sagrado oficio. Apenas si había recuperado el equilibrio cuando me lanzó un *gruñido*, como si fuera culpa mía y no suya. Murmuré una o dos palabras de presentación, de las que se deshizo con otro gruñido. Después hizo otra afirmación que no se molestó en modificar con la menor pretensión de buenos modales.

—Los pasajeros no vienen a mi toldilla más que cuando se los invita. Señor mío, no estoy acostumbrado a que se me interrumpa en mi paseo. Sírvase usted dirigirse a proa y quedarse en el lado de sotavento.

—¿Sotavento, mi capitán?

Me encontré echado a un lado. Uno de los jóvenes caballeros me empujaba hacia el timón desde donde me condujo —sin oposición por mi parte— al lado opuesto del barco en que se encontraba el capitán. Te aseguro que me siseaba al oído. El lado de cubierta, sea el que sea, contra el que sopla el viento es el que se reserva al capitán. Por lo tanto, yo había cometido un error, pero no podía entender qué culpa tenía más que la ignorancia natural en un caballero que jamás se había embarcado antes. Sin embargo, sospecho mucho que no resultaba tan fácil explicar el agrio tono que el capitán ha empleado conmigo. ¿Será quizá sectarismo? ¡En tal caso, como humilde servidor de la Iglesia de Inglaterra —la Iglesia Católica de Inglaterra— que tan anchos abre sus brazos en el abrazo caritativo de los pecadores, no puedo por menos que deplorar una terquedad tan divisoria! Y si no es sectarismo, sino un desprecio social, entonces la situación es igual de grave —¡no, *casi* igual de grave!—. Soy un

clérigo destinado a un puesto honroso aunque humilde en las Antípodas. El capitán no tiene más motivo para mirarme con desprecio —de hecho mucho menos motivo— que los canónigos de la catedral y los clérigos a los que he visto *dos veces* a la mesa de mi Señor el Obispo. ¡Por eso he decidido salir con más frecuencia de mi oscuridad y exhibir mi ropa talar ante este caballero y los pasajeros en general, de modo que aunque no *me* respeten, *la* respeten! Estoy seguro de que puedo esperar algún apoyo de ese joven caballero llamado Edmund Talbot, de la señorita Brocklebank y de la señorita Granham… Es evidente que debo volver a presentarme al capitán, ofrecerle mis sinceras excusas por mi intrusión no intencionada y después plantear la cuestión de la Observancia del Día del Señor. Le rogaré que me permita ofrecer la Comunión a las damas y los caballeros; así como, desde luego, a la gente del común que la desee. Temo que hay muchas cosas que mejorar en la conducta de los asuntos a bordo de este buque. Existe (por ejemplo) una ceremonia cotidiana que he oído mencionar y que ahora desearía impedir, ¡pues ya sabes la paternal severidad con que contempla mi Señor el Obispo la embriaguez entre las clases inferiores! ¡Y sin embargo, cuánto de eso hay aquí! ¡En verdad te digo que a la marinería le dan de una manera regular bebidas fuertes! ¡Tanto más motivo para instituir el culto, dadas las oportunidades que permitirá de atacar ese tema! Voy a volver a ver al capitán y a tratar de ablandarlo. En verdad que he de serlo todo para todos.

He tratado de serlo y he fracasado abyecta, humillantemente. Habría pensado, como te decía antes, ascender a la cubierta del capitán, excusarme por mi anterior intromisión, pedirle su permiso para utilizarla y después plantear la cuestión de un culto regular. Apenas si puedo obligarme a relatar la escena, verdaderamente terrible, que siguió a mi bien intencionada tentativa de señalarme a la atención familiar de los oficiales y los caballeros. En cuanto terminé de escribir el párrafo anterior subí a la parte inferior de la toldilla, donde estaba uno de los oficiales junto a los dos timoneles. Levanté el sombrero hacia él e hice una observación amistosa.

—Hace mejor tiempo, señor mío.

El oficial no me hizo caso, pero no fue esto lo peor. Desde la balaustrada trasera del barco llegó una especie de rugido feroz.

—¡Señor Colley! ¡Señor Colley! ¡Venga usted aquí, señor mío!

No era esta invitación la que yo había esperado. No me agradaron el tono ni las palabras. Pero eso no fue nada en comparación con lo que siguió cuando me acerqué al capitán.

—¡Señor Colley! ¿Desea usted subvertir a todos mis oficiales?

—¿Subvertir, mi capitán?

—¡Es lo que he dicho, señor mío!

—Debe de haber algún error…

—Por su parte, señor mío. ¿Sabe usted cuáles son las facultades de un capitán en

su propio barco?

—Amplias, y con razón. Pero como ministro ordenado de…

—Señor mío, usted no es ni más ni menos que un pasajero. Lo que es más, no se está usted comportando con la decencia que los demás…

—¡Mi capitán!

—Es usted una peste, señor mío. A usted lo han puesto a bordo de este barco sin decirme nada. Si me hubieran embarcado una bala de algodón habrían sido más corteses, señor mío. Además, le hice a usted el favor de suponer que sabría leer…

—¿Leer, capitán Anderson? ¡Naturalmente que sé leer!

—Pero pese a que mis órdenes están escritas bien claro, prácticamente no se había usted recuperado de su enfermedad cuando ya se había dirigido a mis oficiales, exasperándolos…

—No sé de qué me habla, no he leído nada…

—Mis órdenes permanentes, señor mío, un papel expuesto con toda claridad cerca de su camarote y de los de los demás pasajeros.

—Nadie me ha señalado…

—Bobadas y estupideces, señor mío. Tiene usted un criado y ahí están las órdenes.

—Mi atención…

—La ignorancia no es excusa. Si desea usted gozar de las mismas libertades de que gozan los demás pasajeros en la parte de popa del navío… ¿O es que no desea usted vivir entre damas y caballeros, señor mío?… Adelante, ¡vaya usted a examinar ese documento!

—Tengo el derecho…

—Vaya usted a leerlo, señor mío. Y cuando lo haya leído, apréndaselo de memoria.

—¡Pero, mi capitán! ¿Es que pretende usted tratarme como un escolar?

—Señor mío, si me agrada lo trataré a usted como a un escolar o si me agrada le pondré unos grilletes, o si me agrada haré que le den de latigazos, o si me agrada haré que lo cuelguen del penol…

—¡Mi capitán! ¡Mi capitán!

—¿Duda usted de mi autoridad?

Ahora lo comprendí todo. Al igual que mi pobre amigo Josh —te acordarás de Josh—, el capitán Anderson estaba loco. Josh siempre hablaba con sentido común salvo cuando alguien se refería a las ranas. *Entonces* todo el mundo podía apreciar que era un maniático, por desgracia. Y aquí teníamos al capitán Anderson, que, en general, estaba bien, pero por alguna lamentable casualidad había fijado su manía en mí como blanco al que humillar, y lo había logrado. Yo no podía hacer más que seguirle la corriente porque, loco o no, en su rabioso comportamiento había algo que

me convencía de que era capaz de llevar a efecto por lo menos algunas de sus amenazas. Le respondí con el tono más ligero posible pero con una voz, temo, tristemente temblorosa.

—Haré lo que usted quiera, capitán Anderson.

—Obedecerá usted mis órdenes.

Me di la vuelta y me retiré en silencio. En cuanto salí de su presencia me di cuenta de que tenía el cuerpo bañado en transpiración, pero extrañamente frío, aunque en la cara, no sé por qué contraste, me sentía extrañamente acalorado. Descubrí en mí mismo una total falta de deseo de mirar a nadie a los ojos ni a la cara. En cuanto a mis propios ojos… ¡estaba llorando! Ojalá pudiera decir que se trataba de lágrimas de una ira viril, pero la verdad es que eran lágrimas de vergüenza. En tierra, por lo menos, quien le castiga a uno es la Corona. A bordo, a uno le castiga el capitán, que tiene una presencia visible, cosa que no ocurre con la Corona. A bordo lo que sufre es la virilidad de uno. Es una especie de competición… ¿no te parece raro? Por eso los marineros…, pero me estoy desviando de mi narración. Baste decir que encontré, no, fui a tientas hasta cerca de mi camarote. Cuando se me aclaró la vista y volví un poco en mí, fui a buscar las órdenes escritas del capitán. ¡Es verdad que estaban expuestas en una pared cerca de los camarotes! Entonces recordé también que durante las convulsiones de mi enfermedad Phillips me había hablado de las «órdenes» e incluso de las «órdenes del capitán»; pero sólo quienes hayan sufrido tanto como yo podrán comprender la escasa impresión que habían hecho aquellas palabras en mi desanimado espíritu. Pero aquí estaban. Era lamentable, por no decir más. Conforme a los criterios más severos, yo había dado muestras de indolencia. Las órdenes estaban expuestas en una vitrina. El cristal estaba algo borroso por dentro debido a una condensación del agua atmosférica. Pero pude leer lo que decían, la parte más importante de lo cual copio a continuación:

> «Los pasajeros no deberán por motivo alguno hablar con los oficiales que están de servicio en el buque. Por motivo alguno deberán dirigirse al oficial de guardia en las horas de servicio, salvo que éste se lo indique expresamente».

Ahora advertí en qué horrible situación me hallaba. Razoné que el oficial de guardia debía de haber sido el primer oficial que estaba con el capitán y en mi *segunda* tentativa el oficial que estaba junto a los timoneles. Mi error se había debido únicamente a una inadvertencia, pero no por eso era menos real. Aunque los modales del capitán Anderson conmigo no habían sido, y quizá no fueran jamás, los que debe tener un caballero con otro, sin embargo le debía algún tipo de excusa y por conducto de él a los otros oficiales a los que quizá hubiera obstaculizado en el desempeño de

sus deberes. Además, la naturaleza misma de mi vocación exigía tolerancia. Por lo tanto, aprendí fácil y rápidamente de memoria las palabras esenciales y volví inmediatamente a las cubiertas más altas, que son las que los marineros llaman «toldillas». El viento había aumentado algo. El capitán Anderson paseaba de un lado para otro, mientras el teniente Summers hablaba con otro oficial junto al timón, donde dos de los marineros guiaban a nuestro enorme navío entre las olas espumeantes. El señor Summers señaló a no sé qué cuerda en la vasta complicación del aparejo. Un joven caballero, que estaba detrás de los tenientes, se llevó la mano al sombrero y bajó ágil por las escaleras que yo acababa de ascender. Me acerqué al capitán por la espalda y esperé a que se diera la vuelta.

¡El capitán Anderson pasó por en medio de mí!

Casi hubiera deseado que lo hiciera de verdad, pero la hipérbole no es del todo desacertada. Debe de haber estado sumido en sus pensamientos. Me dio un golpe en el hombro al bracear y luego con el pecho me golpeó en la cara, ¡de modo que salí a trompicones y acabé midiendo las planchas, blanqueadas de tanto lampazo, con el cuerpo!

Recuperé el aliento con dificultad. Me resonaba la cabeza del choque tremendo con la madera. De hecho, durante un momento parece que no me estuviera contemplando un capitán, sino dos. Tardé algún tiempo en darme cuenta de que me hablaba.

—¡Levántese, señor mío! ¡Levántese inmediatamente! ¿Es que su impertinente estupidez no conoce límites?

Yo trataba de encontrar el sombrero y la peluca por la cubierta. Apenas tenía aliento para responder:

—Capitán Anderson… me pidió usted…

—Señor mío, yo no le he pedido a usted nada. Le he dado una orden.

—Mis excusas…

—No he pedido excusas. No estamos en tierra, sino en la mar. Sus excusas me resultan indiferentes…

—Sin embargo…

Me pareció, y en verdad que me aterró la idea, que tenía en los ojos una especie de fijeza, que se le había encendido en sangre todo el rostro, de modo que me hizo temer que me asaltara por vías de hecho. Había levantado un puño y reconozco que retrocedí unos pasos sin responder. Pero después se golpeó la otra mano con el puño.

—¿Es que voy a verme enfrentado una vez tras otra en mi propia cubierta por cada ignorante de agua dulce que quiere pisotearla? ¿Es eso lo que me espera? ¡Dígame, señor mío!

—Mis excusas…; lo que yo pretendía…

—Me preocupa mucho más su persona, que a mí me resulta bastante más

aparente que su mente y que ha tomado la costumbre de encontrarse en el peor sitio y en el peor momento. ¡Repita su lección, señor mío!

Sentí como si tuviera la cara hinchada. Debía de tenerla tan inyectada en sangre como él. Cada vez transpiraba más. Me seguía dando vueltas la cabeza. Los oficiales examinaban el horizonte estudiosa y atentamente. Los dos marineros que estaban a la rueda del timón hubieran podido ser figuras de bronce. Creo que exhalé un gemido trémulo. Las palabras que hacía tan poco tiempo y con tanta facilidad había aprendido se me fueron de la cabeza. Apenas si podía ver entre las lágrimas. El capitán gruñó quizá con un ápice —en verdad, así lo espero—, un ápice menos de ferocidad.

—¡Vamos, señor mío! ¡Repita la lección!

—Necesito algo de tiempo para recordarla. Un plazo…

—Muy bien. Vuelva cuando se la sepa. ¿Comprende usted?

Debo de haberle dado alguna respuesta, pues concluyó la entrevista con su rugido premioso:

—Bien, señor mío… ¿A qué espera?

En realidad no me fui al camarote, sino que huí a él. Al acercarme al segundo tramo de las escaleras vi al señor Talbot y a los dos jóvenes caballeros que lo acompañaban —¡tres testigos más de mi humillación!—, que se perdían de vista a toda prisa por el vestíbulo. Me dejé caer por las escaleras, aunque supongo que debería decir las escalas, fui corriendo al camarote y me tiré en la litera. No hacía más que temblar, me castañeteaban los dientes. Apenas podía respirar. En verdad creo, no, confieso que habría caído en un ataque, un síncope, un colapso o algo parecido… algo que en todo caso hubiera acabado con mi vida, o por lo menos con mi razón, si no hubiera oído que frente a mi camarote el joven señor Talbot hablaba con voz firme a uno de los jóvenes caballeros. Dijo algo así como: «Vamos, joven guardiamarina, un *caballero* no se complace con la persecución que sufre otro». ¡Al oír aquello rompí en lágrimas con entera libertad, pero con lo que podría calificar de libertad saludable! ¡Dios bendiga al señor Talbot! En este barco hay un auténtico *caballero* y ruego a Dios que antes de llegar a nuestro destino pueda llamarlo *Amigo* y decirle cuánto ha significado su genuina consideración para conmigo. De hecho, entonces me arrodillé en vez de agazaparme en la litera y di gracias por su consideración y por su comprensión… ¡por su noble caridad! Recé por ambos. Hasta entonces no me pude sentar a esta mesa y estudiar mi situación con algo parecido a una frialdad razonable.

Le diera las vueltas que le diera a la cosa, había algo que advertía claramente. En cuanto lo advertí, estuve a punto de volver a caer en el pánico. No había —*no hay*— duda de que soy objeto de una animadversión particular por parte del capitán. Con una sensación de algo parecido al terror recreé en mi imaginación el momento en que,

como decía antes, «pasó por en medio de mí». Pues ahora advertí que no era un accidente. Cuando me dio con el brazo no lo había movido de la forma usual en quien se pasea, sino que había continuado el movimiento con un impulso antinatural, aumentado inmediatamente después por el golpe que me dio con el pecho para asegurarse de que me caía. Comprendí, o mi persona comprendió, por alguna extraordinaria facultad, que el capitán Anderson me había tirado al suelo adrede. ¡Es un enemigo de la religión, no puede ser otra cosa! ¡Ah, qué alma más negra!

Las lágrimas me habían limpiado la mente. Me habían agotado, pero no derrotado. Pensé, en primer lugar, en mis hábitos clericales. Había tratado de deshonrarlos, pero me dije que *eso* era algo que sólo yo podía hacer. Y tampoco podía deshonrarme como congénere, ¡pues yo no tenía ninguna culpa, no había cometido ningún pecado, salvo el venial de omitir la lectura de sus Órdenes! ¡Y de eso tenía más culpa mi enfermedad que yo! Es cierto que me había comportado aturdidamente y que quizá fuera objeto de ridículo y de diversión para los oficiales y los demás caballeros con la excepción del señor Talbot. ¡Pero en tal caso —y me lo dije con toda humildad—, igual hubiera ocurrido con mi Maestro! Ante esto empecé a comprender que la situación, por dura e injusta que pareciera, debía servirme de lección. Él humilla a los poderosos y eleva a los humildes y los mansos. Humilde yo lo era por necesidad, dadas todas las facultades inherentes en el mando absoluto. Manso, pues, me correspondía ser. Querida hermana…

Pero todo esto es muy extraño. Lo que ya he escrito resultaría demasiado doloroso para tus —para sus— ojos. Hay que modificarlo, alterarlo, ablandarlo… Y, sin embargo… ¿Si no es a mi hermana, entonces a quién? ¿A TI? ¿Es posible que al igual que les ocurrió a TUS santos de la antigüedad (y en particular a San Agustín) me esté dirigiendo a TI, ¡OH GRACIOSÍSIMO SALVADOR!?

He pasado largo tiempo orando. Aquella idea me hizo hincarme de hinojos y fue, al mismo tiempo, para mí un dolor y un consuelo. ¡Mas por fin pude desecharla por ser demasiado ambiciosa para mí! El haber —¡ah, en verdad!— no tocado el borde de esas prendas, pero el haber contemplado ESOS PIES me devolvió una visión más clara de mí mismo y de mi situación. Me senté, pues, a reflexionar.

Concluí, por fin, que lo correcto sería hacer una de estas dos cosas: o no regresar jamás a la toldilla, y durante el resto de la travesía mantenerme altiva y dignamente alejado de ella, o ir a la toldilla, repetir sus órdenes al capitán Anderson y a todos los caballeros que estuvieran presentes, añadir alguna observación fría como: «y ahora, capitán Anderson, no le voy a molestar más», y después retirarme renunciando absolutamente a utilizar aquella parte del navío en cualesquiera circunstancias, salvo que el propio capitán Anderson condescendiera (lo que no creo) a ofrecerme sus excusas. Pasé algún tiempo modificando y refinando mi discurso de despedida. Pero al fin me vi obligado a considerar que quizá no me diera la oportunidad de

pronunciarlo. Domina las réplicas brutales y apabullantes. Mejor será, pues, seguir el primero de estos dos rumbos y no darle más causas ni oportunidades de insultarme.

Debo reconocer una gran sensación de alivio al llegar a esta conclusión. Con la ayuda de la PROVIDENCIA quizá logre eludir su presencia hasta el final de nuestro viaje. Pero mi primer deber, como cristiano, era perdonarlo, aunque fuese un monstruo. Logré hacerlo, aunque no sin recurrir a muchas oraciones y a alguna contemplación del terrible destino que lo esperaba cuando por fin se encontrase ante el TRONO. ¡Ea!, lo reconocí por tanto como hermano, sería su guardián y rezaría por ambos.

Hecho esto, por caer un instante en la literatura profana, al igual que un Robinson Crusoe, empecé por estudiar qué parte del navío me quedaba como mi —tal como lo expresaba yo— *reino*. Comprendía mi camarote, el corredor o vestíbulo frente a él, el salón de pasajeros, donde podría tomar los alimentos que osara en presencia de las damas y los caballeros que habían sido testigos todos de mi humillación. También existían los lugares necesarios de este lado del navío y la cubierta o *combés*, como lo llama Phillips, hasta la raya blanca ante el palo mayor que nos separa de la gente del común, sean marineros o emigrantes. Esa cubierta la utilizaría para tomar el aire cuando hiciera buen tiempo. Allí podría encontrarme con los caballeros mejor dispuestos —¡y también las *damas*!—. Allí, pues sabía que la utilizaba, iniciaría y ampliaría mi amistad con el señor Talbot. Claro que cuando lloviera o hiciese viento debería contentarme con el vestíbulo y mi camarote. Advertí entonces que aunque me limitase a estas zonas todavía podría pasar los próximos meses sin demasiadas incomodidades y evitar lo que es más de temer, la melancolía que lleva a la locura. Todo iría bien.

Esta decisión y este descubrimiento me causaron un placer terrenal mayor, creo, que nada de lo que haya experimentado desde que me separé de aquellos paisajes que tan caros me son. Inmediatamente salí y empecé a pasearme por mi isla —¡mi *reino*! —, reflexionando, entre tanto, sobre todos los que hubieran celebrado disponer de tal expansión de su territorio como logro de la libertad; me refiero a quienes en el transcurso de la Historia se han encontrado encarcelados por una causa justa. Aunque, por así decirlo, he abdicado de la parte del navío que debería ser la prerrogativa de mis ropas talares y de mi consiguiente condición en nuestra sociedad, ¡en algunos sentidos el combés es muy preferible a la toldilla! De hecho, no sólo he visto que el señor Talbot llega hasta la raya blanca, sino que la cruza y se pasea entre la gente del común con una libertad generosa y democrática.

¡Desde que escribí estas últimas palabras he iniciado mi conocimiento del señor Talbot! ¡Aunque parezca extraño, fue él quien vino a buscarme! ¡Es un verdadero amigo de la religión! ¡Ha venido a mi camarote a rogarme de la forma más amistosa y cortés que haga el favor de dirigirme a los pasajeros esta tarde con un breve

sermón! Así lo hice en el salón de pasajeros. No puedo pretender que muchas de las *personas de nota,* si se me permite decirlo así, prestaran gran atención a lo que oían, y no estaba presente más que uno de los oficiales. Por lo tanto, me dirigí en particular a los corazones que me parecieron especialmente abiertos al mensaje que porto conmigo: a una dama joven de gran piedad *y* belleza, y al propio señor Talbot, cuya devoción no solamente dice mucho de él como persona sino, por conducto de él, de todo su estamento. ¡Ojalá las personas distinguidas y la nobleza de Inglaterra estuvieran todas ellas imbuidas del mismo espíritu!

Debe de ser la influencia del capitán Anderson; o quizá no me hacen caso debido a sus modales refinados, a sus delicados sentimientos, mas aunque saludo a nuestras damas y nuestros caballeros desde el combés cuando los veo en la toldilla, raras veces me devuelven el saludo. Pero, a decir verdad, desde hace tres días, no ha habido nada que saludar, no ha habido combés por el que pasear, porque está inundado de agua de mar. No me encuentro tan mareado como antes; ¡me he convertido en un auténtico marinero! El que sí está enfermo es el señor Talbot. Le he preguntado a Phillips qué le pasaba y ese hombre replicó con un evidente sarcasmo: «¡será que ha comido algo pasao!». Sí me atreví a cruzar de puntillas el vestíbulo y llamar a la puerta, pero sin respuesta. Más osadamente aún levanté el pestillo y entré. El joven yacía dormido, con el pelo de una semana en el bigote, la barbilla y las mejillas; apenas si oso expresar aquí la impresión que su faz durmiente me causó: era el rostro de UNO que ha sufrido por todos nosotros, y cuando me incliné sobre él con una compulsión irresistible no me engañé al sentir que en su aliento se hallaba el dulce aroma de la santidad. No me creí digno de sus labios, pero sí apreté reverente los míos sobre la mano que yacía fuera de la colcha. ¡Tal es la fuerza de la bondad, que me retiré como de un altar!

Ha vuelto a aclarar el tiempo. Vuelvo a darme mis paseos por el combés y las damas y los caballeros se dan los suyos por la toldilla. ¡Pero resulta que soy un buen marinero y que salgo al aire libre antes que otros!

El aire de mi camarote es caliente y húmedo. De hecho, nos acercamos a la región más caliente del mundo. Aquí estoy sentado ante mi hoja de escribir, con una camisa y prendas no mencionables, mientras pergeño esta carta, si es que carta es, que en cierto sentido es mi único amigo. Debo confesar que sigo sintiéndome tímido ante las damas desde que el capitán me *rebajó* tanto. He oído decir que el señor Talbot mejora y desde hace algunos días se le ha vuelto a ver, pero debido a la timidez ante mis hábitos, y de hecho quizá por algún deseo de evitarme la vergüenza, se mantiene distante de mí.

Desde que escribí lo último he vuelto a pasearme por el combés. Ahora es un lugar tranquilo y abrigado. Al pasear por allí, me he formado la misma opinión de

nuestros valerosos marineros que tiene desde siempre la gente de tierra. He observado de cerca a estas gentes del común. Son los buenos muchachos que tienen la obligación de guiar nuestro barco, de tirar de las cuerdas y hacer cosas extrañas con nuestras velas en posturas que sin duda son peligrosas, pues ¡qué alto suben! Su servicio es una ronda constante y necesaria, he de suponer, para la buena marcha del navío. Se pasan la vida limpiando, raspando y pintando. ¡Crean unas estructuras maravillosas nada más que con unos meros cabos! ¡Yo no sabía todo lo que se puede hacer con la cuerda! Acá y acullá he visto en tierra tallas ingeniosas de madera que imitan la cuerda; ¡aquí he visto cuerdas talladas en imitación de la madera! Algunos de ellos hacen tallas de madera o con cáscaras de coco, o con huesos o incluso marfil. Algunos hacen esos modelos de barcos que vemos a veces exhibidos en los escaparates de tiendas o en posadas o cervecerías cerca de los puertos. Parece ser gente de un ingenio infinito.

Todo esto observo complacido desde la distancia, al abrigo de la pared de madera con sus escaleras que llevan a donde viven los pasajeros *privilegiados*. Allá arriba no hay más que silencio, o el lento murmullo de la conversación o el áspero sonido de una orden dada a gritos. Pero a proa, cuando se pasa la raya blanca, ellos trabajan y cantan y llevan el ritmo con el violín cuando juegan; pues al igual que niños juegan y bailan inocentes al sonido del violín. Es como si estuvieran en la infancia del mundo. Todo esto me ha sumido en una cierta perplejidad. En la parte de delante del buque están hacinados. Hay un grupito de soldados de uniforme y unos cuantos emigrantes cuyas mujeres parecen tan vulgares como los hombres. Pero cuando hago caso omiso de todo lo que no sean los habitantes del barco *los* encuentro objeto de asombro. En su inmensa mayoría no saben leer ni escribir. No saben nada de lo que saben nuestros oficiales. Pero estos buenos mozos tan viriles tienen una completa… ¿cómo diría? No es «civilización» porque no tienen ciudad. Podría ser sociedad salvo que en algunos sentidos están *unidos* a los oficiales superiores, y entre unos y otros hay otra clase de hombres —los llaman suboficiales—, y entre los propios marineros parece haber grados de autoridad. ¿Qué son, pues, estos seres que al mismo tiempo son tan libres y tan dependientes? Son *marineros*, y ahora empiezo a comprender esa palabra. Cabe observarlos cuando terminan su servicio y se quedan juntos agarrados del brazo o se pasan los unos a los otros el brazo por encima del hombro. ¡A veces duermen en las planchas bien fregadas de la cubierta, y entonces unos ponen la cabeza sobre el pecho del otro, cual si fuera una almohada! Los placeres inocentes de la amistad —de los cuales yo, ay, tengo *todavía* tan poca experiencia—, la alegría de una amable relación, o incluso ese vínculo entre dos personas que, según nos indica la Sagrada Escritura, es superior al amor de las mujeres, debe de ser el cemento que mantiene unida a su compañía. En verdad me ha parecido por lo que he representado jocosamente como «mi reino» que la vida en la parte delantera del navío es algo

preferible a veces al sistema de control imperante a popa del palo de mesana o incluso a popa del mayor (debo la precisión de estas dos frases a mi sirviente Phillips). Por desgracia mi vocación y el puesto en la sociedad que ella comporta me retienen firmemente donde ya no deseo hallarme.

Hemos tenido un tiempo malo, no muy malo, pero sí lo suficiente para que casi todas nuestras damas se quedaran en sus camarotes. El señor Talbot no sale del suyo. Mi criado me asegura que el joven no está enfermo, pero he oído sonidos extraños que emanan de detrás de su puerta cerrada. Tuve la temeridad de ofrecer mis servicios y me sentí tan desconcertado como preocupado cuando el pobre caballero joven reconoció que combatía su alma mediante la oración. Lejos, lejos de mí acusarle de nada —¡no, no, no haría yo tal cosa!—. Pero aquellos ruidos eran de *fanatismo,* y mucho me temo que ese joven, pese a su rango, haya caído víctima de uno de los sistemas más extremos con los que se ha debido enfrentar nuestra Iglesia. ¡Debo ayudarlo y lo haré! Pero eso no podrá ser hasta que vuelva a su ser y se pasee entre nosotros con su tranquilidad habitual. Esos ataques de una devoción apasionada son más de temer que las fiebres de que son víctimas los habitantes de estos climas. Él es seglar y será mi agradable obligación devolverlo a esa decente moderación religiosa que es, si se me permite acuñar una frase, el genio de la Iglesia de Inglaterra.

Ha reaparecido y me evita, quizá porque le avergüenza el que se hayan descubierto sus devociones por demás prolongadas; lo dejaré en paz por el momento y rezaré por él mientras avanzamos día tras día, espero, hacia una comprensión mutua. Esta mañana lo saludé desde lejos mientras se paseaba por la toldilla, pero hizo como si no lo advirtiera. ¡Noble joven! ¡Él, que tan dispuesto ha estado a ayudar a otros, no se dignará a pedir ayuda para sí mismo!

Esta mañana he presenciado en el combés una más de esas ceremonias que me conmueven con una mezcla de pena y de admiración. Ponen en cubierta un tonel. Los marineros hacen cola y a cada uno le dan sucesivamente un tazón de líquido del tonel que él se bebe de un trago tras exclamar: «¡Por el Rey! ¡DIOS lo bendiga!». Ojalá hubiera podido verlo Su Majestad. Naturalmente, ya sé que el líquido es el del diablo y no me desvío ni una jota de mi opinión previa de que debería prohibirse el uso de las bebidas fuertes a las clases inferiores. Pues, sin duda, basta con la cerveza y ya es demasiado…, ¡pero que se la beban!

Pero aquí, *aquí,* en el mar agitado bajo el sol ardiente y con toda una compañía de jóvenes bronceados desnudos hasta la cintura —con las manos y los pies endurecidos por un trabajo honesto y peligroso—, con esas caras graves pero abiertas, tostadas por las tormentas de todos los océanos, con sus magníficos rizos que flotan en la brisa y se apartan de sus frentes, *aquí,* si bien no habría forma de cambiar mi opinión, sí la habría al menos de modificarla y mitigarla. Al observar a un joven en particular, *un hijo de Neptuno,* de fina cintura y esbeltas caderas, pero de hombros anchos, creí que

lo que tuviera de maligno aquella poción quedaba anulado por el quién la tomaba y dónde. Pues era como si aquellos seres, aquellos jóvenes, o por lo menos algunos de ellos y uno en particular, pertenecieran a la raza de los gigantes. Recordé la leyenda de Talos, el hombre de bronce, cuyo cuerpo artificial se llenó con fuego líquido. Me pareció que ese líquido tan evidentemente ardiente (el *ron*) que se brindaba con una benevolencia y un paternalismo erróneos a las gentes del arma naval era el *icor* (se supone que ésta era la sangre de los dioses griegos) idóneo para unos seres tan semidivinos, de proporciones tan verdaderamente heroicas. Acá y acullá se advertían entre ellos las huellas de la disciplina, ¡y portaban esas cicatrices paralelas con indiferencia e incluso orgullo! Algunos, creo en verdad, las consideraban signos de distinción. Otros, y no pocos, portaban en el cuerpo cicatrices de una indiscutible honorabilidad: las cicatrices del sable, de la pistola, de la metralla o de otros fragmentos. Ninguno de ellos estaba mutilado, o si lo estaba era en tan escasa medida, un dedo, quizá un ojo o una oreja, que la imperfección era en ellos como una medalla. ¡Entre ellos había uno a quien califiqué *in mente* de mi propio héroe particular! No tenía más que cuatro o cinco cicatrices blancas del lado izquierdo de su faz, abierta y amistosa, ¡como si al igual que Hércules hubiera combatido con una fiera! (ya sabes que Hércules, según la fábula, había combatido con el león de Nimea). Llevaba los pies descalzos y sus extremidades inferiores —¡me refiero a *mi* joven héroe, no al legendario!—… Las prendas inferiores se le ceñían a las extremidades inferiores como si estuvieran moldeadas en ellas. Me impresionó mucho la gracia viril con la que se bebió de un golpe el vaso de licor y devolvió el receptáculo vacío a la tapa del barril. Tuve una extraña fantasía. Recordé que había leído en alguna parte de la historia de la Unión que cuando María, reina de Escocia, llegó por primera vez a su reino se la obsequió con una fiesta. ¡Se escribió entonces que tenía el cuello tan fino y la piel tan blanca que cuando tragaba el vino los espectadores podían ver el paso de la riqueza rubí del líquido! Esta escena siempre había influido mucho en mi espíritu cuando era niño. Hasta aquel momento no recordé qué infantil placer había supuesto que mi futura esposa exhibiera algún atractivo tan especial en su persona… Además, claro, de los atractivos más necesarios de mente y de espíritu. Pero ahora, cuando el señor Talbot se abstenía de verme, me hallé en mi *reino* de vestíbulo, camarote y combés, destronado inesperadamente mientras allí ascendía al trono un nuevo monarca. Pues este joven de bronce con su icor llameante —y cuando se bebió el licor me pareció que había oído el rugido de un horno y que con el ojo interno podía yo apreciar cómo estallaba el fuego— me pareció con el ojo *externo* que había de ser el único rey. Abdiqué libremente y ansié arrodillarme ante él. Se me volcó todo el corazón en un apasionado deseo de atraer a este joven a NUESTRO SALVADOR, ¡pues sería, sin duda, la primera y la más rica fruta de la cosecha que se me envía a recoger! Cuando

se apartó del barril lo seguí con los ojos sin que interviniera en ello mi voluntad. Pero se fue a donde yo, ay, no podía ir. Salió corriendo junto a ese cuarto mástil que está casi horizontal, me refiero al bauprés, con su maraña de cables y de poleas, de cadenas, botalones y velas. Me acordé del viejo roble por el que solíamos trepar tú y yo. Pero él (el rey) salió corriendo allá afuera, o allá arriba, y se quedó junto a la punta de la percha más fina, mirando al mar. Todo su cuerpo se movía levemente para acompasarse a nuestro suave balanceo. No se apoyaba más que con un hombro en un cable, de modo que era como si se apoyara indolente en un árbol. Después se dio la vuelta, volvió corriendo unos pasos y se *echó* en la parte de arriba de la zona más gruesa del bauprés, ¡de modo tan seguro como podría hacerlo yo en mi lecho! No cabe duda de que no hay nada tan espléndidamente libre como un muchacho en las ramas de los *árboles viajeros* de Su Majestad, si se me permite llamarlos así. ¡O cabría decir incluso bosques! Allí se quedó el rey, pues, coronado de sus rizos… pero me pongo fantasioso.

Estamos en calma chicha. El señor Talbot sigue eludiéndome. Se pasea por todo el barco y baja hasta sus mismas entrañas, como si estuviera buscando un lugar privado donde, quizá, continuar sus devociones sin molestias. Temo tristemente que al acercarme a él haya sido inoportuno y haya hecho más mal que bien. Rezo por él. ¿Qué más puedo hacer?

Estamos inmóviles. El mar es como un espejo. No hay cielo, sólo una blancura ardiente que desciende como un telón por todas partes y cae, por así decirlo, por debajo incluso del horizonte, con lo cual se reduce el círculo del océano que nos resulta visible. Ese círculo en sí es de un azul claro y luminiscente. De vez en cuando, una criatura marina rompe la superficie y el silencio con sus saltos, pero incluso cuando no salta nada, existe un constante temblor, unas vibraciones y pellizcos de la superficie, como si el agua no fuera sólo el hogar y el ámbito de todas las criaturas marinas, sino la piel de algo viviente, una criatura mayor que Leviatán. La combinación de calor y humedad resultarían inconcebibles para quien jamás haya salido de aquel grato valle que era nuestro hogar. Nuestra propia inmovilidad —y creo que no encontrarás esto mencionado en los relatos de los viajes por mar— ha aumentado los efluvios que se elevan desde las aguas de nuestro entorno inmediato. Ayer, por la mañana, sopló una leve brisa, pero pronto volvimos a quedar en calma. Toda nuestra gente guarda silencio, de modo que cuando suena la campana del barco parece un ruido alto y alarmante. Hoy los efluvios se convirtieron en algo intolerable cuando por necesidad hubo que ensuciar el agua que nos rodea. Se levantó a los botes del *botalón* y remolcaron un poco al barco para alejarlo de aquel lugar odioso, pero si ahora no nos llega ningún viento, habrá que pasar por todo eso otra vez. En mi camarote estoy sentado o acostado, vestido únicamente con camisa y calzones, e incluso así me parece que el aire resulta apenas soportable. Las damas y los

caballeros se quedan en sus camarotes igual que yo, supongo que acostados con la esperanza de que pasen la temperatura y el lugar en que estamos. El señor Talbot es el único que se pasea como si no pudiera encontrar la paz… ¡pobre joven! ¡Que DIOS vaya con él y lo guarde! Me he acercado a él una vez, pero me hizo una inclinación leve y distante. No ha llegado el momento…

¡Cómo se acerca a lo imposible el ejercicio de la virtud! Requiere una constante vigilancia, una constante guardia… ¡ah, querida hermana, cómo hemos tú y yo y toda alma cristiana de confiar a cada momento en la acción de la Gracia! ¡Ha habido un altercado! No ocurrió, como podrías esperar, entre los pobres de la proa del barco, sino aquí, entre los caballeros, peor aún, entre los propios oficiales.

Fue así: estaba yo sentado a mi mesilla de escribir y recortando una pluma cuando oí golpes fuera, en el vestíbulo, y después voces, bajas al principio pero más altas después.

—¡Eres un perro, Deverel! ¡Te he visto salir del camarote!

—¿Y entonces qué es lo que estabas haciendo tú, Cumbershum, por tu parte, sinvergüenza?

—¡Démelo, señor mío! ¡Por D…, es mío!

—Y sin abrir por ningún extremo… ¡Cumbershum, eres un perro listo, te juro que lo voy a leer!

La pelea fue haciéndose más ruidosa. Yo estaba vestido con camisa y calzón, con los zapatos bajo la litera, las medias colgadas encima de ella y la peluca colgada de un clavo idóneo. El lenguaje empleado se hizo tan blasfemo y grosero que no podía dejar yo que pasara la ocasión. Sin pensar en mi aspecto me levanté rápidamente y salí corriendo del camarote encontrándome con los dos oficiales que se peleaban violentamente por la posesión de una misiva. Exclamé:

—¡Señores! ¡Señores!

Agarré del hombro al que más próximo estaba. Dejaron de pelearse y se volvieron a mí.

—¿Y quién diablos es éste, Cumbershum?

—Creo que es el cura. ¡Márchese, señor mío, y ocúpese de sus asuntos!

—Esto es asunto mío, amigos míos, y les exhorto a que con ánimo de caridad cristiana cesen en este comportamiento inapropiado, en este lenguaje inapropiado y dejen de pelear.

El teniente Deverel se quedó mirándome de arriba abajo con la boca abierta.

—¡Rayos y truenos!

El caballero al que había llamado Cumbershum —que era otro teniente— me lanzó el índice a la cara con tal violencia que si no me hubiera echado atrás me habría entrado en el ojo.

—¿Y quién, en nombre de lo más sagrado, le ha dado permiso para predicar en este barco?

—Sí, Cumbershum, ahí has estado bien.

—Déjamelo, Deverel. Ahora, cura, suponiendo que lo sea, demuéstrenos usted su autoridad.

—¿Autoridad?

—¡M… sea! ¡Su despacho le digo!

—¡Despacho!

—Cumbershum, viejo, lo llaman licencia, licencia de prédica. De acuerdo, cura, enséñenos usted su licencia.

Me quedé estupefacto; no, confuso. La verdad es, y lo digo aquí para que se lo transmitas a los clérigos jóvenes que están a punto de iniciar un viaje como el mío, que había depositado la licencia de mi Señor Obispo junto con otros papeles privados —que no suponía se necesitaran en la travesía— en mi baúl, que habían bajado no sé donde en las entrañas mismas del navío. Intenté explicárselo brevemente a los oficiales, pero el señor Deverel me interrumpió.

—¡Largo de aquí, señor mío, o lo llevo a usted al capitán!

He de confesar que esta amenaza me hizo volver corriendo a mi camarote con no poca trepidación. Durante un minuto o dos me pregunté si, después de todo, no había logrado abatir su mutua ira, pues los oí reírse a carcajadas cuando se marchaban. Pero concluí como algo mucho más probable que aquellos espíritus aturdidos —no quiero decir nada más—, aquellos espíritus aturdidos se estuvieran riendo ante el error de *atuendo* que había cometido y el resultado de la entrevista con la que me habían amenazado. Era evidente que me había equivocado al permitirme aparecer en público de forma menos *explícita* que la sancionada por la costumbre y obligada por el decoro. Empecé a vestirme apresuradamente, sin olvidar el alzacuello, aunque con aquel calor lo sentía en la garganta como una presión insoportable. Lamenté haber dejado, o quizá fuera mejor decir *consignado*, la sotana y la cogulla con el resto de mi equipaje. Por fin, vestido con, por lo menos, algunos de los signos visibles de la autoridad y la dignidad de mi vocación, salí de mi camarote. Pero, naturalmente, los dos tenientes ya no estaban a mi alcance.

Pero ya, en esta parte ecuatorial del globo, aunque no llevaba vestido más que un minuto o dos, me sentí bañado en transpiración. Fui andando hacia el combés, pero no advertí ningún alivio del calor. Regresé al vestíbulo y a mi camarote decidido a ponerme más cómodo, aunque sin saber qué hacer. ¡Sin los adornos indumentarios de mi vocación se me podía confundir con un emigrante! Se me había prohibido la relación con las damas y los caballeros y no se me había permitido más oportunidad que la primera mencionada de dirigirme a la gente del común. Sin embargo, parecía imposible soportar el calor y la humedad ataviado de un modo adecuado para la

campiña inglesa. Por un impulso derivado, me temo, menos de la práctica cristiana que de mi lectura de los clásicos, abrí el Libro Sagrado y antes de comprender muy bien lo que estaba haciendo, ya había empleado el momento en una especie de *sortes virgilianae* o consulta del oráculo, proceso que siempre me había parecido reprobable, incluso cuando lo empleaban los siervos más santos del Señor. Las palabras que cayeron ante mi vista fueron II Crónicas, 8, 7-8: «… los heteos, amorreos, ferezeos, heveos y jebuseos, que no eran de Israel», palabras que inmediatamente apliqué al capitán Anderson y a los tenientes Deverel y Cumbershum, ¡después de lo cual me hinqué de hinojos e imploré perdón!

Si dejo constancia de esa trivial infracción es únicamente por mostrar las extrañezas del comportamiento, las perplejidades del entendimiento, o dicho en una palabra, lo *extraño* de esta vida en esta parte tan extraña del mundo, entre gente extraña y en esta extraña construcción de roble inglés que al mismo tiempo me transporta y me encarcela (¡tengo conciencia, naturalmente, de la divertida «paranomasia» de la palabra «transporte» y espero que el verla también a ti te resulte divertido!).

Continuemos. Tras un período dedicado a mis devociones, reflexioné sobre lo que debía hacer a fin de evitar todo error en el futuro en cuanto a mi identidad *santificada*. Me despojé una vez más de toda mi ropa, salvo la camisa y el calzón, y así desnudo, empleé el espejito que utilizo cuando me afeito para examinar mi aspecto. Este proceso no careció de dificultades. ¿Recuerdas el agujero que había en la puerta del establo, por el que cuando éramos niños mirábamos a ver si llegaba Jonathan o nuestra pobre, santa, madre, o el señor Jolly, el alguacil de su señoría? ¿Recuerdas, además, cómo cuando nos cansábamos de esperar mirábamos, moviendo las cabezas, cuánto podíamos ver del mundo exterior por aquel agujero? ¿Cómo después pretendíamos que éramos dueños de todo lo que veíamos, desde Siete Acres hasta la cima de la colina? ¡Así fue como me retorcí yo ante el espejo y el espejo ante mí! Pero, ¿es que estoy —de suponer que jamás se envíe esta carta— dándole instrucciones a un miembro del Bello Sexo en el empleo de un espejo y el arte de, si oso llamarlo así, «la admiración de uno mismo»? ¡En mi propio caso, desde luego, utilizo el término en su sentido original de sorpresa y de maravilla, y no de autosatisfacción! En lo que vi había mucho de lo que maravillarse, pero poco que aprobar. No había comprendido cabalmente hasta entonces la dureza con que el sol puede tratar la faz masculina, cuando se la expone a sus rayos casi verticales.

El cabello, como sabes, lo tengo de un tono claro, pero indeterminado. Ahora vi que cuando me lo cortaste el día de nuestra separación —debido, sin duda, a nuestra mutua pena—, el corte había sido lamentablemente desigual. Esta desigualdad parece haberse acentuado, y no disminuido, con el paso del tiempo, de modo que tenía la cabeza con un aspecto bastante parecido al de un campo mal segado. Como no había

podido afeitarme durante mi primera *náusea* (¡esta palabra procede de la griega que designa a un barco!) y había temido hacerlo en el período posterior, cuando el buque hacía movimientos violentos, y, por último, me he retrasado en hacerlo por temor al daño que me infligiría en la piel quemada por el sol, tenía la parte inferior de la cara cubierta de pelos. No eran largos, pues la barba me crece lentamente, pero sí de variado color. Entre esas dos *zonas cultivadas*, si se me permite decirlo, de cabello y barba, el rey Sol había reinado implacable. Algo parecido a eso que se llama a veces pico de viuda, de piel sonrosada, señalaba el punto exacto hasta el que la peluca me había tapado la frente. Por debajo de esa línea, la frente tenía color ciruela, y en un punto la piel había reventado por el calor. Más abajo tenía la nariz y las mejillas rojas como el fuego. Vi inmediatamente que estaba totalmente equivocado si suponía que al presentarme en camisa y calzón, y de esta *guisa*, podía ejercer la autoridad inherente en mi profesión. Pues, ¿no es precisamente esta gente la que más juzga al hombre por su uniforme? Mi «uniforme», como debo llamarlo con toda humildad, debe ser de un negro sobrio sumado a la blancura pura del lino bien tratado y el pelo aclarado, que son los adornos del Hombre Espiritual. Para los oficiales y los tripulantes de este barco, un clérigo sin alzacuello ni peluca no tendría más autoridad que un mendigo.

Claro que fue el ruido repentino del altercado, y el deseo de hacer el bien, lo que me hizo salir de mi reclusión, pero la culpa era mía. Di un suspiro con una sensación parecida al miedo cuando pienso en el aspecto que debo de haberles presentado: ¡con la cabeza al aire, sin afeitar, rojo del sol y desvestido! Recordé con confusión y vergüenza las palabras que se me habían dirigido individualmente en mi ordenación, palabras que debo tener por sagradas para siempre, debido a la ocasión y al santo clérigo que las pronunció: «Colley, evite la escrupulosidad, pero presente siempre un aspecto decente». ¿Era *este* que veía ahora en el espejo de mi imaginación el aspecto de quien trabaja en el campo en que «la mies es mucha»? Entre quienes ahora resido, el aspecto respetable no es sólo un *desideratum*, sino un *sine qua non* (quiero decir, querida hermana, lo que no es sólo deseable, sino necesario). Decidí inmediatamente cuidar más mi apariencia. Cuando paseara por lo que consideraba ahora como mi reino no sería sólo un hombre de DIOS. ¡Debía *verse* que era un hombre de DIOS!

Las cosas van algo mejor. Ha venido el teniente Summers, que me ha pedido el favor de hablar conmigo. Respondí desde el otro lado de la puerta y le pedí que no entrase, pues todavía no estaba dispuesto en cuanto a atavío ni rostro para una entrevista. Asintió, pero en voz baja como si temiera que oyeran otros. Me pidió perdón porque no se hubieran celebrado más servicios en el salón de los pasajeros. Había *preguntado* reiteradamente a los pasajeros y había tropezado con la indiferencia. Le pregunté si se lo había preguntado al señor Talbot y replicó, tras una pausa, que el señor Talbot había estado muy ocupado con sus propios asuntos. Pero

él, el señor Summers, creía que al siguiente Día del Señor quizá hubiera una oportunidad de celebrar lo que él calificó de una «pequeña reunión». Me encontré declarando desde el otro lado de la puerta, con una pasión nada habitual en mi temperamento, que suele ser calmo:

—¡Éste es un navío ateo!

El señor Summers no respondió, de modo que dije algo más:

—¡Es por influencia de cierta persona!

Ante esto oí que el señor Summers cambiaba de postura al otro lado de la puerta, como si de pronto hubiera vuelto la cabeza. Después me susurró:

—¡Le ruego, señor Colley, que no tenga esas ideas! Una pequeña reunión, señor mío…, un himno o dos, una lectura, una bendición…

Aproveché la oportunidad para señalar que mucho más adecuado sería celebrar un servicio matutino en el combés, pero el señor Summers replicó con lo que me pareció un cierto apuro que era *imposible*. Después se retiró. Sin embargo, es una pequeña victoria para la religión. Pues, ¿quién sabe cuándo se logrará rendir ese corazón de horrible pedernal, como rendirse debe al fin?

He descubierto cómo se llama mi Joven Héroe. Es un tal Billy Rogers, un pobre bribón, me temo, cuyo corazón juvenil no se ha visto tocado todavía por la Gracia. Trataré de crear una oportunidad de hablar con él.

¡Me he pasado la última hora *afeitándome*! Ha sido muy doloroso, y no puedo decir que el resultado justifique el trabajo. Pero ya está hecho.

Oí un ruido extraño y salí al vestíbulo. Al hacerlo sentí que la cubierta se inclinaba bajo mis pies, aunque muy poco, pero, ¡ay!, los pocos días de calma casi total me han desacostumbrado al movimiento y he perdido el «pie marinero» que creía haber adquirido. Me vi obligado a retirarme precipitadamente a mi camarote y mi litera. Allí estaba mejor colocado y advertí que gozamos de algún viento, favorable, leve y tranquilo. Volvemos a avanzar en nuestra ruta, y aunque preferí no confiarme inmediatamente a mis piernas, sentí esa elevación del espíritu que debe de notar todo viajero cuando tras una interrupción o un obstáculo descubre que vuelve a avanzar hacia su punto de destino.

---

¡La raya que he dibujado por encima de estas palabras representa un día de descanso! He salido y me he paseado, aunque en toda la medida de lo posible me he mantenido distante de los pasajeros y de la tripulación. Por así decirlo, debo volverme a presentar a ellos gradualmente, ¡hasta que no vean a un payaso con la cabeza descubierta, sino a un hombre de Dios! Los tripulantes trabajan por todo el barco; mientras unos tiran de un cable, otros *jalan* o aflojan otro con ánimo mejor dispuesto que de costumbre. ¡Se puede oír con mucha mayor claridad el ruido que hacemos al

cruzar por el agua! Incluso yo, pese a que soy y seguiré siendo hombre de tierra, advierto una especie de ligereza en el navío, como si tampoco éste fuera algo inanimado, sino que participase en la alegría general. Hace poco se veía por todas partes a los tripulantes que escalaban sus miembros y ramas. Me refiero, naturalmente, a esa inmensa impedimenta que permite que todos los vientos del cielo nos hagan avanzar hacia el puerto deseado. Seguimos rumbo al sur, siempre al sur, con el continente de África a nuestra izquierda, pero a enorme distancia. Nuestros marineros han añadido todavía más superficie a nuestras velas al añadirles pequeñas *vergas* (tú las llamarías palos), de las que cuelga un material más ligero más allá del extremo exterior de nuestro *velamen* habitual (observarás hasta qué punto, gracias a una cuidadosa atención a la conversación en mi derredor, me he imbuido del idioma de la navegación). Esta nueva superficie de vela aumenta nuestra velocidad y, de hecho, acabo de oír cómo uno de los jóvenes caballeros le gritaba a otro —omito un lamentable expletivo—: «¡hay que ver cómo levanta esta vieja las -n-g-uas para echarse a correr!». Es posible que a estas superficies adicionales se las llame «n-g-uas» en la jerga náutica, pues no puedes imaginar de qué forma tan incorrecta los tripulantes e incluso los oficiales llaman a las diversas piezas de que consta este navío. Y esto lo hacen incluso en presencia de un clérigo y de las damas, como si los marineros interesados no tuvieran conciencia en absoluto de lo que dicen.

¡Ha vuelto a pasar un día entre dos párrafos! Ha pasado el viento y con él mi leve indisposición. Me he vestido, e incluso me he vuelto a afeitar, y he paseado un rato por el combés. Creo que debo definirte la posición en la que me hallo con respecto a los otros caballeros, por no decir las damas. Desde que el capitán me infligió una humillación en público, he tenido perfecta conciencia de que de todos los pasajeros yo soy el que se halla en posición más peculiar. No sé cómo definirla, pues mi opinión de cómo se me considera varía de día en día y de hora en hora. De no ser por mi sirviente Phillips y por el señor Summers, el primer oficial, creo que no hablaría con nadie, pues el pobre señor Talbot ha estado indispuesto o avanzando inquieto hacia lo que no puedo suponer sea sino una crisis de fe, en la cual sería mi deber y mi profundo placer ayudarlo, pero me rehuye. ¡No quiere infligir sus problemas a nadie! En cuanto al resto de los pasajeros y los oficiales, a veces sospecho que, influidos por la actitud del capitán Anderson, me consideran a mí y a mi sagrado oficio con una frívola indiferencia. Después, al momento siguiente, supongo que es una especie de sentimiento de delicadeza que no siempre se halla en nuestros compatriotas lo que les impide imponerme su atención. ¡Quizá —y no digo más que quizá— exista entre ellos una inclinación a dejarme en paz y a hacer como que nadie ha advertido nada! Naturalmente, no puedo esperar que se me acerquen las damas, y si alguna lo hiciera caería mucho en mi consideración. Mas esto (ya que sigo limitando mis desplazamientos a la zona que, en broma, he calificado de mi *reino*) ha producido ya

como resultado tal aislamiento que me ha producido más pesares de lo que hubiera podido suponer. ¡Pero todo esto va a cambiar! ¡Estoy decidido! ¡Si la indiferencia o la delicadeza les impide dirigirme la palabra, entonces he de actuar con osadía y dirigírsela *yo*!

He vuelto al combés. Las damas y los caballeros, o los que no estaban en sus camarotes, se paseaban por la toldilla, donde yo no debo ir. Les hice una inclinación desde lejos para indicar cuánto deseo tener una relación más familiar, pero la distancia era demasiado grande y no me vieron. Deben de haber sido la mala luz y la distancia. No podía ser otra cosa. El barco está inmóvil. Las velas cuelgan verticalmente hacia abajo y están arrugadas, como las mejillas de los ancianos. Cuando me di la vuelta tras contemplar el extraño paseo de la toldilla —porque aquí, en este campo de agua, todo es extraño— y miré hacia la parte de proa del barco, vi algo extraño y nuevo. La gente del común estaba poniendo lo que en un principio creí que era un toldo delante del castillo de proa —quiero decir, *delante* desde donde estaba yo, debajo de las escaleras que llevan a la toldilla—, y al principio creí que debía de ser para protegerse del sol. Pero el sol va bajando y, como ya nos hemos comido los animales que llevábamos, se han destruido los establos, de forma que eso no protegería contra nada. Además, el material de que está compuesto el «toldo» parece excesivamente pesado para ese fin. Está estirado de un lado a otro de la cubierta a la altura de las amuradas de las que cuelga, o, mejor dicho, a las que está atado con cuerdas. Si no me equivoco, esto es lo que los marineros llaman «tela embreada»; quizá venga de ahí la expresión «mucha tela».

Después de escribir estas palabras me volví a poner la peluca y la casaca (jamás me van a volver a ver sin estar correctamente vestido) y volví al combés. ¡De todas las cosas extrañas de este lugar del confín del mundo, no cabe duda de que el cambio ocurrido en nuestro barco en este momento es la más extraña! No hay más que silencio, interrumpido únicamente por carcajadas. La gente del común, que da todos los indicios de estar disfrutando, baja cubos colgados de cuerdas por los costados que pasan por poleas o *motones*, como los llamamos aquí. Suben agua de mar —que, me temo, debe de estar de lo más impuro, pues llevamos estacionados varias horas— y la echan por encima de la tela embreada, que ahora ya está curvada por el peso. No parece que esto pueda ayudar en modo alguno a nuestro avance; tanto más cuanto que algunos de los marineros (me temo que entre ellos mi Joven Héroe) han, por así decirlo, hecho lo que nadie puede hacer por ellos en lo que no es más ya que un recipiente, y no un toldo. ¡Éste es un barco donde, debido a la proximidad del océano, esas disposiciones se pueden tomar, como bien cabría pensar, de modo preferible a lo que nuestro estado después de la caída hace necesario en tierra! La visión me asqueó y volví a mi camarote cuando me vi envuelto en un extraño acontecimiento. Phillips se me acercó corriendo y estaba a punto de decir algo cuando habló, o mejor dicho,

gritó una voz desde una parte sombría del vestíbulo:

—¡Silencio, Phillips, perro!

El hombre miró de mí a las sombras, de las cuales surgió nada menos que el señor Cumbershum, que le impuso silencio con la mirada. Se retiró Phillips y Cumbershum se quedó contemplándome. No me agradaba aquel hombre y sigue sin agradarme. ¡Es otro Anderson, creo, o lo será si alguna vez llega a capitán! Llegué corriendo a mi camarote. Me quité la casaca, la peluca y el alzacuello y me preparé para orar. Apenas había comenzado cuando sonó una tímida llamada a la puerta. La abrí y me encontré con que allí estaba Phillips otra vez. Empezó a susurrar:

—Señor Colley, le ruego…

—¡Phillips, perro! ¡Vete abajo o te llevo yo a la sentina!

Miré asombrado. Era otra vez Cumbershum, con el cual estaba Deverel. Pero al principio no logré reconocerlo más que por la voz de Cumbershum y por el aire de indiscutible elegancia de Deverel, pues también ellos iban sin sombrero ni casaca. Me vieron a mí, que me había prometido que jamás me volverían a ver así, y rompieron en risas. De hecho, su risa tenía algo de maníaco. Vi que ambos estaban algo bebidos. Me escondieron los objetos que llevaban en las manos y me hicieron una inclinación, cuando entré en el camarote, con una ceremonia que no pude considerar sincera. ¡Deverel es un caballero! ¡Estoy seguro de que no puede proponerse hacerme daño!

El barco está extraordinariamente silencioso. Hace unos minutos escuché los pasos sonoros del resto de nuestros pasajeros que avanzaban por el vestíbulo, subían por las escaleras y pasaban por encima de mi cabeza. No cabe duda. La gente de este lado del barco está reunida en la toldilla. ¡*Yo* soy el único excluido de entre ellos!

He vuelto a salir, a hurtadillas en esta extraña luz, pese a todas mis resoluciones sobre el vestuario. El vestíbulo estaba en silencio. Únicamente llegaba un confuso murmullo desde el camarote del señor Talbot. Casi me convencí de ir a pedirle protección, pero sabía que estaba orando en privado. Salí a hurtadillas del vestíbulo al combés. Lo que vi mientras me quedaba petrificado, por así decirlo, me quedará estampado en la cabeza hasta el día de mi muerte. *Nuestro* extremo del barco —las dos partes más altas de popa— estaba lleno de pasajeros y oficiales, todos los cuales guardaban silencio y miraban por encima de mi cabeza. ¡Era lógico que mirasen! Jamás se ha visto cosa igual. No hay lápiz, ni pluma, ni el mayor artista de la historia que pueda dar idea de aquello. Nuestro enorme barco estaba inmóvil y las velas seguían colgantes. A la derecha se ponía el sol rojo y a la izquierda se levantaba la luna llena, la una diametralmente opuesta al otro. Las dos enormes luminarias parecían contemplarse y modificar cada una la luz de la otra. En tierra, jamás este espectáculo podría ser tan evidente, dada la interposición de montes, árboles o casas, pero aquí podemos mirar desde nuestro barco inmóvil a todos los lados, hasta el extremo mismo del mundo. Aquí cabía ver claramente la balanza misma de Dios.

Se inclinó la balanza, se fue desvaneciendo la doble luz y la luna nos hizo de marfil y ébano. A proa la gente del común empezó a moverse y a colgar docenas de linternas del aparejo, de modo que ahora vi cómo habían erigido algo parecido a la *cátedra* de un obispo, más allá de la fea panza de lona embreada. Empecé a comprender, empecé a temblar. ¡Estaba solo! Sí, en aquel enorme barco, con sus innumerables almas, yo estaba solo en un lugar donde repentinamente temí a la justicia de DIOS, no mitigada por SU COMPASIÓN. De pronto temí a DIOS y al hombre. Volví a tropezones a mi cabina y he tratado de rezar.

# Al día siguiente

Apenas si puedo sostener la pluma. *Debo* y *quiero* recuperar la compostura. Lo que envilece a un hombre es lo que hace él, no lo que hacen otros… Mi vergüenza, por ardiente que sea, es algo que se me ha infligido.

Había yo terminado mis devociones, pero en un estado triste de ensoñamiento. Me había despojado de mis prendas, salvo la camisa, cuando sonó en la puerta del camarote una serie atronadora de llamadas. Para no mentir, ya entonces me sentía temeroso. Los atronadores golpes en la puerta completaron mi confusión. Aunque había especulado sobre las horrendas ceremonias de las que podría ser víctima, pensé entonces en un naufragio, un incendio, un choque o la violencia del enemigo. Creo que grité:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

A esto respondió una voz, tan alta como las llamadas a la puerta:

—¡Abre la puerta!

Respondí con gran prisa, no, con pánico.

—No, no; estoy desvestido…, pero, ¿qué pasa?

—¡Robert James Colley, la hora del juicio ha llegado!

Aquellas palabras, tan inesperadas y terribles, me sumieron en la mayor confusión. Aunque sabía que la voz era humana, sentí una auténtica contracción del corazón y sé lo violentamente que debo de haber apretado las manos juntas en esa región, pues tengo una contusión en las costillas y he sangrado. Exclamé en respuesta a la terrible llamada:

—No, no, no estoy preparado en absoluto, quiero decir que no estoy vestido…

Ante eso la misma voz no terrenal, y en tonos aún más terribles, exclamó la siguiente respuesta:

—Robert James Colley, se te llama para que comparezcas ante el trono.

Aquellas palabras —y, sin embargo, *parte* de mi mente sabía que eran una burla — me impidieron, no obstante, respirar en absoluto. Avancé hacia la puerta para echar el cerrojo, pero justo entonces se abrió de golpe. Se me lanzaron encima dos figuras enormes con cabezas de pesadilla, grandes ojos y bocas, bocas negras llenas de filas de colmillos. Me metieron la cabeza dentro de un talego. Se apoderaron de mí y me llevaron corriendo con una fuerza irresistible, sin que pudiera hallar la cubierta con los pies más que de vez en cuando. Ya sé que no soy yo hombre de ideas rápidas ni de comprensión inmediata. Creo que durante unos momentos quedé totalmente sin sentido y que no logré volver en mí hasta que oí ruidos de gritos y burlas y risas auténticamente demoníacas. Sin embargo, un *cierto* toque de presencia de ánimo mientras me transportaban totalmente enmudecido me hizo gritar: «¡Socorro!

¡Socorro!» y suplicar brevemente a MI SALVADOR.

Me arrancaron el talego y veía claramente —con demasiada claridad— gracias a la luz de los faroles. La cubierta de proa estaba llena de gente del común y a sus bordes había figuras de pesadilla parecidas a las que me habían transportado. El que estaba sentado en el trono llevaba una barba y una corona llameantes, así como un enorme tridente en la mano derecha. Cuando retorcí el cuello al quitarme el talego vi que la popa del barco, *donde me correspondía estar a mí*, estaba llena de *espectadores*. Pero en la toldilla había demasiados pocos faroles para que pudiese ver con claridad, y tampoco dispuse más que de un momento para buscar un amigo, pues me hallaba totalmente a disposición de mis aprehensores. Ahora tuve más tiempo para comprender mi situación y la crueldad de la «broma», de modo que parte de mi miedo desapareció ante la vergüenza de aparecer ante las damas y los caballeros, por no andar con circunloquios, medio desnudo. ¡Yo, que no había pensado en aparecer jamás sino con los ornamentos del Hombre Espiritual! Traté de pedir con una sonrisa algo con que taparme como si accediese a la broma y participara en ella, pero todo iba demasiado rápido. Me hicieron arrodillarme ante el «trono», con grandes tirones y golpes que me privaron del poco aliento que había logrado conservar. Antes de que pudiera hacerme oír me hicieron una pregunta tan grosera que no quiero recordarla, ni mucho menos escribirla. Pero cuando abrí la boca para protestar, me la llenaron inmediatamente con algo tan nauseabundo que me atragantó y estoy a punto de vomitar al recordarlo. Repitieron esta operación durante algún tiempo, no sé cuánto, y cuando no quise abrir la boca me embadurnaron la cara con aquella sustancia. Las preguntas, una tras otra, eran de tal índole que no las puedo escribir. Y no podía haberlas ideado un alma que no fuera de las más depravadas. Pero todas ellas se acogieron con una tempestad de gritos y ese terrible sonido británico que siempre ha atemorizado al enemigo; y entonces me di cuenta, mi alma se vio obligada a admitir la terrible verdad: *¡yo era el enemigo!*

Claro que no podía ser así. Es posible que estuvieran trastornados con la bebida del diablo, que los hubieran desviado del buen camino, ¡no podía ser así! Mas en la confusión y el horror —para mí— de la situación, la única idea que me helaba la sangre en las venas era ésta: *¡yo era el enemigo!*

¡A tales extremos puede llevar a la gente del común el ejemplo de quien debería guiarla a cosas mejores! Por fin, quien conducía aquella bacanal se dignó dirigirme la palabra:

—Eres un tipo vil y sucio y hay que hacerte un *lavado*.

Me vinieron más dolores y náuseas y más dificultades para respirar, de modo que me hallé desesperadamente temeroso de morirme en aquel instante y lugar, víctima de su cruel diversión. Justo cuando pensé que había llegado mi fin me vi proyectado hacia atrás con suma violencia hacia aquella hondonada de agua sucia. Entonces

ocurrieron más de aquellas cosas que me parecían extrañas y terribles. Y no les había hecho daño. Se habían divertido conmigo y hecho lo que querían. Mas ahora, cada vez que intentaba salirme de aquella charca resbalosa y viscosa, escuchaba lo que deben de haber oído las pobres víctimas del Terror Francés y, ¡oh!, es algo más cruel que la muerte, debe serlo…, debe serlo, nada, *nada* de lo que puedan hacerse los hombres unos a otros se puede comparar a ese apetito burlón, lujurioso, tormentoso…

Para entonces ya había abandonado yo toda esperanza de vida y trataba ciegamente de prepararme para mi fin —como si dijéramos *entre el cielo y la tierra* —, cuando escuché gritos repetidos que llegaban de la toldilla y después el sonido de una tremenda explosión. Se produjo un relativo silencio, en el cual una voz gritó una orden. Las manos que me habían empujado al suelo y al agua ahora me ayudaron a levantarme para salir. Caí en cubierta y quedé yacente en ella. Se produjo una pausa, durante la cual empecé a alejarme a rastras dejando una huella de suciedad. Pero entonces llegó el grito de otra orden. Unas manos me levantaron y me llevaron a mi camarote. Alguien cerró la puerta. Más tarde —no sé cuánto más tarde— volvió a abrirse la puerta y algún alma cristiana colocó a mi lado un cubo de agua caliente. Quizá fuera Phillips, pero no lo sé. No voy a describir los trucos gracias a los cuales logré quedar relativamente limpio. A lo lejos podía escuchar que aquellos diablos —no, no, no voy a llamarlos eso—, aquella *gente* de proa continuaba su diversión con otras víctimas. Pero los ruidos de la diversión eran más bien joviales que bestiales. ¡Qué pócima tan amarga que tragar! No creo que en ningún otro barco hubieran tenido jamás un «cura» con el que jugar. No, no, *no* voy a caer en la amargura, voy a perdonar. Son hermanos míos, aunque no se sientan tales, ¡aunque *yo* no los sienta como tales! En cuanto a los caballeros…, no, no voy a caer en la amargura; ¡y es cierto que uno de ellos, quizá el señor Talbot, quizá el señor Summers, intervino y logró interrumpir su brutal diversión, aunque llegara tarde!

Caí en un sueño agotado, con el único resultado de que experimenté las más terribles pesadillas del juicio final y el infierno. ¡Me despertaron, loado sea DIOS! Pues si hubieran continuado aquéllas, yo habría perdido la razón.

Desde entonces estoy rezando, y rezando mucho. Tras la plegaria, y en estado de buena presencia de ánimo, me he puesto a reflexionar.

Creo que he avanzado algo en cuanto a volver a mi ser. Veo sin disimulos *lo que ocurrió*. Esa frase de *lo que ocurrió* es muy sana. El despejar, por así decirlo, la maleza de mis propios sentimientos, mi terror, mi asco, mi indignación, abre el camino por el cual he llegado a ejercer un juicio claro. Soy víctima, por varias personas interpuestas, del desagrado que el capitán Anderson me ha manifestado desde nuestro primer encuentro. Una *farsa* como la interpretada ayer no podía ocurrir sin su aprobación o, por lo menos, su consentimiento tácito. Deverel y Cumbershum fueron sus agentes. Advierto que mi vergüenza —salvo en el sentido de una modestia

ultrajada— es totalmente irreal y no dice mucho de mi entendimiento. *Dijera* lo que *dijese* —y he pedido por ello el perdón de mi SALVADOR—, lo que más exactamente *sentía* era la opinión que de mí tuviesen las damas y los caballeros. De hecho fui más bien víctima del pecado que pecador, pero debo poner en orden mi propia casa y volver a aprender, una vez más —¡si bien ésa es una lección que nunca se acaba de aprender!—, a perdonar. ¿Qué, me recuerdo, se les ha prometido en este mundo a los sirvientes del SEÑOR? En todo caso, que en adelante la persecución sea mi destino. No estaré solo.

He vuelto a rezar de hinojos y con mucho fervor, y por fin me he puesto en pie, estoy persuadido, convertido en un ser más humilde y mejor. He logrado advertir que el insulto que se *me* ha hecho no era nada más ni nada menos que una invitación a volver la otra mejilla.

Pero permanece el insulto que no sólo se me ha hecho a mí, ¡sino por conducto de mí a ALGUIEN cuyo NOMBRE se halla a menudo en sus bocas, aunque, me temo, pocas veces en sus pensamientos! El insulto, en verdad, se ha hecho a mis ropas talares, y por conducto de ellas al Gran Ejército del que no soy sino el más pequeño de los soldados. Se ha insultado a MI MISMO SEÑOR y aunque ÉL quizá —estoy convencido de que ÉL lo hará— los perdone, tengo el deber de manifestar mi repudio, en lugar de sufrir *eso* en silencio.

¡No es por nosotros, OH SEÑOR, sino por TI!

Tras escribir esas palabras volví a dormir de forma más pacífica, y al despertar vi que el barco avanzaba suavemente con un viento moderado. Me pareció que el aire era algo más fresco. Con un comienzo de temor que me costó alguna dificultad controlar recordé los acontecimientos de la velada anterior. Pero después volvieron a mí con gran fuerza los acontecimientos *interiores* de mi ferviente plegaria y me bajé de la litera, o quizá sea mejor decir que salté de ella, con alegría al sentir cómo se renovaban mis propias certidumbres de las Grandes Verdades de la Religión Cristiana. ¡Debes creerme cuando te digo que mis devociones fueron mucho más prolongadas que de costumbre!

Tras levantarme de mis oraciones tomé mi taza matutina y me dediqué nuevamente a afeitarme con cuidado. ¡No le hubieran venido mal tus cuidados a mi cabello! (¡pero jamás vas a leer esto!, ¡la situación resulta cada vez más paradójica: es posible que llegue un momento en que *censure* lo que he escrito!). Me vestí con igual cuidado, con el alzacuello, la peluca, el sombrero. Dije al criado que me indicase dónde habían *estibado* el baúl, y tras algunas discusiones logré descender hasta donde se encontraba, en las partes internas y sombrías del barco. Saqué la birreta y extraje la licencia de su señoría, que me puse en el bolsillo trasero de la casaca. Ahora ya estaba… no armado para *mi* combate, sino para el de MI SEÑOR, de modo que podía contemplar un encuentro con cualquiera de los habitantes del buque como si no fuera

más temible que…, ¡bueno, ya sabes que una vez le hablé a un salteador de caminos! Por ende, subí a la parte superior de la toldilla con paso firme y pasé de ella a la plataforma más alta que se encuentra en la parte de popa o trasera, donde solía verse al capitán Anderson. Me detuve y miré a mi alrededor. El viento venía del lado de estribor y era tonificante. El capitán Anderson se paseaba de un lado para otro. El señor Talbot estaba junto a la balaustrada, con uno o dos caballeros más, y se llevó la mano al ala de su sombrero de castor y dio un paso adelante. Me alegró esta prueba de que deseaba comportarse amigablemente conmigo, pero de momento me limité a hacer una inclinación de cabeza y seguí en mi camino. Crucé la cubierta y me puse directamente en la del capitán Anderson, al tiempo que me quité el sombrero. En esta ocasión no *pasó por en medio de mí*, como dije antes. Se paró a contemplarme, abrió la boca y la volvió a cerrar.

Entonces se produjo el siguiente intercambio:

—Capitán Anderson, deseo hablar con usted.

Se quedó silencioso un momento o dos. Después dijo:

—Bien, señor mío. Puede usted hacerlo.

Lo hice en términos tranquilos y mesurados:

—Capitán Anderson. Sus subordinados han insultado a mi dignidad. Usted también la ha insultado.

Apareció en sus mejillas un arrebol que en seguida desapareció. Me levantó la barbilla y volvió a bajarla. Dijo, o más bien murmuró, en respuesta:

—Lo sé, señor Colley.

—¿Lo confiesa usted, señor mío?

Volvió a murmurar:

—Nunca pretendimos…, es algo que se ha pasado de la raya. Se le ha maltratado a usted.

Respondí serenamente:

—Capitán Anderson, tras esta confesión de su parte, lo perdono totalmente. Pero creo que ha habido, y prefiero suponer que no actuaban por órdenes de usted, sino más bien por la fuerza de su ejemplo, otros oficiales que han intervenido, y no meramente el personal del común. ¡Quizá su insulto fuera el más terrible que se ha hecho a mis ropas talares! Creo, señor mío, que sé quiénes eran, aunque se disfrazaron. Deben reconocer su culpabilidad, no por mí, sino por sí mismos.

El capitán Anderson dio una breve vuelta por la cubierta. Volvió atrás y se plantó con las manos a la espalda. ¡Me asombró ver que no sólo me contemplaba enrojecido, sino totalmente airado! ¿No es raro? Había confesado su culpabilidad, pero el mencionar a sus oficiales lo devolvía a un estado que, me temo, es el habitual en él. Dijo airado:

—Entonces no se conforma usted conmigo.

—Defiendo la Honra de MI SEÑOR igual que defendería usted la del Rey.

Durante unos momentos ninguno de los dos dijimos nada. Sonó la campana y los miembros de la guardia cedieron su puesto a otros. El señor Summers, junto con el señor Willis, relevaron al señor Smiles y al joven señor Taylor. Como de costumbre, el relevo se hizo con toda ceremonia. Después, el capitán Anderson volvió a mirarme.

—Hablaré con los oficiales interesados. ¿Queda usted satisfecho?

—Que vengan a verme, señor mío, y recibirán mi pleno perdón, igual que lo ha recibido usted. Pero queda otra cosa…

Ahora debo decirte que el capitán soltó una imprecación de carácter decididamente blasfemo. Sin embargo, utilicé la sabiduría de la serpiente al mismo tiempo que la mansedumbre de la paloma y en *aquel* momento hice como si no me diera cuenta. No era la ocasión de reprender a un oficial de la Marina por emplear una imprecación. ¡Como me dije ya entonces, aquello vendría más adelante!

Continué:

—Además, están esas pobres gentes ignorantes de proa. Debo visitarlas para inducirlas al arrepentimiento.

—¿Está usted loco?

—Le aseguro que no, señor mío.

—¿Es que no le importa que sigan burlándose de usted?

—Capitán Anderson, usted tiene su uniforme y yo el mío. En esa guisa me acercaré a ellos, ¡con los *ornamentos* del Hombre del Espíritu!

—¡Uniforme!

—Señor mío, ¿no comprende usted? Me acercaré a ellos vestido con las prendas que mis largos estudios y mis órdenes me imponen. No las llevo ahora, señor mío. Usted sabe bien lo que soy.

—Evidentemente, señor mío.

—Gracias. ¿Tengo, pues, su permiso para ir a proa para hablar con ellos?

El capitán Anderson se dio la vuelta y expectoró hacia el mar. Me contestó sin volverse:

—Haga lo que quiera.

Hice una inclinación a sus espaldas y me di la vuelta. Cuando llegué a las primeras escaleras, el teniente Summers me puso una mano en la manga:

—¡Señor Colley!

—¿Dígame, amigo mío?

—Señor Colley, le ruego que reflexione lo que va usted a hacer.

Y pasó a susurrar:

—Si no hubiera descargado por la borda el arma del señor Prettiman, con lo cual los alarmé a todos, sabe Dios hasta dónde podrían haber llegado. Le ruego, señor mío: ¡permítame formarlos delante de sus oficiales! Algunos de ellos son muy

violentos… uno de los emigrantes…

—Vamos, señor Summers. Me presentaré a ellos con las mismas ropas con que podría pronunciar los Oficios. Le aseguro que reconocerán esas ropas y las respetarán.

—Espere por lo menos hasta que se les haya dado el ron. ¡Créame, señor mío, que sé lo que digo! Hará que estén más amistosos, más tranquilos… más receptivos, señor mío, a lo que tenga usted que decirles… ¡Se lo ruego, señor mío! De lo contrario, será usted objeto de desprecio, de indiferencia, y quién sabe qué más.

—¿Y cree usted que no harían caso de la lección y perderían la oportunidad?

—¡Efectivamente, señor mío!

Reflexioné un instante.

—Muy bien, señor Summers. Esperaré a que la mañana esté más avanzada. Entre tanto, tengo que escribir algo y eso voy a hacer.

Le hice una inclinación y seguí adelante. Ahora volvió a dar un paso adelante el señor Talbot. Me pidió con los modales más agradables que le permitiera tener una amistad cordial conmigo. ¡Verdaderamente, este joven honra a su condición! Si los privilegios siempre estuvieran en manos de personas como él… de hecho no es imposible que más adelante… ¡Pero divago!

Apenas me había sentado a escribir esto en mi camarote cuando sonó una llamada a la puerta. Se trataba de los tenientes, el señor Deverel y el señor Cumbershum, ¡de mis dos *diablos* de la noche anterior! Los miré con el aire más severo posible, pues verdaderamente merecían algo de castigo antes de obtener el perdón. El señor Cumbershum dijo poco, pero el señor Deverel mucho. Reconoció cabalmente que se habían equivocado y que él, al igual que su compañero, llevaba unas copas de más. No había creído que me afectara tanto aquello, pero la gente del común estaba acostumbrada a bromas así cuando se pasaba el Ecuador, aunque él lamentaba que se hubiera interpretado mal el permiso general del capitán. En resumen, me pidió que tratara todo el asunto como una broma que se había pasado de la raya. De haber vestido yo entonces las ropas que llevaba ahora, nadie habría tratado… En verdad, que se los llevara el d--bl- si es que me habían querido hacer algún daño, y ahora esperaban que lo olvidase todo.

Me quedé un momento en silencio como si lo hubiera estado pensando, aunque ya sabía lo que iba a hacer. No era un momento en que reconocer mi propia sensación de indignidad por haberme presentado ante nuestra marinería con un atavío que no era el adecuado. De hecho, aquellos hombres eran del género de los que necesitaban el *uniforme*: ¡tanto el que ponerse como el que respetar! Por fin dije:

—Les perdono plenamente, caballeros, como me obliga a hacerlo MI SEÑOR. Id y no volváis a pecar.

Tras ello cerré la puerta del camarote. Fuera escuché cómo uno de ellos, creo que

el señor Deverel, daba un silbido bajo pero prolongado. Después, a medida que se iban borrando sus pasos, oí que el señor Cumbershum decía por primera vez desde que empezó la entrevista:

—¿Y quién d--bl-s será ese Señor suyo? ¿Crees que estará *conchabado* con ese m-ld-t-capellán de la Armada?

Después se marcharon. Reconozco que me sentí en paz por primera vez desde hacía muchos, muchos días. Ahora todo iría bien. Vi que poco a poco podría iniciar mi labor, no sólo entre la gente del común, sino más tarde entre los oficiales y las personas de nota que ya no serían, ya no podrían ser, insensibles al VERBO como antes. Pero, si hasta el propio capitán había dado algunas muestras y el poder de la Gracia es infinito… Antes de revestirme de mis ropas de oficiar, salí al combés, y allí me quedé, libre al fin, ¡pues sin duda ahora el capitán revocaría su cruel prohibición inicial de que fuera a la toldilla! Me quedé contemplando el agua, ¡la azul, verde, púrpura espuma que se deslizaba! Contemplé con una nueva sensación de seguridad las largas algas verdes que ondulan bajo el agua junto a nuestros flancos de madera. Y además, también parecía como si las columnas de nuestras velas henchidas tuvieran una peculiar riqueza. Ha llegado el momento, y tras la debida preparación, iré a proa a reprender a esos hijos desordenados, pero verdaderamente dignos de amor, de nuestro CREADOR. Me pareció entonces —y todavía me parece— que estaba y sigo estando consumido por un gran amor a todas las cosas, al mar, el barco, el cielo, los caballeros y la gente del común, y, naturalmente, ¡a NUESTRO REDENTOR por encima de todo! ¡Ha llegado al fin el mejor resultado de todos mis aprietos y dificultades! ¡TODOS LOS SERES DEL MUNDO CANTAN SUS LOAS!

Como sabe Su Señoría, Colley no volvió a escribir nada más. Después de la muerte… nada. ¡No debe de haber nada! El único consuelo que tengo en relación con todo este asunto es que puedo lograr que su pobre hermana nunca sepa la verdad de lo ocurrido. Por mucho que el borracho de Brocklebank ruja en su camarote: «¿Quién mató al gallito de Colley?», *ella* jamás sabrá la debilidad que lo mató, ni qué manos —entre ellas las mías— le dieron muerte.

Cuando Wheeler me despertó de un sueño demasiado breve e inquieto, me encontré con que la primera parte de la mañana se dedicaría a una investigación, en la que participaría yo junto con Summers y el capitán. Cuando objeté que —en estas latitudes cálidas— lo primero que hacía falta era enterrar el cadáver, Wheeler no dijo nada. ¡Es evidente que el capitán aspira a encubrir la forma en que tanto él como nosotros perseguimos al pobre hombre, so pretexto de haber seguido unos procedimientos correctos y oficiales! Nos sentamos, pues, a la mesa de la cámara del capitán y empezaron a desfilar los testigos. El criado que había atendido a Colley no nos dijo nada que no supiéramos. El joven señor Taylor, apenas impresionado por la muerte de aquel hombre, pero debidamente atemorizado por el capitán, repitió que había visto que el señor Colley aceptaba probar el ron con ánimo de no sé qué, no podía exactamente recordar de qué… Cuando sugerí que podría tratarse de ánimo de «reconciliación» lo aceptó. ¿Y qué hacía el señor Taylor allí a proa? (eso lo preguntó el señor Summers). El señor Tommy Taylor estaba inspeccionando cómo se habían estibado los cables, a fin de hacer que se levantara el cable del anda de babor y se pusiera del revés. Esta espléndida jerga satisfizo a los caballeros de la Marina, que asintieron al unísono como si se les hubiera hablado en el más claro idioma. Pero, en tal caso, ¿qué hacía el señor Taylor que no se hallaba en el pañol de los cables? El señor Taylor había terminado su inspección y subía para rendir informe y se había quedado un rato a mirar, pues nunca había visto a un cura en tal estado. ¿Y después? (esto lo preguntó el capitán). El señor Taylor había «ido a popa, mi capitán, a informar al señor Summers», pero «antes de que pudiera hacerlo el señor Cumbershum le había *echado la escandalosa*».

El capitán hizo un gesto de asentimiento y el señor Taylor se retiró con aspecto de alivio. Me volví a Summers.

—¿Una escandalosa, Summers? ¿Y qué diablo querían con la escandalosa?

El capitán soltó un gruñido.

—Una escandalosa, señor mío, equivale a reprimenda. Sigamos adelante.

El siguiente testigo fue un tal East, un emigrante respetable, marido de la pobre chica cuya faz demacrada tanto me había impresionado. Sabía leer y escribir. Sí,

había visto al señor Colley y conocía de vista al reverendo caballero. No lo había visto durante la «noche del talego», como decían los marineros, pero había oído hablar. Quizá nos hubieran dicho lo mal que estaba su esposa y él tenía que cuidar de ella casi constantemente, aunque hacía turnos con la señora Roustabout, pese a que ésta estaba llegando casi a sus fechas. No había visto al señor Colley entre los marineros más que de refilón, y no creía que hubiera hablado mucho antes de tomarse una copa con ellos. ¿Los aplausos y las risas que habíamos escuchado? Eso fue después de las palabras que dijo el caballero, cuando estaba comportándose sociablemente con los marineros. ¿Los gritos y las riñas? De eso no sabía nada. Sólo sabía que los marineros se habían llevado con ellos al caballero, al sitio donde había estado el joven caballero con las cuerdas. Él tenía que cuidar a su mujer y no sabía más. Esperaba que los caballeros no lo considerásemos irrespetuoso, pero eso era lo único que sabía todo el mundo, salvo los marineros que se habían hecho cargo del reverendo caballero.

Se le permitió retirarse. Expresé mi opinión de que el único que quizá pudiera iluminarnos sería el individuo que nos lo había traído o acarreado en su borrachera. Dije que quizá supiera cuánto había bebido Colley y quién se lo había dado o le había obligado a ingerirlo. El capitán Anderson convino en ello y dijo que había ordenado que asistiera ese hombre. Después nos dirigió la palabra en una voz que apenas pasaba de un susurro:

—Mi *informador* me dice que éste es el testigo con el que debemos insistir.

Me tocaba hablar a mí:

—Creo —dije, preparándome para cualquier cosa— que estamos organizando lo que ustedes quizá calificarían de «tormenta en un vaso de agua». Al hombre lo emborracharon. Hay hombres, como sabemos perfectamente, cuya timidez es tal que la ira de los demás les resulta una herida casi mortal y cuya conciencia es tan blanda que pueden morirse de lo que, digamos, el señor Brocklebank tomaría, si acaso, por un mero pecadillo. ¡Vamos, caballeros! ¿No podríamos confesar que su intemperancia lo mató, pero que lo más probable es que la causa de ella fuera nuestra general indiferencia por su bienestar?

Ahí fui atrevido, ¿no? Estaba diciéndole a nuestro tirano que él y yo juntos… Pero él me contemplaba en silencio:

—¿Indiferencia, señor mío?

—Intemperancia, mi capitán —intervino Summers rápidamente—, dejémoslo en eso.

—Un momento, Summers. Señor Talbot. Prefiero pasar por alto su extraña frase de «nuestra general indiferencia». Pero, ¿no comprende usted? ¿Cree usted que una sola tarde de bebida…?

—Pero usted mismo dijo, mi capitán, que lo incluyéramos todo en la *fiebre baja*.

—¡Eso *fue* ayer! Señor mío, hágame caso. ¡Lo más probable es que ese hombre, borracho como una cuba, fuese víctima de un ataque criminal de uno de los marineros, o sabe Dios cuántos, y que esa terrible humillación lo matase!

—¡Dios mío!

Fue una especie de convulsión del entendimiento. Creo que durante unos minutos no pude pensar en nada. Por así decirlo, cuando *volví en mí,* escuché que el capitán seguía diciendo:

—No, señor Summers. No quiero que se disimule nada. Tampoco estoy dispuesto a tolerar acusaciones frívolas que me afectan a mí mismo como comandante del navío y con respecto a mi actitud para con los pasajeros que éste transporta.

Summers tenía la cara encendida:

—Mi capitán, he hecho una propuesta. Si considera usted que me he excedido en mis funciones, le presento mis excusas.

—Muy bien, señor Summers. Continuemos.

—Pero, mi capitán —dije—, ¡nadie va a reconocer *eso*!

—Señor Talbot, es usted muy joven. No puede ni imaginar las vías de comunicación que existen en un buque como éste, aunque su actual misión se haya iniciado hace tan corto tiempo.

—¿Vías de información? ¿Su informador?

—Prefiero que continuemos —dijo el capitán con tono dominante—. Que entre ese hombre.

Salió el propio Summers, y nos trajo a Rogers. Era el hombre que nos había devuelto a Colley. Raras veces he visto un muchacho más espléndido. Iba desnudo hasta la cintura y tenía una constitución que con el tiempo quizá llegue a ser excesivamente corpulenta. ¡Pero ahora podía haber servido de modelo de Miguel Ángel! Tenía el pecho enorme y el cuello, como una columna, tostados de un tono castaño profundo, al igual que la cara, muy hermosa, salvo donde tenía las cicatrices de unos rasguños paralelos de tonos más claros. El capitán Anderson se volvió hacia mí:

—Summers me dice que usted ha afirmado ser un experto en interrogatorios.

—¿Se lo ha dicho? ¿He dicho eso yo?

Observará Su Señoría que en este lamentable episodio yo no estuve precisamente brillante. El capitán Anderson me lanzó una gran sonrisa:

—El testigo está listo, señor mío.

Esto no lo había previsto yo. Pero ya no había medio de evitarlo.

—Y bien, buen hombre. ¡Dinos tu nombre, por favor!

—Billy Rogers, señoría. Gaviero.

Acepté el tratamiento. ¡Ojalá sea un presagio!

—Rogers, queremos que nos des cierta información. Queremos saber

exactamente lo que ocurrió cuando el otro día fue a veros el caballero.

—¿Qué caballero, señoría?

—El clérigo. El finado reverendo señor Colley.

Sobre Rogers caía toda la luz del ventanal. Pensé para mis adentros que jamás había visto un rostro tan candoroso.

—Señoría, es como si, por ejemplo, dijéramos, que tomó una copa de más, y pues no le cayó bien.

Había llegado el momento de *cambiar de bordo*, como decimos los marinos.

—¿De dónde vienen esas cicatrices?

—Una moza, señoría.

—Debe de haber sido bravía, pues.

—Diríamos, señoría.

—Tú siempre sacas lo que quieres, ¿no?

—¿Señoría?

—¿Por su propio bien la convenciste de lo que no quería?

—No sé, señoría. Lo que sé es que en la otra mano me había agarrado lo que me quedaba de la soldada, y si no la hubiera agarrado bien, habría salido disparada por la puerta.

El capitán Anderson me lanzó una sonrisa de soslayo:

—Con su permiso, señoría…

¡Maldita sea, aquel tipo se estaba riendo de mí!

—Bueno, Rogers. Dejemos a las mujeres. ¿Y qué hay de los hombres?

—¿Señoría?

—Al señor Colley lo atacaron en el castillo de proa. ¿Quién fue?

La cara de aquel hombre carecía de expresión. El capitán insistió:

—Vamos, Rogers. ¿Te sorprendería saber que tú estás entre los sospechosos de esa bestialidad?

Se modificó toda la actitud de aquel hombre. Ahora estaba un poco encorvado, con un pie unas pulgadas detrás del otro. Apretaba los puños. Miró rápidamente de uno a otro de nosotros, como si tratara de ver en cada cara la gravedad del peligro con que se enfrentaba. ¡Comprendí que nos tomaba por enemigos!

—No sé nada, mi capitán. ¡Nada de nada!

—Quizá no tuviera nada que ver contigo, hombre. Pero sí sabrás quién fue.

—¿Quién fue quién, mi capitán?

—¡Hombre, la persona o las personas que atacaron dolosamente al cabañero y lo llevaron a la muerte!

—No sé nada… ¡Nada de nada!

Yo me había recuperado:

—Vamos, Rogers. La única persona con la que lo vimos fuiste tú. A falta de otras

pruebas, tu nombre ha de ser el primero en la lista de sospechosos. ¿Qué le hicisteis los marineros?

Jamás he visto un rostro que fingiera tan bien el asombro.

—Pero, ¿qué es lo que *hicimos*, señoría?

—No me cabe duda de que tendrás testigos que te ayuden a demostrar tu inocencia. Si eres inocente, ayúdanos a capturar a los culpables.

No dijo nada, sino que siguió inmóvil. Reanudé el interrogatorio:

—Vamos, buen hombre, o bien puedes decirnos quién lo hizo, o como mínimo nos puedes dar una lista de la gente de la que sospechas o de la que sabes que se sospecha en esta forma concreta de, de interés, de ataque…

El capitán Anderson levantó la barbilla:

—De mariconadas, Rogers, de lo que habla es de mariconadas.

Bajó la vista, barajó unos papeles que tenía ante sí y mojó la pluma en la tinta. El silencio se prolongó hasta hacernos concebir esperanzas. Por fin, el propio capitán lo rompió con voz de impaciencia airada:

—¡Vamos, hombre! ¡No vamos a estar aquí sentados todo el día!

Se produjo otra pausa. Rogers volvió a nosotros el cuerpo, más que la cabeza, y nos contempló uno tras otro. Después miró a los ojos al capitán:

—A sus órdenes, mi capitán.

Hasta entonces no se produjo ningún cambio en la faz de aquel hombre. Bajó el labio superior, como si de forma experimental estuviera probando la textura del labio inferior cautelosamente con su blanca dentadura.

—¿Quiere usted que empiece por los oficiales, mi capitán?

En aquel momento tenía una importancia clave que yo no me moviera. El más leve parpadeo por mi parte hacia Summers o el capitán, la más leve contracción de un músculo hubiera parecido una acusación fatal. Yo tenía fe absoluta en ambos por lo que respectaba a aquella acusación de *bestialidad*. En cuanto a los dos oficiales, no cabe duda de que también tenían fe el uno en el otro, pero tampoco ellos osaban arriesgar un gesto. Estábamos como figuras de cera. Rogers también era una figura de cera.

Tenía que ser el capitán quien hiciera el primer gesto y él lo sabía. Puso la pluma junto al papel y habló en tono grave:

—Muy bien, Rogers. Basta. Puedes volver a tus ocupaciones.

El hombre mudó de color. Soltó el aliento con un soplido prolongado. Se llevó la mano a la frente, inició una sonrisa, se dio la vuelta y salió de la cámara. No sé decir cuánto tiempo nos quedamos los tres sin decir una palabra ni hacer un gesto. Por mi parte, se trataba de algo tan sencillo y normal como el temor a hacer o decir lo que menos convenía; pero, por así decirlo, eso «que menos convenía» quedaría elevado a una mayor potencia, a una potencia tal que se convertiría en algo terrible y

desesperado. En aquellos largos momentos de nuestro silencio me sentí como si no pudiera permitirme pensar en absoluto, pues si lo hacía era posible que se me enrojeciera la faz y que la transpiración empezara a caerme por las mejillas. Mediante un esfuerzo mental muy consciente dejé mi cerebro en blanco en la medida de lo posible y esperé a ver qué pasaba. Pues sin duda, de los tres, era a mí a quien menos correspondía decir nada. Rogers nos había atrapado. ¿Puede comprender Su Señoría cómo ya empezaron a surgirme *in mente* toques de sospecha, lo quisiera yo o no, que pasaban del nombre de un caballero al de otro?

El capitán Anderson nos rescató de nuestra catalepsia. No se movió, sino que, como si hablara a solas, dijo:

—Testigos, investigaciones, acusaciones, mentiras, más mentiras, consejos de guerra… Ese hombre puede destrozarnos a todos si tiene el suficiente descaro, y no cabe duda de que lo tiene, porque esto podría llegar hasta la horca. Es imposible refutar acusaciones de esa índole. Cualquiera fuese el resultado final, algo quedaría.

Se volvió al señor Summers:

—Y aquí, señor Summers, termina nuestra investigación. ¿Tenemos más informadores?

—Creo que no, mi capitán. El que con niños…

—Exactamente. ¿Señor Talbot?

—¡Estoy confundido, mi capitán! Pero es verdad. Ese hombre estaba acorralado y ha sacado su última arma: testimonio falso que equivale a chantaje.

—De hecho —dijo Summers, sonriendo por fin—, el señor Talbot es el único de nosotros que se ha beneficiado. ¡Por lo menos gozó de un ascenso momentáneo a señoría!

—Señor mío, ya he vuelto a tierra, aunque como el capitán Anderson, que puede casar y enterrar, me ha calificado de «señoría»…

—Ah, sí. Entierros. ¿Quieren ustedes beber algo, caballeros? Summers, ¿quiere usted llamar a Hawkins? Señor Talbot, he de agradecerle su ayuda.

—Poco útil, me temo, mi capitán.

El capitán había vuelto a su ser. Sonrió:

—Una fiebre baja, pues. ¿Jerez?

—Gracias, mi capitán, pero, ¿ha terminado todo? Seguimos sin saber lo que ocurrió. Ha hablado usted de informadores…

—Buen jerez éste —dijo el capitán bruscamente—. Creo, señor Summers, que no es usted partidario de beber a estas horas y que deseará supervisar las disposiciones necesarias para entregar a las profundidades a nuestro pobre amigo. A su salud, señor Talbot. ¿Estará usted dispuesto a firmar, o mejor dicho, a refrendar, un informe?

Lo pensé un momento.

—No tengo posición oficial en este buque.

—¡Vamos, señor Talbot!

Volví a pensarlo.

—Haré yo mismo una declaración y la firmaré.

El capitán Anderson me miró de reojo bajo sus espesas cejas y asintió sin decir nada. Vacié mi copa.

—Capitán Anderson, ha mencionado usted a varios informadores…

Pero me miraba con el ceño fruncido:

—Ah, ¿sí? ¡Yo creo que no!

—Le preguntó usted al señor Summers…

—Quien replicó que no había ninguno —dijo en voz alta el capitán Anderson—. ¡Ninguno, ninguno, ni un solo hombre! ¿Comprende usted, señor mío? A mí no me ha venido con delaciones nadie, ¡nadie! ¡Hawkins, puedes marcharte!

Puse mi copa en la mesa y Hawkins se la llevó. El capitán observó cómo se marchaba de la cámara y después se volvió otra vez hacia mí:

—¡Señor Talbot, los criados tienen oídos!

—¡Sin duda, mi capitán! Estoy convencido de que Wheeler, el mío, los tiene.

El capitán sonrió sombrío:

—¡Wheeler! ¡Ah, sí, claro! *Ese* hombre debe de ser todo ojos y oídos…

—Bien, pues, hasta la triste ceremonia de esta tarde, voy a regresar con mi diario.

—Ah, el diario… Señor Talbot, ¡no olvide incluir que dígase lo que se diga de los pasajeros, por lo que respecta a la tripulación y a mis oficiales, éste es un *buen* barco!

A las tres de la tarde nos reunimos todos en el combés. Había una guardia formada por los soldados de Oldmeadow que llevaban mosquetes o como quiera que se llamen esas feas armas. El propio Oldmeadow iba de uniforme de gala y llevaba una espada nueva, al igual que los oficiales del barco. Incluso nuestros jóvenes caballeros llevaban sus dagas y una expresión de comprensión. Los pasajeros estábamos vestidos con los colores más oscuros posible. Los marineros estaban formados por guardias y todo lo presentables que permiten sus variadas prendas. El obeso señor Brocklebank estaba tieso, pero tenía la color amarilla y un gesto abotagado por libaciones tan abundantes que al señor Colley lo habrían reducido a un fantasma. Mientras miraba a aquel hombre pensé que Brocklebank habría pasado por toda la ordalía de Colley y su caída sin más que un dolor de barriga y de cabeza. ¡Así de variadas son las texturas del tapiz humano que me rodea! Nuestras damas, que sin duda habían tenido *in mente* una ocasión de este tipo cuando se equiparon para el viaje, estaban de luto, incluso las dos mozas de Brocklebank, que flanqueaban a éste. El señor Prettiman estaba presente en este *ritual supersticioso* junto a la señorita Granham, que le había hecho asistir. ¿A qué se reducen todo su ateísmo y todo su republicanismo militantes cuando se enfrentan con la hija de un canónigo de la catedral de Exeter? ¡Al observarlo inquieto y apenas contenido junto a ella, tomé nota

de que *ella* era una de las dos personas con las que debía hablar y a las que debía comunicar el tipo de delicada admonición que había destinado a nuestro notorio librepensador!

Observará Vuestra Señoría que me he recuperado algo de los efectos de la lectura de la carta de Colley. No puede uno pasarse eternamente reflexionando sobre lo pasado ni sobre la tenue conexión entre su propia conducta inconsciente y el comportamiento deliberadamente criminal de otro. De hecho, he de reconocer que esta ceremonia naval me parecía muy interesante. ¡Raras veces asiste uno a un funeral en un entorno tan, si oso decirlo, exótico! No sólo era extraña la ceremonia, sino que en todo momento —o por lo menos en muchos momentos— los actores pronunciaron su diálogo en el idioma de los lobos de mar. ¡Ya sabe Su Señoría lo delicioso que me resulta! Ya habrá advertido algunos especímenes especialmente impenetrables como, por ejemplo, la mención de la «noche del talego», pues, ¿no declara Servius (creo que fue él) que hay en la *Eneida* una docena de enigmas que jamás se resolverán, ni por enmienda ni por inspiración ni por ningún otro método que intenten los eruditos? Bien, pues, ahora le daré a Su Señoría unos cuantos *enigmas navales* más.

Sonó apagada la campana del barco. Apareció un grupo de marineros que llevaban el cadáver sobre una plancha y bajo la bandera británica. Quedó colocado con los pies por delante hacia el lado de estribor, el honroso, por el que hacen su salida los almirantes, los cadáveres y otras rarezas semejantes. El cadáver era más largo de lo que yo había previsto, pero después me han dicho que llevaba atadas a los pies dos balas de cañón de las pocas que nos quedaban. A su lado estaba el capitán Anderson, resplandeciente de entorchados. Después me han dicho que tanto él como los demás oficiales estaban muy habituados a todos los detalles de las ceremonias como la que debía celebrarse cuando, como lo expresó el joven señor Taylor, «hubo de echar por la borda al piloto celestial».

Teníamos casi todas las velas *metidas* y en la posición que en el *Diccionario Marítimo* se califica, en términos técnicos —¿y en qué otros términos habla?—, de *al pairo*, lo cual debe significar que estábamos inmóviles en el agua. Pero el espíritu de la farsa (en términos perfectamente exquisitos de los lobos de mar) pudo con Colley hasta el final. Apenas habían puesto la plancha en la cubierta cuando oí que el señor Summers murmuraba al señor Deverel:

—Deverel, puedes estar seguro de que si no estás a un palmo a popa del palo, va a pegar de popa.

Apenas lo había dicho cuando de la quilla del barco llegó el ruido de unos golpes fuertes y rítmicos bajo el agua, como si *Pedro Botero* pasara un aviso o quizá se declarase hambriento. Deverel se puso a lanzar órdenes de ese género que suena a «*¡Bajerroalinchabién!*», los marineros dieron un salto y el capitán Anderson, con un

libro de oraciones agarrado como una granada, se volvió hacia el teniente Summers:

—*¡Summers!* ¿Quiere usted sacarle el codaste?

Summers no dijo nada, pero los golpes cesaron y el tono del capitán Anderson se convirtió en un gruñido.

—Le bailan los machos más que los dientes a un jubilado.

Summers asintió en respuesta:

—Ya lo sé, mi capitán. Pero hasta que lo rearmen…

—Cuanto antes cambiemos la cabeza, mejor. ¡Maldito superintendente borracho!

Se quedó contemplando desanimado la bandera y después las velas que, como si quisieran discutir con él, volvieron a henchirse. No sería posible imaginar un diálogo mejor que el anterior. ¿No resulta soberbio?

Por último, el capitán miró a su alrededor e hizo un gesto decididamente de alarma, como si nos viera por primera vez. Ojalá pudiera decir yo que *se alarmó como el culpable ante el llamamiento ominoso*, pero no fue así. Se alarmó como quien en un pasajero instante de indolencia ha olvidado distraído que tiene un cadáver del que deshacerse. Abrió el libro y gruñó agriamente una invitación a que rezáramos, etc. No cabe duda de que sentía vivos deseos de terminar con el asunto, pues jamás he oído que se leyera un oficio tan breve. Las damas apenas si tuvieron tiempo para sacar los moqueros (el homenaje de una lágrima) y los caballeros contemplamos un momento, como es de rigor, nuestros sombreros de castor, pero después, al recordar que esta desusada ceremonia era demasiado infrecuente como para perdérnosla, todos volvimos a levantar la vista. Yo esperaba que los hombres de Oldmeadow disparasen unas salvas, pero después éste me ha contado que debido a una diferencia de opinión entre el Almirantazgo y la Secretaría de Guerra, no tienen pedernales ni pólvora. Sin embargo, presentaron armas más o menos al unísono y los oficiales sacaron las espadas. Me pregunté si todo esto era lo correcto para un clérigo. No lo sé, y ellos tampoco. Sonó un pito y alguien golpeó un redoble bajo en un tambor, como una especie de preludio, o más bien debería decir postludio, o ¿sería mejor decir *envoi*?

Observará Su Señoría que *Ricardo vuelve a su ser*, o quizá debería decir que me he recuperado de un período de pesar estéril y ¿*quizá* injustificado?

Y, sin embargo, al final (cuando la voz gruñona del capitán Anderson nos invitó a contemplar el momento en que hasta los mares se acabarán), seis hombres tocaron sus silbatos de contramaestre. Es posible que Su Señoría jamás haya escuchado esos silbatos, de forma que debo comunicarle que son tan musicales como los maullidos de un gato en celo. ¡No obstante, no obstante, no obstante! Su propia falta de musicalidad, chillona e hiriente, su estallido de ruidos altos que llegaban a un largo descenso que moría en el silencio tras una vibración inquieta y prolongada, parecía expresar algo más allá de las palabras, de la religión, de la filosofía. Era la voz simple de la Vida que lamentaba la Muerte.

Apenas si había tenido yo tiempo de sentir una ligera complacencia por lo directo de mis propias emociones cuando levantaron y después inclinaron la plancha. Los restos mortales del reverendo Robert James Colley salieron disparados de debajo de la bandera y entraron en el agua con un solo ¡ffftt! sonoro, como si él hubiese sido el más experto de los buceadores y hubiera tenido la costumbre de ensayar su propio funeral, de lo perfectamente que salió. Claro que de algo valieron las balas de cañón. Este uso auxiliar de su masa correspondía después de todo a su carácter general. Así que ahora se podía concebir que los restos de Colley, que caían *más profundo de lo que jamás tocó la sonda*, hallaban la base sólida de todo lo existente (en estos momentos necesariamente rituales de la vida, si no se puede utilizar el libro de oraciones, siempre cabe recurrir a Shakespeare. Es lo único que vale).

Podría pensar ahora Su Señoría que hubo un momento o dos de homenaje silencioso antes de que el duelo saliera del cementerio. ¡Ni hablar! El capitán Anderson cerró su libro y volvieron a sonar los silbatos, esta vez con una especie de urgencia temporal. El capitán Anderson hizo un gesto al teniente Cumbershum, que se llevó la mano al sombrero y *rugió*:

*«¡Toda a sotavento!»*

Nuestro obediente navío empezó a girar mientras avanzaba torpemente para recuperar su rumbo inicial. Las filas ordenadas para la ceremonia se rompieron, la marinería empezó a trepar por todo el aparejo a fin de izar todo nuestro velamen y volver a añadirle las alas. El capitán Anderson marchó con la granada, perdón, el libro de oraciones, en la mano de vuelta a su camarote, supongo que para añadir algo al cuaderno de bitácora. Uno de los jóvenes caballeros garrapateó algo en la tabla de anotaciones y todo quedó como estaba. Regresé a mi camarote para pensar qué declaración debería escribir y firmar yo. Debe ser del género que cause el menor dolor a su hermana. Que sea una *fiebre baja*, como desea el capitán. Debo disimular a éste que ya he dejado un reguero de pólvora hasta el punto en que Su Señoría pueda meterle la mecha. ¡Dios mío, qué mundo de conflictos, de nacimientos, muertes, procreaciones, esponsales, matrimonios, que yo sepa, cabe hallar en este extraordinario buque!

# (&)

¡Ea! Creo que este signo a guisa de marmosete da un toque de excentricidad, ¿no? ¡Nada de fechas, ni letras del alfabeto, ni supuesto *día del viaje*! Podría haber encabezado esta sección con el título de «adiciones», pero hubiera sido aburrido… ¡Demasiado aburrido, demasiado! Porque hemos llegado al final, no cabe decir nada más. Lo que quiero decir es, claro, que existe el diario de los acontecimientos, pero cuando vuelvo a contemplar mi propio diario veo que éste se ha consagrado insensiblemente a dejar constancia de un drama: el drama de Colley. Ahora el drama de ese pobre hombre ha terminado y allá está, sabe Dios cuántas millas por debajo de nosotros, atado a sus balas de cañón, solo, como dice el señor Coleridge, solo, completamente solo. Parece una especie de *bathos* (Su Señoría, como diría Colley, observará esta divertida «paranomasia»)[1] volver a la moneda menuda de lo cotidiano, que no tiene nada de dramático, pero todavía quedan algunas páginas entre las lujosas encuadernaciones del regalo de Su Señoría y he intentado alargar el entierro, con la esperanza de que lo que cabría calificar de *La Caída y el Lamentable Final de Robert James Colley, junto con Un breve Relato de sus Exequias Talásicas*, durasen hasta la última página. Pero de nada ha valido. Su vida fue real y real fue su muerte, y es tan imposible introducirlas en cualquier libro como introducir un pie deforme en una bota cualquiera. Claro que mi diario continuará después de este volumen, pero en un libro que me ha conseguido Phillips del sobrecargo y que no voy a cerrar con llave. Lo cual me recuerda lo trivial que resultó ser la explicación de los temores y el silencio de la tripulación en relación con el sobrecargo. Phillips me lo ha dicho, pues es persona más abierta que Wheeler. ¡Todos los oficiales, comprendido el capitán, deben dinero al sobrecargo! Phillips lo llama el *sobrecargante*.

Lo cual me recuerda además que he empleado a Phillips porque por muchos gritos que pegara, no podía encontrar a Wheeler. Lo están buscando.

Lo *estaban* buscando. Me lo acaba de decir Summers. Ese hombre ha desaparecido. Ha caído por la borda. ¡Wheeler! Se ha desvanecido como un sueño, con sus mechas de pelo blanco y su calva brillante, con su sonrisa *santurrona*, su perfecto conocimiento de todo lo que ocurre en un barco, su elixir paregórico y su buena disposición para conseguirle a un caballero cualquier cosa que exista en el anchuroso universo, ¡siempre que el caballero lo pague! ¡Wheeler, que como dijo el capitán, era «todo ojos y oídos»! Voy a echar de menos a ese hombre, pues no puedo esperar que Phillips me preste tantos servicios. Ya he tenido que sacarme yo solo las botas, aunque Summers, que en aquel momento estaba presente en el camarote, tuvo la amabilidad de ayudarme. ¡Dos muertes en sólo unos días!

—Por lo menos —le dije a Summers, significativamente—, nadie podrá acusarme de haber tenido que ver con *esta* muerte, ¿no?

No tenía aliento para responder. Se sentó sobre los talones, después se puso en pie y me vio ponerme las zapatillas bordadas.

—Summers, la vida es algo informe. ¡La literatura nunca logrará imponerle una forma!

—No estoy de acuerdo, señor mío, pues a bordo hay tantas vidas nuevas como muertes. Pat Roundabout…

—¿Roundabout? ¡Creí que se llamaba «Roustabout»!

—Como usted prefiera. Pero ha tenido una hija que recibirá el nombre del barco.

—¡Pobrecita, pobrecita! Pero, ¿eran ésos los quejidos que he oído, como los de Bessie cuando se rompió la pata?

—Efectivamente, señor mío. Voy a ver cómo les va.

Y así me dejó, con estas páginas en blanco todavía por llenar. ¡Noticias, pues, noticias! ¿Qué noticias? Hay más de lo que dejar constancia, pero tiene que ver con el capitán y no con Colley. Debería haberse introducido mucho antes, en el IV acto, o incluso en el III. Ahora ha de llegar cojeante tras el drama, igual que la obra satírica tras la trilogía trágica. No se trata tanto de un *dénouement* como de una pálida iluminación. ¡El odio del capitán Anderson al clero! Lo recordará Su Señoría. Bueno, *ahora* es posible que Su Señoría y yo lo sepamos.

*Chist*, por así decirlo: ¡voy a cerrar la puerta de mi conejera!

Bien, pues: Deverel me lo ha contado. Ha empezado a beber mucho; mucho, es decir en comparación con lo de antes, pues siempre ha sido intemperante. Parece que el capitán Anderson, temeroso no sólo de mi diario, sino también de los demás pasajeros que *ahora*, con la excepción de la acerada señorita Granham, creen que se trató mal al «pobre Colley», Anderson, digo, reprendió salvajemente a los dos oficiales, Cumbershum y Deverel, por su participación en el asunto. Esto significó muy poco para Cumbershum, que es un hombre de una pieza. Pero a Deverel las leyes del servicio le niegan la satisfacción del caballero. Medita apesadumbrado y bebe. Después, anoche, muy bebido, vino a mi conejera y en las horas de la oscuridad, en voz baja y estropajosa, me transmitió lo que calificó de observaciones necesarias para mi diario sobre la historia del capitán. Pero no estaba tan borracho como para carecer de conciencia del peligro. Imagínenos, Su Señoría, a la luz de mi candela, sentados el uno frente al otro en la litera mientras Deverel me susurraba malicioso al oído y yo inclinaba la cabeza hacia sus labios. Parece que había, y que hay, una familia noble —que no creo que conozca Su Señoría más que de lejos—, cuyas tierras están adyacentes a las de los Deverel. Como diría Summers, esa familia se ha servido del privilegio de su posición y descuidado sus responsabilidades. El padre del actual joven lord había mantenido a una damita de disposición muy dulce,

gran belleza, poco entendimiento y, según se apreció después, cierta fertilidad. El uso del privilegio resulta, a veces, caro. Lord L… (esto es como un perfecto Richardson, ¿no?) se halló en necesidad de una fortuna, y de una fortuna inmediata. La fortuna se halló, pero la familia de la prometida, en un acceso verdaderamente wesleyano de virtud, insistió en que se expulsara a la dulce damita, contra la cual no se podía decir sino que le faltaba que un cura hubiera pronunciado unas palabras. Amenazaba la catástrofe. Los peligros de su posición lograron sacar unas chispas de la dulce damita, ¡la fortuna dependía de ello! En ese momento, según me susurró Deverel al oído, intervino la Providencia y murió en una cacería el titular de uno de los tres beneficios que dependían de la familia. El profesor particular del heredero, hombre un tanto estúpido, aceptó el beneficio y a la dulce damita, junto con lo que Deverel calificaba de infausto cargamento. El lord recibió su fortuna, la damita un marido y el reverendo Anderson un beneficio, una esposa y un heredero *gratis*. Con el tiempo, al recién nacido lo enviaron al mar y allí el interés que de vez en cuando se tomaba por él su verdadero padre bastó para elevarlo en el servicio. ¡Pero ahora ha muerto el viejo lord y el joven no tiene ningún motivo para querer a su hermanastro bastardo!

Todo esto a la luz temblorosa de una candela, en medio de las observaciones quejumbrosas que hacía en sueños el señor Prettiman y de los ronquidos y los pedos que al otro lado pegaba el señor Brocklebank. ¡Ah, y los gritos desde la cubierta por encima de nosotros!:

*«¡Octava campanada y sereno!»*

Deverel, a esta hora de las brujas, me pasó el brazo por el hombro con una familiaridad de borracho y reveló por qué había hablado. Esta historia era la *broma* que había querido contarme. Cuando lleguemos a la bahía de Sidney, o al cabo de Buena Esperanza, si es que atracamos allí, Deverel se propone —o se lo propone el vino que lleva encima— renunciar a su despacho, desafiar al capitán y matarlo de un tiro. «Porque —dijo en voz más alta y levantando una mano derecha temblorosa— de un disparo puedo matar a un pájaro en un campanario.» Con grandes abrazos y golpes en el hombro, mientras me calificaba de su «buen Edmund», me informó de que cuando llegara el momento debía actuar como padrino suyo y de que si, *si* por obra del diablo, fuera él la víctima, entonces debía incluir toda la información en mi famoso diario…

Me costó mucho trabajo lograr que se lo llevaran a su camarote sin despertar a todo el barco. ¡Pero esto sí que son noticias! ¡De modo que *ése* es el motivo por el cual un cierto capitán detesta tanto a los curas! ¡Sin duda sería más razonable que detestara a los lores! Mas no cabe duda. A Anderson le ha hecho daño un lord… o un cura… o la vida… ¡Dios mío! ¡No quiero encontrarle excusas a Anderson!

Y tampoco me agrada ya tanto Deverel. Ha sido un error por mi parte estimarlo. ¡Quizá sea un ejemplo de la decadencia final de una familia noble, igual que el señor Summers podría ser el ejemplo del inicio de otra! No sé qué pensar. Me he encontrado pensando que si yo también hubiera sido la víctima de la galantería de un lord me habría convertido en un *jacobino*. ¿Yo? ¿Edmund Talbot?

Fue entonces cuando recordé mi propia intención a medias de unir a Zenobia y a Robert James Colley a fin de deshacerme de un posible aprieto. Era algo tan parecido a la *broma* de Deverel que casi llegué a detestarme. Cuando comprendí cómo habíamos hablado él y yo, y hasta qué punto debía él de haber pensado que yo tenía las mismas ideas que la «familia noble» se me encendió la cara de vergüenza. ¿Dónde terminará todo esto?

Pero un nacimiento no compensa dos muertes. Entre nosotros existe un ánimo general de solemnidad, pues, dígase lo que se quiera, un entierro en el mar, por frívolamente que lo trate yo, no se puede calificar de asunto de risa. Y la desaparición de Wheeler no va tampoco a aliviar el ánimo de los pasajeros.

¡Han pasado dos días desde que renuncié tímidamente a pedir a Summers que me ayudara a ponerme las zapatillas! Los oficiales no han estado ociosos. Summers —como si éste fuera un barco de la Compañía y no un barco de guerra— ha determinado que no tengamos demasiado tiempo de ocio. Hemos determinado que los de popa del buque presentemos a los de proa una *obra de teatro*. ¡Se ha formado un *comité, con la sanción del capitán*! Esto me ha lanzado, *velis nolis*, a la compañía de la señorita Granham. Ha sido una experiencia edificante. He visto que esta mujer, esta dama soltera, hermosa y culta, sostiene opiniones que helarían la sangre en las venas del ciudadano medio. ¡No establece, *literalmente*, diferencia alguna entre el uniforme que portan nuestros oficiales, los pigmentos con los que según se dice se pintaban nuestros incultos antepasados y los tatuajes que tanto abundan en los Mares del Sur y quizá en la Australia continental! Lo que es peor —desde el punto de vista de la sociedad— es que ella, hija de canónigo, no establece distinción alguna entre el médico brujo de los indios, el chamán siberiano y el sacerdote papista con sus casullas. Cuando exclamé que debía actuar con justicia y exceptuar a nuestro propio clero, no reconoció sino que éste era menos ofensivo porque se vestía de forma que los distinguía menos de los demás caballeros. Esta conversación me confundió tanto que apenas pude replicarle, y no descubrí el motivo de la terrible sinceridad con que hablaba hasta que (antes de cenar en el salón de pasajeros) se anunció que está *oficialmente* comprometida con el señor Prettiman. ¡Con la imprevista seguridad de sus *fiançailles*, la dama se siente libre para decir cualquier cosa! ¡Pero de qué manera nos ha contemplado! Enrojezco al recordar tantas cosas que he dicho en su presencia y que le deben de haber parecido dignas de niños de escuela.

Sin embargo, ese anuncio ha animado a todos. ¡Su Señoría podrá imaginarse las

felicitaciones públicas y los comentarios privados! Por mi parte, espero sinceramente que el capitán Anderson, el más siniestro de los Himeneos, los case a bordo, de modo que podamos contar con una colección completa de todas las ceremonias que acompañan al bípedo implume de la cuna a la tumba. La pareja parece quererse: ¡*A su estilo* se han enamorado! Deverel fue el único que introdujo una nota solemne. Declaró que era una pena que hubiese muerto el pobre Colley, pues de no haber sido así el vínculo lo podría haber atado inmediatamente un clérigo. Esto produjo un silencio general. La señorita Granham, que había favorecido a su humilde servidor con sus opiniones acerca de los sacerdotes en general, podría, creo yo, no haber dicho nada. Pero, por el contrario, lanzó una declaración totalmente asombrosa:

—Era un hombre auténticamente depravado.

—¡Vamos, señora —dije—, *de mortuis* y todo eso! Por una sola caída desafortunada… ¡Era una persona totalmente inofensiva!

—¿Inofensivo? —exclamó Prettiman como saltando—, ¿inofensivo un sacerdote?

—No hablaba de la bebida —dijo la señorita Granham con sus tonos más acerados—, sino del vicio en otras formas.

—Vamos, señora, no puedo creer… como dama que es usted, no puede…

—*Usted*, señor mío —exclamó el señor Prettiman—, ¿duda *usted* de la palabra de una dama?

—¡No, no! ¡Naturalmente que no! Nada…

—Déjelo, querido señor Prettiman, se lo ruego.

—No, señora, no puedo dejarlo. El señor Talbot ha considerado oportuno dudar de su palabra y exijo excusas…

—Bueno —dije riéndome—, ofrezco a usted, señora, todas mis excusas. No me proponía…

—Nos enteramos de sus costumbres viciosas por accidente —dijo el señor Prettiman—. ¡Un sacerdote! Fueron dos marineros que bajaban por una de las escalas de cuerdas que van desde el mástil a uno de los costados del navío. La señorita Granham y yo —era de noche— nos habíamos retirado al abrigo de todo ese amasijo de cuerdas que hay a los pies de la escala…

—Palos, flechastres: ¡Summers, ilústrenos!

—No importa, señor mío. Recordará usted, señorita Granham, que hablábamos de la inevitabilidad del proceso por el cual la verdadera libertad debe llevar a la verdadera igualdad y de ahí a…, pero tampoco importa. Los marineros no sabían que estábamos allí, de forma que sin querer lo oímos todo.

—¡Señor Talbot, ya el fumar está bastante mal, pero por lo menos los caballeros no pasan de ahí!

—¡Querida señorita Granham!

—¡Es una costumbre tan salvaje, señor mío, como la peor que puedan tener las

gentes de color!

Oldmeadow se dirigió a ella con tono de absoluta incredulidad:

—¡Por Júpiter, señora; no me diga usted que ese individuo mascaba tabaco!

Tanto los pasajeros como los oficiales rompieron en carcajadas. Summers, que no es dado a la risa fácil, se sumó a ellas.

—Es cierto —dijo cuando bajó el ruido—. En una de mis primeras visitas vi que colgaba del techo una gran cantidad de hojas de tabaco. Como les había entrado el moho, las tiré por la borda.

—Pero, Summers —dije—. ¡Yo no vi ningún tabaco! Y en un hombre así…

—Se lo aseguro, señor mío. Fue antes de que lo visitara usted.

—¡Sin embargo, me resulta casi imposible creerlo!

—Sepa usted los datos —dijo Prettiman con su cólera habitual—. El prolongado estudio, una aptitud natural y la costumbre necesaria de defenderme me han convertido en un experto en lo que hace a recordar conversaciones casuales. ¡Escuche usted lo que dijeron los marineros *tal y como* lo dijeron!

Summers levantó ambas manos en gesto de súplica:

—No, no… ¡Le ruego que nos lo ahorre! ¡Después de todo, no tiene mucha importancia!

—¿Poca importancia, señor mío, cuando está en duda la palabra de una dama…? No se puede permitir que esto quede así, señor mío. Uno de los marineros dijo al otro mientras bajaban juntos: «Billy Rogers estaba riéndose como un chalao cuando salió de la cámara del capitán. Vino al beque y se sentó a mi lado. Billy dijo que había visto muchas cosas en la vida, pero nunca había creído que le iba a dar de mascar a un cura».

El gesto triunfal, aunque feroz, del señor Prettiman, su pelo desmelenado y el paso instantáneo de sus tonos educados a la imitación exacta del habla ordinaria hicieron romper en risas al público. Esto desconcertó todavía más al filósofo, que miró en derredor con expresión aturdida. ¿Ha oído algo más absurdo? Creo que fue esta circunstancia divertida la que produjo una modificación de nuestros sentimientos generales. Sin que fuera evidente su origen, se reforzó en nosotros la decisión de seguir adelante con la obra teatral. Quizá fuera el genio del señor Prettiman para la comedia. ¡Ah, sin duda él debía representar el papel cómico! Pero lo que podría haberse convertido en una agria disputa entre el filósofo social y su humilde servidor se convirtió en el asunto, mucho más agradable, de tratar de *lo que* debíamos interpretar y *quién* debía dirigirlo y *quién* tenía que hacer esto o aquello.

Después salí a dar mi paseo de costumbre por el combés cuando, ¡maravilla!, junto al saltillo del castillo de proa apareció la «señorita Zenobia» en grave conversación con Billy Rogers. Evidentemente éste es su «*éroe marinero*» que «*no puede segir esperando*». ¿Con qué espíritu afín elaboró su semianalfabeto pero

complicado *billet doux*? Bueno, si intenta venir a popa y visitarla en su conejera, haré que le den de latigazos.

Por el combés paseaban también el señor Prettiman y la señorita Granham, pero del otro lado de la cubierta y en animada charla. La señorita Granham dijo (la oí y creo que eso pretendía ella) que, «como ya sabía él», debían intentar primero apoyar las partes de la administración, de las que cabría suponer que estaban todavía sin corromper. El señor Prettiman trotaba a su lado —ella es más alta—, asintiendo con vehemencia ante la fuerza austera pero penetrante de su intelecto. Van a influir el uno en el otro, pues creo que se tienen un cariño tan sincero como puedan sentir personajes tan extraordinarios. Pero, ah, sí, señorita Granham, no lo voy a vigilar a él, ¡a quien voy a vigilar es a usted! Vi cómo pasaban la raya blanca que separa los estamentos sociales y llegaban hasta la misma proa para hablar con East y con aquella pobre muchacha pálida que era su esposa. Después se dieron la vuelta y vinieron directamente a donde estaba yo a la sombra de un toldo que hemos colgado de los obenques de estribor. ¡Para gran asombro mío, la señorita Granham explicó que habían estado «consultando con el señor East»! ¡Parece que es un artesano que se ocupa de cuestiones de imprenta! No me cabe duda de que contemplan emplearlo en el futuro. Sin embargo, no dejé que viesen cuánto me interesaba el asunto e hice que la conversación volviera a la cuestión de la obra que debíamos representar ante la gente del común. El señor Prettiman resultó tan indiferente al asunto como a gran parte de la vida común de la que según dice se ocupa su filosofía. ¡Excluyó a Shakespeare por ser un escritor que comentaba demasiado poco los males de la sociedad! Pregunté, de forma bastante razonable, en qué consistía la sociedad que no fueran los seres humanos, pero vi que el hombre no lo comprendía, o, mejor dicho, que existían unas anteojeras entre su intelecto indiscutiblemente vigoroso y las percepciones del sentido común. Empezó a discursear, pero lo desvió hábilmente la señorita Granham, quien declaró que hubiera sido adecuada la obra *Fausto* del autor alemán Goethe…

—Pero —dijo— no se puede traducir el genio de un idioma a otro.

—¿Cómo dice, señora?

—Digo —dijo paciente, como si estuviera hablando con uno de sus jovenzuelos — que no se puede traducir una obra genial totalmente de un idioma a otro.

—Vamos, señora —dije riendo—, ¡al menos en esto puedo decir que hablo con autoridad! Mi padrino ha traducido todo Racine a verso inglés, y a juicio de los expertos es igual al original y en algunos aspectos superior.

La pareja se paró, se dio la vuelta y me contempló al unísono. El señor Prettiman habló con su habitual energía febril:

—¡Entonces, señor mío, debo decirle que debe de ser algo único!

Le hice una inclinación:

—¡Así es, señor mío! —dije.

Con esas palabras y una inclinación a la señorita Granham me despedí. ¿Verdad que me *apunté un tanto*? ¡Pero verdaderamente, qué pareja más provocadoramente terca! ¡Aunque si a mí me resultan provocadores y cómicos, no cabe duda de que para otros resultan intimidantes! Mientras escribía esto los oí pasar junto a mi conejera camino al salón de pasajeros al tiempo que la señorita Granham *destrozaba* a algún personaje infeliz.

—¡Esperemos, por lo menos, que con el tiempo aprenda!

—Pese a las desventajas de su cuna y de su educación, señora, no carece de ingenio.

—Reconozco —dijo ella— que siempre trata de darle un giro cómico a la conversación, y de hecho es imposible dejar de hallar infecciosa su risa ante sus propias bromas. Pero en cuanto a sus opiniones en general… ¡Lo único que cabe decir de ellas es que son medievales!

Tras esto dejé de oírlos. No pueden, estoy seguro, referirse a Deverel, pues aunque pretende un cierto ingenio, su cuna y su educación son de lo más elevado, por poco que los haya aprovechado. El candidato más probable es Summers.

No sé cómo escribir esto. La cadena parece demasiado frágil, cada uno de los eslabones demasiado débiles, pero hay algo en mi fuero interno que insiste en que *son* eslabones y están todos unidos, de modo que ahora comprendo lo que le ocurrió a Colley, pobre payaso. Era de noche, tenía calor y me sentía inquieto, pero mi mente febril —¡verdaderamente una *fiebre baja*!— volvió a pensar en todo el asunto y no me dejaba en paz. Parecía como si algunas frases, palabras, situaciones, se me volvieran a plantear y, por así decirlo, brillaran con un significado que era a veces cómico, otras grosero y otras trágico.

¡Summers debe de haberlo imaginado! ¡Nada de tabaco en hojas! ¡Trataba de proteger la memoria del muerto!

Rogers, en la encuesta, con cara de asombro bien simulado: «¿Qué es lo que hicimos, señorías?». ¿Era simulado aquel asombro? ¡Supongamos que aquel magnífico animal estuviera contando la verdad desnuda y material! Entonces lo que decía Colley en su carta —«lo que envilece a un hombre es lo que hace él, no lo que hacen otros»—, apasionado por el «rey de mi isla» y ansiando arrodillarse ante él… Colley en el pañol de los cables, borracho por primera vez en su vida y sin comprender su condición, y en un estado de loca exuberancia… Rogers reconociendo en los beques que había conocido muchas cosas en su vida, pero nunca había creído que «iba a darle de mascar a un cura», ah, no cabe duda de que el tipo consintió, burlón, y alentó ese truco ridículo de escolares, mas no fue Rogers sino Colley quien cometió la *fellatio* que haría morir al pobre idiota cuando la recordó.

¡Pobre Colley, pobre! Verse obligado a regresar con los de su propia clase,

convertido en el bufón ecuatorial de…, abandonado, excluido por mí, que podría haberlo salvado…, vencido por la amabilidad y por un vaso o dos del embriagador…

¡No puedo ni siquiera sentir una complacencia farisaica al ser el único caballero que no fue testigo de sus chapuzones! ¡Ojalá los hubiera visto a fin de protestar contra aquella salvajada infantil! Entonces mi ofrecimiento de amistad habría sido sincero y no…

Voy a escribir una carta a la señorita Colley. Del principio al fin no contendrá más que mentiras. Describiré mi creciente amistad con su hermano. Describiré cuánto lo admiraba. Recordaré todos los días de su *fiebre baja* y mi pesar por su muerte.

¡Una carta que contendrá de todo, menos la verdad! ¿Qué le parece como comienzo de una carrera al servicio de mi Patria y mi Rey?

Creo que lograré aumentar los escasos dineros que van a devolver a esa señorita.

Estoy en la última página de su diario, Señoría, última página del «marmosete». Acabo de mirar todas las páginas anteriores con tristeza. ¿Ingenio? ¿Observaciones agudas? ¿Diversión? Bueno… Quizá se haya convertido en una especie de relato marino, pero un relato marino sin una tempestad, sin un naufragio, sin un rescate en el mar, sin ver ni oír al enemigo, sin andanadas atronadoras ni heroísmos, sin capturas, ni valerosas defensas, ni heroicos ataques. ¡No ha habido más que un disparo y ha sido el de un trabuco!

¡Hay que ver con lo que ha tropezado en sí mismo! Racine declara… Pero permítaseme citar a Su Señoría sus propias palabras:

*¡Ah! Donde la virtud avanza por la Olímpica colina*
*Con breve paso avanza el vicio hacia el Hades.*

Cierto es, ¿y cómo podría no serlo? ¡La brevedad de esos pasos es lo que permite a los Brocklebank de este mundo sobrevivir, alcanzar una finalidad pervertida y saturada que repugna a todos menos a ellos mismos! Pero no fue así con Colley. Él fue la excepción. Igual que sus tacones herrados lo llevaban a trompicones por los pasos de las escalas, de la toldilla y la cubierta de la popa al combés, igual logró un vaso o dos del *ardiente icor* llevarlo de las alturas de una austeridad complacida a lo que su mente sobria debe de haber considerado como el infierno más bajo de la degradación de sí mismo. Que se inserte esta frase en el volumen no demasiado amplio del conocimiento del hombre por el hombre. Hay hombres que pueden morir de vergüenza.

De este libro no queda sin llenar más que un dedo. Voy a cerrarlo, envolverlo, coserlo como pueda en una bolsa de lona y encerrarlo con llave en el cajón. La falta de sueño y el exceso de comprensión me vuelven un poco loco, creo, igual que ocurre a todos los hombres que viven en el mar demasiado cerca los unos de los otros y

demasiado cerca, por ende, de todo lo que hay de monstruoso bajo el sol y la luna.

# Notas

[1] Entre el «bathos» griego y el «bath» (baño) inglés. *(N. del T.)* <<